

Alessandro Manenti

**Comprender
y acompañar
a la persona humana**

Manual teórico y práctico
para el formador psico-espiritual

Traducción: Profesores de la Escuela para Formadores "María, Madre de los Consagrados" (Córdoba, Argentina)

Capítulos	Traductor/a
1 y 2	Fr Daniel Fleitas ofm
3 y 13	Hno Arturo Piana hic
4 y 6	P Martín Carranza
5 y 12	P Miguel López
7 y 8	Hna. Fátima Godiño mfvi
9	P Juan Pablo Dreidemie
10 y 11	Hno. Rodolfo Bianciotti fms

Corrección de Estilo: Hno Rodolfo Bianciotti fms

Textos de Referencia y Siglas

- AIF F.* Imoda (ed.), *Antropologia interdisciplinare e formazione*, EDB, Bologna 2005.
- AVC/1* L. M. Rulla, *Antropología de la vocación cristiana, 1. Bases interdisciplinarias*, Soc. de educación Atenas, Madrid 1990.
- PeF A.* Cencini–A. Manenti, *Psicología y formación. Estructuras y dinamismos*, Paulinas, México 1994.
- PPA.* Manenti, *Il pensare psicologico*, EDB, Bologna 1997.
- PYF.* A. Manenti–S. Guarinelli–H. Zollner (edit.), *Persona y formación. Reflexiones para la práctica educativa y psicoterapéutica*, Paulinas, Colombia 2010.
- DHPM.* F. Imoda, *Desarrollo humano. Psicología y misterio*, EUCASA, Universidad Católica de Salta, Argentina, 2001.
- VI/1* A. Manenti, *Vivere gli ideali/1: Fra paura e desiderio*, edb , Bologna 2001.
- VI/2* A. Manenti, *Vivere gli ideali/2: Fra senso posto e senso dato*, EDB, Bologna 2003.
- 3D* Rivista: *Tredimensioni; psicologia, spiritualità, formazione*, periodico quadrimestrale, Ancora, Milano.

* Los artículos de la revista se pueden bajar del sitio del “Istituto Superiore per Formatori”: www.isfo.it. Varios de ellos están traducidos al español. Cfr. <http://www.isfo.it/it/Rivista-3D/Spagnolo.html>

INTRODUCCIÓN

Cuando un acompañante trabaja con la persona acompañada, tiene necesidad de tres instrumentos: una teoría, una estrategia de intervención y técnicas operativas.

Necesita una teoría que lo informe de cómo funciona la persona humana y, tratándose de acompañamiento psico-espiritual, de cómo es la persona cristiana, es decir, nociones de psicología psicodinámica y de antropología cristiana.

Necesita una estrategia, es decir, reconocer dónde su cliente se encuentra actualmente y, como consecuencia, elaborar un plan de acción a corto y largo plazo que contenga los objetivos y las formas de entrar en la vivencia de la persona acompañada, de forma tal de justificar las acciones que, paso a paso, se adoptarán. El término, si bien refiere al arte militar, expresa muy bien la idea.

Necesita técnicas de intervención, es decir, dispositivos «siempre a mano» para usar una vez cada tanto y en el aquí y ahora.

Con frecuencia, un acompañante ingenuo se hace preguntas, por lo general, sobre las técnicas, un poco menos sobre las estrategias y casi nada sobre la teoría de referencia. Con el objetivo de tener un recetario para cada caso y de usarlo en forma automática, evita jugarse en primera persona con quien tiene adelante, es decir, no justifica los motivos por los que eligió intervenir de una determinada manera y no de otra.

El libro se concentra en las estrategias. Si ésta es clara y reconocida será fácil idear las técnicas apropiadas.

No existe estrategia si no hay una teoría que la justifique. La teoría de referencia es la «*Antropología de la Vocación Cristiana*» (AVC), elaborada con un método inductivo e interdisciplinar, a partir de la década de los '70 y en uso en la actualidad, por el Instituto de Psicología de la Pontificia Universidad Gregoriana (conocido popularmente como Escuela de Rulla¹). De esta teoría, mucho más articulada de cuanto se expresa aquí, el libro retoma sólo los elementos que fundamentan mejor la estrategia aquí propuesta (*Capítulos 1-3; 5-6*). Vale la pena recordar que AVC no es una teoría que surgió de la mente de pensadores de escritorio, sino de pensadores que reflexionan sobre aquello que han sentido y entendido a partir de la escucha a la gente. Esta teoría ha dejado una huella a partir de la cual, en el tiempo y por etapas cronológicas, se han desarrollado un método y un itinerario formativo bien precisos: en Italia, el Instituto Superior para Formadores (1977; www.isfo.it), la revista *Tredimensioni* (2004) y otras 13 Escuelas para Educadores en varios países del mundo.

Además, por tratarse de acompañamiento psico-espiritual, la dimensión finalista (de los valores) juega un rol relevante ya que acompañar significa favorecer en la persona acompañada, una interconexión entre aquello que él es (el mundo del sentir) y aquello en lo que desea transformarse (el mundo del querer), con la esperanza que aquello que siente es también aquello que quiere y aquello que quiere es también aquello que siente. La trama confiere a los dos términos -sentir y querer- un significado adicional respecto a su definición autónoma (*Cap. 5*). Sobre este aspecto de los valores hago referencia en mis dos publicaciones anteriores: *Vivere gli ideali/1; fra paura e desiderio* (¿Qué ocurre en nosotros cuando nos damos cuenta de que en la vida existe también el mundo de los valores?) y *Vivere gli ideali/2; fra senso posto e senso dato* (¿Qué ocurre en nosotros cuando decidimos

1 Se encuentran en las publicaciones de los profesores del Instituto. Se destacan en particular: L.M. RULLA, *Antropología de la Vocación Cristiana. 1. Bases interdisciplinarias*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1990 (de ahora en adelante AVC 1); F. IMODA, *Desarrollo Humano, Psicología y Misterio*, Universidad Católica de Salta, Argentina, 2001 (de ahora en más DHPM); F. IMODA (ed), *Antropología interdisciplinare e formazione*, EDB, Bologna 1997 (de ahora en más AIF); A. MANENTI – S. GUARINELLI – H. ZOLLNER (ed), *Persona y formación. Reflexiones para la práctica educativa y psicoterapéutica*, Editorial Paulinas, Bogotá 2010 (de ahora en adelante PYF).

encaminarnos por la vía de los valores?).² Otro texto útil de referencia es el de S. Guarinelli, *Psicologia della relazione pastorale*³, en el cual se describen muchas dinámicas implicadas en el crecimiento psico-espiritual, tratadas en el mismo contexto teórico y de método del presente libro.

Una aclaración sobre los términos utilizados. Conforme a la política ya adoptada en una publicación anterior⁴ y sabiendo, no obstante, que los coloquios psicoterapéuticos y los coloquios de acompañamiento psicoespirituales son procedimientos diferentes, ambos términos son usados indistintamente por varias razones. El campo espiritual abarca *todo* aquello que implica a *toda* la persona, por lo tanto, no es una alternativa al campo de la psicología, sino que inevitablemente lo atraviesa. Por otro lado, la entrevista psicoterapéutica puede estar totalmente separada del ámbito espiritual, mientras que lo contrario es menos probable, pero si no se limita a curar los síntomas y se desea favorecer una siempre mejor humanización de la persona acompañada, aparecerán, sobre todo en su fase terminal, cuestiones últimas que requieren respuestas últimas. Por otra parte, ambos caminos comparten técnicas de investigación (*Cap. 4, 8, 11*), muchas dinámicas relacionales (por ejemplo, la alianza: *Cap. 8*) y muchas etapas (como la de las resistencias: *Cap. 9*). Las diferencias entre ambos procedimientos aparecerán, en cambio, cuando entremos explícitamente en dinámicas típicamente espirituales (*Cap. 10-13*), las cuales mantienen y presuponen pero, además, superan las dinámicas psicológicas.

El uso, igualmente intercambiable y, por lo tanto, la opción de no hacer las debidas distinciones, vale para otros términos: formación y/o educación⁵, formador/educador, cliente/discípulo/persona acompañada, guía/acompañante, masculino/femenino.

Especialmente el término "cliente" puede parecer inapropiado en el contexto formativo, pero aún así recuerda que toda relación formativa presupone un pacto, un contrato implícito, una distinción de roles, un servicio solicitado y una prestación ofrecida. La profesionalidad no quita nada a la generosidad

Acerca de la bibliografía y las notas. Sobre los temas del libro, tanto en el ámbito espiritual como en el psicológico, la lista es casi infinita. Pero opté por reducirla al mínimo necesario; es decir, a los textos sobre los que se fundamenta el método propuesto. Las notas, por lo tanto, no son una manifestación de cultura sino una invitación al lector a considerar los textos aquí citados como parte integrante de este libro. Por otra parte, la primera fuente de inspiración para lo que está escrito aquí no es la literatura existente, sino mi experiencia. No pretendo que se copie, sino que se sepa captar el espíritu de la aproximación al cliente. Una buena cantidad de referencias se refieren a los artículos de la revista *Tredimensioni*⁶: su propuesta recalca la de este libro, y sus artículos profundizan aún más algunos de los temas del libro.

Y finalmente, el conocido proverbio «chino»: *Cuando una persona justa usa medios equivocados, éstos actúan en forma justa. Cuando una persona equivocada usa medios justos, éstos actúan en forma equivocada.*

2 A. MANENTI, *Vivere gli ideali/1: fra paura e desiderio*, EDB Bologna 2001 (de ahora en adelante, *VI/1*); Id., *Vivere gli ideali/2: fra senso posto e senso dato*, EDB, Bologna 2003 (de ahora en adelante, *VI/2*).

3 S. GUARINELLI, *Psicologia della relazione pastorale*, EDB, Bologna 2008.

4 *PRSeFO*.

5 A. CENCINI, «Formazione: parola magica», in *Tredimensioni*, 3 (2004), 277-295; D. Pavone, «Educare e formare non sono la stessa cosa: per una pedagogia della coscienza», in *Tredimensioni*, 1 (2011), 21- 28.

6 Revista *Tredimensioni; psicología, espiritualidad, formación*, periódico cuatrimestral; Ed. Ancora, Milán (de ahora en más *3D*).

CAPÍTULO 1

Corazón grande, corazón pequeño

El primer instrumento del formador es tener una idea de cómo funciona la psiquis humana en lo que se refiere a su proceso de humanización. Sin esta antropología de fondo, le será difícil no perderse en los detalles, verificar el crecimiento global de la persona que está ayudando y respetar su sublimidad⁷.

En segundo lugar, la formación pone la atención sobre el ámbito de la interioridad subjetiva, que es aquel lugar interior donde la persona elabora la forma que quiere dar a su existencia, no sólo en el sentido operativo del término (=qué hacer), sino como tipo de presencia a sí misma, como modo de auto-apropiarse y no sólo de conocerse. Por tanto, será necesario conocer también a nivel teórico algo sobre el funcionamiento de la interioridad.

Por estas razones, inicio con la presentación sólo de los elementos de la antropología de la vocación cristiana (AVC) esenciales para el operar práctico que, entiendo, el formador deba conocer también desde el punto de vista de la teoría.

Ni ángel, ni animal

No existen diferencias entre las ovejas prehistóricas y las de hoy. Han cambiado muchas cosas, pero las ovejas continúan pastando inconscientemente, exactamente como las de la prehistoria. No les preocupa si actualmente en el cielo, además de los pájaros, surcan aviones supersónicos o satélites artificiales. ¿Por qué? Debido a que la naturaleza les ha proporcionado sólo instintos y no la autoconciencia. El instinto es una percepción programada que determina una respuesta programada, pero las ovejas son anónimas. Podemos, inclusive, dar nombre a cada una de ellas, pero no les agrega nada; continuarán, simplemente, pastando. Por esto, es fácil criar un rebaño, mientras que es difícil criar un grupo de niños.

El hombre es autoconciencia, que antes de ejercitar debe descubrir. Abierto a la experiencia, puede percibir también el mundo que está más allá de sus narices. No vive sólo en el momento presente. Tiene un rostro, un nombre, una historia, una capacidad creativa. Es capaz de elevarse por sobre el lugar que ocupa para alcanzar con su pensamiento los secretos más escondidos del cosmos, y puede descender hasta los ángulos más recónditos de la propia interioridad; puede ensanchar su curiosidad a los siglos pasados y proyectar su imaginación sobre los futuros. Con derecho se puede decir que el hombre es un pequeño dios en miniatura.

Pero está también la otra cara de la medalla. No es un ángel. Permanece creatura, limitada y contingente. Muere y llegará a ser alimento para los gusanos. Puede alcanzar las estrellas pero permanece ligado a la tierra. Es libre pero limitado por su cuerpo, que envejece y muere. Es un pequeño dios en miniatura pero también -se nos permita la expresión- un dios que va al baño.

Ciudadano de dos mundos

Aquí está su drama y su cometido: respetar y conciliar estos dos mundos tan diferentes. Vivir, entonces, significa tener en cuenta esa paradoja de la cual son exonerados los animales y los ángeles: los primeros por

7 A. MANENTI, "Il perché di una formazione specifica del formatore", en *Seminarium* 4 (2000), 715-747.

exceso de finitud y, los segundos, por exceso de infinito. Está en el hombre permanecer en equilibrio entre estos dos mundos, primero respetando a ambos y, después, tratando de aprovecharlos a su favor, o sea, comunicarlos entre sí de modo tal que el contacto no destruya sino que dé energía vivificante.

Esta paradoja de base se advierte en muchas cuestiones antropológicas que la existencia humana nos pone y que subyacen a las preguntas más contingentes provocadas por la crónica. Detrás del «hoy estoy preocupado», «hoy no sé bien qué hacer», «hoy me fue bien»..., se mueven preguntas sobre la vida que, en cambio, el teólogo, el filósofo o el poeta afrontan de modo directo y explícito. Algunas de éstas: *¿Cómo hacer para mantener el entusiasmo juvenil incluso después de haber tenido fracasos o desilusiones? ¿Cómo conciliar el mundo invisible e inmenso de los deseos con el mundo visible y a menudo mezquino de lo cotidiano? En el mundo finito que cambia, ¿es posible seguir un ideal infinito que no cambia? Ambicionar un ideal infinito e ilimitado ¿está al alcance de las operaciones finitas y limitadas del hombre? Y para nosotros, cristianos: ¿cómo fundamentarnos completamente en Dios, confiarnos enteramente a Él y, al mismo tiempo, fundamentarnos también sobre nuestras fuerzas como cualquier otro ser humano apasionado?* No es raro que quien confía en Dios considere sospechosa la invitación a contar sólo sobre sí mismo o, por el contrario, que quien tenga el control sobre sí prescinda de Dios. *¿Cómo podemos aceptar ser criaturas mortales y, al mismo tiempo, sentir que somos imagen de Dios?* Retomando la expresión irreverente mencionada antes, aunque igualmente eficaz: no es fácil considerarse un pequeño dios aún cuando se está sentado en el inodoro; como no es fácil recordarse que antes o después se vuelve al baño, aún sintiéndonos un pequeño dios. La depresión y la omnipotencia están siempre al acecho.

Acompañar a las personas es «simplemente» eso. Cristianos o no, el nudo del problema es siempre el de conjugar nuestros dos mundos.

Este quehacer paradójico de la existencia humana llega a ser, a nivel de investigación científica, el deber de integrar espiritualidad y psicología. Así como el hombre de la calle se debería esforzar por vivir en la vida diaria sus ideales, así el estudioso debería esforzarse por integrar lo que el hombre de hecho es –psicología- con lo que está llamado a ser –espiritualidad-. Como en el caso del hombre de la calle, también el hombre de ciencia puede caer en estos dos peligros anteriormente mencionados: por una parte, el psicologismo depresivo que en nombre de los condicionamientos socio-psíquicos niega la posibilidad de la vida espiritual y, por otro, el espiritualismo omnipotente que niega o no considera el terreno humano sobre el cual el ideal debería insertarse.

Respetarlo como es

Desde aquí ya se puede ver que acompañar significa ayudar a la persona a circular con gusto dentro de los dos mundos que son los únicos a él disponibles para realizarse. Para no abusar de la tolerancia del lector, dejo a él la concreción de este concepto jugando con la metáfora del pequeño dios que va al baño. El acompañamiento deja las cosas como están, pero con la no pequeña variante de ayudar a conjugar el mundo finito y el infinito sin despreciar uno por salvar al otro. Su lema es: respeta lo que eres para realizar lo que deseas.

Operativamente se puede partir del pequeño corazón, o bien, del gran corazón; del mundo del finito o del mundo del infinito; de la psicología o de la espiritualidad. Lo importante es que un polo contenga al otro para la propia realización. Cualquiera sea el punto desde el cual se parta, es necesario integrar los dos elementos del mundo-hombre. Para estar bien no basta analizar la situación contingente en la cual uno se encuentra -el mundo del límite- sino que es necesario encontrar el fin por el cual vivir -el mundo de los deseos-. No basta analizar el fin sino que es necesario ver cómo nos movemos en el pequeño recinto, dentro del cual se desarrolla la vida de todos los días.

El corazón grande

Nos abrimos al mundo bajo el impulso del *intelecto* que quiere conocer lo que es verdadero; bajo el impulso de la *voluntad* que busca lo que también es bueno; bajo el impulso del *afecto* que no se contenta de lo verdadero y de lo bueno sino que busca lo que es también amable. Y no termina aquí. El objeto amable puede ser yo mismo, la vida que debo cuidar, respetar, honrar mediante la adquisición de un yo siempre más verdadero, más auténtico (*amor ego-céntrico*). Luego, en un paso más de apertura, el amor puede abrirse al otro, hacia un tú o hacia una comunidad humana para tutelar, incrementar, socorrer (*amor filantrópico-social*). Pero aún así no es suficiente: en un paso posterior, puedo desear traspasar los confines para amar a Dios que también me atrae a hacerlo (*amor teocéntrico*) y, aún más, amar como Jesús amó. En verdad un corazón grande. El registro de la vida es inmenso, se alarga y ensancha cada vez más.

El corazón pequeño

El objeto considerado verdadero, bueno y amable –ya se trate de mi vida, del prójimo o de Dios- tan ardientemente conocido, querido y amado, lo maltratamos de igual modo con inteligencia, voluntad y pasión. Nosotros mismos nos privamos de lo que ardientemente deseamos o, al menos, lo empobrecemos. No porque somos malos sino porque somos humanos. Si así no fuese, no habría necesidad de educar. No habría necesidad de redención. No habría tampoco un ser que se llame “hombre”.

Pequeño y grande corazón. Basta ver cómo nos relacionamos con los demás. Aquellos a quienes amamos, buscamos, cuidamos son también a quienes evitamos, ignoramos, agredimos con menos temor por las consecuencias, justamente porque nos son íntimos. Los más íntimos se nos presentan también como los más monótonos. La intimidad nos aburre. Estamos hechos con un corazón que no sólo se abre a una alteridad sino también que se tutela a sí mismo, preocupado por defender, salvar y emanciparse a sí mismo; la alteridad -aunque vivida como “socia” de respeto y premura- es también fuente de amenaza, obstáculo que entorpece, figura antagonista... si en el corazón grande reconocemos en la espontaneidad humana un carácter de apertura, en el corazón pequeño encontramos una nota de clausura. Si me leo a la luz del corazón grande, no puedo dedicarme himnos de alabanza porque, en el fondo, permanecen las sombras de mi desear fragmentado, a corto término, de bajo cabotaje. Si me descubro con un corazón pequeño que se retrae en sí mismo, no puedo hacer una tragedia, porque el corazón grande continúa transmitiendo las luces de su deseo tenaz, a largo término, con mucha pasión. Por nacimiento no somos ni buenos ni malos, ni ángeles ni animales.

Aceptar también el corazón pequeño

El pequeño corazón es pequeño porque nació pequeño y no porque ha llegado a serlo.

Pero a nosotros este punto de partida no nos gusta. Si tenemos miedo decimos que estamos ansiosos; si estamos tristes sospechamos ser depresivos; si a un niño le gusta estar a solas, lo mandamos al psicólogo por sospecha de autismo; si tenemos un problema decimos que estamos en crisis.

Al pequeño corazón lo consideramos un descarrilamiento. Preferimos pensar que nació de un virus que se alojó en el único, nuestro, natural, corazón grande y, vaya paradoja, preferimos decirnos enfermos antes que débiles.

No somos tan magníficos como nos gusta pensarnos. Incluso el que tiene poca estima de sí, en el fondo sigue el sueño de su magnificencia porque, de lo contrario, no sufriría tanto cuando ve su pequeñez en ejercicio. Disponemos de un rico vocabulario para convencernos que la debilidad no es algo innato sino un virus infiltrado: sociedad enferma, cultura egoísta, nihilismo cultural, relativismo pos-moderno, tentación del maligno, trauma infantil, pecado, horóscopo infausto, padres equivocados, mala voluntad... Todo para no reconocer que somos

«simplemente» humanos. Para mantener la ilusión forzamos, incluso, el mensaje cristiano. Nos gusta pensar que el corazón pequeño es malo (por lo tanto, para ser combatido) y aquel grande es virtuoso (por lo tanto, para inflarlo); que el amor de sí es un vicio y el amor por el otro una virtud; que el perdón es bueno y la denuncia mala; que los buenos padres son los que se desviven por los hijos, mientras que los malos piden algo a cambio. Y por este camino florecen neurosis, ascetismos tristes, derrotas irascibles y se libran guerras perdidas de entrada porque las iniciamos para llegar a ser aquello que nunca llegaremos a ser. ¿Quién ha dicho que el corazón grande está -de por sí- a nuestro favor y funciona siempre a lo grande? ¡Cuántas violencias se hacen y se hicieron en nombre de los grandes ideales! ¿Y si el corazón pequeño busca protegerse a sí mismo, por qué no debería hacerlo? Si no lo hiciésemos atravesaríamos la calle sin la advertencia de mirar si están pasando autos a gran velocidad que podrían atropellarnos.

Dos categorías de importancia

Nuestra grandeza no consiste en tener a disposición un corazón grande, ni nuestra miseria es tener un corazón pequeño. Lo asombroso del ser humano es tener a disposición ambos, es decir, una doble modalidad de funcionamiento no concedida a los animales ni a los ángeles y, por lo tanto, -con respecto a ellos- el tener una reacción más amplia y diversificada en la vida.

Cuando comenzamos a advertir que un objeto nos puede ser agradable, sea cual fuere: desde el más simple como un objeto visto en un negocio, al más desafiante como el de elegir una profesión o un estado de vida, tenemos a disposición dos modos de acercamiento. Poseemos la facultad de relacionarnos con ellos siguiendo dos recorridos, dos clases de motivaciones o categorías de juicio. A disposición tenemos dos diversos puntos de vista, dos puntos de observación (esta es la prueba psíquica de que el ser humano está dotado de libertad). Estas «dos categorías de importancia» las usamos para las elecciones cotidianas (juicios de hecho) pero sobre todo para juicios de valor y, por lo tanto, para las decisiones de vida. Se trata, en definitiva, de dos diversos modos de desear, o sea, de responder a un objeto que, según el punto de observación que prevalece, asumirá para nosotros una cierta importancia más que otra⁸.

Debemos tener en cuenta que el punto de vista que usamos puede atribuir al objeto una importancia que no necesariamente corresponde a la importancia objetiva que el objeto tiene en sí mismo; puedo cargar de una importancia excesiva un objeto que no lo merece, como cuando doy a mi automóvil el objetivo de exhibir mi prestigio, o considero a mi hijo como aquel que debe redimir todos mis fracasos, o pido a Dios que resuelva los problemas que yo debería afrontar ...

Una de las categorías de importancia sigue el criterio de lo «*importante para mí*» y, la otra, el de lo «*importante en sí*»⁹.

Según el primer modo de hacer funcionar el corazón, un objeto es deseable porque es agradable para mí y me satisface porque realiza o entiendo que realice la satisfacción de una necesidad; por tanto, al centro de la atención estoy yo, y el objeto es funcional a mi bienestar (Nota: ¡No debemos etiquetar esta modalidad como intrínsecamente egoísta!).

En el segundo caso, el objeto es deseable porque vale en sí mismo, intrínsecamente, independientemente del afecto que pueda producir en mí, y permanece querible en mí aunque en ciertas ocasiones no me gratifique (Nota: No debemos etiquetar esta modalidad como intrínsecamente virtuosa).

8 Vale también para un proceso psicológico subyacente a una decisión vocacional, como la del sacerdocio o de la vida religiosa: A. MANENTI, «I fondamenti antropologici della vocazione», en *Seminarium* 1 (1996), 21-34.

9 Cf. A. CENCINI – A. MANENTI, *Psicología y Formación; estructuras y dinamisismos*, Paulinas, México 1994, 45-61 («Los procesos de la decisión: deseo emotivo y deseo racional»).

La diferencia que existe entre las dos categorías de importancia es la diferencia que existe entre salvar el propio matrimonio por conveniencia o hacerlo porque algo de bello se perdería. Es la diferencia entre salvaguardar la propia salud porque «muero yo, muere todo» y el de salvaguardarla para continuar haciendo el bien al prójimo. Es la diferencia entre ser sacerdote para sentirse alguien en la vida o el serlo porque se siente alguien. Es la diferencia entre amar a mi hijo porque es un buen alumno en la escuela y amarlo porque él es él. Dos amigos fueron ayer al restaurante y relatan la velada; el primero: «¡Sabes cuánto comimos! Y ¡qué platos exquisitos!» («importante para mí»); el segundo: «Fue un buen encuentro, hacía mucho que no cultivábamos nuestra amistad» («importante en sí»).

Los ejemplos pueden engañar porque de éstos se podría concluir que el «para mí» es egoísta y el «en sí» es virtuoso, y así volveríamos a la idea de que el límite es miseria y el proyecto nobleza. Las dos categorías de importancia son igualmente respetables. Uno se casa y permanece casado por amor, pero también por conveniencia, y si no se ve más la conveniencia es obvio que nazcan las dudas. Al restaurante se va con los amigos pero también para comer bien. Si hago una elección de vida, al fin de cuentas lo hago porque siento que es la mejor elección «para mí», y si esto no permanece, entraré en crisis aunque continúe considerándola como válida «en sí». Hay un lado útil en la vida que es precioso. Lo ideal sería que el «para mí» y el «en sí», jugasen en sintonía.¹⁰

Dos sensibilidades

Las dos categorías dan origen a dos modos de sentir diferentes, pero igualmente dignos.

El uso de la categoría de lo «importante para mí» produce los correspondientes sentimientos que son, de hecho, el producto del «para mí»; esto es, un sentir al objeto como algo que me hace sentir bien. El uso repetido de la categoría «en sí» produce, asimismo, otros sentimientos que son el reflejo en mí de lo que vale «en sí», esto es, un sentir que percibe la belleza intrínseca del objeto, dentro de la cual me siento gozosamente inmerso. En la vida, la distinción no es tan neta pero, si estoy un poco atento a mi sentir, antes o después, entiendo si cuando digo «te quiero mucho» estoy privilegiando mi bienestar o tu ser “amable”.

El primer sentir es bastante automático y no se necesita mucha formación para activarlo; resulta espontáneo advertir inmediatamente si el objeto que roza mi piel está a mi favor o en contra, y si inclusive me ilusiono que esté a mi favor, algo en mí me llevará a retirarme. Si el mecanismo se bloquea, hablamos de masoquismo.

El segundo sentir, en cambio, necesita una cierta formación. Como capacidad, todos la tenemos, pero no significa que todos la pongan en práctica. Para que los sentimientos relativos a algo que es intrínsecamente importante puedan surgir, necesitan una cierta capacidad contemplativa o estática que hace sentir al objeto tal como es, cuya importancia no puedo cambiar, ni aumentándola ni disminuyéndola. Los padres saben que amar a su hijo cuando es pequeño es casi espontáneo hacerlo porque el bebé responde con una sonrisa las caricias de los padres; pero seguir amándolo cuando, siendo adolescente, se irrita por las mismas caricias, especialmente cuando se dan en presencia de sus amigos, necesita un pequeño esfuerzo extra. Pero es gracias a esta segunda modalidad de sentimientos, que podemos desear cosas que no podríamos jamás desear con sólo sentimientos del «para mí», hasta el punto de apreciar cosas que no sentimos justamente así.

A diferencia de los animales tenemos, por tanto, a disposición, dos registros de sentimientos por los cuales, en relación a ellos, somos más ricos.

10 «Siento que tengo que hacerlo» es la expresión que conjuga bien lo que vale «en sí» con lo que vale también «para mí», por lo cual llega a ser absurdo poner la alternativa: *¿Lo hago por elección o por deber?* Cf. A. Manenti VI/2-106 («Il valore come appello»).

Dos predisposiciones a responder

El uso repetido -más o menos consciente y deliberado- de estas dos categorías de importancia y los correspondientes sentimientos asociados a ellas, con el paso de los años dejan un residuo, es decir, ciertas predisposiciones a actuar que llegan a ser cada vez más habituales. A fuerza de repetición, se forman predisposiciones habituales a responder en un cierto modo antes que en otro; inclinaciones espontáneas a un cierto modo de sentir; una sensibilidad a captar ciertos particulares de la realidad antes que otros... Es decir, se forman actitudes habituales de vida que -por definición-, son predisposiciones a responder. Nos formamos un carácter que es la forma personal que le hemos dado a nuestra humanidad. A veces el carácter llega a ser tan rígido que no sólo nos inclina a sentir preferencialmente en un modo antes que en otro, sino que nos lleva también a excluir totalmente al otro, de tal modo de inducirnos a reaccionar sólo y siempre en una única modalidad. En tal caso, el corazón humano, capaz de una amplia gama de tonalidades afectivas, se ha congelado y/o contraído a algunas modalidades reactivas privándose de otras. De ese modo, una personalidad paranoide es sensible a la sospecha pero no a la confianza; el depresivo se priva de las reacciones maníacas y el narcisista de la libertad de llorar de sí mismo...

Dos fuentes energéticas: necesidades y valores

¿Cuales son las fuerzas o energías que hacen posible y sostienen las dos categorías de importancia y las dos sensibilidades?

Dejando el análisis para otra publicación¹¹, podemos, en modo sintético, responder así. Los dos tipos de sensibilidad son posibles porque son alimentadas por dos grupos de energías internas. Estos dos grupos de energías internas alimentan el deseo humano según la doble versión de lo «importante para mí» y/o de lo «importante en sí». La llamamos necesidades y valores. Son energías innatas, presentes por naturaleza. Las necesidades son innatas como tendencias y también como contenido (por ejemplo, la necesidad de agresividad sugiere un contenido agresivo y no de armonía; el de ayudar a los otros tiende al altruismo y no al sacar provecho...). Los valores, en cambio, son innatos sólo como tendencia, por lo cual la natural tendencia a buscar lo verdadero, lo bueno y lo bello, espera ser provista de contenidos que le ofrecerán la educación y la cultura.

Sin hacer distinciones demasiado drásticas, se puede decir que las necesidades -precisamente porque indican necesidades importantes para poder sustentarse- inclinan a responder a los objetos según lo «importante para mí». Los valores -precisamente porque indican el anhelo natural por aquello que es en sí bello, amable y digno- son como las antenas interiores útiles para captar lo «importante en sí».

Estas dos fuentes de energía constituyen los latidos de nuestro pequeño gran corazón. Un corazón pequeño que es «impulsado» por necesidades, y un corazón grande que es «atraído» por valores (Nota: Cuidado con etiquetar el impulso como animalesco y la atracción como angelical).

Dos modalidades de proyectarse

La lógica de la necesidad sigue el ritmo del déficit-satisfacción-contentamiento (modelo de la homeostasis). Inicia con la advertencia de un vacío por colmar, impulsa a buscar un objeto que lo satisfaga y, una vez encontrado, vuelve a la tranquilidad anterior. El círculo, después se reactiva haciendo resurgir la dinámica del déficit-satisfacción-contentamiento, según la ley de la coacción a repetir (compulsión), con la resultante de que la satisfacción recibida -porque es siempre repetitiva y siempre más automática- pierde su fuerza, por lo cual, la búsqueda llega a ser siempre más obsesiva.

11 A. CENCINI- A. MANENTI, *PyF*, 63-128 («necesidades-actitudes-valores»).

La lógica del valor, en cambio, pone de frente a una meta que atrae. Hace referencia a una aventura que deseamos intentar; a un sueño que queremos realizar; a una fantasía en la cual centrarnos; un desafío para enfrentar. Busca algo que todavía no existe y nunca vuelve al punto de partida. El rendimiento alcanzado satisface pero no tranquiliza, porque el mundo de los valores está siempre un paso más allá respecto a donde estamos. Se los puede perseguir, pero no alcanzar; son realizables, pero inagotables; al placer de la posesión se agrega el querer algo más y mejor que puede, aún, ser intentado y descubierto¹².

Pero un único corazón

Dos categorías de importancia, dos sensibilidades, dos predisposiciones a responder, dos fuentes de energía, dos modalidades de proyectarse..., y para cada una de ellas una lista infinita de posibles tonalidades, matices, concretizaciones. Es casi inagotable lo que el corazón humano es capaz de producir, probar, inventar, sentir. De esta rica fuente cada uno de nosotros, aprovecha sólo algo; mucho permanece aún no expresado, porque todavía duerme o porque lo hemos reprimido o porque todavía no está pronto para emerger.

Distinguir no quiere decir separar ni contraponer. No se busca lo que vale «en sí», si aquello no vale también «para mí». El corazón es uno solo. La diversidad de los componentes que interactúan pueden hacerle emitir una hermosa canción o un puñado de rumores.

12 Para la dinámica de esta lógica cf A. MANENTI, VI/1, 59-71 («il desiderio»)

CAPÍTULO 2

Un único corazón.

La dialéctica de base y el pensar en conjunto

Aquello que la reflexión teórica distingue para comprender mejor, la praxis formativa lo tiene unido.

Tener unido el “pequeño gran corazón” debería ser la mirada con la cual el formador escucha las historias de sus formandos: una mirada que conjuga, tiene unidas las partes; que no divide, que no separa, que no encasilla. Mientras el formando habla de una parte de su corazón, aquella que actualmente siente más viva, ve y comunica, el educador no debería dejarse absorber sólo por aquella parte sino ver también la otra, igualmente presente en la persona pero que en la narración de sí, el formando omite porque, -quizás- ni siquiera sabe reconocerla. En toda exposición parcial -ya sea del corazón grande o del corazón pequeño- está todo el corazón que en esa parte se asoma. Si el formador no logra hacer esto, el coloquio no es más formativo sino una simpática charla entre personas que conversan en un único y compartido nivel de comunicación: el que corresponde sólo a lo que verbalmente se está diciendo aquí y ahora.

Del tipo de escucha dependerá después el tipo de intervención (abordaje). Si el formador sólo ve lo que el formando le narra, su intervención se detendrá allí. Si, en cambio, busca también ver cómo en aquella narración la persona ha logrado concordar el corazón grande y el corazón pequeño, es decir, a gestionar su constitución antropológica, hará una intervención formativa que, sirviéndose del aquí y ahora, ayude a la persona a afrontar mejor lo que narra y también a vivir mejor como sujeto, más allá de la inquietud presente.

De esta mirada conjunta queremos hablar ahora, y recurrimos al concepto de dialéctica de base porque es ésta la fuente inspiradora del mirar.

Relación dialéctica

Las dos modalidades de funcionamiento del corazón humano, separadas artificialmente en el capítulo precedente para describirlas mejor, en la vida concreta no son dos partes que se suman o se encuentran sino dos polos que se dinamizan: están en relación dialéctica.

La relación dialéctica indica que es intermedia entre una relación armónica entre iguales y una relación conflictiva entre opuestos. El término dialéctica significa «paradoja que se debe respetar y no, resolver». Está constituida por, al menos, dos polos que son distintos entre ellos. Cada uno de ellos crea, conserva e invoca al otro. Los polos se reclaman una y otra vez, pero nunca se sobreponen: son distintos entre ellos; sin embargo, necesitados el uno del otro; se mueven hacia la integración que, no obstante, nunca está completa. Cada integración lograda entre ellos, crea una nueva distancia y una nueva tensión hacia una ulterior integración. Por la imposibilidad de superposición de los polos que la constituyen, la dialéctica no se aquietta nunca; antes bien, provoca una tensión energética progresiva. La llamamos «de base» porque no es la consecuencia de condicionamientos ambientales sino parte inherente de la naturaleza humana¹³. Estamos hechos así. El ser

13 «Una de las características profundas del hombre es desear y ser confrontado con algo que vaya más allá de su limitación, de su finitud, del orden sensible o intuitivo-emotivo, este anhelo por el Infinito, por el Objeto, abraza nuestro espíritu sin destruir lo *finito*, lo limitado que hay en nosotros. De ahí la dialéctica presente en nuestro ser entre el infinito al que tendemos con nuestros ideales y lo finito de nuestra realidad. Es la autotranscendencia por sí misma la que comporta tensión entre el self (el Yo) como trascendente y el self como trascendido. Esta

humano nace con un corazón grande y pequeño; no es que se vuelva así por la sociedad, por la mala educación o por el ambiente¹⁴.

Si el lector se detiene a reflexionar sobre la dialéctica del corazón humano, comenzará a tener dudas sobre los modelos románticos en los cuales, a veces, son tratados los temas como integración, madurez afectiva, superación del límite, donación de sí... El proceso dialéctico está bien lejos del querer apagar toda tensión o del prometer armonía.

Diversidad pero no antagonismo

Decir que el corazón humano funciona en modalidad dialéctica significa decir que está dotado de dos diferentes clases de inclinaciones (descritas en el capítulo precedente), y que una no funciona aislada de la otra. Y nos debemos detener aquí. No se dice que el corazón pequeño es malo y el otro bueno, sino que simplemente son. No se dice que los dos polos son antagonísticos, uno contra el otro. Se dice sólo que son diversos, distintos. Decir que son diversos no significa decir que están en colisión. De hecho, la dialéctica de base es también el origen de una sana tensión de crecimiento que deriva de la co-existencia de dos espontaneidades, distintas, pero no por esto no armonizables.

Las dos modalidades de funcionamiento *pueden* llegar a ser antagonísticas -con influjos negativos en vistas al crecimiento- a causa de la forma que ellas asumirán en el curso de nuestra vida. La bipolaridad a nivel ontológico *puede* volverse antagonismo a nivel caracteriológico. El eventual antagonismo que puede nacer en el curso de nuestro desarrollo no debe ser atribuido a la naturaleza humana en cuanto tal, como si en ella confluyesen dos espontaneidades en guerra entre sí. A nivel de naturaleza humana hablamos de ambivalencia, la cual puede volverse antagonismo y conflictividad entre las partes a causa de nuestro modo de vivirlas. Por ejemplo, si un sacerdote se organiza para tomarse unas vacaciones, no debe sentirse culpable y, ante sus fieles, justificar las vacaciones como peregrinación: la necesidad de vacaciones -exigencia de lo «importante para mí»- no choca con la disponibilidad pastoral -exigencia de lo «importante en sí»-, y en el caso de que las vacaciones tengan el tono de evasión no es porque el sacerdote haya cedido a la tentación del «para mí».

Es necesario, por tanto, evitar la interpretación moralista que considera a la dialéctica como una lucha entre una fuerza mala y una buena, una generosa y otra egoísta; sería como sostener que, como las relaciones se juegan sobre la polaridad contacto/retiro, el contacto sería positivo y el retiro negativo.

También es necesario evitar la interpretación espiritualista que considera la dialéctica como lucha entre la parte de sí noble y elevada y, la otra, carnal y baja; una lucha entre el hombre viejo y el hombre nuevo, en el que el peligro llega sólo desde la parte baja o de la carne débil. Nótese que inclusive el ejercicio de la parte «elevada» puede ser un factor que postergue el bien: cuántos pecados u omisiones y complicidades en nombre de la inteligencia y de los ideales!

dialéctica es ontológica, es inherente al hombre, a su ser.» AVC/1, 139.

14 El concepto de dialéctica es un elemento central en nuestra AVC. Cf. por ejemplo, el párrafo «Resistencia y dialéctica» del artículo de T. HEALY, «La sfida dell'autotrascendenza: antropologia della vocazione cristiana 1 e Bernard Lonergan», en ALF, 101-107. En el concepto de dialéctica es evidente la referencia al Concilio Vaticano II: «En realidad, los desequilibrios que aquejan al mundo de hoy están estrechamente relacionados con aquel otro desequilibrio, más fundamental, que tiene sus raíces en el corazón del hombre, pues es en el hombre mismo donde muchos elementos están en lucha» (Gaudium et Spes, 10)

Co-presencia de los dos polos

La dialéctica -propiedad ontológica del corazón en versión humana- no se ve, sino que se reconoce en nuestro comportamiento.

Cada una de nuestras acciones significativas hace referencia siempre a los dos polos de la dialéctica, donde un polo se vuelve la figura en primer plano -querido y actuado por el sujeto-, mientras que el otro permanece en el fondo -presente por fuerza de sí mismo y no por decisión del sujeto-, pero siempre en un contexto informativo unitario. Dicho de otro modo, hay en nuestras elecciones, motivaciones de apertura y motivaciones de clausura, de altruismo y de egocentrismo, de oblatividad y de interés ... Esto es muy confortante, ya que también una vida organizada según el corazón pequeño no puede no conservar, al menos, algún indicio del corazón grande; si esto no es así, estamos en la perversión.

La presencia de la dialéctica se hace experiencia sensible cuando nos encontramos viviendo situaciones importantes; tanto más importantes y tanto más envolventes; por tanto, más encienden todo nuestro corazón, las cuales son vividas con una gran gama de sentimientos alternos. Vemos así por qué ante decisiones importantes nos cuesta tanto conciliar el sueño: lo que el corazón grande advierte como oportunidad, para el corazón pequeño puede ser amenaza; para el uno, fuente de alegría y, para el otro, fuente de tristeza ... Es el modo humano de decidirse, porque el corazón humano siente cada acontecimiento decisivo como incremento-limitación, ocasión-amenaza, favorable-desfavorable, vida-muerte, equilibrio-desequilibrio, ganancia-pérdida, provecho-costos, alegría-dolor... Gracias a esta polifonía nuestro sentir nunca es en sentido único y, por lo tanto, permanecemos libres para elegir nuestra respuesta¹⁵.

Tampoco el corazón cristiano se sustrae a esta alternancia de sentimientos. Aunque convertido, permanece pequeño y grande, por lo cual el mensaje evangélico cuanto más fascinante es, tanto más lo siente irritante; cuanto más lo atrae, tanto más lo atemoriza. No es para escandalizarse si a cierto punto de su camino, un buen discípulo de Cristo desea proseguir y, al mismo tiempo, siente también la imposibilidad e, inclusive, el deseo de volver atrás. La invitación evangélica «con todo el corazón» no significa «sólo con corazón grande», es decir, con la mitad del corazón.

Esto no nos gusta pero es así. Y si la psicología nos lo recuerda, nos enojamos y la acusamos de no creer en la gracia. La adhesión «con todo el corazón» al Evangelio es siempre una afirmación mixta que dice un sí y un no. En el momento en que digo sí al Evangelio, también digo no al Evangelio. En la mejor de las hipótesis, el sí es elegido y el no es padecido; el sí está en primer plano como acto deliberado y el no, en el trasfondo, como un dato de natura. Y vale también lo contrario: el no explícito al bien no puede nunca cancelar la natural solidaridad del corazón humano hacia el bien. El sí dicho, no cancela la resistencia a decirlo, como el no, dicho, no logra pervertirnos hasta el punto de hacer desaparecer el querer natural hacia el bien. Si así no fuese, la experiencia de bondad o de maldad, una vez puesta en acto, asumirían la forma de eternidad sin posibilidad de redención. Seremos «nada más que» santos o «nada más que» pecadores. Si nuestra entrega a Dios no contemplase también nuestra resistencia a Él, estaríamos como hechizados por Él. La pregunta justa, por tanto, no es si, sino cuánto, en una misma acción, hay de grande o de pequeño; cuánto hay de altruismo en el buen comportamiento y cuánto de lucro; o cuánto hay en el comportamiento dañino de querer hacer realmente el daño y cuánto de querer redención.

«¿Qué sería del coraje sin su porción de miedo? Una bravuconada que empuja a arriesgarse sin la debida moderación. El verdadero coraje contiene el polo de la osadía, pero también el del miedo. Regulando la dialéctica, el corajudo auténtico se mantiene en la doble posibilidad de entusiasmo por arriesgarse, pero con la reserva de detenerse cuando es el momento; y de contenerse con la disponibilidad a largarse cuando vale la pena. Tampoco el miedo es definido como falta de coraje. El miedo que esclaviza es la angustia que paraliza. Y así siguiendo. La virtud, privada del gusto por el vicio, llega a ser condena por el hecho de ser virtuoso. El éxito sin fracasos nos

15 Sobre la polisemia de los acontecimientos y nuestra reacción polifónica hacia los mismos, ver: VI/2, 9-22 («El sentido por descubrir; la vida nos ayuda»), 23-43 («Corazón que responde»), 45-65 («El círculo hermenéutico»).

enferma de narcisismo. El abatimiento, privado de esperanza, es pesimismo. La esperanza sin abatimiento, es simplismo»¹⁶. La co-presencia del corazón grande y del corazón pequeño no demuestra el esfuerzo por vivir, sino su fascinación.

Si veo un polo, no debo olvidar que hay otro, aunque no lo perciba inmediatamente

No es fácil tenerlos juntos. Lo constato en el trabajo de supervisión a los formadores que están todavía haciendo sus prácticas. Cuando el formador se topa con una biografía donde el corazón grande es bien visible, mientras que el pequeño aparece sólo entrelíneas, tiende a ver solamente el grande y sobrevuela sobre el pequeño, y en vista del encuentro de supervisión escribe una relación llena de todo lo bueno del individuo: *«El sujeto presenta una buena adaptación a la realidad en la cual está inserto; demuestra saber llevar los acontecimientos y las relaciones a la luz de un estilo de vida que le es suficientemente claro y que sabe motivar bien. Algunas veces muestra algunos signos de estrés bajo la forma de nerviosismo o de desánimo pero siempre dentro de la norma, el cual podrá ser superado favoreciéndole una mayor confianza de sí y con oportunos consejos conductual»*. En definitiva, todo bien, pero con necesidad de un pequeño retoque que hará pasar la calificación de menos 10 a más 10. En la supervisión, la calificación comienza a bajar cuando hago notar que no todo lo que brilla es oro. Me despierta curiosidad eso de *«algunos signos de estrés bajo la forma de nerviosismo o de desánimo, pero siempre dentro de la norma»* y pregunto: *«¿De qué nerviosismo se trata? ¿Desánimo a propósito de qué? Y ¿por qué en esas circunstancias y no en otras? ¿Qué fantasías nacen en aquel momento? Y después, ¿qué sucede?»*... Señalando esto no quiero destruir la «buena adaptación a la realidad» sino poner en evidencia que también hay alguna otra cosa, y que aquel *«Algunas veces muestra algunos signos de...»* no es un detalle sobre el cual sobrevolar, un fracaso neurótico momentáneo. Quiero hacer entender que hay algo más y que puede ser interesante. Puesto sobre este “sospechoso” camino, el formador encuentra a esta persona y, en efecto, desde un análisis más profundo descubre que el nerviosismo y el desánimo vienen de algo más, que el interesado mismo admite: *«¡casi llorando con rabia cuando la vida no va como yo digo y, a veces, esto es un insulto inaceptable!»*. El cuadro comienza a ser más completo, pero el formador en lugar de utilizar un pensamiento que considere el todo, da marcha atrás con respecto a su opinión precedente y para preparar la supervisión sucesiva, escribe: *«el sujeto detrás de su estilo aparentemente seguro y convencido, demuestra nutrir profundos sentimientos de intolerancia cuando la realidad no obedece a su autodeterminación sino que lo humilla en su sentido de omnipotencia. Se aconseja, por tanto, un tratamiento psicoterapéutico que lo ayude a recurrir a reacciones menos primitivas»* Pero ¿cómo? El pobre, ¿ahora tiene que tirar todo? Primero era suficiente con darle algún consejo; ¿y ahora necesita un tratamiento? ¿Cómo es eso? Si en su estilo suficientemente maduro se agregan signos menos prometedores, la positividad de aquel estilo desaparece mágicamente de nuestros ojos! Se necesita mucho ejercicio y mucha supervisión para lograr poner en práctica el pensar conjunto.

En la práctica educativa es bastante fácil individuar, separadamente, signos de grandeza y de pobreza. Pero cuesta un poco más unirlos. La dificultad para reunirlos está en el hecho de que, según el sentido común, los elementos que son discordantes no pueden crear armonía; que el pequeño y el grande no se pueden buscar, sino sólo anular. Nos parece ilógico que a un nivel, nuestra vida nos dice una cosa y, en otro nivel, nos diga otra distinta. Ver la presencia simultánea del trigo y la cizaña es difícil, y se es siempre unilateral, por lo cual, erróneamente, se piensa que si hay cizaña no puede estar el trigo, y viceversa.

Un polo informa sobre el otro (inclusión)

Hay más todavía. Para tener unido no basta acercar A y B. La presencia simultánea de A y B no se debe entender como un acercamiento sino como inclusión. “A” está en “B” y “B” está anidado en “A”, por lo cual, “A” habla también de “B” y “B” habla también de “A”.

¹⁶ VI/2, 18-19.

Un polo habla de sí mismo y también del otro polo. Esto quiere decir que, mientras a un nivel la persona me habla de su sí, a otro nivel, pero usando las mismas palabras del sí, me está hablando de su no, y viceversa, mientras se apasiona por convencerme de su no, me deja entrever -usando siempre las palabras del no- su nostalgia por el sí.

Ver el mal en el que es malo, es fácil, como es fácil ver el bien en el bueno. No es tan fácil percibir el deseo por el bien en el malo, incluso cuando continúa siendo malo; o ver residuos de egocentrismo en las acciones de santidad. Todos vemos la belleza en un niño sano y pocos la vemos en un niño espástico.

Aquí reside el arte del educador: la sabiduría de percibir que «dentro» hay «algo más»; un significado diferente del que aparece en primer plano y de aquel que el simple sentido común sugeriría, o aquello que el ojo y el oído saben captar. Es la capacidad de individuar la llamada del Espíritu incluso allí donde el Espíritu fue olvidado por su aparente ausencia; la capacidad de saber -como las vírgenes prudentes del evangelio- que la ausencia no es un vacío sino una presencia con signo contrario.

Lo que hay que tener presente es que un polo hace referencia al otro no porque asume las palabras del otro, sino que lo dice con las propias palabras! “A” dice “B” con las palabras de “A”, y “B” dice “A” con las palabras de “B”. Esto es increíble para un oído incrédulo. No logra imaginar que se digan palabras de amor para expresar rechazo, y palabras de rechazo para expresar amor; palabras grandes para decir ridiculeces y pequeñas palabras para decir grandes cosas. Son, por tanto, palabras que engañan, y se las ve por el modo en que son dichas: palabras rígidas, forzadas, artificiales, exageradas, afectadas, inexpugnables, perentorias, intelectualizadas, aburridamente repetidas, demasiado trágicas o demasiada entusiastas...

Algunos ejemplos:

* Con palabras negativas explico mi sí. Clase de religión. Marcos -17 años- me mira como si me quisiese comer con el claro mensaje de que aquello que digo, a él ya no le interesa. ¿Sólo gruñón y hermético? ¿O, quizás, está haciendo un tentativo por frenar cierto mensaje que lo obligaría a abrir o reabrir una búsqueda? ¿Sólo rechazo o percepción de un mensaje demasiado importante para ser escuchado?

* Con gestos de rechazo busco relacionarme. El comportamiento agresivo, a primera vista habla de oposición, de hostilidad, de repulsa hacia los otros, pero a un nivel más profundo puede indicar una búsqueda desesperada de amor. Extraño modo de pedir, pero en la economía general de la persona, puede ser el único que haya quedado disponible, ya que la búsqueda explícita y afectuosa es posible que haya obtenido tristes efectos y, ahora, no está más disponible y es demasiado peligroso.

* Con gestos de amor oprimo al amado: lo amo tanto que lo sofoco, y mi necesidad de sentirme útil y necesario lo quiere convencer de «su» necesidad de tenerme siempre cercano. Para sentirme o hacerme sentir necesario y útil, no me faltarán las citas bíblicas, espirituales, literarias, poéticas, artísticas... expuestas en abundancia para explicar, precisamente, cómo es verdadero que el egocentrismo del corazón humano aparece justo en el momento en el cual se ama.

* Este principio de inclusión deja literalmente pasmado cuando se lo descubre en acto en las crisis matrimoniales ocasionadas por la infidelidad de uno de los cónyuges. Lo que al inicio de la investigación parecía un rechazo explícito del cónyuge en favor de una tercer persona, no por casualidad se revela la extrema -quizás torpe y desesperada- declaración de amor hacia el propio cónyuge, ¡y no hacia el amante! Parece absurdo, Pero ¿cómo? ¿Con palabras de infidelidad te estoy diciendo que te quiero mucho? Pero no es absurdo cuando descubre después, que quererse era de tal modo «grande» que se daba por descontado; de tal modo «puro» que llega a ser abstracto; de tal modo «espiritual» que se convierte en etéreo; de tal modo «acogedor» de llegar a ser indiferente; de tal modo «profundo» que llega a ser mudo. Y se necesitaba un extraño -el amante- para descubrirlo. En definitiva, de tal modo «todo», que la traición aconseja llevarlo a un nivel más humano...

Cuando decimos que un problema amenazante llega a ser un recurso, no queremos decir que mágicamente de “B” se transforma en “A”; que «todos los salmos terminan en gloria» y que «no todos los males

llegan a ser dañinos»; queremos decir que el problema sigue siendo amenaza y que las palabras que indican la grieta continúan señalando la grieta, pero también pueden indicar el lugar donde debe ser hecha la restauración. Con la salvedad de que sea descifrado; de lo contrario, el problema sigue siendo problema.

Respetar y no abolir la dialéctica

La definición de dialéctica dada al inicio del capítulo decía que, cada uno de los dos polos crea, conserva e invoca al otro. Este es otro aspecto que puede permanecer desatendido en el trabajo del educador, si también él piensa que la madurez es ausencia de tensión.

Esto también suena extraño, pero es así: si intento destruir el pequeño corazón, también el grande lo sufre. El educador puede imaginar que ayudar a crecer signifique individualizar el corazón pequeño para extirparlo, con la ilusión de que el corazón grande, liberado del tironeo hacia abajo, pueda proseguir, en el camino de la vida, con la suavidad del aceite. Admitiendo que logre, con este trabajo ilusorio, hacer de su discípulo un pequeño ángel, ¿qué sería de él? Una persona con un corazón tan grande y convertido que no tiene más necesidad de nadie, mucho menos de un salvador. Abolir el pequeño corazón es abolir la vida teologal y la existencia de la Gracia. Detrás de tantos espiritualismos tendientes a «proyectar a lo grande», hay un proyecto escondido de auto-salvación.

Vale también lo contrario: condescender demasiado con el corazón pequeño, inflige una caída de tono del corazón grande. El excesivo perdonar, consolar, comprender, hacer descuentos... crea personas perezosas. Banalizar los pequeños signos del corazón pequeño -«fuimos hechos así»-, e insistir en el aceptarse a sí mismo que, en el fondo, significa resignarse, soportar poquedades en nombre de la fragilidad humana... entorpece y mutila el deseo de programar grandes vuelos.

El pensar conjunto y las leyes de la psicodinámica

- Cada comportamiento es expresión de todo el yo y no sólo de aquella parte que en ese momento lo ha activado. Es una pieza del todo que informa de sí y también del todo, por lo cual es un buen comienzo para hacerse una idea aproximada de nuestro global estilo de vida y no sólo de cómo nos hemos comportado en aquella ocasión.
- A veces las reacciones más espontáneas e inmediatas son las más elocuentes de nuestra personalidad, justamente porque son espontáneas y no censuradas por las falsificaciones producidas por la mente (Mientras Carla hablaba de sus relaciones, su marido miraba distraído por la ventana y tamborileaba con sus dedos sobre la mesa. Más explícito que eso ...)
- Los distintos comportamientos están relacionados entre sí, llegando a componer una trama unitaria que se repite de formas diferentes y, a veces, incluso opuestas. (Un estilo agresivo puede expresarse de muchas formas: enojarse, estar calmos y hacer enojar a los demás, contradiciendo, rebatiendo, callando, consintiendo y hacer lo opuesto, boicotear, complacer de modo servil, siendo irónicos...)
- Todo comportamiento significativo tiene orígenes en múltiples motivaciones e, incluso, diferentes entre ellas, pero no por esto excluyentes entre sí (Ayudar con altruismo y misericordia a quien tiene necesidad es compatible con hacerlo por motivos de culpa, para sentirse bien consigo mismo, para llenar el tiempo libre...)
- Las diversas motivaciones del comportamiento no se acumulan desordenadamente, sino que se distribuyen sobre una escala de niveles motivacionales, jerárquicamente diferenciados: del más consciente al menos consciente; del más o menos querido al más o menos padecido; del más importante «en sí» al más importante «para mí»... (Me doy cuenta de que mi reacción fue agresiva pero no me doy cuenta que

fue porque algo me ha humillado, lo cual -a su vez- deriva del sentirme rechazado: estoy enojado pero más profundamente me siento abatido, y más aún íntimamente no me siento reconocido).

- En esta organización jerárquica un nivel de motivación se une a otro para expresarlo o para esconderlo. (Respondo con agresividad porque me da mucho miedo pedir abiertamente ser aceptado o quizás para auto convencerme que no soy una persona humillada sino indignada).
- Comportamientos diferentes entre sí pueden sostener motivaciones similares. (Con los débiles soy agresivo, con los fuertes soy servil pero, de todos modos, siempre arrogante).
- Comportamientos similares entre sí pueden sostener motivaciones disímiles (Enojarse por orgullo herido es distinto de serlo por el valor de la justicia despreciada)¹⁷.

¿Por qué la dialéctica de base es el “as en la manga” del educador?

Supongamos que estamos preparando dos novios al matrimonio cristiano. En un momento dado, tratamos de hacer entender a los novios que no es lo mismo casarse por Iglesia que por el registro civil, es decir, que lo que hace la diferencia es aceptar o no el mensaje cristiano. ¿Por qué y dónde está la diferencia? ¿Qué aspectos de la vida toca el mensaje cristiano?

Podemos elaborar la respuesta en distintos niveles:

- *Nivel de contenidos teológicos*: en tal caso, les explicamos a los novios, la teología del matrimonio (fidelidad, indisolubilidad, amor como el de Cristo por su Iglesia...). Si ninguno de los dos frecuentan la Iglesia, es probable que se queden estupefactos y no entiendan y, si entienden, acogerán el mensaje como una prédica más.

- *Nivel del comportamiento*: explicamos que deben estar abiertos a la prole, que el sexo tiene ciertas reglas, que deben ejercitarse en el diálogo recíproco, rezar... Probablemente, los dos pensarán: “Una vez más, la Iglesia pretende imponerse en nuestras vidas y, además, lo hace con prohibiciones”.

- *Nivel de espiritualidad*: les explicamos que la familia cristiana debe estar abierta a la acogida, y les presentamos el testimonio de una pareja que adoptó hijos, encarando el desafío para ir a una misión o, también, les presentamos una pareja del movimiento familiar, para que vean que la familia es el lugar del perdón... Pregunta: ¿estamos seguros de que estos modelos sean el camino apto para los dos jóvenes que tenemos delante? Quizás, «el hoy de Dios», de ellos, es aceptar humildemente de que no están aún capacitados para algo tan grande y que, para ellos, es mejor enfrentarse en sus pequeñas incomprendiones, antes de despedirlos pronto con el tema del perdón recíproco.

- *Nivel de dialéctica de base*: de lo que ellos mismos dicen sobre su relación, se comprenderá que, siempre y habitualmente, su amor es y permanecerá dialéctico: se aman y se amarán con todo el corazón, pero con todo el corazón también se esconden y se esconderán el uno al otro, no porque su amor sea débil, sino porque es el amor del corazón humano. Esta es la dialéctica de base, (en el caso específico, con respecto a la relación amorosa): la búsqueda apasionada de un bien que sea verdadero, total e integral, y la concomitante tendencia a empobrecerlo o arruinarlo e, incluso, a privarse del todo. Es en este nivel que el Evangelio tiene mucho para decir. En este nivel, esa pareja, como cualquier otra, ciertamente se sentirá interpelada por la propuesta cristiana y hará preguntas sin fin: pueden rechazarla, pero permanece el problema de la gestión de la dialéctica de base que ellos, tarde o temprano, deberán afrontar. Si encuentran una solución mejor a la ofrecida por Jesús, entonces... significa que Jesús, es uno de tantos salvadores¹⁸.

17 Sobre leyes psicodinámicas, ver también, *PyF*, 251-287 («Las estrategias del inconsciente»).

18 Este método es llamado, método del intrinsecismo moral en VII/1, 181-184 («Cómo presentar los valores»).

- Sostenemos que la dialéctica de base es la información última, la más profunda posible que se puede extraer en la observación del actuar concreto. Es el núcleo que nos identifica como humanos, es decir, ni ángeles ni animales. En la investigación fenomenológica, el actuar concreto habla por sí mismo (yo actúo así); luego, cuando es sometido a indagación psicodinámica, encontramos la explicación psicológica (actúo así, porque funciono así); posteriormente, cuando es sometido a una indagación trascendental a posteriori¹⁹, nos conduce al estrato antropológico de la dialéctica de base (funciono así porque me llamo persona humana y no: caballo, casa, ángel, autómatas ...). Partiendo de la crónica actual, y haciendo un camino de profundización, el acompañamiento busca abrir el paso hacia el núcleo de nosotros mismos, favorecernos una mejor gestión y, como consecuencia, un actuar concreto más humano y humanizante, que no mira sólo la crónica presente, sino el funcionamiento global de nosotros mismos. El todo, sin perder contacto con el comportamiento en curso.

- Sostenemos que, la *descripción* de la persona como portadora de una dialéctica de base, es muy cercana a la *definición* teológica de persona humana.

La antropología teológica afirma que el hombre realiza su fin sobrenatural, solamente con el auxilio de lo que trasciende sus fuerzas humanas. Anhela la salvación, pero no puede otorgársela por cuenta propia. Experimenta un deseo que solamente Dios, quien lo ha puesto en él, puede darle cumplimiento.

La dialéctica de base dice que el hombre está dividido en sí mismo, y que en esta división se encuentra la razón última del hecho de que, aún siendo un sujeto deseoso, por sí mismo no logra dar cumplimiento a aquello que desea, y se encalla en problemas de distinto tipo²⁰.

Las dos informaciones pertenecen a niveles diferentes: uno, axiológico y, el otro, empírico, pero entre ellas existen fuertes convergencias: ambas contienen los conceptos del desear, finalidad, debilidad, relación, anhelo, tensión, búsqueda... Si bien, por vías de acceso autónomas, entre ellas interceptan en el hombre un núcleo central. Decir que el corazón humano está bajo la concupiscencia (definición), y decir que el corazón humano está dividido en sí mismo (descripción), no es la misma cosa, como no es equivalente decir que sólo en Dios encontramos nuestro fin y decir que la identidad del yo tiene un desarrollo evolutivo intersubjetivo... Pero, se puede sostener que estas dos puertas de acceso al hombre, convergen en el interceptar algo que en él está vivo, algo vital. Decir convergencia, no significa llegar a decir «es la misma cosa; cuestiones de lenguaje», ni tampoco decir «da lo mismo».

Dialéctica de base: una convergencia interdisciplinar

El psicólogo dice: «La dialéctica es vista, concretamente, en la vida del individuo, bajo los términos del Yo ideal y del Yo actual, cuyos contenidos son las necesidades, los valores y las actitudes. Siguiendo la perspectiva de la psicología del profundo, mientras el Yo ideal es prevalentemente consciente, el Yo actual contiene elementos tanto conscientes como inconscientes, denominados, respectivamente, como “Yo manifiesto” y “Yo latente”. Los conceptos claves que emergen son los de consistencia e inconsistencia, con su influencia sobre la capacidad de internalizar los valores. Consistencia e inconsistencia hacen referencia a la “lucha” existente entre el yo actual y el yo ideal de la persona»²¹

19 Es una indagación trascendental, porque busca las causas últimas; y, a posteriori, porque parte y queda ligada al fenómeno actualmente en acto, sin presuponer a priori, cuáles son las causas últimas.

20 «Por eso se habla de deseo, porque, aún queriendo conocerse y adherirse plenamente a sí mismo, el hombre no puede ni podrá hacerlo totalmente. La respuesta buscada, permanece siempre como un bien ausente, al menos en parte, por la tanto, el deseo está destinado a no ser más que deseo. El corazón inquieto, encuentra aquí su fundamento»; SvU, 42.

21 B. KIELY, «Algunas ideas claves del origen y desarrollo del Instituto de Psicología», en *PYF*, 22ss.

El filósofo dice: cualquiera sea el fenómeno del cual se trata –anatómico, fisiológico o emotivo, intelectual o volitivo, individual o social- el hecho de la oposición es el modo en el cual el fenómeno ocurre; es forma estructural y operativa de la vida. Todo el vivir humano, en su globalidad como en sus aspectos particulares, cualquiera sea su contenido cualitativo más preciso y cualesquiera sean sus funciones particulares, está estructurado en base a la oposición para poder ser viviente; la oposición es la modalidad de la vida humana. Esta es la característica esencial de la vida en cuanto unidad: el hecho de que ella esté entre ambos polos, que el uno no sea posible sin el otro y, sin embargo, que cada uno sea autónomo y cualitativamente diverso. No es necesario buscar el sentido de la vida en una coincidencia de los opuestos, eliminar un polo, derivarlo del otro o sintetizarlo en un “tercero”; se le quitaría a la vida su tensión; más aún, se la desvitalizaría. Autónomos y cualitativamente distintos, un polo no co-existe sólo con el otro sino que existe en el otro, y cae en el absurdo si no reconoce en sí mismo la existencia del otro y no lo hace emerger.²²

El teólogo dice: el hombre no logra nunca actuarse totalmente. Hay siempre una tensión entre lo que es y lo que quisiera llegar a ser. Una tensión entre “naturaleza” y “persona”. La persona no alcanza nunca su naturaleza. El nombre no puede ser nunca lo que quiere ser libremente. Esta limitación es en el bien y en el mal. No se encuentra en nuestra posibilidad hacer un acto de amor total, como tampoco un acto de odio total. El hombre está limitado en el bien también en el mal. Justamente por esto, puede arrepentirse; sentimos dolor porque el mal no ha logrado apagar en nosotros el deseo del bien. Como sea, el hombre no se posee totalmente a sí mismo. Su plenitud es siempre relativa.²³

El maestro del espíritu dice: «La paradoja puede ser representada como el revés de una cosa, en la cual, lo derecho, es la síntesis. Pero lo recto siempre se nos escapa. El tapiz maravilloso que cada uno de nosotros contribuye a tejer con su existencia, no puede ser todavía abrazado con la mirada. Para los hechos, como para el espíritu, la síntesis no puede ser sino un objeto de búsqueda continua. La paradoja es, precisamente, búsqueda y espera de síntesis. Expresión provisoria de una mirada siempre incompleta, orientada, no obstante, hacia la plenitud. Hermana sonriente de la dialéctica, más realista y más modesta, menos tensa, menos apresurada, la paradoja reclama siempre a su hermana mayor, reapareciendo a su lado en cada nueva etapa... cuanto más la vida se eleva, se enriquece, se interioriza, tanto más la paradoja gana terreno. Ya soberano en la vida simplemente humana, su reino de elevación es, sin embargo, la vida del espíritu. La vida mística es su triunfo».²⁴

El novelista dice: Si logras pensar sin hacer del pensamiento tu fin; si sabes encontrar el éxito y la derrota, y trataras estos dos impostores justamente al mismo modo, tuya es la tierra y todo lo que hay en ella. Si sabes hablar con los deshonestos sintiéndote solidario con ellos pero sin perder tu honestidad, o pasear con el rey sin perder tu paso normal, llegarás a ser un hombre verdadero.²⁵

* Dada esta convergencia interdisciplinar en el señalar que en la interioridad del hombre hay algo fundamental, sostenemos que la teología puede ser útil incluso en la práctica educativa, y ¡viceversa!. Con Guarinelli, no aceptamos la tesis que de la teología se espera la teoría y de la psicología la reflexión práctica. Por

22 Síntesis libre de R. GUARDINI, «L'opposizione polare. Tentativi per una filosofia del concreto vivente (1925)», in *Opera omnia*, Morcelliana, Brescia 2007, I, 184-192.

23 Libre síntesis de K. RAHNER «Concepto teológico de concupiscencia», en *Saggi di antropologia soprannaturale*, Paoline, Roma 1965, 281-338. Ver también D. MORETTO, «La dialettica di base nell'antropologia teologica», en MANENTI-GUARINELLI-ZOLLNER, *Persona e formazione*, EDB, *Bologna*, 2007, 159-183. También útil es la referencia al modelo paulino del yo lacerado en sí mismo y dialéctico de Juan, descritos en G. SEGALLA, «Quattro modelli di 'uomo nuovo' nella letteratura neotestamentaria», en *Teologia*, 2(1993), 113-165.

24 H. DE LUBAC, *Nuovi paradossi*, Paoline, Alba (AI), 1964, 9-11.

25 Citación de sentido de R. Kipling.

tanto, sostenemos, que el método propuesto en este libro sea psicológicamente y, también, teológicamente fundado.²⁶

* Sostenemos, además, con Guarinelli (p. 55), que no es fácil practicar la distinción entre psicológico y espiritual. Si es válida para la reflexión, no es verificable en la práctica. La práctica nos da la unidad de la persona. Es una distinción necesaria. Pero es una distinción conceptual, que no pertenece al nivel de la fenomenología de la experiencia, sino al nivel de una re-elaboración conceptual sobre la experiencia. «Lo que, de hecho, la experiencia muestra, es la unidad de la persona. Tal unidad se encuentra siempre tanto en la dirección espiritual como en la práctica psicoterapéutica. El dato original es éste... No se puede decir “hasta aquí es acción de Dios, hasta aquí, no”; “hasta aquí psicología y hasta aquí gracia”; “hasta aquí es naturaleza y hasta aquí sobrenatural».

* Sostenemos que el acompañamiento tiene que llegar a hacer emerger -inductiva y afectivamente- la dialéctica de base y la forma en la cual la misma se concretiza caso por caso. El objetivo último del acompañamiento no es el estudio de la psicodinámica. Es el camino que nos lleva a entender cómo la dialéctica de base se va haciendo concreta en la particularidad de la persona que tenemos delante. Si el objetivo último fuese la psicodinámica, o la búsqueda de las fuerzas psíquicas, o las motivaciones que sostienen el comportamiento aquí y ahora, el acompañamiento psico-espiritual no tendría nada de específico respecto al counselling o a cualquier psicoterapia del alma.

* Consideramos que hacer emerger la dialéctica de base es favorecer la integración fe-vida. Es, de hecho, en el terreno de la dialéctica de base y, sobretudo, en la forma en que nuestro modelo de AVC llama la segunda dimensión, que se encuentran, des-encuentran o integran temas psicológicos y espirituales. Es en este terreno que cada uno de nosotros descubre que se entrecruzan -al menos para ciertos aspectos- la seriedad hacia sí y la seriedad hacia Dios.

Uso de la noción de dialéctica en los coloquios

Dialéctica de base: concepto clave pero de escaso impacto terapéutico. Es una palabra que es mejor no utilizarla en el diálogo formativo porque se corre el riesgo de intelectualización. Es un concepto que debe tener presente el formador, no su cliente que, quizás, puede llegar a tenerlo al final del tratamiento, después de haber tenido el contacto emotivo con la existencia en sí de la dialéctica; después de haberla sufrido, vivido, rechazado, negado... En otras palabras, el educador usa el concepto de dialéctica de base como instrumento hermenéutico, pero lo debe contextualizar, es decir, reconocerlo en las traducciones que su cliente haya hecho en términos de necesidades, defensas, valores, soluciones de vida, estrategias de supervivencia... y tener presente dichas concretizaciones para después, con el tiempo, llevar al cliente a ver que aquellas concretizaciones no son sólo maniobras de supervivencia sino un modo de construir o estropear la propia humanidad.

Los dos casos que siguen quieren mostrar la dialéctica de base en acción, pero en modo diverso, porque en María asume una forma diferente a la que encontraremos en Juan, en Josefina, en Alfredo... Gracias a esta contextualización será posible elaborar un proyecto de intervención personalizado, ya que las áreas sobre las cuales hacer ejercitar a María serán distintas de las que son válidas para Juan, para Josefina, o para Alfredo; y distinto será también el itinerario de cada uno hacia el objetivo último.

* Sobre María el formador escribió: *María parece tener un sentimiento recurrente de desestima de sí, que a veces usa en modo defensivo, como coartada para cerrarse en su ángulo protegido y evitar, así, lo que podría afrontar.*

* Sobre Mario escribió: *Mario parece tener un sentimiento más bien recurrente de desestima de sí que a veces usa en modo defensivo, como coartada para cerrarse en su rencor y desprecio hacia los demás.*

26 S. GUARINELLI, «¿Quién dirige la... dirección espiritual? El primado del Espíritu Santo entre la teología y la técnica del coloquio», en <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Guarinelli11.pdf>

María y Mario, *parecen* tener mucho en común: la desestima de sí y la técnica del cerrarse. *Parece* que en ambos la psicodinámica se repite en la humillación y el re-plegamiento sobre sí mismo. *Parece* que ambos gestionen al mismo modo -con la solución del cerrarse en sí mismo- la paradoja de los seres humanos de lidiar con el contacto y con el retiro, con el amor de sí y el amor por los demás, con el protegerse y el traficar los talentos... Por tanto, *parece* que el tratamiento deba ser el mismo para ambos: inyección de estima y apertura al mundo...

Parecen iguales. Pero, analizando, el modo de María de sentirse humillada y cerrarse es distinto y diametralmente opuesto al modo de Mario de sentirse humillado y cerrarse (=el sentimiento de fondo es el mismo, pero con significados subjetivos muy diversos).

María es humillada y se cierra siempre más en sí misma con la conciencia de ser una larva humana. Mario es humillado y se cierra siempre más en sí mismo con la conciencia de ser un genio incomprendido. Quizás, ambos usan el mismo modo de decir «*No me siento considerada/o*», «*Me cierro en mi mismo/a*», pero entienden dos vivencias muy diferentes: María trata de decir que, en ciertas situaciones, es mejor desaparecer; Mario, por el contrario, que es mejor que sean los otros a hacerlo. Estamos en presencia de un mismo diagnóstico de humillación, pero son dos humillaciones distintas y, por tanto, dos terapias distintas.

María debe ser ayudada a superar la humillación con inyección de sano orgullo, y Mario debe ser ayudado a aceptar su humillación con inyección de sana humildad. En síntesis, María debe ser 'empujada' hacia arriba y Mario, en cambio, hacia abajo. María debe robustecer su «piernas flojas»; Mario, debe aceptarlas. María juega la carta de su humanidad con la del retiro perdedor; Mario, con la del retiro rencoroso. Si estos dos 'humillados' se juntasen, al inicio se encontrarían parecidos porque ambos son 'humillados' y 'retirados', pero terminarían con sentirse incompatibles en el carácter porque la común pregunta antropológica de base (¿cómo se realiza el contacto con los demás?) y la común respuesta (se hace con el retiro) la viven subjetivamente en modo diverso.

► 18vo. coloquio con María:

Atrapada durante dos años en una relación ambigua con un hombre que no ofrece ninguna garantía para el futuro, en los coloquios lo ha ya hablado bastante y ya ha alcanzado una suficiente conciencia que de la ambigüedad de aquella relación ella se siente la única responsable y culpable, razón por la cual protege a aquel hombre, lo idealiza; y en cuanto a ella, no se permite pensar en sí misma y en su futuro, hasta tal punto que ahora, incluso, tiene miedo de hablar en público. Hoy:

María: *“Me impactó cuando, la vez anterior, Ud. me dijo: “Serás inmadura y dominada por él, y él se aprovecha”. Comprendí que es verdad. No está bien que me interese siempre por él y siempre le dé precedencia. Estoy también yo, que existo.*

Acompañante: *“¿Logras definir este mayor interés por ti misma?”*

María: *Estoy comprendiendo de que estoy demasiado replegada sobre mí misma. No sé... incluso a fin de año, haciendo el acostumbrado servicio a los discapacitados, mirándolos, me dije, “Ellos se las arreglan. De hecho, uno de ellos, que es paralítico, se cayó porque se había encaprichado en querer caminar sin silla de ruedas, y después intentó levantarse solo...”*

Acompañante: *Se habrá caído, pero debemos valorar que no se limita a llorar. Sería una alternativa también para ti.*

María: (un poco molesta pero interesada). *¡No! Yo tengo otro carácter. Yo soy yo y él es él.*

Acompañante: *Ciertamente, tu permaneces en tu silla de ruedas, no hablas, estás muda... En cambio, aquel discapacitado ha buscado levantarse. ¿Él sí y tú no? No obstante él sea un minusválido grave...*

María: (todavía más molesta pero disponible) *Mi problema, para decirlo de una vez, es que él tiene las piernas débiles, mientras yo tengo la cabeza débil.*

El acompañante alienta a María a traducir esta metáfora (=no se asusta por el hecho que se la estimula a ser activa; está molesta, pero lo acepta como sentimiento, a este punto del proceso, no insuperable).

Acompañante: *En definitiva, con cabeza débil quieres decir que tú sientes que no tienes convicciones e ideas propias, que buscas confirmación en los demás y que, aún obteniéndola, te repliegas más en ti misma.*

María: *Yo no me fío de mí... y ¿si me equivoco? Para mí los otros siempre saben más que yo.*

Acompañante: *Mira que no es cuestión de tener o no ideas propias: si te apoyas en los otros y tomas sus ideas, tampoco esto te sirve para levantar la cabeza. Tu cabeza seguirá siendo débil. Sin embargo, en varias ocasiones -se le recuerda- has demostrado que sabes levantar la cabeza, incluso con tu novio, que se aprovecha de ti para sacar ventajas. Como si tú dijeras. ¿Levantar yo la cabeza? Podría, pero no lo hago...*

A este punto, después de haber liberado una vez más el campo de las vacilaciones, de los miles «pero...» y «no puedo»... surge lo que sigue:

María: *A mí me gusta la despreocupación, la ilusión de no afrontar la vida y sus elecciones, me gusta dejar hacer al tiempo...*

Acompañante: *Bueno, al menos hemos descubierto una cosa positiva: no eres una chica insegura sino que te sirves de la inseguridad como escudo para no afrontar la vida.*

En este momento ella hace la pregunta correcta:

María: *¿Trato de moverme?*

Acompañante: *Probemos. No hay necesidad de hacer revoluciones. Basta con que tú hagas bien lo que estás haciendo en estos meses, por ejemplo, estudiar y fijar la fecha del examen en la universidad en lugar de dejarla al azar, y respetarla. Veamos lo que surge.*

La he percibido tranquila, y me pareció que estuviese consciente de sí misma.

► 18° coloquio con Mario

Desde hace dos años con una rabia enorme contra su trabajo y contra «el imbécil de su jefe» («una trampa que se dispara y te agarra los pies»), en los coloquios ya alcanzó una suficiente conciencia de su enojo hasta el punto de que algunas veces le surge la fantasía de abandonar todo y renunciar. Hoy:

Mario retoma la enésima diatriba contra el trabajo, ya que en esta semana tuvo que hacer 6 horas extras.

El acompañante percibe que, más allá de la rabia, en el rostro de Mario se nota como humillado, con la mirada de quien ríe para no llorar, casi con una lágrima escondida y dice a Mario:

Acompañante: *Me imagino que fue duro, incluso porque esas horas extras eran justo en sábado y no sería extraño que, incluso, lloraras por dentro.*

Mario: *Pero mira en qué situación me voy a meter: ¡llegar a llorar como un niño!*

Acompañante: *¡Ojalá te hubiese ocurrido! Te hubiese hecho muy bien.*

Mario: *¿Es decir?*

Acompañante: *Es decir, que a veces no queda más que encontrarse sentado en el piso, con las piernas débiles y también con la cabeza débil.*

Mario: *Tal vez, pero yo no lo creo.*

Acompañante: *Eres valiente en admitir que no crees. Sería extraño lo contrario.*

Mario: *¿Qué significa eso?*

Acompañante: *Gracias a la trampa que se acciona y te toma los pies, te puedes permitir el lujo de no hacerte más el fanfarrón, el genio incomprendido... sino el ser un simple dependiente que a duras penas gana el estipendio...*

A este punto Mario hace la pregunta justa:

Mario: *Pero... de este modo... ¿no corro el riesgo de resignarme?*

Acompañante: *Veamos. Hagamos la prueba... Trata de aceptar los pequeños momentos de humillación que se presentarán en los próximos días, sin zafar, sino, mirándote en tu impotencia. Y veremos qué efecto tiene.*

Lo percibí tranquilo, y me pareció que estaba consciente sí mismo.

Bibliografía que se puede consultar

La Dialéctica de Base, vocación y algunos problemas afectivos: lectura psicodinámica

CENCINI A., «Celibato e compensazione», en *3D*, 1 (2011), 43-52 (Cómo configurar la cuestión de la opción por el celibato y cuáles son las respuestas incorrectas en su aspecto de renuncia).

CIOTTI C. – RIGON S., «La masturbazione; considerazioni psicodinamiche», en *3D*, 3 (2008), 303-312.

GARCÍA DOMÍNGUEZ L.M., «Celibato e patologie sessuali», en *3D*, 2 (2010), 207-215 (Cómo acompañar a quienes, habiendo hecho una opción por el celibato o la virginidad consagrada, tienen problemas en el área sexual).

MANENTI A. – RIGON S., «Quando ad innamorarsi è un prete o una suora», en *3D*, 3 (2007), 292-301.

RIGON S., «Corporeità e formazione vocazionale», en *3D*, 3 (2011), 278-286.

CAPÍTULO 3

Acompañamiento: objetivos y etapas

Llegados aquí, tenemos los elementos suficientes para poder afirmar que acompañar significa favorecer, en quien se acompaña, el descubrimiento personal de la dialéctica de base:

- * En la visión de sí y de la vida que no dé espacio a expectativas irreales;
- * En la configuración específica que ella ha tomado en el camino de esta persona como producto de su historia única e irreplicable;
- * En la expectativa realista de que en el futuro la dialéctica tomará otras formas siempre nuevas e inéditas;
- * En su gestión igualmente paradójica; cuanto más la dialéctica llega a ser consciente y aceptada, más fácil de gestionar, y favorece más lo específico y asombroso de lo *humano* y cristiano que se puede hacer de la propia vida un don de sí²⁷.

Ejemplo guía: Giovanna y Mario se han decidido a pedir ayuda porque, después de darse cuenta por sí solos y después de haber constatado que la ayuda de los amigos era insuficiente, su estado de conflictividad conyugal tiene el riesgo de superar la línea de la tolerancia y corroe el amor recíproco.

1. *Visión realista.* Después de varias tentativas de auto justificación, de echar la culpa a otros/as, de eludir argumentos significativos, Juana y Mario, ayudados también por una buena dosis de amor recíproco, entran en la lógica de que si algo sucede entre ellos es porque ellos han contribuido para que sucediera. En un crescendo de participación personal, pasaron del hablarme a mí de sus problemas, a hablarse entre ellos delante de mí.

Hacia el quinto encuentro –quincenal- llegaron a darse cuenta progresivamente, que la causa de su desidia no son las pequeñas decisiones cotidianas: sobre muchas de ellas podrían también encontrar un acuerdo pero ninguno de los dos quiere ceder primero y luego quedar como perdedor (Dinámica de competición). Han intuido también que el verdadero problema no es tener opiniones diferentes, sino de aprovecharse de esta diversidad para involucrarse en un cabeza a cabeza que va más allá del tema debatido para llegar, siempre más, a una cuestión de dignidad personal ligada al quién vence y al quién pierde (dinámica de dominación). No obstante el ser conscientes de todo eso, los problemas entre ellos continúan (y dudaríamos si desaparecieran de golpe), pero ahora lo hacen con la conciencia de que la polémica hace referencia otra cosa: sobre la competición y la supremacía.

2. *Configuración de la dialéctica.* Con esta conciencia creciente, el juego de los dimes y diretes continúa, pero pierde vigor; cuando se sabe que se está hablando fuera de tema, que se agranda una cosa para sostener otra, ese tema pierde importancia: se comienza a sentir que se está perdiendo el tiempo, que se está haciendo el ridículo y que el tema verdadero no puede ser evitado por largo tiempo, sobre todo si, mientras tanto, el acompañante supo percibirlo en el trasfondo de la conversación sin necesidad de evidenciarlo a los contendientes antes de su tiempo natural de maduración. De hecho, Juana y Mario llegan por sí solos a su dialéctica de base: "*Somos como dos ciervos que se cornean mutuamente para retornar al bosque a lamerse cada uno por cuenta propia las heridas y, de noche, se reclaman con versos de amor*". En otra oportunidad lo han dicho así: "*Somos dos personas que se quieren mucho pero que son, también, tercos y testarudos*".

3. *Expectativas para el futuro:* una vez en contacto con la propia dialéctica, es importante no caminar rápidamente hacia la orilla de la resolución (apuntar muy velozmente al mejoramiento para el mañana, podría, incluso, significar una fuga del mirar bien cómo es el hoy): Corresponde al acompañante ayudar a Juana y a Mario a quedar en contacto con su propia dialéctica de base (= con su ser dos ciervos que se rechazan y se reclaman),

27 En nuestra AVC esta traducción operativa del concepto de dialéctica de base es una importante contribución de B. Kiely.

ayudarlos a percibirla cuando aparece, a saber prevenirla antes de que surja, a saberla reconocer cuando aparece también en otras situaciones de vida y en modo más sutil. Poco a poco este rechazo y reclamo mutuo se vacía desde el interior; parecerá humillante y los mismos interesados encontrarán procesos comunicativos más maduros, por una exigencia interna y no por adoctrinamiento del exterior. Pero admitido este resultado positivo, les deberá quedar claro a Juana y a Mario, después de 13-15 encuentros, que esta dialéctica se presentará nuevamente de otra forma; que ellos podrán resolver los conflictos contingentes -hoy así y mañana, quizás, de otra manera-, pero no la dialéctica de su pequeño gran corazón. No porque sean malos o no se quieran bien, sino porque el suyo -como el de todos- es un amor humano; un amor que debe renegociar siempre el deseo de encontrarse y la voluntad de conservarse; el amor por el otro y amor por sí mismo; el deseo del reclamo y aquel del rechazo.

¿Será un resultado negativo? Lo que lo hará nada menos que fantástico, es el paso sucesivo, cuando comprenderán que precisamente este contexto "pobre" es el más adecuado para compartir un gran amor.

4. *Don de sí.* El paso decisivo comienza ahora; es el que justifica todo el recorrido hecho hasta aquí y lo cualifica como formativo más que sólo terapéutico. Juana y Mario -en este momento mejor equipados para confrontar las vicisitudes de lo cotidiano y más señores de su propio amor- han hecho experiencia concreta -y no intelectual- de que su amor debe ser expresado, protegido, custodiado, recuperado, deseado... Lo han escuchado varias veces, pero antes era una teoría fácilmente obviada por la práctica; ahora, en cambio, es exigencia de vida. ¿Y de ahora en adelante? Depende de su opción -¡Por fin una opción!- de hacer de sí mismo un don recíproco. No depende del acompañante que esto sea haga realidad. Pero, al menos, han experimentado el ámbito en que eso pueda suceder. Quizás no puedan realizar el don, pero con la conciencia de que el don y la alternancia afectiva se repetirán siempre y con cualquiera.

Visión de sí y de la vida que no dé lugar a expectativas irrealistas; informarse sobre el funcionamiento humano

La bibliografía sobre el tema del conocimiento de sí, es casi infinita, ya sea en perspectiva humana como cristiana. Renuncio a hacer una reseña.

Sobre el fondo del pequeño gran corazón tratado en los dos capítulos precedentes, prefiero referirme a la casuística de personas que he acompañado para concluir que la visión realista de sí consiste en *aceptar ser simplemente humanos*.

Precisamente, ¡así! Hacemos todo para no aceptar de ser así, como simplemente la madre naturaleza nos ha creado, y ponemos en acto un verdadero y propio ensañamiento terapéutico, en versión infinita.

Al psicólogo, al sacerdote, al médico... la gente les pide estar mejor, pero este pedido esconde la ilusión fóbica de transformar la dialéctica de la vida en un recorrido armónico, tranquilo, asegurado, por el momento. Es demasiado fascinante el sueño del rico insensato del evangelio que, a la vista de sus graneros llenos hasta el borde pensaba, finalmente, comenzar a vivir. Cuando pedimos ayuda, a un nivel más inmediato, es el malestar contingente el que nos da miedo ("*No quiero enojarme más con mi mujer*"), pero con el pasar del tiempo y analizando mejor las demandas, a un nivel más radical, es la misma naturaleza humana la que nos da problema ("*¡No quiero experimentar la ambivalencia del amor!*"), porque preferimos identificarnos con uno de sus polos y excluir al otro (*¡Quiero amar como un ángel!*) en lugar de aceptar la idea de que la dialéctica de base es una realidad que debemos aceptar en lugar de resolver ("*Mi amor debe ser educado y custodiado*"). No se acepta que la existencia se juega dentro de la diversa polaridad, y si el conflicto nos lo recuerda, lo queremos anular con soluciones aparentemente sabias ("*Debería ser...*", "*Si fuese diferente...*" "*No soy bastante...*"), pero inhumana, porque no restituye dignidad y humanidad a nuestra existencia, antes bien, pretenden hacerla entrar en un régimen di beatitud no permitido a lo humano.

Eso que antológicamente somos, ¡llega a ser una enfermedad que debemos curar! Y, en consecuencia, afrontamos con una modalidad fóbica los problemas que encontramos en el camino hacia el espejismo de la

tranquilidad. Estamos en conflicto con nuestros conflictos porque nos sentimos incómodos con nuestra naturaleza humana²⁸.

En este engaño de la búsqueda terapéutica cae, incluso, el director espiritual: así como el objetivo es alto (educar en ser oblativo a la vida, entendida como respuesta a Dios, favorecer la consagración, el espíritu de servicio...), entonces, para crear un espacio en el corazón grande, advierte contra el corazón chico. "*Tienes que hacerlo*", "*Aguanta*", "*Trata de mejorar*", "*No tienes espíritu de sacrificio*", "*No eres generoso*", "*Te lo recomiendo*" y así siguiendo. Ni la psicoterapia ni la ascesis espiritual curan el hecho de tener un alma de *humanos*, pero deberían dejar al interesado el derecho de tenerla así, como ella simplemente es.

El itinerario de un acompañamiento que procede exitosamente, inicia cuando se comienza aceptando – aunque sea por triste evidencia- el ser, simplemente, humano.

Este primer paso se puede hacer activando la mente, si bien, después, se deberá encender también el corazón. Todas las iniciativas -intelectuales y conductuales- que tienen como objetivo instruir sobre esta "simplicidad" humana, entran en la categoría del acompañamiento, que no se deben relegar, por lo tanto, al sólo coloquio personal, al tú a tú, con ritmo fijo, en la garantía de la privacidad y del foro interno. El coloquio personal será el lugar privilegiado e insustituible para descubrir el modo personalísimo y originalísimo de funcionar como simple ser humano. Pero informar sobre el funcionamiento es ya acompañamiento.

Es acompañamiento toda forma de interacción si se sirve de aquello que existe, que se hace, que sucede... para dar una información de que el corazón humano es dialéctico. Es acompañamiento también la instrucción escolástica, entrenar a jugar al fútbol, estar con los amigos, ser un buen ecónomo o un buen obrero metalúrgico, el modo de comentar las noticias del diario, de ilustrar un cuadro..., con la condición de que se sepa relacionar eso que se está haciendo o diciendo con algo que pasa dentro de la interioridad de aquel al cual se relata. Todo puede servir para ayudar a la persona para darse cuenta de que el corazón humano es dialéctico, que la dialéctica asume diversas configuraciones y que en el futuro asumirá otras inéditas y que el camino de solución es una puerta que se abre sólo hacia lo externo. Y cuando surge la sospecha de que también mi corazón puede funcionar así, entonces emergerá la pregunta sobre el acompañamiento personal. Pero antes de llegar a hablar de sí en el foro interno es necesario sentir que eso vale la pena, es decir, tomar conciencia de que el corazón humano funciona en un cierto modo, por el cual será conveniente e interesante conocer también cómo funciona el propio. En síntesis, el acompañamiento parte de lejos y no comienza cuando alguien golpea la puerta del formador y le pide explícitamente un encuentro tú a tú. Acompañar no es solamente abrir la puerta a quien la golpea, sino ayudar a la persona a comenzar el camino para golpear. Para mejorar las cosas se necesita, primero, conocer cómo están.

Las configuraciones personales de la dialéctica (hablar de sí)

Darse cuenta de cómo funciona el propio corazón es un objetivo que el acompañamiento personal lo alcanza bastante fácilmente. En los primeros 8-10 encuentros la persona puede hacerse una idea de su modo general de funcionar. Si en los encuentros ha trabajado con disponibilidad; si ha revisado episodios significativos de su vida; si ha tenido el coraje de continuar la introspección también por fuera del coloquio, no le será difícil obtener alguna idea provisoria del modo *habitual* de actuar en la vida. Sobre todo que en esto debería ser ayudada por el formador, ya atento, desde el inicio, a conducir el coloquio de modo que haga emerger las dos polaridades del corazón humano.

Objetivo fácil no quiere decir no sufrido; no es indoloro dar a las cosas su verdadero nombre. Pero este tipo de sufrimiento tiene una recompensa casi inmediata, porque el hecho de poderse conocer simplemente humano, hace suspirar de alivio y evita recurrir obligadamente a tanta mentira.

28 Sobre esto han escrito bellas páginas C. WHITAKER, *Considerazioni notturne di un terapeuta della famiglia*, Astrolabio, Roma 1990 y F. PERLS, *Qui e ora. Frits Perls, psicoterapia autobiografica*, Sovera Multimedia, Roma 1991.

Ejemplo. En lo específico de esta señora, el corazón grande se expresa en su actividad de voluntaria hospitalaria comprometida, y el corazón chico, en el someter a sus asistidos con cuidado y presencia agobiantes. El mismo cuidado amoroso y agobiante con sus hijos que aceptan de buen grado una mamá sirvienta; y la misma diligencia con el marido pero que él, hoy, rechaza, y contra el que ella reacciona mostrándole aquel rostro malhumorado y susceptible que ya tenía de niña cuando era contrariada por las amigas de juegos y que le había fascinado a él, siendo un novio joven.

Esta señora, en los coloquios había tocado varias veces y de diversas formas su estilo: servicio a los demás e imposición de sí; amor que ofrece y amor que se impone; cuidado y dominación; empatía y sofocamiento ... Cuando cayó en la cuenta que estos sobresaltos de su corazón cambiaban de forma pero que, en el fondo, eran repetitivos, ella misma sentía como repetitivo contar los otros. Cuando se encontraba en uno de esos, lograba inmediatamente sintetizarlo bajo el denominador común: *"Cuando abrazo a los demás por exceso de amor, soy una moco viscoso"*. He aquí que había encontrado un buen título para expresar la configuración específica que la dialéctica ha tomado en su vida como producto de su historia única e irreplicable, y sin tantos giros y halagos, ahora puede ver las cosas como están y mejorar su apego a los demás²⁹.

Dos estrategias:

* Del conocerse al sentir. Tener información teórica sobre la dialéctica del corazón es útil, pero para descubrir cómo se configura en el propio corazón es necesario abandonar la teoría y pasar a lo concreto de la propia existencia. La teoría lleva al umbral del conocimiento de sí, pero para sobrepasarla es necesario abandonarla y hablar de sí con libertad.

En el dialogo personal, el discípulo no habla de la naturaleza humana en general sino, de sí mismo; es el lugar adecuado para sentirse a sí mismo, sin aquella censura y miedo que caracterizan los encuentros formales. En el acompañamiento, los términos teóricos no deberían ni siquiera ser pronunciados porque tienen el riesgo de llevar "a decirse" sobre un plano de intelectualización. Como ya fue anticipado en el capítulo precedente, el término dialéctica debe ser claro en la mente del formador, pero es poco útil que lo sea también en la mente del acompañado. Es mejor que él lo experimente. Es un término que sirve al formador porque le permite pensar, escuchar, entender lo vivido en modo conjunto (*cap. 2*) y de llegar mejor al núcleo sin perderse demasiado en los detalles. No le sirve al acompañado porque lo podría utilizar para hablar "sobre" sí y no "de" sí o, además, a discutir sobre el funcionamiento del corazón humano en general, cosa de escaso impacto formativo. Es suficiente con que el interesado llegue a sentir su tipo de dialéctica. No es necesario que le dé un nombre científico. Es más, es mejor que no lo haga en absoluto. Basta con que sienta qué es lo que enciende su corazón y qué cosa lo atemoriza; considerar los puntos fuertes de sí como fuertes y, como débiles, aquellos débiles; "olfatear" que una cierta idealidad lo conmueve y, otra, lo deja indiferente; que una cierta tristeza es recurrente aunque, si bien, debajo de disfraces diferentes y que el propio estar mal, muy mal, muy bien, gira siempre en torno a la misma sensibilidad de fondo. Con frecuencia, después de haberse sentido -y no, diagnosticado!-, el interesado mismo llega, casi en un abrir y cerrar de ojos, a expresar su personal configuración de la dialéctica con expresiones igualmente emotivas – metáforas-, que son un verdadero y propio concentrado del su núcleo interior.

* *Mejor poco pero en profundidad, que mucho pero genérico.*

Precisamente porque no tiene un orden del día preestablecido, el riesgo del acompañamiento es pasar de un argumento a otro sin ton ni son. En una hora o recorriendo lo hecho durante una serie de coloquios, el formador se puede dar cuenta que se ha hablado de muchas cosas pero se ha concluido poco. Es mejor focalizar en lo que se está hablando y cada tanto preguntarse, también, explícitamente: *"¿Pero de qué estamos hablando? ¿Cuál es el tema de fondo? ¿Qué está tratando de decirme? ¿Dónde está el punto central de eso que estamos diciendo? ¿Qué sentimiento está expresando?"* En el fondo, quiere decir trabajar sobre el tema focalizado, con experiencias emotivas evocadas durante las sesiones de acompañamiento, de modo tal de recoger el afecto que acompaña a eso que se dice. Es verdad, es necesario detenerse sobre muchas informaciones, dejar espacio a los varios episodios que trae el interesado, pero es también útil detenerse sobre alguno, incluso a expensas de la

29 Para imaginarse qué significa encontrar la unión entre episodios de vida y dialéctica de base, puede ser útil usar la metáfora del título y de la novela: VI/2, 51-55 ("Un título adaptado a la novela").

investigación de otros; el revivir "en cámara lenta" algún episodio significativo, con detalles minuciosos, de modo que también el formador se sienta involucrado, hace que aquel episodio exprese la interioridad de la persona que lo refiere. La gran pregunta "*¿Cómo te sientes?*" "*¿Qué sientes?*", no sirve para dar aire al sentir, sino para dotarlo de profundidad.

En la perspectiva realista de que en el futuro la dialéctica tomará otras formas siempre nuevas e inéditas

Aquí comienzan las dificultades, porque las previsiones acerca del trabajo sobre sí mismo son, como ya se ha dicho, de tipo milagroso. Se espera, como recompensa, la eximición de futuras dificultades y se queda mal cuando, muy pronto, se da cuenta de que los milagros no llegan y que, más bien, se está peor que antes y que los retazos de felicidad hasta ahora recogidos no son suficientes para disminuir la tensión.

Esta expectativa milagrosa no debe ser neutralizada apenas surja. ¿Para qué continuar trabajando sobre sí mismo si se sabe ya que mañana el corazón queda lo mismo que hoy? Esta expectativa se abandonará cuando lentamente se perciba que se trata de una expectativa de una falsa consolación; que es más ventajoso abandonarla y que, el hecho de hacerlo, no constituye una maniobra de renuncia, sino, de astucia. Desafortunadamente, la ventaja sólo se verá cuando se la abandone.

Las expectativas realistas son más liberadoras, pero también más amargas. Favorece el descubrimiento de la propia dialéctica de base con la expectativa realista de que en el futuro la dialéctica tomará otras formas siempre nuevas e inéditas, significa que el proceso de auto-apropiación suscitará una notable ansiedad y conflictividad, tanto más notable cuanto más alto y ambicioso sea el objetivo que lo justifica. Los coloquios, por lo tanto, no dan garantía de serenidad. Ampliando el consciente y, por lo tanto, la libertad y la responsabilidad, eso que antes se sufría, hoy se quiere; lo que, en la inconsciencia, era un olvido, hoy llega a ser una omisión culpable. Algunos que han llegado al final del acompañamiento, se han expresado así: "*Eso que primero no sabía, ahora lo sé, pero, ¡ay!, un pecado que antes consideraba venial, ahora me doy cuenta que es mortal*", "*Hacer los coloquios de autoconocimiento me ha metido en un problema: antes me contaba muchas historias sobre mí ...; ahora me las cuento también, pero ya no me las creo*". Si, por lo tanto, quieres permanecer en el mundo de los sueños, es mejor que no comiences el camino del autoconocimiento. Lo que el acompañamiento puede prometer es un poco menos: reconocer en el futuro, más rápida y precozmente, lo que hoy, gracias al acompañamiento, llegué a conocer con mucha fatiga y sólo cuando estaba con el agua al cuello. Y después del reconocimiento, la libertad de jugar la propia libertad, que es una satisfacción que sin el reconocimiento no se puede tener.

En su solución, igualmente paradójica: Cuanto más la dialéctica llega a ser consciente y aceptada, más fácil es administrarla, y favorece más lo específico y asombrosamente humano y cristiano que se puede hacer de la propia vida un don de sí

Cuanto más consciente es la dialéctica, más fácil es administrarla. En efecto, si es inconsciente es automática y repetitiva; es una vivencia que está en mí y actúa a pesar de mí. Si, en cambio, es consciente, es una vivencia que está en mí, pero que actúa conmigo y delante de mí. Es la diferencia entre ser conducido y ser libre. Si, por ejemplo, no me doy cuenta de mi pasividad y, quizás, la malinterpreto, incluso, como disponibilidad, será difícil que cambie; si, en cambio, la veo tal como es, será más fácil preguntarme si la deseo, si estoy bien, cuándo y cómo me ayuda a estar disponible.

Esto ocurre porque el engaño del inconsciente me hace creer como vital, exigencias que, en realidad, no lo son y que, por el contrario, opacan aquellas verdaderas y me hace creer que si satisfago las primeras, también las segundas serán satisfechas. Pongamos un ejemplo: Supongamos que mi verdadera exigencia es con respecto a mi identidad ("*Quien soy*" "*¿Qué quiero?*" "*¿Me considero amable?*"), pero que por diferentes razones no alcanzan a emerger a mi conciencia o no "quiero" que emerjan. El inconsciente, entonces la transforma en otro tipo de

exigencia, por ejemplo, relacional ("*¿Me quieren los otros? Para ellos, ¿quién soy?*"). A este punto, ¿qué sucederá?. Pensando –falsamente– que la respuesta de los demás sea para mí resolutoria, los acribillaré con -falsas- preguntas: "*Ustedes ¿me quieren? Por favor, ¡ámenme! Les ruego, ¡ámenme! ¡Díganme que me aman!*" Algunos me dirán que sí y, otros, me dirán que no. Pero como se trata de una pregunta camuflada, transformada, que oculta la verdadera –en nuestro caso, sobre nuestra identidad–, ser amado o no, no es la respuesta que quiero saber, y sea cual fuere, no me dará la paz. Incluso si me responden "*Sí, te amamos*", no me contentaré. E insistiré: "*Sí, ¿pero cuánto me aman?*". Pero tampoco esto sirve y, entonces preguntaré: "*Pero ¿me aman de verdad?*" Y luego "*Demuéstramelo*", y luego, "*Entonces, los pongo a prueba*"..., luego, luego, en una insatisfacción sin fin. Hacer consciente la verdadera pregunta ayuda a saber a quién dirigirla y a entender la respuesta que vale.

Favorece el don de sí. Esto es el arribo del acompañamiento, el punto de llegada que justifica todo aquello que se ha hecho antes. Es el momento resolutorio que señala el pasaje del conocimiento de sí mismo al disponer de sí, porque el hecho de conocerse podría sólo significar resignarse a ser simplemente humano. Conocerse y aceptarse, como objetivos en sí mismos, ¿son algo malo? ¿Para qué sirve reconocer el lugar donde ya se estaba al inicio? ¿De qué sirve saber que la dialéctica entre corazón grande y corazón chico no termina nunca? Si este es el final, es mejor ni siquiera conocerse y mantener la ilusión de ser como nos gusta pensarlo. El conocimiento de sí no implica necesariamente la realización de sí. Saber –más o menos– cómo –más o menos– estamos hechos, no agrega ni quita nada al punto de partida, salvo la ventaja y la desventaja de saberlo.

"Y ¿ahora?". He aquí la pregunta central que fue siendo preparada de antemano y que debería surgir. "Y ahora, ¿qué hago?", "¿Qué hago con este conocimiento de mí?", "¿Hacia dónde voy?"³⁰ La conciencia de sí en este momento, frente a la gestión del propio futuro, juega a nuestro favor, como energía que nos hace vivir.

La fórmula "*hacer de la propia vida un don*" quiere decir que el ser humano encuentra la realización de sí, fuera de sí, en un movimiento de donación hacia el exterior. "*No es posible escapar a la obligación de dejar algo. Queriendo o no, cada uno de nosotros debe renunciar a una autonomía radical. Nuestro centro no lo podemos encontrar más que fuera de nosotros*"³¹. El resultado del don de sí es una exigencia psíquica y no una tarea adicional dada por el cristianismo. La diferencia cristiana estará en la identificación de aquello a lo cual vale la pena donarse y el grado de garantía que eso ofrece. Pero el movimiento de auto-trascendencia vale para todos. En psicología ha sido formulado de muchas maneras: la realización de sí es el efecto no intencional de la trascendencia de sí; la puerta de la felicidad se abre sólo hacia el exterior; el hombre no logra comprenderse más que siguiendo el camino indirecto; alcanza una idea distinta de sí sólo a través de la confrontación con las otras figuras distintas de la suya; la persona humana es un ser relacional y en tal relación construye la propia comprensión; nuestro aparato psíquico no puede darse por sí mismo lo que desea; el hombre es una singularidad insatisfecha, incapaz –por sí mismo– de llegar a la cima de lo que comienza; incluso el inconsciente tiene una estructura relacional, nuestra identidad es de naturaleza intersubjetiva... En resumen, también la psicología reconoce que, al fin y al cabo, es necesario donarse, es decir, ligarse a alguien en un pacto recíproco.

Hacer un don de sí es más que elegir con responsabilidad. Agrega a la elección que se hace el vínculo de la obligación hacia ella. De hecho, elegir y sentirse vinculado a tal elección no es la misma cosa. En la óptica cristiana, la cláusula del don de sí nos es evidente porque aquello al cual nos donamos es una persona, Jesucristo. En la óptica sólo humana, el elemento del don y del vínculo es menos evidente porque es menos comprensible donarse a una ideología o a un valor abstracto.

Quien pierde la vida, la encuentra, mientras quien la quiere preservar para sí, la pierde; es una regla que vale para todos. "*Por amor o por fuerza, el hombre debe abandonar la pretensión de bastarse a sí mismo, de ser dueño absoluto de su vida. Si no acepta fundarse sobre algo "más allá de sí", se detiene demasiado pronto y la*

30 En VI/2, este momento es llamado la hora del desencanto, la hora en el cual –en el itinerario hacia el sentido total– se hace racionalmente una elección de corazón, en el pasaje de la responsabilidad al don de sí: 109-131 ("hacia el sentido total").

31 VI/1, 138.

*dependencia se presentará nuevamente, pero en este caso ya no como solución deseada sino como venganza de la vida*³².

Pero la validez de esta regla no se puede demostrar a priori. Vale el principio "probar para creer". Sólo quien lo ha experimentado sabe que funciona. Durante el descubrimiento se sufre, pero *después* de haber intentado descentrarse, se descubre que es más fácil de manejar la dialéctica del corazón humano y que, aceptar ser simplemente humano, es una gran cosa. En definitiva, no se sabe ni siquiera por qué es así. Ningún acompañamiento puede forzar este descentramiento; a lo sumo, pone a la persona en la posibilidad de hacerlo.

Distinguir los tipos de tensiones

Si la tensión es parte integrante de la dialéctica del corazón humano, ¿cómo distinguir la que se debe evitar y aquella que se debe aceptar?

La tensión que hace crecer. Señala la pérdida de correspondencia entre la definición de sí hasta ahora alcanzada y la exigencia de la realidad –y/o ideal de vida- y exige al Yo, ya sea que se reexamine a sí mismo como que escrute mejor la realidad –y/o realidad de vida-. Esta exigencia de actualización, aumenta el sentido de realidad. No obstante la tensión del momento, el sujeto sabe reaccionar a la dificultad aún cuando sea frustrante, sin negarla mágicamente y, menos aún, agredirla ciegamente. Incluso el Yo se redefine mejor: toma conciencia de los propios límites y del propio potencial y se sintoniza sobre un nivel realista de aspiraciones.

Las opciones llegan a ser más personalizadas y convincentes. Las experiencias psicológicamente desestructurantes que forman parte del proceso de crecimiento, son aceptadas sin sufrimientos suplementarios. La lucha permanece, pero como un estimulante atractivo.

La tensión que bloquea (además de condicionar). Señala la tensión entre estados internos del Yo, contradictorios entre sí y que la persona no logra armonizar. Pone de manifiesto una dificultad de autogestión. Es un sufrimiento marcado por un sentido de pasividad impotente y se presenta casi siempre bajo la forma de experiencia subjetiva de peligro y fragmentación, que la aparición de síntomas busca limitar, reduciendo el nivel de angustia percibido y garantizando de ese modo la supervivencia psicológica, además de un cierto control del sufrimiento mismo. La derivación sintomática es el mal menor: *"Me hace sufrir, pero me salva"*.

Las opciones tenderán a tener las funciones de proteger y compensar los defectos de la estructura de identidad, con tal objetivo, adaptadas y deformadas –en medida proporcional al grado de trastorno del sujeto-. Lograrán circunscribir y sofocar los signos de sufrimiento mientras asegura aquel margen necesario de sostén, seguridad y estructura que una identidad débil no logra garantizar por sí misma.

La tensión que condiciona (pero no bloquea). Muestra que el Yo se está definiendo en un modo pobre y limitado y que, además, su modo de interpretar la realidad y traducirla en experiencia es reductivo. Es el efecto de una respuesta pobre al "por qué" y "para quién" vivir; el resultado de "palabras" inexpressadas o faltantes, pero ahora vitales, la señal que se omite una porción de vida (por ejemplo, cuando comenzamos a darnos cuenta de que nos estamos basando mucho sobre el reconocimiento por parte de los demás). Frecuentemente se trata de una tensión latente porque la porción de vida dejada afuera por la propia experiencia, está también fuera del propio conocimiento, y el uso de los mecanismos de defensa tiene a esta tensión fuera del ámbito de la conciencia.

32 VI/1, 137. *"Que el hombre se venda, es una necesidad; a quién venderse, puede ser una elección libre; sin embargo, no se puede vivir sin un dueño; en nosotros está elegir a uno o soportar a otro. La pregunta correcta sobre el hombre no es si tiene necesidad de un fundamento, sino qué elige o soporta como fundamento. La alternativa no es Dios-ateísmo sino Dios-idolatría, es decir, entre religión explícita e implícita. La libertad puede eliminar a Dios, pero su puesto será ocupado por un ídolo que destruirá la libertad"*: VI/1 139. Esta refundación de sí mismo acompaña, incluso, el camino de la fe cristiana. Pero con características propias: VI/1 140-141 ("el momento crítico de la fe"), por el cual la decisión cristiana es similar, pero también diferente de todas las demás: VI/1, 207-213 ("la decisión; experiencia incómoda").

Con el tiempo, lleva a una convivencia resignada con la vida. Las opciones, una vez disminuido el entusiasmo del principio, se asientan sobre posiciones aseguradas y repetitivas, y la pasión se transforma en búsqueda de atajos que garanticen gratificación inmediata a preguntas de otro calibre. Lentamente, se abdica de la búsqueda³³.

33 G. TERENCE, "Soffrire non fa sempre male", in 3D 1 (2006), 64-74

Bibliografía que se puede consultar

Como hablar de sí en el contexto formativo

BOTTURA M., «Il racconto della vita» in *3D* 1(2007), 32-4.

CENCINI A., «Raccontare e raccontarsi (I – II); dalla scoperta del senso all’attribuzione di senso» in *3D* 3(2007), 249-255; 1 (2008), 20-33.

GUARINELLI S., «L’ascolto di sé: equivoci e obiettivi» in *3D* 3 (2005), 261-275.

ROVERAN R., «Per un’efficace pedagogia: i colloqui di crescita vocazionale» in *3D* 2 (2004), 172-181 (El acompañamiento es una particular relación de ayuda, diferente de la psicoterapia y de la dirección espiritual).

VITTIGNI G., «Ma cos’è l’insight?» in *3D* 3 (2010), 279-285.

ZANON G., «Formazione permanente del presbiterio; la potenza operativa del raccontare la propria fede» in *3D* 2 (2007), 193-203 (Cómo contar la propia vida en la relación presbiteral).

Visione realista di sé

PERCASSI V., «Come capire che il problema c’è?» in *3D* 3 (2004), 314-324.

PERCASSI V., « Come far accettare che il problema c’è» in *3D* 1(2005),81-92.

Cómo captar el interrogante sobre la vida, que se esconde detrás de un problema: algunos casos y algunas dinámicas comunes

RIGON S., «Saper leggere oltre il problema» in *3D* 2(2006), 159-165.

ZOLLNER H., «Convivere con le tensioni» in *3D* 3 (2008), 313-322.

Cómo comprender si la persona se encuentra en un proceso de cambio que durará, incluso, en el futuro

PERCASSI V., «Ma domani... come sarò? Restare in stato di crescita» in *3D* 1 (2009), 8-16.

Come leggere e trattare i conflitti

El concepto de dialéctica de base y su gestión implica un cierto modo de explicar la existencia de los conflictos: lo llamo modelo dialéctico (o del corazón ambivalente), diferente de aquel irénico (o de la paz original) y de aquel trágico (o del conflicto inevitable).

Implica también una clasificación de los conflictos a un doble nivel: conflictos ontológicos –expresivos de la natural ambivalencia del corazón humano y, por lo tanto, componentes del vivir y que debemos aceptar– y

conflictos caracterológicos que son las dificultades de funcionamiento que, en un momento dado, se insertan en nuestra historia y que, siendo limitaciones del vivir, deberán resolverse. El manejo de la dialéctica como don de sí implica también un recurso extra en el tratamiento: a la fuerza del saber/introspección y de la estima/cuidado de sí, agrega el de la invocación/confianza. Del mismo modo, introduce los remedios suplementarios, como el de la denuncia y del testimonio. Para estos aspectos:

MANENTI A., «Come leggere i conflitti» in *3D* 2 (2009), 162-174.—, «Possibili rimedi ai conflitti» in *3D* 1 (2010), 75-84.

CAPÍTULO 4

Entrar en la interioridad El caso de la aventura de la supervivencia

Identificación

Felipe tiene 27 años. Vive solo. Trabaja como supervisor en una empresa constructora. En su tiempo libre se desempeña en la parroquia como entrenador de fútbol de un equipo de adolescentes. Me pide hablar por un problema personal. Llega puntual a la cita; parece un joven discreto y tímido, por momentos hosco. Colabora con dedicación a lo largo de todo el encuentro, incluso se explaya en detalles secundarios. Al final se retira bastante pensativo, pide volver y me reitera su voluntad de continuar buscando algo mejor para su vida. Está vestido de modo juvenil y se nota su limpieza y orden. Tiene en un brazo -pero en la parte interna- un pequeño tatuaje que representa un escorpión con la cola levantada en señal de amenaza; en el otro, lleva una pulsera de cuero negro con tachas puntiadas, de metal.

Reacción emotiva del formador

Felipe, a pesar de la apariencia, infunde ternura y me siento disponible para ayudarlo. Aún así, no siento una particular empatía a causa de su búsqueda de perfección y su grandiosidad, que siento excesiva: cuando le hago una vaga alusión a estos rasgos suyos, observo que permanece contrariado y que se ve amenazada nuestra alianza. Siento que con él es necesaria mucha discreción.

Percibo que Felipe está disponible, pero a la distancia. No tanto con el afecto cuanto con el respeto. Durante el coloquio me vienen golpes de tos y, viendo que se prolongan, Felipe me ofrece un caramelo que extrae del fondo de su bolsillo. Tomo uno de buena gana y le pregunto si también él se sirve uno; a esto me responde: "*¡Yo nunca como caramelos!*" Es significativo también el episodio precedente a Navidad: inmediatamente después de haber terminado el encuentro y de habernos despedido, me llama por el portero eléctrico diciéndome que hay un paquete para mí. Bajo y veo que el remitente es Felipe. Es extraño, pienso, que no me lo haya dado en la mano. Lo abro y veo que hay un manual de ejercicios sobre artes marciales. Sobre un pedazo de papel, con escritura apurada, dice: "*Gracias, F.P.*". Intuyo que es Felipe.

Acoger el problema presentado

Desde hace algunos meses, Felipe experimenta en el trabajo varios síntomas físicos: palpitaciones, enrojecimiento del rostro, abundante sudoración, calor en el estómago que luego sube a todo el cuerpo. Últimamente estos síntomas se manifiestan también fuera del trabajo; por ejemplo, cuando está solo o en el restaurante con amigos. Cuando experimenta esto, por una parte se agita como un león en la jaula y, por otra, se siente como un pequeño gatito bajo la lluvia. El primer modo de sentirse le gusta; en cambio, al segundo lo intuyo yo por su modo de hablar de los síntomas. Cuando está mal comienza a llorar, pero siempre y solamente a escondidas, porque "*en aquel estado de ternura*" no quiere que lo vean. Me llama la atención que use el término ternura en vez de debilidad o fragilidad: La ternura ¿es para él un síntoma de fragilidad?

Con la esperanza de liberarse de este malestar, hace una semana que ha renunciado al trabajo y, de hecho, desde entonces los síntomas han disminuido. "*Ahora estoy buscando otro trabajo porque donde estaba antes la situación era demasiado violenta para mí, y ya no podía continuar*". Por el modo de cómo me habla de sus molestias, ambos tenemos claro lo que le significa experimentar un malestar: se siente bajo la violencia de algo externo que se le impone y lo sofoca, y que, por lo tanto, debe ser derrotado con prepotencia.

Explicaciones del problema dadas por el cliente

1. El ambiente de trabajo es competitivo. *"Me gusta tener relaciones de amistad con la gente con las cuales trabajo; me gusta estar en armonía con todos mis colegas de trabajo. En cambio, me he dado cuenta que muchos critican y son violentos; cada uno piensa en defenderse de los demás"*. Para él, en cambio, no es importante ni la carrera ni lo que gana; a tal punto que siempre ha aceptado trabajos ocasionales y por debajo de sus capacidades: *"Más que el sueldo o la carrera, busco la unión de ideales y de colaboración con los colegas"*. Por esto, en el pasado reciente, siempre había elegido trabajos relacionados con la asistencia: discapacitados, ancianos, servicio a domicilio y, ahora -después de renunciar a la empresa constructora- ha pedido ser asumido en una cooperativa social para la asistencia de jóvenes con dificultades psicológicas. Estos ideales suyos de colaboración son motivo de conflicto con su madre; para ella es muy importante lograr una ubicación laboral y ganar mucho, aunque uno no encuentre satisfacción en lo que hace; para él es exactamente al revés: primero la satisfacción personal y luego lo que se gana. *"Doy más importancia a las relaciones interpersonales que a la materialidad; espero de mis colegas lo mismo que yo doy: afecto, disponibilidad más allá de lo debido. Odio la injusticia: si yo doy 50 es justo que reciba luego 50"*. Como se ve, Felipe está mezclando afecto con respeto, colaboración con reconocimiento, ofrecimiento con exigencia.

A mi objeción de que en el trabajo las relaciones con los otros son necesariamente de tipo profesional y no necesariamente de amistad, reacciona escandalizado. Insisto en decirle que, de hecho, es así: el trabajo no se funda sobre la amistad recíproca sino sobre el rendimiento, y esta es la regla –aunque discutible- de la vida. Le digo, por lo tanto, que me parece extraña toda esta insistencia sobre la amistad. Y él me da una respuesta importante: *"Lo que cuenta para mí no es la amistad sino demostrarme a mí mismo que soy capaz de vivir y sobrevivir no obstante la violencia sufrida en el pasado. El trabajo con los jóvenes con problemas psicológicos es para mí un modo de demostrar que yo no soy como mis padres"*.

2. Mis aspiraciones se ven frustradas. *"En la vida querría realizar algo de lo que me sienta orgulloso"; "Siempre he buscado hacer las cosas con el máximo esfuerzo, pero -¡sonríe!-... no se puede siempre ser el primero en todo, aunque eso es lo que querría. Si, luego, no logro aquello a lo que aspiro, si encuentro tantos obstáculos, entonces me enojo por dentro, dejo todo y cambio de camino"*. Felipe se explaya mucho sobre este tema en el cual confunde la búsqueda de sentido y la superioridad personal. Felipe no acepta la rutina, la repetitividad; busca siempre las cosas sensoriales, las sensaciones fuertes, los desafíos, y comenta con absoluta sinceridad y honestidad: *"Quizá quiero la grandeza..."*.

Cómo se define el cliente

«Los otros me dicen que soy una persona fría, cínica. Yo no creo que sea así, pero me muestro así porque no dejo ver fácilmente mis sentimientos. Me considero una persona rebelde: si me piden algo, lo pienso y tengo en consideración el parecer de los demás; pero si algo me viene impuesto, incluso si estuviese de acuerdo, me pongo en la posición contraria y digo que no». El estribillo es siempre el mismo: *«No soporto estos actos de violencia contra mí»*.

Estilo habitual de vida

Ya que no entiende a qué me refiero con la expresión "estilo de vida", le explico que cada uno de nosotros tiene un modo habitual de reaccionar ante la vida, el cual se puede ver, sobre todo, cuando hay dificultades.

Esta explicación no lo ayuda demasiado y trato de aplicarla a su contexto de vida: *«¿Cómo haces para no sucumbir ante los actos de violencia? ¿Has encontrado tus propias fórmulas para resistir?»*

Me habla entonces de su actividad preferida que él llama «aventura de supervivencia» (este título terminará por revelarse como su lógica de vida). Felipe se apoya en muchas actividades para medir su nivel físico y su capacidad de resistir al esfuerzo. Me las describe: se tapa la nariz y la boca y cuenta cuántos segundos logra resistir sin respirar; hace flexiones y aumenta cada vez el número; le gustan las artes marciales; fantasea con encontrarse en un desierto, en situaciones de guerra o de aluvión y se imagina qué podría inventar para sobrevivir...; me dice que le gusta llevar el pelo bien corto porque esto lo hace más ágil. Observo su pulsera con puntas metálicas y sólo entonces noto que sus pantalones parecen el uniforme mimético usado por los marines americanos. Le pregunto por qué estos ejercicios son tan importantes para él: Felipe afirma que si logra fortalecer

más sus músculos, puede encontrar mejor su lugar en la vida y que, una vez que se asegure que no será humillado, podrá dejar salir su lado afectuoso.

Viendo que no lo juzgo, continúa y me revela también un secreto: cuando está solo se pone ante el espejo en posición amenazante y de guerrilla para ver el efecto que genera. A medida que me describe todos estos ejercicios se manifiesta siempre mejor en él una cierta teatralidad, tanto que -con la misma sinceridad y honestidad con la que me decía «*quizás quiero la grandeza*»- ahora comenta: «*Tengo que admitir que tengo miedo a lo desconocido y al futuro... no sé si cuento con las armas para ...*».

Un episodio significativo

Los padres se han separado cuando él tenía 13 años. Le pido que me cuente sus reacciones ante este hecho. «*Ellos pensaban sólo en pelearse, no se daban cuenta de mí; yo intentaba acercarme a ellos pero no tenían tiempo para mí; no me prestaban atención y esto me generaba rechazo hacia ellos, desprecio. Cuando mi padre se fue de casa con otra mujer, no tuvo en cuenta que tenía tres hijos: ¡nosotros tres no le hemos importado! Se ha ido y listo; es más, quería que yo, que era el mayor, le diera mi aprobación*». Verbalizo su reacción: «*Veo que para ti ha sido una gran ofensa*». «*Justamente eso: ellos se han separado justo cuando yo estaba con los exámenes de la escuela: ¡podían por lo menos haber esperado! ¡Justo cuando yo tenía más necesidad de cuidado y atención, justamente en ese momento me han dejado solo!*». Se lo nota enojado.

Describe a su padre como un tipo violento, autoritario, que quiere siempre tener la razón. «*Discutimos con frecuencia y él nunca tiene en cuenta mi punto de vista, pero yo no soy un estúpido y no me dejo intimidar: rebato sus ideas, resisto, genero polémica...*». Cuando Felipe se muestra así fuerte y batallador, el padre se encierra en el silencio.

En cambio, con la madre, Felipe se siente resignado: él sabe que ella ahora quisiera hablar con él, pero él calla y la ignora. La pone solamente al tanto de las decisiones ya consumadas.

Luego de la separación de los padres, Felipe había elegido pasar casi todo su tiempo con el abuelo. Volvía a la casa sólo para dormir. Era el abuelo el que lo ayudaba en las tareas escolares y «*El único que venía a verme cuando jugaba a la pelota en la parroquia*». Un año después, el abuelo murió improvisamente, sólo 3 semanas después de que le descubrieron un tumor. Felipe habla largamente de esto y aquí su tono de voz cambia; está más triste, apagado, perdido: «*Mi abuelo me quería mucho, teníamos muchos intereses en común, tenía tiempo para mí (refiere muchos recuerdos de relaciones positivas entre ellos) y yo también estaba apegado a él... y luego, de repente, ves que te han arrancado un vínculo querido*». Felipe ha reaccionado con dolor y escepticismo: dolor por la muerte, escepticismo por la relación destruida. Felipe ha querido despedirse de su abuelo quedándose solo en la sala donde era velado y ha hecho el esfuerzo de no llorar. En el funeral estuvo impasible y ante tanta imperturbabilidad, su padre lo ha felicitado por esta «*reacción de adulto*».

Relaciones afectivas

Ha tenido varias novias que él mismo ha dejado por diversos motivos. Pero, antes de entrar en este capítulo, le parece importante precisarme que él se considera un tipo afectuoso (hasta aquí no me ha parecido así). Las suyas han sido historias un poco tormentosas.

Desde hace dos años tiene una novia con la que querría casarse: «*Me siento muy bien con ella y tenemos los mismos intereses. Ella está muy enamorada y secunda mis deseos. Con placer hace todo aquello que yo amo: ir a la montaña, andar en moto, buscar hongos. Quizás ella esté más enamorada de mí que yo de ella*». Últimamente, la relación es menos idílica porque él -sintiéndola tan apegada a él- tiende a descargar sobre ella sus tensiones y disminuye los contactos porque se siente como con una correa en el cuello.

Para darme una idea de cómo es su relación me cuenta un hecho significativo: hace dos meses ha sucedido que ella se estaba acercando más a él, con más afecto, y justo en ese momento, él se ha alejado más. Luego, para no perderla, él se ha vuelto a acercar y ella ha acelerado las cosas para que vayan a vivir juntos. Pero él no tiene tantas ganas y vuelve a bajar el ritmo del vínculo. «*Sin embargo, me habías dicho que eras tú quien quería casarse con ella*». «*Así es, pero la idea de convivir o casarnos me provoca un infarto: ¡no tanto por la vida cotidiana que implica casarse sino por las emociones que conlleva!*». Este estilo marcado por 'acercarse y luego alejarse' caracteriza también sus gestos de amor: si ella se acerca demasiado, él se siente violentado; si ella se

aleja demasiado, él se siente abandonado y se acerca a ella. Hace referencia a un típico ejemplo de este movimiento pendular: él había entendido que tenía que dar el primer paso pero se ha hecho el distraído y ha esperado a que sea ella la que se acerque; cuando ha estado seguro de que ella estaba disponible, él, en vez de responderle con gentileza, ha descargado sobre ella su malestar.

Comprender

El mundo del Yo ideal

Con las siguientes preguntas intentamos leer las informaciones biográficas recogidas hasta aquí:

¿Cuál es la gran aspiración de vida de Felipe, es decir, según él, dónde se encuentra la felicidad (valores finales)?

¿Cuáles son los medios (valores instrumentales) que Felipe usa para alcanzar su meta de felicidad?

¿Cuáles son los rasgos que caracterizan su corazón grande?

De estos rasgos, ¿cuáles son aquellos que habría que reforzar y alentar (porque le hacen bien) y cuáles, en cambio, son engañosos?

Una hipótesis posible³⁴: la gran aspiración de Felipe es hacer algo que le permita sentirse orgulloso por haberlo realizado; es vencer las dificultades, poder reconocerse como valioso y ser también reconocido como tal por los demás. En este proyecto lo importante no es la materialidad sino las relaciones. Si encuentra buenas relaciones se dona con alegría. Felipe tiene un espíritu generoso y tiene deseo de ponerse a disposición. Su gran sentido del respeto lo hace un muchacho honesto. Su mundo de ideales es, sin embargo, un poco inflado y a veces irreal, mezclado con búsqueda de perfección para sí mismo y de pretensiones respecto a los otros demasiado elevadas y difíciles de alcanzar.

El mundo del Yo actual

Con las siguientes preguntas intentamos leer las informaciones biográficas recogidas hasta aquí:

¿Cuál es el núcleo central de la sensibilidad interior de Felipe (Yo actual)?

¿Cuáles son los sufrimientos que tienen el poder de bloquear sus búsquedas?

¿Qué sentimientos le generan sus propias dificultades?

¿Cuál es su manera actual de organizarse la vida?

Una hipótesis posible: Felipe tiene una alergia espontánea a la violencia. Violencia es una palabra que él mismo usa con frecuencia y que para él indica el conjunto de las dificultades que la vida puede reservar y que él inmediatamente advierte como algo que embarra o empaña su honor. La violencia (= la dificultad) le genera una parálisis que le hace mal incluso a nivel físico; ante ella es como que él deja de existir porque se siente humillado, y los otros también porque lo han hecho enojar. En este vacío no le queda más que sentirse frágil y no preparado para afrontar el peligro. Pero para no terminar sintiéndose un perdedor, se construye artificialmente una imagen guerrillera de sí que alimenta en su fantasía deseos que difícilmente se realizarán pero que lo hacen desenfundar el arma de la venganza y del desprecio. Haciendo así, cae él mismo en la cultura de la violencia que tanto le fastidia. Ciertamente, así, su lado afectuoso no puede manifestarse.

34 Digo «hipótesis posible» porque las interpretaciones que se hagan de la interioridad de los otros nunca son verdaderas, en el sentido de verdades inapelables, sino que son verdaderas en el sentido de lecturas coherentes y útiles que hacen más comprensible aquello que sucede.

El mundo de sentimientos

Felipe –por la manera de hablar de sí mismo y por las emociones que me transmite- da la impresión de ser un luchador tenaz, pero destinado a ser un perdedor. En efecto:

- Dice que obra para defender sus propios objetivos, pero tiene un «cuerpo» herido que pone en su cabeza la posibilidad de no lograrlo. Tenacidad (practicada) – duda (inconfesada).
- Le gusta decir con satisfacción que «*Siempre ha buscado hacer las cosas con el máximo esfuerzo*» y lo demuestra con muchos ejemplos. Pero cuando, sonriendo, dice que «*No se puede ser siempre el primero en todo*», lo dice con una sonrisa de amargura. Victoria (buscada) – derrota (constatada).
- Cuando lo que cuenta lo empuja hacia la tristeza, con un golpe de timón corrige inmediatamente la ruta, precisando que «*Si no alcanzo aquello a lo que aspiro, lo dejo y cambio*», dejando entender que se trata de una superioridad desdeñosa en relación a los demás y no de una derrota. Tristeza (evitada) – orgullo (defendido).
- Describe los ejercicios de su “aventura de supervivencia” con mucha satisfacción y le gusta mostrarse a sí mismo como alguien tenaz, pero luego cambia de humor cuando me hace ver que su vida se mueve por otros carriles. Valentía (ostentada) – desorientación (oculta).
- Revive la experiencia del divorcio de los padres con rabia e indignación por no haber sido respetado en sus derechos de hijo; sin embargo continúa creyendo en el verdadero amor que ha experimentado con el abuelo y que busca de mala manera en su novia. Perseverancia (mantenida) –rabia (sufrida).

En esta polifonía de sentimientos, están emergiendo lentamente las polaridades de su dialéctica de base: amar/competir, enfrentar/huir, buscar/sobrevivir; vencer/sucumbir... ¿No son éstas las ambivalencias que la virtud de la esperanza intenta rescatar? Para Felipe parece que ha llegado el momento de encontrarse/enfrentarse con esta virtud.

Captar el estilo de vida

* Para Felipe, dentro de su mundo ideal, las relaciones son más importantes que lo material; y para demostrarlo está disponible para involucrarse, para dar más de lo que se le exige y para poner el máximo esfuerzo en la relación. Incluso el éxito es un ideal de plenitud que lo atrae: quiere hacer bien las cosas que realiza, y, si no alcanza el objetivo que se ha propuesto, prueba con otras; antes que resignarse, deja y cambia. Lo apremia vivir mejor y enfrentar el futuro con menos miedo y más decisión. Y lo logra bastante bien, pero sólo por poco tiempo.

* En su vida práctica no todo va tan bien. En un mundo que desilusiona -y al que él llama violento-, la necesidad de relaciones deja el paso al enojo, y el proyecto de la "aventura de supervivencia", de formación para la vida se transforma en enfrentamiento con los adversarios. En la vida se siente un perdedor; en las fantasías, omnipotente. Cuando se siente un perdedor se refugia en la fantasía. Cuando está en sus fantasías permanece desilusionado respecto a la realidad.

* La discrepancia entre el ideal soñado y la actualidad vivida, lo lleva ahora, a momentos de serio desequilibrio psicofísico que se están extendiendo en exceso, incluso, más allá del ámbito de trabajo. El cuerpo mismo de Felipe le está advirtiéndole que necesita otro modo de responder, diferente al que ha tenido hasta ahora.

* La pregunta que está surgiendo en Felipe podría ser: *¿Cómo se hace para vivir y sobrevivir ante las dificultades de la vida?*

* Él intenta diferentes respuestas: a veces, huye; otras, hace ejercicios; otras, libera su angustia con la persona que él sabe que lo quiere tanto como para soportar su rabia (la novia); a veces toma la falsa postura de alguien impasible y victorioso. Pero en su situación actual, éstas ya no son más respuestas a las dificultades sino una protesta por el hecho de que las mismas existan. Y esto ya no le funciona. Que las respuestas sean de despecho y no de enfrentamiento de la realidad lo demuestra el hecho de que Felipe no huye solamente cuando se crea claramente un conflicto -por ejemplo, con los colegas- sino, también, cuando la relación está llegando a ser más profunda -por ejemplo, con su novia-, a fin de evitar sufrir nuevamente como cuando, encariñándose con el abuelo, había tenido que padecer el sufrimiento de la pérdida.

* Felipe aún no ha definido su dialéctica de base: está todavía en el estado de oscilación ¿Acercarse o alejarse? ¿Abrirse o cerrarse? ¿Esperar o hacer guerra? ¿Construir o combatir? Si hubiera ya cerrado su dialéctica y "dogmatizado" sus respuestas actuales, se hubiera –lamentablemente- quedado en paz. En cambio, aún está vivo: todavía, afortunadamente, no ha tomado una posición precisa: oscila entre sentirse un pollito mojado en medio de la neblina y un guerrero solitario y orgulloso.

Aquello que lo tiene aún vivo no es, como él supone, la rabia y su omnipotencia: estos son el rostro de su debilidad. Lo que lo tienen vivo, en cambio, son sus sentimientos afectuosos de los que, sin embargo, desconfía y a los que es reacio. En cambio, es de ellos que vendrá la solución cuando tenga la fuerza de secundarlos. En clave espiritual podríamos calificarlo como el regalo más bello y personal que Dios le ha dado, pero que él no sabe aprovechar. Sus sentimientos afectuosos son su fuerza, pero no sabiendo manejarlos se transforman en su debilidad. Por una parte lo mantienen abierto a la esperanza, lo mantienen sensible a los demás hasta el punto de nutrir ideales -aunque irrealistas- como aquel de imaginar las relaciones de trabajo como relaciones fraternas. Por otra parte lo abren a una exposición sentimental que él no sabe manejar: cuando sus sentimientos son humillados -como es realista que pueda suceder-, él activa otro registro.

Ante la realidad que desilusiona, su pequeño corazón le dice que se defiende con la técnica de la fuga y de la fantasía. Pero su corazón grande detiene la fuga porque no deja de recordarle su necesidad de ser reconocido y de encontrar un lugar en la vida. No sabiendo qué hacer, hace un pacto de no agresión con los demás: si me das, yo te doy incluso más; si no me gratificas, yo no te gratifico. Pero la felicidad y la duración del encuentro serán inciertas porque, con el hambre de afecto que tiene Felipe, le es difícil establecer cuándo ha recibido suficiente, o han ya igualado lo que él ha dado, así como evitar la tentación de esclavizar al que lo ama.

* La forma que asume la dialéctica de base en este muchacho a causa de su vivencia personalísima, podría expresarse en la siguiente hipótesis: por una parte, dar y recibir colaboración según un estilo de interés altruista y, por otra parte, la rabia por un mundo que te ignora o que, incluso, te arranca aquello que tienes. Por una parte, tener confianza en lo demás, pero con un conjunto de recuerdos que dicen que se trata de una *aventura* abierta a la desilusión; por otra parte, preocuparse por la propia *supervivencia*, en una alternativa de lucha y soledad. Son muchos los sentimientos que esta dialéctica de base activa: de abandono, de búsqueda, de enojo por las ofensas recibidas, de desconfianza en sí mismo, de recuperación de la propia grandeza a través de la fantasía.

Análisis e intervenciones sobre áreas específicas: de lo global a lo particular

Llegados a este punto, habiendo tomado un cierto contacto con el funcionamiento global de Felipe, se puede trabajar sobre alguna de sus áreas de vida, pero desde la óptica de la igualdad de finalidad: cualquiera sea el área elegida, se trabajará sobre ella buscando mejorar el estilo de vida general y favorecer una gestión más adecuada de la ambivalencia de su corazón.

* *¿Qué hipótesis formular sobre la relación síntomas físicos-trabajo-violencia?*

Al afrontar su mundo laboral, Felipe se ve favorecido por el hecho de sentirlo como un medio para la realización de los valores más altos de compartir y buscar el bien común. Esto lo preserva de abajarse a hacer concesiones que lo llevarían a sentirse un vendido.

Sin embargo, cuando el ambiente no le ofrece inmediatamente esta posibilidad -como cuando el ambiente es profesional y competitivo, muy diverso del colaborativo propio del voluntariado-, su idealidad se transforma en perfeccionismo, desde cuya cima la dificultad normal se transforma en imposibilidad que lo impulsa a huir.

En el contraste entre real/ideal, no sabe encontrar mediaciones más útiles.

El hecho de cambiar de trabajo seguramente no resuelve el problema porque a cualquier parte que fuese, ninguna realidad será nunca la encarnación del ideal. Por otra parte, para inventar soluciones mejores es necesario interrogarse a sí mismo; pero cuando Felipe lo hace, se encuentra con un torbellino de sentimientos que van desde la humillación a la rabia, desde el sentimiento de fracaso a la pretensión de superioridad.

El síntoma físico le indica, por lo tanto, que aquí está en juego un problema vocacional en el sentido de que está en juego cómo vivir la propia vida, y Felipe mismo lo advierte porque ha pedido ayuda a un formador y no a un psiquiatra.

* *¿Qué pensar de su definirse con un carácter rebelde?*

Sentirse un rebelde confiere a Felipe un halo de gloria. Se hace el rebelde pero no lo es. Es uno que busca orientarse en el torbellino de la vida.

Sería un error si el formador comenzara a socavar esta costra de rebeldía, en todo caso con el atractivo de ser más paciente, humilde, tolerante.

Sentirse un rebelde, y dejar que Felipe se sienta así, es una fuerza de la que el formador se debe valer para estimular el proceso de crecimiento, porque habla de la determinación de quien no quiere resignarse. Criticar la rebelión como arrogancia, orgullo, impaciencia... sería un grave error. Sería como enjaular a Felipe. Sobre esta capacidad de reaccionar, el formador puede, desde el principio, establecer una alianza de desafío compartido ("*Tienes la determinación para obtener aquello que deseas*"). Puede servirse de esto para llevar a Felipe a su Yo más auténtico ("*Con esa misma determinación puedes no esconder tus problemas*"). Puede recordarla como estímulo cuando en el futuro se sienta desmoralizado ("*Lo lograremos incluso esta vez*"). Es verdad que en su estado actual, es una rebeldía rencorosa que pone a Felipe en la categoría de los perdedores en la realidad y de los prepotentes en la fantasía; pero si es ayudado a vivir dicha rebeldía como una capacidad, se verá más empujado a dejar de lado los elementos derrotistas y a quedarse con los más propositivos.

* *Separación de los padres: ¿de qué los acusa?*

Felipe no recrimina el no haber sido amado, sino, el no haber sido reconocido en sus derechos; y hoy no va en búsqueda del afecto que no tuvo, sino, del respeto. Transforma esto en una cuestión de derechos vilipendiados. En efecto, vive la separación de los padres como una afrenta al reconocimiento de sí mismo, por lo que, más que sentirse abandonado -él no tiene dificultad para estar solo-, se siente víctima de la violencia de los otros, los cuales se han manifestado como inhumanos y, por lo tanto, como los que no merecen ninguna compasión. Todavía hoy expresa esta queja por la injusticia sufrida: con el padre en forma activa -frente a frente- y, con la madre, en forma pasiva -frío y cínico-. Consolarlo por el amor no recibido sería responder a una situación que no es la de Felipe.

* *Muerte del abuelo: ¿Por qué su escepticismo obstinado y sus lágrimas sofocadas? Y, sin embargo, ¡lo amaba!*

La relación con el abuelo era un área protegida. En él había encontrado una persona de referencia que le había dado tiempo y licencia para vivir. Al perderlo, ha perdido la parte afectuosa de sí mismo. Su reacción no es de frío escepticismo. Por el contrario, es la expresión más extrema del dolor, un dolor tan doloroso que no le quedan lágrimas. Comportándose de manera imperturbable en el funeral -o, al menos, afirmando hoy que se había comportado así- no ha querido renegar de la experiencia bella del abuelo y anularla en la memoria sino que, por el contrario, ha querido reconocer que una experiencia de este tipo es para él tan importante y vital que su ausencia lo deja aturdido, incrédulo. Incluso hoy, detrás de su ser escéptico y brusco, hay un corazón que busca y que, a escondidas, te deja un regalo.

* *¿Cómo es que se define como una persona afectuosa? De su modo de hablar no parece dar esta impresión*

Felipe tiene deseo de ser afectuoso, pero no puede permitírselo, si no es haciéndolo a escondidas. No busca amor, sino respeto. Sin el respeto se cierra. Buscar amor es para él un camino demasiado escarpado y peligroso: la vida real le ha indicado que no se encuentra a su alcance y que no tiene un final feliz. Mientras que en su fantasía infla la experiencia como si fuese un camino de comprensión mutua sin obstáculos.

Pero no ha cerrado su corazón: es necesario llegar al amor por pasos; aún con todas las precauciones que toma, está disponible a querer a otros. Es como si dijese: "*Si quieres demostrarme amor, aquí estoy, pero no me amenazas con tus abrazos; como primer paso comienza, por lo menos, a no dañarme también tú*".

Sería un grave error si el educador abrazase a este muchacho con gestos y palabras de consuelo, compasión, ternura y calurosa cercanía más bien que respetuosa: tocarlo de esta manera lo haría desconfiado y/o dominante en la relación. Un abrazo así sería rechazado. Felipe busca el vínculo a un nivel más seguro. Es necesario que el educador esté atento a amar a Felipe de la manera que él necesita ser amado y no según la propia espontaneidad. Igualmente perjudicial y repetitivo del estilo del cliente sería irritarse cuando da señales de desafío y provocación; reaccionar así cuando él "muestra los puños", sería reforzar la misma reacción que ya tiene ante los golpes que recibe de la vida.

Cuando la sensibilidad ha sido seriamente herida por la vida, se expresa solamente cubriéndola con un velo y, para rescatarla es necesario respetar dicho velo. El afecto del que Felipe tiene necesidad es una presencia respetuosa, que mantiene las distancias, que se expresa con la disponibilidad para trabajar por su bien en modo

ininterrumpido y sistemático, que usa un modo de hablar propio de quien sabe -sin verbalizarlo en demasía- que se encuentra ante una persona seria, resuelta. Felipe tiene necesidad de un modo de amar sin tocar, no verbal, que transmite honor. La conexión de fondo que el educador debe buscar con este joven no es con el niño que hay en él, dolorido o enojado y caprichoso; sino con el hombre que querría lograrlo; que podría lograrlo pero no sabe cómo hacerlo.

* *¿Qué tipo de relación establece con su novia?*

Felipe es consciente del beneficio de tener relaciones íntimas, ya sea porque no las ha tenido –padres-, ya sea porque ha podido disfrutarlas -abuelo-. Pero también ha aprendido que el mundo de la intimidad hace sufrir. Teme y desea amar. Este movimiento pendular es, incluso, teatral en su relación con la novia. Cuando uno se acerca, el otro se aleja. Felipe hace como el león luego de haberse comido una gacela: si ve otra a su lado, no la tiene en cuenta hasta que no le vuelva el hambre. Vale la pena notar que nunca describe los sentimientos y deseos de su novia.

Este acercarse y alejarse es debido al hecho de que Felipe no logra disipar la sospecha de que el permanecer le traerá, luego, como consecuencia, sufrir la pérdida. Pero puede también indicar la incertidumbre de ambos acerca de la solidez de su relación: si el amor los acerca, las peleas los alejan porque ambos anticipan, sin saberlo, aquello que en el futuro serán los verdaderos venenos para el amor. Lo que engaña actualmente es que el actual movimiento pendular produce una cierta pasión que da a su relación una apariencia de amor verdadero: cuando se dejan, extrañan el lado bello de su amor y, cuando se reencuentran, aparece el lado feo. Ambos, en este ir y venir, no saben conjugar el contacto con el retiro que toda relación de amor implica; no saben cuándo es el momento de acercarse y cuándo el de alejarse, por lo que a la cita falta siempre uno de los dos. Ante un proyecto de matrimonio, hay bastante para derrumbarse, como muy honestamente ha admitido Felipe.

Si nos preguntamos, al final de este análisis, con qué nos hemos encontrado, podemos responder que en esta escena hemos visto entrelazarse tres representaciones: algunas problemáticas psicológicas muy personales, algunas preguntas antropológicas que nos implican a todos como seres humanos, y las vicisitudes de la esperanza cuando se baja a la vida concreta.

Bibliografía que se puede consultar

Los hijos del divorcio

En el caso presentado aparece la influencia del divorcio de los padres sobre las posteriores experiencias afectivas de los hijos. ¿Se pueden disminuir los daños? Algunos consejos prácticos:

"Los padres se separan ¿qué hacer con los niños?" (Redacción), en *3D*, 2 (2004), 204-208.
<http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Redazione04.pdf>

MANENTI A., "Figli del divorzio: que fare con i figli adolescenti?", en *3D*, 1 (2009), 99-103.

El pasado para un futuro que dure

- PERUFFO A., "¿Qué hacemos con nuestro pasado?", en *3D*, 2 (2007), 182-192.
<http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Peruffo07.pdf>
- BRENA E., "¿De madre a hijo? Cuidados parentales y desarrollo de personalidad", en *3D*, 1 (2005), 50-61.
<http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Brena05.pdf>

Cómo acoger y restituir lo vivido por los otros

"Los cristianos, y especialmente los predicadores creen, con frecuencia, que siempre tienen que 'ofrecer' algo al otro cuando se encuentran con él; y lo mantienen como su único objetivo. Se olvidan que escuchar puede ser un servicio mucho más grande que hablar. Muchos hombres buscan una oreja lista para escucharlos, pero no la encuentran entre los cristianos, porque ellos hablan, incluso, allí donde deberían escuchar" (D. Bonhoeffer).

- CAPITANIO R., "Con empatía", en *3D*, 1 (2010), 8-16;
- CAPITANIO R., "Con empatía, oltre l'empatía", en *3D*, 2 (2010), 166-175 (la empatía es la capacidad de ponerse en el lugar del otro, pero implica también mantenerse a distancia. Sin una distancia óptima puede también engañar).
- GUARINELLI S., "L'inquietudine dell'altro; a proposito di empatía e identificazione proiettiva", en *3D*, 1 (2007), 8-18.
- "La relazione di aiuto", en *VI/1*, 221-232 (identificación proyectiva, clarificar las expectativas, no es una relación de amistad, autocrítica del que guía y la verificación de sus proyecciones).
- ROVERAN R., "L'ascolto come decentramento da sé", en *3D*, 1 (2007), 42-50.

CAPÍTULO 5

Definición de integración psico-espiritual y de “willingness”

La integración es el proceso que me permite organizar y reorganizar continuamente mis energías psíquicas (de mente, corazón y voluntad) en torno a un centro vital, según un movimiento de recíproca adaptación, jamás completado definitivamente. El centro es vital porque lo he elegido libremente, lo deseo *afectivamente* y lo estimo central para mi identidad, al cual, por lo tanto, quiero confiarme y sobre el cual hago depender mi honor y mi amabilidad y es el punto de referencia desde la cual puedo dar orden y unidad a las partes de mi vida. El movimiento de recíproca adaptación entre el centro vital y mis energías psíquicas es un movimiento de “asimilación” en mí de aquel centro y de “acomodación” de mí a aquel centro, de aprendizaje y de seguimiento³⁵.

Centro vital: exigencia universal y psíquica

Encontrar un centro vital no es una tarea reservada a quien explícitamente cree en Dios, sino que es una exigencia psíquica válida para la personalidad humana *en cuanto humana*. En efecto, para el logro de un buen funcionamiento *humano*, existe la exigencia psíquica de:

Tener un centro vital que dé unidad de sí, no obstante la diversidad; continuidad en el cambio; proyectividad más fuerte que los condicionamientos y orientaciones para planificar el propio camino.

Hacer evolucionar el desarrollo de sí hacia un estadio de confianza de sí a un centro externo a sí. El momento del confiarse –es decir, de la fe como dinámica psicológica- llega, antes o después, para todos, sean ellos creyentes o no creyentes. Ninguno se basta a sí mismo y ninguno puede vivir sin confianza y sin confiar en la gente, en los ideales, en los sueños, en las apuestas, en los ídolos, dioses, patrones, partner... Vivir la dinámica del confiarse sobre bases preferentemente afectivas que no son irracionales sino súper racionales. Individuar el tesoro de la propia vida, aquel considerado subjetivamente como tal, es una cuestión de corazón³⁶.

Integración como proceso y no como estado final

Integración no es sinónimo de perfección. No es una meta que aparece sólo cuando el acompañamiento termina. Es siempre algo difícil, esforzado, a renegociar mano a mano a medida que la vida continúa. El corazón integrado no está jamás del todo integrado, ni con sí mismo ni con su centro vital y no quiere decir que mantenga la actual impostación por el resto de su vida. Incluso los momentos de detención, las transgresiones, las desviaciones, no desactivan –*ipso facto*– el proceso de integración.

Al acompañamiento no le interesa la completa perfección del resultado (*“Ve tranquilo, ahora estás bien”*), sino que le interesa activar un proceso de crecimiento que continúe también cuando el acompañamiento haya concluido. No quiere cambiar las personas sino activar o tener vivo un movimiento de cambio que continúe también en el futuro.

Para expresar este concepto, cuando hablo a los formadores vocacionales, me encanta usar las metáforas del caballo de carrera y del mulo de montaña. A los formadores les encanta, ingenuamente, tener muchachos o

35 Esta definición retoma los elementos que constituyen la estima de sí como experiencia sensible de la propia identidad compuesta por el “Yo actual” y el “Yo ideal” (cf. PeF, 141 – 152: “La estima de sí”) y retoma el tema de los valores como realidades autodefinitorias (cf. VI/1, 15 – 16; 60 – 63).

36 Cf. VI/1, 59 – 71 (“El deseo”) y 165 – 178 (“Las ilusiones de la autogestión”).

muchachas que lleguen a ser caballos de carrera y se sueñan a sí mismos capaces de ayudarles a llegar a ser así; tanto es así que al primer escollo importante, ¡lo mandan, asustados, al psicólogo!. Sin embargo, el caballo de carrera, después de los saltos iniciales o cuando termina la carrera, se para exhausto y, antes o después, se retira de las carreras. Por el contrario, el mulo de montaña, el que fue usado por nuestros alpinos en la última guerra, procede lento sobre el sendero, a veces sobre el borde del precipicio, tanto que parece venirse abajo; a veces se obstina y no se mueve de donde está, pero, al final, llega a la cima de la montaña. ¿Queremos personas cambiadas o personas que permanezcan en un estado de cambio progresivo? ¿Caballos de carrera o mulos de montaña? Se puede hablar de integración aún en el caso del sacerdote que no respeta el celibato, porque hay modos y modos de no respetarlo, como hay modos y modos de traicionar la propia mujer.

Lo que decide si las transgresiones quedan o no dentro de un andar integrado, es el modo con que se realizan: de inclusión o de exclusión. La modalidad de exclusión se da cuando la transgresión en acto es vivida como “la” solución que denuncia la no verdad de la elección precedente; la modalidad de inclusión se refiere a que la novedad no es exactamente la propia “casa” finalmente encontrada, sino que señala la exigencia de restauración de la vieja con la que todavía se continúa identificando³⁷.

Integración como dilatación y versatilidad de las experiencias afectivas

Erróneamente se piensa, también, que el corazón integrado sea un corazón que, en una especie de raptó místico, vuela en el mundo sublime de las alturas, en incontaminada armonía con su centro vital (“*No pienso más que en ti*”, “*En mi corazón estás sólo tú*”, “*Jamás te dejaré*”...). Esto, a decir la verdad, es un corazón mono- tono que no sabe ritmarse con los tonos del pequeño corazón que emite un aumento de malestar, precisamente cuando aumenta la cercanía al centro vital.

La integración es dilatación de todas las experiencias afectivas y no una selección de aquellas “positivas” y un corte con las demás. Paradójicamente, quién está más integrado es también quien siente más viva la voz de su pequeño corazón y su dialéctica de base.

El corazón integrado es un corazón dilatado, hacia lo alto y también hacia lo bajo, más sensible al aclarar, aún cuando no es tan claramente visible, como también a las mezquindades, otro tanto sutiles, pero también dentro de sí. Va “más arriba” pero también “más abajo”. Para quién organiza su vida en torno a un centro vital, aumentan las alegrías, pero también los dolores; las virtudes, pero también los pecados; las ganancias y las pérdidas. Sólo un ingenuo puede pensar que vivir centrados sea una autopista al son de la música. No me canso de decir: cuanto más integrado eres, más te metes en problemas. Lo que es desconcertante es que un padre de familia consciente de ser padre sufrirá más que su amigo que se siente buen padre sólo porque responde a cada petición de su hijo. El industrial que recuerda que cada uno de sus obreros tiene sobre las espaldas una familia que mantener, duerme sueños menos tranquilos que el colega para el cual el obrero es sólo una mano de obra para usar si y cuando se tiene necesidad. La dilatación hace más sensibles al bien y al mal, a la verdad y a la mentira, a la luz y a las sombras. Y esto vale también para el cristiano: lo que es desconcertante, es el hecho de que cuanto más nos abrimos a la gracia, más nos parece imposible este camino.

La dilatación es lo contrario a la rigidez. En psicología se dice que un signo elocuente de patología es la rigidez. La rigidez nos hace razonar en términos de “*siempre ha sido así y será así*”, “*es solamente así*”, “*no es otra cosa que*”..., mientras que la normalidad deja abierta la alternativa, la multiplicidad. La persona integrada es, simplemente, una persona no patológica, esto es, versátil, que no reduce la vida a un único sonido. Lo que en esta versatilidad no le permite descarrilar es precisamente el hecho de tener como referencia un centro vital que rige las variaciones. Siendo aquél el que ha generado y gobierna el ritmo, no tiene necesidad de atenuar la versatilidad para conservar la posición. Cuando el “centrado” se siente pecador, sabe que es también santo; cuando se siente santo, sabe que es también pecador. Por esto, jamás se desespera ni se enorgullece, sino que permanece en el estado de peregrino vigilante.

37 VI/2, 67-91 (“Las transgresiones”)

La dilatación es la desventaja que el acompañamiento promete, la versatilidad es su oferta prometidora. Lamentablemente, el sentir del cliente aumentará “hacia arriba” y “hacia abajo”, pero la versatilidad lo ayudará a no permanecer prisionero en una u otra posición. Cuando una está en primer plano sabrá que la otra está en el fondo y que las dos partes pueden revertirse. Esta es una oferta del todo conveniente: la redención y la caída permanecen siempre posibles, por lo que no existen las desesperaciones o las beatitudes definitivas. Ésta, ya lo habíamos dicho, es la placentera libertad de ser simplemente humanos.

El acompañamiento, lamentablemente, no satisface las expectativas perfeccionistas ni la paz de los sentidos, sino que ofrece una relación pasional con el propio tesoro de vida. En la fase inicial, el cliente se lamenta de los altibajos de su corazón, pero si todo va bien, debería concluir con el deseo que la vida permanezca un subir y bajar; que la belleza no termine jamás y, aunque parezca extraño, que también lo feo no desaparezca; que la realidad permanezca bella y también fea y temer que pueda volverse apática y no evocar nada más.

El respeto por la amplitud de la vida

La vida humana es un continuo subir y bajar. Nos rebota de un plano al otro. Tocando lo finito tengo experiencia de lo infinito y, viceversa, para tocar el infinito debo permanecer pegado a lo finito. Es la paradoja de la vida humana hecha de trascendencia e inmanencia y tan querida a la antropología cristiana. De este subir y bajar paradójico están exonerados los animales y los ángeles. Los primeros, bloqueados dentro de lo finito. Los segundos, libres más allá del infinito. A diferencia de la de ellos, nuestra vida está hecha de subidas y bajadas; jamás es plana, de éxito descontado. La hacemos así, pero no está hecha para ser así. La reducimos a una salida única, hacia lo animal o hacia lo angélico. El sentir humano es más variado: alterna sonidos diferentes que mandan arriba y abajo. Un ángel no puede experimentar la desesperación por haber perdido mucho dinero en el juego y la alegría de sabiduría que esta estupidez puede crear. El animal puede llorar solamente la muerte de su pequeño y después olvidar. Sólo a nosotros se nos concede llorar por el pecado y gozar por el perdón; de enojarnos con Dios y de continuar amándolo; de envilecernos y de seguir creyendo. Solo a nosotros se nos da el placer de vivir en este espacio intermedio, con la libertad de andar hacia arriba y hacia abajo. Por esto, sólo nosotros, no los animales ni los ángeles, podemos ser artistas.

¡Qué suerte que sea así! Afortunadamente para nosotros, no existen situaciones de sentido único. No nos es posible experimentar lo bello y lo feo en versión exclusiva. Ninguno puede ser sólo bueno o sólo malo. Las interpretaciones netas del tipo “*es así y basta*”, en el campo de la vida no valen. Cada reacción afectiva y cada nuevo aprendizaje deben ser dejados en su ser relativo y provisorio, tutelando siempre un espacio de confusión donde puedan nacer nuevas maravillas y mayores estupores. Nace así una relación pasional con la vida que es ese tipo de sentir que deriva del ritmo integrado y para nada caótico del subir y bajar. ¡Se debería desear que la vida permanezca un subir y bajar así!

El mediocre, por el contrario, busca mantener la vida en los confines del subir, donde sólo son admitidos los afectos maníacos, o en los confines del bajar, reduciéndola a su tono depresivo, o bien, busca estabilizarse en un nivel medio de subir y de bajar, sin infamia y sin alabanzas: viaja más tranquilo pero está también más expuesto a peligros de patología porque, siendo menos versátil, es más fácil que se encalle en su subir o en su bajar.

El lugar de la integración es la “predisposición interior a responder”

Predisposición interior a responder: así podemos traducir el término inglés, muy expresivo pero igualmente intraducible, de “*willingness*” (sustantivo del verbo querer: *to will*). Cencini hablaría de “*docibilitas*”³⁸.

Estamos en el ámbito del querer, de aquella voluntad que nace de un corazón grato, deseoso, partícipe. La *willingness* no es la voluntad como capacidad de tomar decisiones, es decir, de entender y de querer. No es tampoco la voluntad como poner en acto decisiones, esto es, de hacer o no hacer. Es la voluntad como estado

38 CENCINI A., “Formación permanente y modelo de integración”, en *3D 3* (2005), 276 – 286.

interior de prontitud para una decisión, para realizar la cual no hay necesidad que alguien nos persuada, presione, convenza o empuje porque somos nosotros mismos los que nos sentimos prontos, desde el interior, para esa decisión. Cuando es así, no sólo ponemos en acto cierta decisión, sino que estaremos también prontos para vivirla con agrado, esto es, a aferrarla siempre más por medio de la inteligencia, a motivarnos siempre más por medio de la reflexión y a vivirla siempre más por medio de decisiones sucesivas³⁹.

Pero, dejemos hablar a los hechos.

- Una noche del año santo del 2000 se presentó en la portería de mi seminario, uno que se decía peregrino y que pedía hospitalidad para la noche y que más que un peregrino, tenía todo el aire de ser un tipo poco confiable. En la cocina trabaja una monja (80 años), desde hacía 40 años siempre y sólo en aquella cocina del seminario. Creo que no había visitado jamás la ciudad; su única distracción era salir, naturalmente jamás sola, el domingo por la tarde, para encontrarse con las otras monjas que trabajaban en el hospital de la ciudad. Esa noche, con los seminaristas estábamos ayudando a secar los platos y discutíamos sobre el extraño personaje y de la oportunidad o no de hospedarlo: “*Dice ser un peregrino, pero como se presenta se mete en el seminario para robar...*”, y cosas por estilo. En una de esas, la monja que había escuchado en silencio intervino: “*¿Y si fuese Jesús que viene a visitarnos?*”. Carcajadas generales de los seminaristas y mía. Y bien, ella, a su modo y quizás del todo discutible, estaba expresando su willingness, su predisposición interior a responder; estaba hablando su centro vital, de la pasión que la movía desde hacía tantos años, de su deseo de servir a Jesús hasta el punto de querer verlo en los ojos y no sólo en la eucaristía.

Querido don Manenti, en Reggio se acuerdan todavía de mí porque un año es todavía poco tiempo, pero antes o después, también el recuerdo de mí -yo le había escrito que aquí entre nosotros su recuerdo era todavía grande- se “relajará” un poco, ¿No cree? Por otro lado, es normal y tiene que ser así. Ya pasó un año de mi llegada aquí. ¿Cómo definir este lugar? ¡Un desierto, diría y, según todas mis acepciones geológicas –climáticas – literarias – metafóricas – bíblicas – espirituales que a eso se puedan aplicar! ¡Es verdaderamente otro mundo! La dificultad más grande para mí ha sido y continua siendo la inculturación ad intra (tres monjas: yo italiana, dos brasileras jamás vistas antes) y ad extra (indígenas y su miles de dialectos). ¡Los apremios de los inicios! Después de un inicio que le defino, sin medios términos, trágico, comienzo, en mi revoltijo interior, a experimentar también un poco de seguridad y de consolación. Todo fruto, principalmente, de un conocimiento más distanciado y profundo de lo que me circunda, ad intra y ad extra, y con una idea más realista del tipo de fraternidad que puedo realizar, espero, con las hermanas brasileras.

Sobre mi actitud misionera no le puedo decir nada claro; me estoy descubriendo y usted sabe cuánto sea complejo y resbaladizo el campo de la evangelización para poder sentirse estable y segura. Por ejemplo, ahora me encuentro visitando y hablando con las familias, pero no tengo experiencia y me falta un asesoramiento sobre eso. Casi todas las parejas no están casadas y le huyen al matrimonio como el diablo al agua bendita... cómo entender cuáles son las verdaderas motivaciones, cómo entender si hay posibilidad de hacer un camino de fe con estas parejas, cómo proponer los sacramentos para que sea el fruto de un camino y no una cosa que se debe hacer... ¿Cómo se hace para evangelizar a los adultos y a las familias? ¿Cuáles son los signos de que algo se está moviendo en las personas, en las parejas, etc.? ¿Cómo recuperar mujeres que a los 20 años demuestras 50, hombres dedicados al alcohol, vidas sin cultura, divisiones entre tribus y envidias por los que tienen más -incluidas las monjas-. La carta a los

³⁹ Se puede tener la voluntad como capacidad para realizar decisiones y la voluntad como capacidad para ponerlas en acto y, no obstante eso, faltar en la prontitud interior para hacerlo. El fumador es capaz de entender y de querer, es capaz de tomar decisiones y, sin embargo, no está predispuesto a dejar de fumar. Está dotado de una libertad “esencial”, pero es carente en la libertad “efectiva”: está menos predispuesto a decidir no fumar más, sin por esto privarse de su capacidad esencial de tomar decisiones. Cf. AVC/1, 159.

Gálatas habla de una libertad que no roza ni jóvenes, ni adultos. No pretendo absolutamente ninguna respuesta a esta ráfaga de preguntas, que son más que nada, un desahogo/rezongo como me es habitual.

En realidad, estoy bastante bien, aunque es verdad que añoro mucho el sano humorismo italiano. No creía que, -no obstante este desierto y toda esta pobreza humana tan evidente, sobretudo porque he tenido la fortuna de vivir relaciones propiamente ricas y hermosas- estoy segura, que Cristo está y me está llamando para algo que todavía no entiendo, no veo, no intuyo plenamente. Hay una fascinación tremenda en toda esta expoliación que vivo, y siempre pienso en las sandalias de Moisés.

¿Rebelde? Lo soy y cómo, pero lamentablemente no tan santamente como debería. Diría ahora que soy débil (No dice: pobre, pecadora). Todo es frágil: mente (que no aprende el idioma y frecuentemente no me sugiere lo mejor, sobre todo en la gestión de las relaciones), corazón (trágicamente necesitado de afecto y que no sabe ser grande, maduro) ¿y el espíritu...? ¡Bueno! Busco a Jesús y estoy aquí por Él. Si estoy aquí por Dios, ¡aquí, por alguna parte, Dios ha de esconderse! Lo deseo sinceramente también por esta gente. Pero sufro tremendamente por su lejanía y no entiendo por qué se esconde. ¡Esta situación ha secado también mi alma! No es ciertamente la carta de la misionera modelo, pero sé que a usted ciertas cosas se le pueden decir...

Con toda mi inmutable estima y siempre creciente gratitud.

Hna. Rafaela

Integración en sentido cristiano

Si la tarea de tener un centro vital es una necesidad para cada persona, lo específico cristiano de la integración es el nombre dado a este centro vital: Jesucristo, muerto y resucitado por nuestra salvación. La integración cristiana está en relación a la persona y al mensaje de Jesús y no sólo a los objetivos o a los valores. La *willingness* cristiana se puede, por tanto, especificar mejor como *predisposición interior para hacer de la propia vida un don grato a Dios*.

Algo cambia. Hacer de la propia vida un don sigue siendo válido como afirmación psicológica para todos, pero cambia quién es aquel al que se dona: Jesucristo que, a su vez, ya está presente en nosotros y nos ayuda a hacerlo.

Entre integración psicológica e integración cristiana hay continuidad, pero la segunda va más allá. Desde un punto de vista psicológico, integración quiere decir que para vivir bien es necesario tener un centro vital, pero deja al interesado la libertad de definirlo. Quién está integrado, desde un punto de vista psicológico, queda fundamentalmente solo en la decisión de su destino. La integración cristiana es más intersubjetiva, en el sentido que el centro vital no es sólo algo que espera pasivamente ser encontrado sino que contribuye para que lo encontremos. Efectivamente, hablamos de llamada, vocación, diálogo, escucha..., por lo que el corazón cristiano integrado es también un corazón que –más allá de darse un centro vital– sabe “acomodarse” a este centro que se coloca como colaborador de la búsqueda. Es un corazón menos solo frente a su destino. Además, el centro vital identificado en el misterio pascual no expresa sólo la meta final -hacer de la propia vida un don grato a Dios-, sino que habla también del camino y cómo recorrerlo: amar como Cristo ha amado descubriendo en nosotros su presencia operante. La *willingness* cristiana sigue siendo –como para todos– una predisposición interior para responder, pero especifica ulteriormente cómo debe ser esta predisposición: a la luz del “*como Cristo*”. Decidirse de buen corazón se cualifica como decidirse según el corazón de Cristo. Es predisposición interior como *prontitud incondicional a una obediencia radical por amor*. El corazón cristiano integrado es aquel que, con prontitud, dice: “*Si Cristo lo ha hecho, en mi pequeñez lo puedo hacer también yo*”, “*Ya que Él, también yo*”, “*Ya que sucede, por tanto sucederá*”, “*Porque fue posible, por tanto, es posible*”...

Estrategias operativas

Objetivo central del acompañamiento es formar en la mentalidad cristiana, en la lógica del seguimiento de Cristo. No es salvar a los matrimonios de la peste del divorcio, no es ayudar a la monja a no pelear más con la superiora, no es curar la ansiedad, sacar a los chicos de la droga, curar a los curas pedófilos. Se puede partir también de ahí, pero no se puede quedar atrapados allí. Las preguntas que la gente hace al formador pueden también ser de este tipo, pero debemos hacerlas desarrollar, no porque las eludamos, sino porque las tratamos como punto de partida para favorecer el crecimiento de la *willingness*.

Será necesario llegar a explicitar las preguntas fundamentales: *¿Cómo estás construyendo tu centro vital? ¿Cómo haces para decidirte, querer decidirte o haber decidido? El tuyo ¿es un centro vital porque lo has descubierto así tú o porque te lo han dicho los superiores, el grupo, los amigos, la experiencia ingrata...? ¿Te predispones a la vida con estilo defensivo, estandarizado, a reparo de las responsabilidades? En el intentar de salvar de la dispersión tu patrimonio psíquico, ¿Tienes en cuenta que, precisamente por esto, Cristo murió y resucitó por ti?...* Los problemas de inicio son el ámbito para el emerger de preguntas fundamentales que, emergiendo desde abajo, no serán ciertamente intelectuales o de carácter devocional. El cliente mismo se dará cuenta que su problema de partida, una vez analizado, no es sólo de tipo técnico, y que su solución no depende de las maniobras psicológicas.

Formar, durante el acompañamiento, asume el significado de educar la conciencia a formarse, más allá que a ejercitarse⁴⁰. No se limita a ayudar a la persona a conocerse a sí misma, sino también a tener dominio sobre sí misma. No se limita a asegurar que el sujeto obre según principios sanos. Tiende a ayudarlo a volverse consciente sobre cuál sea el horizonte a partir del cual él se interpreta a sí mismo y a su actuar⁴¹. El acompañamiento obra a nivel de la formación de la conciencia y no sólo al nivel sucesivo de su ejecución. No se contenta con ver si la persona tiene comportamientos cristianos, sino a ver si esos subyacen en la disponibilidad (*willingness*) a la lógica que ha inspirado la vida de Jesucristo. Se trabaja en el origen, sobre la forma que la persona está dando a su conciencia, antes aún de cómo la usa. Efectivamente, el discernimiento psicológico no es el moral).

¿Qué hacemos frente a una chica de nuestra parroquia que tiene una relación con un hombre casado? O ¿con un chico que en la discoteca usa sustancias o que vive la universidad de modo despreocupado sin dar exámenes? El educador debe elegir una estrategia de intervención: o ayudarlos a caer en la cuenta, haciendo referencia al valor o, bien, ayudarlos a explicitar la trama de vida subyacente que con estos comportamientos están tejiendo, a fin de que puedan verificar su funcionalidad y conveniencia. El acompañamiento opta por el segundo camino -efectivamente, es diferente del consejo-, por el que el mal funcionamiento es existencial antes de llegar a ser ético y, por lo tanto, un recurso demasiado inmediato al valor, caería en el vacío⁴². Explicitar la forma que ha tomado la conciencia, antes aún de su ejercitarse, ayuda a la persona a darse cuenta si y cuánto es libre en el vivir así como vive: *¿Verdaderamente he elegido yo este modo? ¿Verdaderamente me gusta hacer así o ha sido por muchas presiones? ¿Obrar así es una buena inversión para mi bienestar? ¿Con cuáles criterios estoy colocando las bases para mi futuro, para afirmar mi identidad? En lo que hago, ¿Qué hay en juego? ...* Se invita al sujeto mismo a expresar un juicio no sobre su obrar sino sobre lo que lo inspira. Haciendo así se lo ayuda no sólo a conocerse a sí mismo sino a tener dominio sobre sí mismo.

“Soy una religiosa y quiero obedecer. Para mí el querer obedecer es precisamente el deseo de liberarme un poco del peso de tomar decisiones, confiándome a una familia religiosa que puede decidir por mí, porque yo soy pequeña y no tengo esa seguridad”. El acompañante no cuestiona si obedecer así es correcto o no, sino que

40 La formación entendida como autodominio de los procesos conscientes es un aspecto central de nuestra AVC, con explícitas referencias al pensamiento de B. Lonergan.

41 TRIANI P., “La estructura dinámica de la formación”, en *3D* 3 (2005), 236–248; Id.; *El dinamismo de la conciencia y de la formación*, Vita e Pensiero, Milano 1998, 106–110.

42 SEGhedoni I., “Dare buoni consigli non basta: formare la coscienza”, en *3D* 2 (2007), 144–153; CAVANI M., “Il buonismo e le sue insidie”, en *3D* 1 (2008), 67–74.

quiere que el obedecer así surja de una prontitud para hacer de la propia vida un don grato a Dios y, en lo posible, también a la religiosa.

Para favorecer el dominio de sí, vale el principio “desde lo particular a lo global”, muy semejante al que vale para la cualidad del hablar de sí: “mejor poco pero en profundidad que mucho pero genérico”⁴³. A veces en el diálogo nos perdemos en los detalles, sea de la psique como del mensaje cristiano, perdiendo de vista tanto el núcleo del estilo de vida del cliente como del núcleo del mensaje cristiano. Ya que el objetivo es incrementar el deseo del contacto entre la propia persona y la persona de Cristo, la carta vencedora para llegar no es una indagación capilar de los dos aspectos -psicológico y espiritual-, sino, el tener abierta la relación entre los dos, considerados en su totalidad y no sólo en su declinación en aspectos particulares.

Se puede elegir un punto de partida psicológico. Así se expresa una chica a propósito de su vida afectiva: *“Intento conocer los chicos que encaran, busco no dar por descontada la idea que me hago de ellos, pero siento dentro de mí que no surge nada y, por tanto, es inútil seguir adelante”*. Esta dificultad para el enganche puede tener varias explicaciones, dentro y fuera de quién la tiene. Juana, quizás, dirá que es así por culpa suya: *“Tengo miedo de meterme en situaciones que después no sé cómo manejar”*. María, quizás dirá que es así porque es pretenciosa: *“Un chico que conozco me invitó a su casa a tocar la flauta. El juicio para mí es ya claro: no me gusta físicamente, ni siquiera es alto..., soy selectiva, lo sé, pero la apariencia también es importante”*. Quizás Claudia echará la culpa a los demás: *“Estábamos juntos y buscábamos los dos la misma cosa; ahora, él ha preferido otra”*. Y cosas por el estilo... Convendrá explicitar esta dificultad con el enganche vinculándola a una u otra razón que la explica. Pero, aunque se explique, esta dificultad relacional es sólo un aspecto particular de la personalidad global de quién la tiene, y en cuanto aspecto particular es un “detalle” para mejorar, lo que necesitará, una vez analizado, encuadrarlo en el funcionamiento global de la chica, en su habitual “filosofía de vida”; en este caso, en su filosofía del amor. Sin dar este paso desde lo particular a lo global, el miedo de la intimidad –aún si se analiza en detalle– no se desbloquea porque no es el caso de la manzana marchita entre las sanas, sino porque está en línea y armonía con la filosofía de vida de la persona. En efecto, nuestra chica llegó al punto: *“Será también que soy tímida. Será también que hablo poco porque más que nada no sé qué decir y, por tanto, dejo pasar. Será también que soy pretenciosa. Será también que los demás te pueden desilusionar. Pero el hecho es que a mí me cuesta menos estar sola que con una persona que no me gusta: mejor solos que mal acompañados, ésta es mi filosofía de vida!”*

Se puede elegir un punto de partida espiritual. Los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia entran en la categoría de los valores “instrumentales” y no en la de los valores “terminales” constituidos por el deseo (*willingness*) de querer imitar a Jesús a través de esos consejos. En efecto, si se prescinde de los valores terminales o, en su lugar, se meten otros, los instrumentales, de los consejos evangélicos, pierden sentido. Por tanto, antes de entrar en las cláusulas del seguimiento es necesario educar en la lógica que ese seguimiento comporta, o sea, hablar de esas cláusulas pero dentro de la globalidad del seguimiento. Es, entonces, batalla perdida convencer á un seminarista de la importancia de ser casto o pobre u obediente si sus valores terminales *de hecho* (= los seguidos y no los proclamados) le dicen que lo máximo de la vida es “Llegar a ser lo que sos”, como dinámica narcisista; “Ser luz de referencia para los demás”. como dinámica de poder); “Amar a todos y cada uno sin preferencias”, como dinámica de evitación; “Ponerse al servicio”, como dinámica dependiente, y así sucesivamente. En tal tipo de predisposición interior para responder (*willingness*), los consejos evangélicos no pueden encontrar espacio; por el contrario, aparecerán como un impedimento. incluso si uno tiene la voluntad de quererlos practicar. Aislar la atención sobre ellos o sobre la dificultad para vivirlos, sería obstinarse con los detalles que siempre serán ajenos respecto a la comprensión global de sí, que no los considera; quizás se llegará también a practicarlos, pero con escasa conciencia sobre lo que significan. La atención se da a la comprensión global de sí y a la propuesta global de la lógica cristiana; de lo contrario, es como leer el último capítulo de un libro sin haber leído los precedentes: se lo puede leer y también resumir, pero aislado de la trama del libro. La ley desde lo particular a lo global vale para toda elección de vida. Si un joven ha absorbido la cultura según la cual lo que hace funcionar *su* vida es la agilidad en saberse reciclar, la versatilidad en los contactos o la acumulación de

43 Cf. c. 3

oportunidades siempre nuevas..., cuando se quiere casar en la iglesia y siente hablar de la fidelidad para siempre, la asimilará como una soga al cuello y no como un medio que confiere plenitud a su elección.

Más allá de la opción elegida: El elemento *teológico* útil para plasmar el buen corazón (*willingness*), no lo encontramos en los particulares del mensaje cristiano sino en su globalidad; no en sus propuestas de comportamiento sino en su mentalidad de vida; no en el “*qué se debe hacer*” sino en el “*cómo se nos propone vivir*”. Antes de adentrarnos en cada uno de los capítulos, el Evangelio se toma como un libro que propone un horizonte global de sentido. Quedándose en los particulares se corre el riesgo de no conocer el ABC del catecismo y de confrontarse con una espiritualidad sectorial sin haber captado el núcleo de la única espiritualidad cristiana.

El elemento *psicológico* útil para plasmar el buen corazón (*willingness*) no lo encontramos en los detalles sino en su globalidad. Es bueno y necesario todo análisis detallado de nuestros méritos y defectos, pero el análisis no es el que activa el cambio. El momento global del conocimiento de sí se da cuando, más allá de cómo estemos colocados, nos damos cuenta que tenemos energías útiles de las que disponer, que podemos vivir, que podemos todavía elegir cómo queremos vivir. Esta disponibilidad global en la inversión energética justifica el análisis de las energías individuales. De otra manera, nos perdemos en el detalle de los meandros emotivos: “*Soy inseguro*”, “*No fui suficientemente amado*”, “*La violencia de los demás me ha paralizado*”, “*Me debo quitar esto, y esto no*”, “*Esto lo acepto, aquello no*”... El análisis en el detalle se vuelve frustrante -y también aburrido a fuerza de repetirlo- si no activa una sensación de fondo: tengo una vida y puedo gozarla, existo y puedo sentirlo, también yo puedo hacer mi camino... Debe surgir esta apuesta sobre sí mismo; de lo contrario, nos la pasamos “revolviendo el guiso”.

Bibliografía que se puede consultar

Para dotarse de un método de auto – discernimiento

PAVONE D., en *3D*, 2 (2011), 138–146 “La formazione dei seminaristi e la strutturazione della coscienza morale” (tres criterios: lograr estar delante del dato así como se da + aprender que la representación sentida de la identidad no dice todo + darse cuenta de las propias motivaciones).

¿Cuándo puedo decir que vivo un valor y cómo hacer para reconocer cuáles son operativos (y no solo afirmados), es decir, efectivamente vividos en mis elecciones cotidianas?

PERCASSI V., “Processi di appropriazione dei valori (I): conoscere, apprezzare, scegliere” en *3D*, 2 (2007), 135–143.

¿Cómo saber si el valor en el que creo es un valor sólo para mí, simple preferencia subjetiva, o también con validez objetiva? 7 criterios:

PERCASSI V., “Processi di appropriazione dei valori (II): preferenze soggettive e validità oggettive”, en *3D*, 3 (2007), 256–265.

¿Cómo hacer cuando el formador pertenece a una cultura distinta de la del joven en formación? ¿Respetar las diferencias culturales o nivelarlas?

Los instrumentos formativos aprendidos en una determinada cultura, ¿son aplicables en otra?

TRAPANI G., “Formazione e culture. Come tutti, come qualcuno, come nessuno»”, en *3D*, 2 (2008), 183–196.

CAGNASSO F., “Formazione e culture”, en *3D*, 2 (2009), 202–209.

CAPÍTULO 6

Madurez psicológica y madurez espiritual

Con la introducción de la psicología en el currículo de formación para la vida consagrada e incluso en la formación para la vida cristiana -cosa que ya no es más tan excepcional como hasta hace unos decenios- no se ha descubierto el elixir de la inmortalidad. Ni siquiera la psicología hace milagros. Es útil si es un instrumento apto para las exigencias de la persona concreta que tenemos delante; de lo contrario, está fuera de lugar: la hacemos indagar allí donde ella no es importante. Es valioso lo que me dijo un psicólogo de gran experiencia: *"Si la gente entendiese desde un principio el Evangelio, nosotros, los psicólogos, no tendríamos más trabajo; el hecho es que la primera vez entiende poco y la segunda aún menos y así nosotros mantenemos el trabajo"*. Esto para decir que la madurez psicológica es mediación para la espiritual. Pero ¿en qué sentido es mediación?

El polo psicológico y el espiritual son diferentes entre sí; para algunos aspectos son autónomos, para otros, se entrelazan; entre ellos, en el orden lógico-mental la primacía le corresponde al polo espiritual mientras que, en el orden cronológico-estratégico, corresponde al polo psíquico; sea cual fuere el polo de partida y de atención privilegiado, lo importante es captar el tipo de funcionamiento de fondo que se produce cuando ambos se encuentran.

Polos diferentes

Es cuestionable la tesis de que madurez psicológica y madurez espiritual se funden y confunden. Las dos madureces no son superponibles, intercambiables. Las expresiones: *"Sanos, por lo tanto, santos"*, *"Santos, por lo tanto, sanos"*: son afirmaciones poco sostenibles. Abandonar al Dios de mis proyecciones neuróticas no implica necesariamente elegir al Dios verdadero. Superar la tendencia -del propio carácter- a sospechar demasiado, favorece las relaciones sociales pero no necesariamente la entrega. Si no tenemos en cuenta esta distinción caemos, como sostiene una contribución de Ímoda a nuestra Antropología de la Vocación Cristiana, en un reduccionismo psicológico y/o espiritual.

El reduccionismo psicológico supone que gracias a un camino en el conocimiento de sí mismo, la persona -al lograr sentirse más unida y entera- vive *por esto*, también mejor su vida de fe. En muchos casos, en cambio, la abandona.

El reduccionismo espiritual supone que el recurso a los medios ascéticos sea suficiente para superar las dificultades psicológicas o para volver a comenzar un camino de conocimiento de sí mismo. En muchos casos, en cambio, el uso de los medios ascéticos no desbloquea.

En la praxis educativa eclesial -pero también en los círculos de teología y espiritualidad- tiene lugar un hecho curioso: los psicólogos están bastante dispuestos a corregir sus eventuales reduccionismos, dado que la praxis terapéutica los pone prontamente ante la evidencia de que la psicología analiza pero, por sí misma, no resuelve, y a admitir -a veces, incluso, contra el propio credo teórico- que para cambiar son necesarias motivaciones superiores. En cambio, los fervientes sostenedores de la acción de la gracia divina -cuando también ellos se encuentran con que el evangelio no penetra el corazón humano en el primer intento, y ni siquiera en el segundo-, en vez de corregir su reduccionismo espiritual, pasan al exceso opuesto: confían en la psicología con más fuerza que el mismo psicólogo. Y entonces llega el consejo dudoso: *"Tienes necesidad de ir al psicólogo"*. Consejo sabio cuando para abrirse paso al corazón es necesario, primero, desbloquearlo. Consejo dudoso cuando para ingresar al corazón, el formador debería intuir por dónde la gracia misma se está metiendo furtivamente.

Es verdad que la persona funciona como una unidad; pero es también verdad que los campos de batalla en los que, paso a paso, se va encontrando, son cualitativamente diferentes, por lo cual, también los instrumentos de

ayuda deberán ser diferentes, apropiados a la batalla en curso. Si, por lo tanto, se recurre a la psicología para afrontar una batalla que no es psicológica, la ayuda no será demasiado eficaz, como tampoco lo será el buscar la solución en la ayuda de tipo espiritual si el problema real no es de aquel tipo. A veces, en el itinerario de formación vocacional, la psicología no es el instrumento válido al que es necesario recurrir; servirse del mismo no es lo adecuado si es otro el nivel en el que la persona está funcionando (o dis-funcionando).

Pueden clarificar mejor este tema algunos ejemplos de prácticas que me parecen un poco discutibles:

Apenas el formador se da cuenta de que un seminarista tiene un problema, le aconseja inmediatamente hacerse ayudar por un psicólogo en vez de emplear tiempo -¡y mucho tiempo!- para hablar con él, hacerlo hablar, darse cuenta, elaborar y acompañar un proyecto de vida personalizado y objetivos graduales compartidos: quizás, aquello que para el formador es un problema que necesita la atención de un psicólogo es, en cambio, en el seminarista, un sano deseo -aún en estado embrionario- de entender mejor dónde se encuentra y qué está eligiendo.

Otro ejemplo podría ser el de mandar al psicólogo a todos los seminaristas como praxis habitual, para un chequeo general: ¿Por el bien de ellos o para tutelar a los formadores de futuras malas sorpresas?

Es también un reduccionismo psicológico confiar temas educativos importantes a las técnicas psicológicas, omitiendo el significado antropológico y teológico de dichos temas: por ejemplo, educar a la vida comunitaria se transforma en aprender técnicas de comunicación o en hacer ejercicios de *role playing* tomados de las dinámicas de grupo, pasando por alto el hecho de que la sociabilidad cristiana no es exactamente igual que la sociabilidad humana; o delegar el tema del celibato al psicólogo que viene a hablar al grupo de seminaristas sobre madurez afectiva, identidad de género, homosexualidad, pedofilia... A veces sucede que, justamente quien está en contra de la psicología, se sirve de ella, sin saberlo, de manera masiva, enviando así el mensaje silencioso de que lo vocacional se juega sólo en términos humanos y no en el vínculo personal con Dios.

En nosotros no todo es psicológico y es necesario estar atentos para no igualar la salud de nuestra psiquis con la salud de nuestra vocación.

Diversidad de problemas y diversidad de ayudas

Simplificando un poco, intentemos agrupar los problemas con los que podemos tropezarnos en la vida, en cuatro tipologías:

Problemas psicopatológicos (caracterizados por presentar síntomas y desajustes neuróticos o psicóticos): en ellos, salvo la primacía insustituible de la gracia divina, las fuerzas conscientes e inconscientes obstaculizan fuertemente la libertad de autogestión y auto-trascendencia (la persona no puede querer, aunque lo quisiera).

Problemas evolutivos (pensamos, por ejemplo, en las crisis de la adolescencia): se refieren a la dificultad para pasar de un estadio a otro de madurez. La persona no ha logrado aún aquel nivel evolutivo de maduración que le permita el rendimiento superior, al cual, sin embargo, comienza a inclinarse; un muchacho de 12-13 años no puede tomar algunas decisiones definitivas para su vida, que sí podrá tomar más tarde; pero a su edad ya va poniendo las condiciones para poder realizarlas en el futuro (la persona tiene dificultad para prepararse a querer)⁴⁴.

Problemas de fe y de moral (pensamos, por ejemplo, en los casos de conciencia sobre el bien que se puede realizar "aquí y ahora", en los errores de decisión o, incluso, en la situación de pecado): la persona tiene dudas sobre sus ideales de vida, aún no ha entendido el significado objetivo de ciertos valores, piensa en dejarlos, oscila entre coherencia y transgresión... y todo esto no por motivos psicológicos sino por una conciencia no cierta y/o no recta (la persona no sabe si y cómo querer).

44 A. MANENTI, "Il ruolo dei formatori nel discernimento vocazionale all'interno del seminario minore", en *Seminarium*, 3 (2011), 725-750.

Problemas de integración de fe y vida (pensamos, por ejemplo, en las dificultades que se encuentran para tener fe en los propios valores -si bien queridos y creídos- en aquellas situaciones que desorientan porque generan demasiada ansiedad, miedo, dolor...): la persona es sana, funciona en coherencia con su nivel evolutivo, tiene convicciones firmes, pero a veces, y con amargura, en vez de seguir el bien real, sigue uno que es aparente (la persona querría, si pudiese).

La intervención psicológica no incumbe al área de los problemas de fe y de moral, dado que el psicólogo no es ni el director espiritual ni el confesor. La intervención psicológica que corresponde al área de los problemas psicopatológicos se mueve en términos terapéuticos y diagnósticos, es decir, muy lejanos a los intereses de la integración psico-espiritual. La intervención respecto al área de los problemas evolutivos ofrece una ayuda de orientación y prevención que está un paso atrás respecto a la tarea de formar la conciencia. Muy relacionada con la integración psico-espiritual es la intervención psicológica que ofrece elementos para un mejor conocimiento de sí, tendiente a armonizar mejor aquello que se es -Yo actual- con aquello que se desea llegar a ser -Yo ideal-. Este tipo de intervención toca inevitablemente los problemas de integración fe y vida, aunque desde el lado de la vida. Es justamente este tipo de intervención la que puede ser de ayuda al formador, el cual, -excepto sobre el primer grupo, el de los problemas psicopatológicos- tiene competencias sobre los otros -evidentemente, con la condición de que haya recibido una seria preparación previa-, más clasificables bajo la categoría de "patología de la trascendencia" que en la de patología clínica.

Subrayo que el reduccionismo psicológico golpea más a los padres espirituales que a los psicólogos, con el consecuente uso indiscriminado e inadecuado de la psicología en los seminarios, acompañado, frecuentemente, de una oposición verbal a dicha ciencia, sin saber de qué psicología se trata. Esto ocurre por una serie de razones: la primera, a mi parecer, es que cuando los educadores deben conectar las afirmaciones de principio sobre cuestiones de fe y moral con la realidad de los interlocutores, no saben cómo hacerlo porque dicha realidad no parece ofrecerles demasiados puntos de apoyo para dicha conexión. Este problema cultural actual de distancia entre objetividad y subjetividad se manifiesta rápidamente en el ámbito de los coloquios. Los jóvenes que se presentan en nuestros seminarios, aunque también aquellos que piden los sacramentos, tienen una conciencia bastante escasa del núcleo cristiano: conocen sus aspectos más "decorativos" en desmedro de los más "arquitectónicos" y, frecuentemente, no saben ni siquiera que existe el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Esta asimilación genérica de contenidos puede originar sucesivos problemas psicológicos que, sin embargo, no han nacido como psicológicos sino que tienen raíz antropológica. No es que el joven que tiene hoy dificultades para vivir los ideales vocacionales o para llevar adelante su matrimonio sea más egoísta -criterio moral-, o más débil -criterio psicológico- que los jóvenes del pasado; proviene de una cultura que le ha transmitido, muchas veces silenciosamente, una visión del hombre no totalmente compatible con las exigencias de la vocación que ha elegido, por lo que es lógico y normal que, antes o después, tenga dificultades. Esta lógica del trastorno puede ser tomada rápidamente por los formadores como falta de lógica en el funcionamiento. ¡No! El muchacho funciona bien, pero a su modo, con carencias respecto a la *willingness* cristiana, por lo que, si lo vemos vacilante, no es porque tiene conflictos irresueltos, y mandarlo al psicólogo es un acto humillante que lo debilitará aún más.

Otra causa del reduccionismo psicológico es la dificultad de los formadores para reconocer las nuevas versiones de los problemas de fe y moral. Difícilmente hoy encontraremos alguno que se dedique a cuestionar abiertamente la Trinidad de Dios o que se interrogue sobre qué es el pecado o la virtud. Es más fácil que aparezca la pregunta sobre la practicidad de dichos temas, sobre su capacidad de dar vida, sobre la conveniencia o no de hacer de ellos un don de sí. Se trata de una crisis de fe y de moral más radical porque el problema no está en los principios sino en plantearse su utilidad. Es una crisis de fe y moral que golpea, incluso, al clero joven cuando se desencanta de tantas cosas que el seminario le había enseñado, no porque descubran que sean falsas, sino, porque las encuentran demasiado distantes de su contexto y, por lo tanto, las perciben como inútiles. En estos últimos años parece que los problemas afectivos, incluso en el ámbito matrimonial, han sido superados por esta nueva versión de los problemas de fe y moral o, al menos, puestos indebidamente en el primer lugar. Todo lo dicho es para advertir que en la interioridad de los contemporáneos, los problemas de fe y de moral son más frecuentes de lo que podría parecer y que es necesario estar atentos a no tratarlos demasiado rápidamente como si fuesen problemas psicológicos. Como la tarea del discernimiento formativo es complicada, también la psicología puede ser de ayuda, pero es necesario que el formador no delegue todo en ella; es él quien debe tener en la mano la punta del ovillo.

El sentido de la consulta psicológica: enviar en vistas de un retorno

En las casas de formación, la hipótesis de recurrir a un psicólogo debería nacer de un contexto de alianza entre el acompañante y el discípulo, a fin de evitar que el discípulo acoja la propuesta con sospecha y alarmismo, o como un mensaje de abandono por parte de quien lo ha acompañado hasta aquí ("*Yo no soy capaz; ve a buscarte algún otro...*"). Debería ser un envío que prevé la vuelta al educador como aquel que se hará cargo aún con mayor responsabilidad del formando ("*Hay alguien que puede ayudarme a ayudarte mejor*").

El resultado de la consulta servirá al formador para mejorar su aporte. Reconociendo mejor también él cuál es la psicodinámica del joven, puede partir mejor de aquello que hay en dicho joven, discernir sobre en qué valores insistir primero -generalmente, en los más accesibles al formando-, sobre qué aspectos de su carácter comenzar a trabajar -habitualmente, sobre los más modificables y los más actuales-, qué tipo de actividad pastoral proponerle, qué espiritualidad favorecer, cuándo es mejor confrontar en vez de reasegurar, esperar o exigir, intervenir o esperar...⁴⁵.

Ejemplo del buen uso del recurso al psicólogo. Mario ha sido enviado al psicólogo por su carácter arrogante, hasta ahora inmune a las llamadas a la humildad y a la obediencia por parte de su formador, que anticipa futuros problemas con la obediencia. De la evaluación psicológica resulta que Mario no es un arrogante sino, todo lo contrario, un humillado que reacciona a la poca estima de sí mismo con una arrogancia defensiva. Si Mario es así en lo profundo, el formador deberá cambiar de estrategia: si continuase reprochándole su arrogancia y siguiese llamándolo a la obediente sumisión, lo hará sentir aún más humillado; se agravaría así el problema de la baja estima, con lo que Mario podría defenderse haciéndose aún más arrogante. Por el contrario, lo que necesita es crecer en una sana valoración de sí mismo, acudir a las páginas evangélicas que favorecen esto y no tanto a las que hablan de humildad, que serían entendidas por él como una llamada a sentirse aún más humillado.

Su amigo Lucas, por el contrario, es un tipo muy sumiso y gregario, y el formador teme que cuando llegue a ser sacerdote se deje condicionar peligrosamente por quien grite más fuerte. De la evaluación psicológica surge que Lucas es así, no porque tiene tendencia a depender de los otros -problema relacional-, sino porque teme a la rabia que lleva dentro -problema intrapsíquico- hasta el punto de tajarla del todo cayendo en un extremo opuesto, la sumisión.

Si Lucas en lo profundo es así, el educador debería evitar proponer a Lucas la espiritualidad de la soledad sacerdotal; en cambio, debería ayudarlo a relacionarse mejor con los otros, fomentando que surja en él una sana rabia evangélica. Consejo que, evidentemente, no daría a su amigo Mario.

Si el formador enviase a ambos muchachos al psicólogo, a uno para que aprenda a obedecerle y al otro para que aprenda a vivir la soledad sacerdotal, ambos, antes o después, se la harían pagar.

El envío, por lo tanto, prevé un retorno que enriquece el camino anterior con elementos que lo mejoran; se podrá, así, continuar el camino formativo de una manera más cercana a las búsquedas centrales -frecuentemente subyacentes- que el sujeto lleva dentro; desenfocarse de dichas búsquedas, en cambio, haría difícil, incluso, la asimilación de los valores (sobre todo en sus aspectos de atracción y sublimidad) y conllevaría un mayor peligro de subjetivismo.

Entendido así, el envío al psicólogo aparece como el ofrecimiento de una oportunidad extra que, paradójicamente... ¡debería ser aconsejada a los mejores!

Polos, en parte, autónomos

El crecimiento espiritual -especialmente en su desarrollo más maduro- conlleva ciertos procesos característicos que son diferentes de los del crecimiento psicológico: hay una "locura de la cruz" que, incluso, para una psiquis normal continuará generando problemas; y puede existir una situación de vida que, aún siendo psicológicamente un desastre, sea espiritualmente fecunda.

Un ejemplo de esta autonomía es el crecimiento en libertad que, ciertamente, ocurre cuando se avanza en cualquiera de los dos caminos pero, en cada uno de ellos, la misma se juega de modo diferente: el crecimiento psicológico es una experiencia de libertad "de"; el espiritual de libertad "para". Quien se ha liberado de diversos condicionamientos no necesariamente usará esa libertad "de" "para" hacerse don. Por otra parte, la libertad "para"

45 MANENTI A., "Forme di collaborazione dei responsabili della formazione con gli esperti nelle scienze psicologiche", en *Seminarium*, 2-3 (2009), 353-372.

no requiere una liberación completa: para donarse basta aquella libertad de la que se dispone actualmente, la cual puede ser muy poca respecto a la madurez psicológica, pero bastante respecto a la espiritual, la cual no equipara cualidad con cantidad, sino, calidad con intensidad. Es con el ejercicio de la libertad "para" que se entra en la madurez de la vocación cristiana; a su vez, en sus niveles máximos de desarrollo, la libertad jugada "para" Dios es, en términos psicológicos, auto-alienación.

Polos, en parte, entrelazados

Como aquí el problema se complica, conviene partir de un ejemplo:

Juan es un seminarista que ha demostrado tener los papeles en regla para llegar a ser un buen sacerdote. Aparte de adherir fuertemente a los valores, cuenta también con un carácter que lo hace tender a entablar con la gente relaciones profundas y no sólo cordiales. Se lo ve bien cuando va a la parroquia los fines de semana: tiene espíritu de iniciativa, no tiene dificultad para relacionarse con los jóvenes y se ha transformado rápidamente para ellos en un referente. Se puede prever que será un buen sacerdote en su trabajo con jóvenes. De hecho, luego ha sido así; en pocos años su obispo le ha confiado la pastoral de jóvenes de su ciudad; luego, la pastoral universitaria y más tarde, incluso, la responsabilidad de la catequesis diocesana y -ya que estamos- también la pastoral vocacional. Por varios años todo funciona sin dificultades.

Si queremos ser detallistas, durante los años de seminario se había presentado alguna dificultad a la que se le había dado poco valor por ser de hecho marginal. Aunque era capaz de animar bien la oración en comunidad, durante la oración personal se lo veía soñoliento; con su agenda llena de ocupaciones era difícil encontrarlo solo en su habitación; rara vez había cruzado la puerta de la biblioteca del seminario, pero si había que cortar la hierba del jardín, él siempre era el primero -y el único- que se mostraba disponible, incluso en modo un poco excesivo ya que luego lograba cumplir con otras obligaciones sólo al último minuto... Pero el director espiritual lo había animado: se trata, le había dicho, de la espiritualidad del sacerdote diocesano, que es diversa de la del contemplativo; y -aconsejándole la lectura del libro de Teilhard de Chardin: "La misa sobre el mundo"- le había explicado que a Dios se lo puede encontrar en la eucaristía pero también en todo lo creado, como justamente hizo Teilhard cuando, privado de la potestad para celebrar la misa, celebró su contenido sustituyendo la patena y el cáliz por el "círculo infinito de las cosas".

Pasan los años. Como un telón que se abre de improviso, una reacción suya, espontánea, lo sobresaltó; al seminarista que hace práctica pastoral en su parroquia y que le pidió: "¿Rezamos juntos?" le dice, de repente: "¡Eh, pibe, despierta, aquí no estamos en el seminario!". Escuchándose a sí mismo decir esto, Juan, más que nunca, se dio cuenta de que estaba transformándose en un 'funcionario pastoral', incluso en alguien un tanto escéptico. Más adelante, la mala suerte quiso que el nuevo obispo le cambiase todos los servicios pastorales: lo mandó a hacerse cargo del centro cultural de estudios históricos de la diócesis, en el seminario de verano, medio perdido entre las montañas, y donde los más jóvenes que lo frecuentaban no tenían menos de 50 años.

Luego de algunos meses me escribe: "Aquí estoy haciendo balances. Sí, luego de estos primeros tres meses desde que asumí este nuevo servicio, estoy en dificultad. Se podría decir que todo va bien, pero el problema es que no logro permanecer aquí. No logro encontrarle un sentido: desde las 7 a las 12 de la mañana me preparo para la llegada de los participantes al convenio; luego ayudo a servir las mesas para los que están alojados; luego controlo los borradores de los convenios terminados y preparo los afiches para los próximos cursos: siempre sobre temas históricos, sobre tiempos pasados, personajes todos ya muertos. Si después lo deseo, por la noche, debería ordenar el archivo diocesano. Me han dicho que cerca hay un pequeño lago pero yo no lo vi. No lo sé, quizás era por todo el movimiento que había con los jóvenes: en la última fiesta que he organizado en mi oratorio, eran más de 100 los que habían

participado en la procesión; más de ochenta los que habían participado en el triduo de preparación. Perdón si saco a colación los números, pero es para darte una idea de que no había nada antes de mí.

Pero más allá de donde estoy ahora y de dónde estuve, el problema es que no me siento más un sacerdote. Y siento que no resolvería el asunto volviendo allá. Intuyo que podría encontrar mi modo de ser sacerdote incluso en este lugar, pero el problema es que con todas las cosas viejas del pasado, se me está yendo también el alma y aparecen pensamientos extraños de irme, y no sólo de aquí...".

Nos encontramos: ¡Madre mía, qué aspecto tenía! Vestido como con aquella ropa que la gente da a Caritas para los pobres, mechones de barba sobre una piel con varios días sin lavar, más caspa que cabellos... para no hablar de las uñas. Yo lo recordaba como un muchacho de buen aspecto.

Repasamos lo que le había sucedido, elaboramos el luto de las desilusiones recientes, dialogamos sobre el daño emotivo sufrido. Le vuelven a la mente las pequeñas dificultades surgidas en el seminario, que con el paso del tiempo no le parecen ya pequeñas: el sueño en la oración personal, lo difícil que era encontrarlo en la habitación, la ansiedad por tener la agenda siempre llena, la hierba del jardín... Comienza a sospechar que detrás de su lindo carácter existiese una buena dosis de búsqueda de protagonismo que, faltando hoy, se lleva consigo también sus ganas de ser sacerdote. Lo que antes parecían pequeñas dificultades, se están hoy transformando en verdaderas amenazas.

Supongamos que Juan se hubiese dado cuenta durante el tiempo del seminario de que había algo para purificar en su protagonismo, incluso, cuando éste parecía empujarlo en la vocación. Por ejemplo, supongamos que el rector le hubiera remarcado su no permanecer nunca solo en la habitación, y lo hubiese alentado a pensar que quizás detrás de esa actitud lo que había era algo de fuga; o que, para estimular en él una mayor interioridad, le hubiese propuesto pasar un mes, durante el verano, con los enfermos terminales en vez de con el grupo juvenil; supongamos, incluso, un formador más "malo", tan malo como para impedirle ir a la parroquia durante un mes y obligarlo a quedarse en el seminario incluso el fin de semana, y así sucesivamente. El protagonismo de Juan no hubiese tardado mucho en hacerse ver en su aspecto de bien aparente, y hubiese surgido una fuerte -y providencial- reacción de rabia o pérdida de motivaciones. Si luego, Juan hubiese sido ayudado a entender que todo esto no había sido pensado como castigo, sino como un ejercicio para que aprendiese a servirse de su protagonismo en vez de servirlo, Juan hubiera aprendido a ser buen sacerdote extrayendo de su interior, incluso, otras energías, a obtener más cantidad de fuentes motivacionales, a no ser más esclavo de una necesidad sino a hacer con ella un discernimiento a la luz de los valores. En definitiva, hubiera terminado el seminario con más recursos y hoy hubiera superado más fácilmente el problema actual, como un problema respecto al rol que le toca hoy más que como un problema vocacional. Ciertamente, este trabajo se puede realizar también después, pero con mucho más esfuerzo, tiempo y con más desilusión.

Con el ejemplo se quiere afirmar que el polo psicológico y el espiritual, aún siendo autónomos, están entrelazados. Y como son autónomos, su relación no es pensable en términos de causa y efecto⁴⁶. ¿Cómo pensarla, entonces?⁴⁷. Para responder es necesario tener presente que la madurez espiritual depende de la

46 La exclusión de la hipótesis causal es una tesis importante de nuestra Antropología de la Vocación Cristiana y es compartida incluso por otras escuelas de pensamiento con bastante autoridad. Cfr. por ejemplo, W. W. MEISSNER, *Life and faith: psychological perspective on religious experience*, Georgetown University Press, Washington D.C. 1987; o D. S. BROWNING- T.D. COOPER, *Il pensiero religioso e le psicologie moderne*, Dehoniane, Bologna 2007; o, inclusive, A.M. RIZZUTO, "Believing and personal and religious beliefs: psychoanalytic considerations", en *Psychoanalysis and Contemporary Thought*, 25(2002), 433-463.

47 Sobre la relación entre madurez psicológica y madurez espiritual, el Instituto de Psicología de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, desde hace más de 40 años, lleva adelante investigaciones empíricas en el campo de los candidatos a la vida sacerdotal y religiosa, con el fin de indagar sobre cuáles pueden ser las consecuencias de la madurez e inmadurez psíquica sobre la respuesta vocacional. Entre las más importantes: L.M. RULLA - F. IMODA - J. RIDIK, *Antropología de la vocación cristiana 2, confirmaciones existenciales*, Atenas 1994; C. O' DWYER, *Imagining one's future. A projective approach to Christian maturity*, Editrice Pontificia

eficacia con que la persona responde a la gracia divina -y no tanto de la presencia de dicha gracia en la persona-, lo cual es fruto de la acción gratuita de Dios-.

* *Entre madurez psicológica y madurez espiritual (o sea, respuesta a la gracia de Dios) no hay una relación directa.* Si no fuese así deberíamos decir que mientras más maduro soy en la dimensión humana, más lo seré también en la cristiana. En cambio, la presencia en nosotros de la gracia no tiene relación con nuestra perfección y una vida convertida no es el efecto de una vida psicológicamente normal. El dicho "también los inmaduros pueden ser santos" o "para tener sacerdotes santos no es necesaria la psicología" es verdadero cuando no intenta legitimar la inmadurez de la persona y, en cambio, subraya que lo importante es la disponibilidad de la misma a utilizar para Dios aquello que ella es, así como es, independientemente del estado de salud de su ser así como es. El óbolo de la viuda del evangelio nos recuerda, en efecto, que lo que cuenta es utilizar para Dios aquello de lo que se dispone actualmente, independientemente de cuánto se tenga. Fuera de algunos casos bien identificables de patología severa, es decir, aquellos en los que están comprometidas las mismas operaciones crítico-reflexivas, y no sólo el radio y la amplitud de su actuación como, por ejemplo, el caso de la esquizofrenia, en cada uno de nosotros permanecen áreas más o menos amplias de libertad que podemos usar "para" hacer un don de nosotros mismos.

Decir que no hay relación directa no quiere decir, sin embargo, que no hay ninguna relación, que "da lo mismo". El ser más o menos maduros psicológicamente no es irrelevante. La autonomía de los dos polos dice que, incluso los locos, van al paraíso, pero el entrelazarse de ambos dice que si no hubieran sido locos, se hubieran ahorrado muchos esfuerzos y sufrimientos y hubieran podido seguir adelante sin volver locos también a los demás.

* *Los varios elementos psíquicos que regulan nuestra madurez/inmadurez psicológica predisponen, más o menos favorablemente, a nuestra respuesta vocacional.* Predisponer no es lo mismo que decir "causan", pero tampoco es decir "son irrelevantes". Si un seminarista tiene vocación, eso se debe a la iniciativa gratuita de Dios que llama a quien quiere, como quiere y cuando quiere y no porque el carácter del candidato sea lindo o feo. El mérito de la llamada le corresponde a Dios y no a la madurez psicológica del candidato, -¡de lo contrario, Dios debería estar limitado a llamar sólo a los lindos!-. Sucede lo mismo con la respuesta del que ha sido llamado: no es causada por su madurez psicológica sino por su libertad, al menos mínima o residual, jugada "para" Dios. No obstante, aunque las características psíquicas del candidato no causan ni la llamada ni la respuesta vocacional que dependen, la segunda, del uso que el llamado hace efectivamente de la libertad de que dispone y, la primera, de la acción de la gracia en su corazón-, dichas características psíquicas favorecen o dificultan la *eficacia* de la respuesta vocacional; es decir, predisponen al sujeto a una mayor o menor capacidad de internalizar los contenidos de tal llamada y, por lo tanto, a respetarla -lo cual no es poca cosa-, a gozarla y a ayudar a los demás a hacer lo mismo.

* *Entre madurez psicológica y respuesta vocacional hay una relación indirecta que, habitualmente, se hará patente con el pasar del tiempo.* La psicología profunda, en efecto, nos recuerda que las inmadureces psicológicas libradas a sí mismas, con el paso del tiempo salen de su área original de pertenencia y se entrometen en otras áreas del Yo, sobre todo cuando dichas inmadureces tienen una raíz inconsciente, es decir, que no están bajo el control de la persona. El inconsciente al que nos referimos no es el que es fuente de patología -de freudiana memoria-, sino aquel que va a falsificar la intencionalidad consciente transformándola en una mentira, por la cual, un marido inconscientemente no busca una esposa sino una segunda madre. Las fuerzas inconscientes normales de las que estamos hablando no lo condicionan todo: es decir, no son ellas las que crean todas las motivaciones, por lo que dicho marido sabe bien que su esposa no es su madre, aunque a veces se comporte como un hijo ante ella, sino que hacen que se agreguen a las motivaciones que el sujeto quiere tener, otras búsquedas distorsionadas, engañosas, que debilitan la calidad de la motivación elegida por la persona.

La consecuencia de esto es que la persona funcionará por debajo de sus potencialidades. Algunos ejemplos de esta disminución: interpretaciones empobrecidas o selectivas de las normas y valores, expectativas irrealistas acerca del propio futuro, dificultad en las relaciones, jubilación precoz, tendencia a hacer el propio nido en torno al rol que se tenga, desamor, acedia, mayor cansancio del necesario, repetitividad... Las inmadureces de

Università Gregoriana, Roma 2000; B. DOLPHIN, *The values of the Gospel: a study in thematic perception*, Editrice Pontificia Università Gregoriana, Roma 1991.

la personalidad, cuando no son trabajadas, comienzan a influir lentamente en aquello que el sujeto podría ser y dar de sí mismo, llevándolo hacia una disminución progresiva, cosa que hubiera podido evitarse si se hubiese preocupado por liberarse de las estrecheces de su inmadurez así como de contentarse con usar sólo aquellas capacidades que se encuentran y se encontraban ya libres; hubiese estado más predispuesto a un crescendo. Pero no realizándose esta experiencia del "más", es muy probable que el nivel actual de prestación pueda, con el tiempo, disminuir en vez de crecer, dado que las inmadureces no se disuelven espontáneamente sino que tienden a hacerse cancerígenas.

Por lo tanto, si la psicología no es suficiente para convertirse en buenos sacerdotes, religiosas o en santos cristianos, puede servir para ser mejores hoy, para continuar siéndolo también mañana y para no hacer pagar a los otros el precio de las propias inmadureces. Se debe tener en cuenta que esto no es perfeccionismo sino, tutelar el respeto de una regla elemental de la ascesis cristiana, según la cual el sujeto debe permanecer abierto a un descubrimiento siempre más profundo y apasionante de la propia vocación, para no hablar de la obligación deontológica de respetar la dignidad inherente a la propia profesión.

* *La relación indirecta entre madurez psicológica y respuesta vocacional está mediada por la libertad.* Ofrecer a otros, o tomar para sí, las oportunidades de tratamiento psicológico no garantiza logros en lo espiritual. Refiriéndonos al ejemplo inicial, aunque Juan hubiese recibido ya en el seminario las ayudas necesarias para reconocer su protagonismo como predisposición potencialmente positiva pero también negativa para la pastoral, aún así, no podríamos afirmar que Juan no hubiese sufrido, igualmente, algún tipo de crisis vocacional. A pesar de las ayudas recibidas la persona puede tener una regresión, pero es más fácil enterarse a tiempo. Las predisposiciones, aunque conocidas, purificadas, liberadas... permanecen predisposiciones, y aquello que ha sido liberado no necesariamente será usado "para" Dios. Queda pendiente el paso sucesivo que es el uso de la propia libertad liberada en favor de un decidirse por Dios; esto se hace -si se quiere- en la soledad con Él, donde ningún educador ni psicólogo puede entrar. Pero conducir al formando a las puertas de este dulce encuentro sería un gran signo de amor por la gente.

* *Los dos tipos de madurez se relacionan circularmente:* el movimiento de una estimula el movimiento de la otra, en la doble dirección *de refuerzo recíproco* (más consciente como hombre y más consciente como cristiano; más fiel a Dios y más incentivado a ser veraz consigo mismo); pero también *de amenaza recíproca* (más consciente como cristiano y más vulnerable como hombre; más autónomo en mi identidad de hombre y menos necesitado de Dios). Es lo que ya hemos visto como propio de la dialéctica de base (capítulo 2).

¿Cuál tiene el primado?

En el orden lógico-mental, el primado le toca a la madurez espiritual. Esto significa que la superación de cada problema psicológico no depende de haberlo analizado sino de la presencia en nosotros de una motivación espiritual -al menos en sentido amplio- que ofrezca la posibilidad de no continuar repitiendo el problema. Para cambiar, la introspección no es suficiente. Con la introspección puedo entender que soy demasiado dependiente de algunas personas; puedo también entender que se trata de una dependencia infantil y humillante para mí, que no me conviene... Pero, adquirido todo ello ¿Dónde consigo la fuerza para no tener más actitudes infantiles? ¿Y por qué no continuar con ellas al menos por un tiempito? O, continuar con ellas, pero en modo diferente: ya desenmascarada mi dependencia de personas reales, ¿paso a la dependencia de personas que existen en mi fantasía, o de las cosas en vez de de las personas...? O puedo cambiar el mecanismo mismo de la dependencia por otro, nuevo pero sustancialmente viejo, pasando, por ejemplo, de la dependencia a la dominación, a evitar al otro, o al narcisismo. Después de todo ¿por qué todo esto está mal?... Si no tengo un sistema de valores interno y un centro vital, es difícil responder. La mayor o menor madurez espiritual se manifiesta cuando llega el momento de cambiar.

En cambio, en el orden cronológico-estratégico, el primado le corresponde al polo psicológico, al menos según el método de acompañamiento que aquí proponemos que es de tipo inductivo: se comienza a trabajar sobre temas psicológicos, en una óptica donde los detalles de la vida, una vez analizados, llevan a una confrontación

más concreta y cargada afectivamente con los contenidos objetivos de la fe cristiana. Si "perdemos tiempo" utilizándolo para repasar los detalles de la vida, es porque esperamos que en estos detalles psicológicos brotará antes o después una búsqueda espiritual o que dicha búsqueda, ya presente, se haga más portadora de vida; de lo contrario, no estaremos haciendo más que una simple higiene mental.

Observar el funcionamiento de fondo

¿Se parte de la psicología o de la espiritualidad? No hay una regla aplicable a todos. Se parte de donde la persona se encuentra. Si partimos del polo psicológico podemos estar seguros de que seguramente la persona estará allí y, ciertamente, no en modo soñoliento. Pero sea cual sea el polo del que partamos y al cual atendamos, lo importante es que los dos polos se entrecrucen y que veamos el funcionamiento de fondo que produce dicho encuentro.

En efecto, funcionamos en niveles que son diferentes, pero en el marco de un único funcionamiento de fondo.

Se puede ser muy dotados intelectualmente pero pobres en lo afectivo; hombres de gran fe pero ignorantes desde el punto de vista teológico; psicológicamente sanos pero desorientados en la vida; santos pero pesados para los demás. Cada uno de nosotros funciona en niveles diferentes, incluso contradictorios y con ritmos y tiempos de desarrollo diversificados. Y, sin embargo, son niveles que se entrelazan en un único funcionamiento de fondo y el mismo lenguaje común nos sugiere de hacernos una idea de cómo la persona, en su conjunto, "gira".

Sería necesario que un formador de seminario se hiciera miles de preguntas sobre el funcionamiento de fondo de su seminarista, el cual, es el resultado del movimiento circular entre espíritu y psiquis: los símbolos que aquel seminarista utiliza para expresar su interioridad: ¿De qué tipo son? ¿Está ilusionándose con cambiar de vida milagrosamente, liberándose de todo su pasado, o ha comenzado un camino progresivo de búsqueda de Cristo, incluyendo en él también todo lo que le ha sucedido en el pasado? ¿Su actual estilo de vida expresa su disponibilidad a darse totalmente o, aún siendo correcto, es reductivo, pobre, auto-protector, estandarizado? ¿Está abierto a aprender progresivamente el horizonte de vida "según Dios" o tiende, más bien, a englobar y, por tanto, a reducir aquel horizonte en su horizonte previo, centrado en su Yo? ¿Cómo usará el poder una vez que llegue a ser sacerdote? ¿Cuál parece ser su "hoy de Dios": el tiempo de la búsqueda, de la decisión, de la pregunta, de la respuesta, de la acción o del silencio? ¿Hasta qué punto es capaz de individuar las preguntas profundas de su corazón? Entre las preguntas que se plantea, ¿cuáles son las más centrales y cuáles las más periféricas? ¿De qué preguntas fundamentales tiene miedo y de cuáles huye? ¿Cuáles preguntas fundamentales ha olvidado? ¿Cómo están relacionadas sus preguntas fundamentales con su historia, con los múltiples encuentros y experiencias que ha vivido? ¿Es su amor por Dios la medida de sus otros amores o viceversa?...

Pero las preguntas se refieren también al funcionamiento de fondo del educador mismo: ¿Cuál es el sistema simbólico que brota de mi modo de formar? ¿Para qué futuro preparo a mis seminaristas? ¿Cuáles son las habilidades que considero sea necesario esperar? ¿Empujo a la conversión del corazón o me presto para secundar identidades defensivas? ¿Mis intervenciones vehiculan el primado de los procesos emotivos o de los reflexivos: hacen pensar o se limitan a sonar bien al oído? ¿A qué tipo de relación conmigo invitan? Los criterios de evaluación que uso ¿se han mantenido los mismos que se usaban cuando yo era joven o responden a las exigencias de los jóvenes y de la iglesia de hoy?

Incluso si el formador privilegia el polo espiritual, no puede escapar al deber de darse cuenta de dónde está el muchacho -¡ese muchacho y no otro!-, su mentalidad y ¡no la mentalidad de los jóvenes! Dónde se encontraba en el primer año de universidad y dónde se encuentra en el tercero, cuarto...; entender cuáles son las preguntas y búsquedas de fondo del muchacho; verificar si en el curso de la formación las ha profundizado, congelado, empobrecido, evadido o, incluso, traicionado. Si el educador se limita a indicar la cima pero no sale al encuentro del muchacho allí donde se encuentra, se ilusiona de llevarlo a la cima: aquel muchacho la mirará siempre desde lejos y continuará evaluando emotivamente y comportándose como siempre, sin moverse del punto donde se

encuentra. Si el educador no entiende dónde se encuentra el muchacho, detrás de su presencia, incluso, amorosa y constante, puede ocultarse un cierto abandono: él no está allí donde el muchacho lucha, se interroga, goza, combate..., porque se está ubicando ante él en un nivel diferente y, entonces, la persona se queda sola, aún cuando estemos allí por él.

Bibliografía que se puede consultar

La psicología en los seminarios

Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones sobre el uso de las competencias psicológicas en la admisión y formación de los candidatos al sacerdocio* (29 de junio de 2008). También está dedicado a este documento todo el número 2-3 (2009) de *Seminarium*.

Diversidad de problemas; criterios para distinguir

Comisión episcopal para el clero de la Conferencia Episcopal Italiana, *Linee comuni per la vita dei nostri seminari*, 25 de abril de 1999 (Cap.1: descripción de los signos relevantes de patología, de patología leve, de crecimiento).

Madurez psicológica y vocacional de la institución formativa

(diagnóstico institucional)

En el itinerario formativo no es solamente el sujeto el que se tiene que cuestionar, sino también la institución formativa; también ella debe someterse a verificación y ver si -y en qué medida- es capaz de transmitir mensajes correctos y coherentes:

MANENTI A., "A proposito di proposta vocazionale", en *3D*, 3 (2009), 290-299 (algunos criterios para evaluar el tipo y la calidad de la animación y de la propuesta vocacional).

NARDELLO M., "Il problema della formazione: un punto di vista ecclesiologicalo", en *3D*, 1 (2007), 19-31. (El modo en el cual la Iglesia se comprende a sí misma y a su misión, influencia la mayor o menor importancia que brinda a la formación personalizada, a los modos de llevarla a cabo y a los recursos que serán invertidos).

NARDELLO M., «La leadership nella chiesa tra tutela dell'istituzione e servizio alle persone» in *3D*, 2(2008), 166-174 (El modelo de Iglesia en el cual se inspira una comunidad, se constituye en el origen de muchas dinámicas que influyen sobre el estilo y la cualidad de su líder).

RINALDI F., "Il silenzio nell'organizzazione", en *3D*, 1 (2008), 95-104 (Los efectos deletéreos del ocultar información importante vinculada a la gestión de una organización).

EDITORIAL, "Ricerca vocazionale: le nozze d'argento", en *3D*, 1 (2012), 4-8.

SEGHEDONI I., "Michele tra speranza e rabbia; quando l'istituzione formativa intralcia la crescita", en *3D*, 3 (2006), 295-306 (análisis de un caso en clave de diagnóstico institucional).

Ocasiones de disminución de las dos madureces

El problema del rol del sacerdote

EDITORIAL, "I preti: da guardiani dei granai a compagni di viaggio", en *3D*, 2 (2007), 116-121.

PAROLARI E., "Manejar la conflictividad, el sacerdote y la institución", en *3D*, 3 (2006), 307-315.
<http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Parolari06.pdf>

PAROLARI E., "Quando si diventa parroci: ... cose che capitano" en *3D*, 2 (2008), 197-205.

RINALDI F., "Quando si aprono gli occhi: dal seminario alla vita", en *3D*, 2 (2006), 196-206.

La mitad de la vida y la nueva integración psico-espiritual:

MAGNA P. – PAZZAGLI A., «La crisi dell'età di mezzo: il periodo della menopausa nella donna» in *3D* 2 (2007), 162-173.

MAGNA P.- PAZZAGLI A., "La crisis de la mediana edad: el período de la menopausia en la mujer, en *3D*, 2 (2007) 162-173. <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Magna07.pdf>

PAROLARI E., "Decidere come e per chi morire. La questione dell'età di mezzo", en *3D*, 3(2010), 286-296.

SEGHEDONI I., "50 anni e dintorni: il prete ad un bivio", en *3D*, 3 (2011), 287-296.

Situaciones extremas

MANENTI A., "I casi tragici: quando vivere il valore sembra impossibile", en *3D*, 1 (2005), 27-38.

PARTINI A., "L'accompagnamento psicologico e spirituale dei confratelli in gravi difficoltà", en *3D*, 3 (2010), 315-325.

RONZONI G., "In caso di incendio, non estinguere la fiamma", en *3D*, 2 (2009), 187-194, (Síntomas y terapia del burnout en los sacerdotes).

CAPÍTULO 7

Cómo encaminar a la escucha de sí: el inicio de los coloquios y el contrato de trabajo

Johnny, un muchacho de 22 años, llama por teléfono al P. Carlos, formador en el seminario, diciendo que quisiera hablar de sí y de su posible perspectiva vocacional: una simple charla y no mucho más. Se trata, por lo tanto, de un primer contacto para conocerse, pero sin ningún compromiso. Quizás el encuentro de Johnny con el P. Carlos tendrá continuidad o quizás no: dependerá de la disponibilidad del joven pero también de la capacidad del sacerdote de propiciar un inicio adecuado al encuentro.

Johnny comienza rápidamente diciendo que el giro vocacional de su vida fue en una marcha por la paz, en Asís. El tema de la paz, de la concordia y, por tanto, del Señor Jesús que dona la paz y luego, también, el sacerdote como ministro de la paz... en síntesis, todo está construido sobre el tema de la paz. Johnny habla convencido y en forma sincera. Pasan bastante tiempo hablando sobre este aspecto del proyecto.

En la segunda parte del coloquio, el P. Carlos, para tener una idea más concreta sobre Johnny, espigando un poco aquí y un poco allá en su biografía, le pregunta sobre cómo pasa su jornada, sobre su tiempo libre, sobre lo que según él es su carácter, sobre sus lecturas preferidas... De todo ello surge la imagen de un muchacho que se define a sí mismo como «impetuoso»: amante del enfrentamiento, interesado en las novelas y en las películas violentas, precipitado con los otros, pronto a reaccionar con ir y a maldecir para sus adentros, como cuando, por ejemplo quedó bloqueado con su moto en el tráfico durante las horas de punta⁴⁸.

Mantener el tema del ideal en lo concreto

¿Por qué se da este giro de la atención del proyecto ideal a la vida práctica?

No es para insinuar una sombra de sospecha sobre la autenticidad del proyecto sino para fundarlo mejor, si es que existe. Si Johnny no se escucha todo entero, no sólo en su parte ideal sino también en aquella oculta, quizás más «baja» y prosaica -escucha no espontánea para quien está en la fase del proyectarse-, parte con el pie equivocado.

En primer lugar porque si la vocación es un don total de sí, no puede consistir solamente en el tentativo de concretar el mundo de los «altos» deseos -o así juzgados-, como si los otros no lo fueran: sería donar sólo una parte de sí.

Segundo, porque todo proyecto de futuro se injerta, de alguna forma, en un estilo de personalidad previo, gracias al cual el proyecto será providencialmente personalizado, pero desafortunadamente también, estará condicionado, empobrecido o, incluso, distorsionado.

Tercero, porque el proyecto, para desarrollarse en el futuro y para ser también fuente de comprensión de las vivencias de los otros, debe ser llevado adelante por un sujeto que de alguna forma haya contactado con -por lo menos- alguna temática básica de la vida (dialéctica de base): de la vida como conquista, pero también como pérdida; de la armonía, pero también de la agresividad; del rostro victorioso y de aquel decepcionante de la vida; del gozo, pero también del dolor...

48 Texto tomado y ampliado de A. MANENTI, «Come avviare all'ascolto di sé: un metodo e un esempio», en *3D 2* (2005), 303-316 (en español, en <http://www.isfo.it/it/Rivista-3D/Spagnolo.html>). Vinculado con este artículo cfr. también S. GUARINELLI, «L'ascolto di sé: equivoci e obiettivi», en *3D 2* (2005), 261-275.

Este intercambio entre lo ideal y lo real, influirá sobre el resultado más o menos maduro de la propia vocación. Si Johnny, amante de la paz tiene, en alguna otra parte de su Yo, ganas de pelear, estas ganas de alguna forma interceptan su deseo de paz, no porque Dios lo llame a pelear, sino, porque el proyecto se encuentra con el entero estilo de personalidad de Johnny, incluida la agresividad.

Escucharse mientras se escucha

Esta disponibilidad a acceder a todo el propio corazón no depende sólo de Johnny sino, también, de la disponibilidad del P. Carlos para escuchar todos los aspectos del corazón y no sólo el lado edificante que quisiera sentir, dejando de lado -¡basta una mirada o un pequeño gesto!- los temas que le generarían malestar.

Tú ayudas al otro a escucharse por entero -incluida la parte menos noble-, si eres capaz de escuchar todo aquello que el otro provoca en ti -incluida tu parte menos noble-.

El encuentro con un joven generoso en perspectiva vocacional, me consuela e inflama como animador vocacional, en mis ideales, en mi consolación de ver que el Evangelio está aún obrando, en la belleza de compartir cosas espirituales..., pero también... sólo Dios sabe en cuántas otras cosas: mi miedo a que no vuelva más si le pongo alguna objeción; el de perder, una vez más, un candidato y hacerme cargo de mi esterilidad; las expectativas de la institución sobre mí; los proyectos que permanecerían utopías sin jóvenes reclutas; la envidia de su entusiasmo; la validación de mi capacidad pastoral, la revancha sobre mis cohermanos; el deseo de un hijo; un trofeo para exhibir; un seguro para mi vejez; pesadilla del número decreciente de los ingresos en seminario; motivo de fascinación; pacto de camaradería; forma de obtener afecto sin despertar sospechas... (estamos hablando del juego de la *transferencia* y *contratransferencia* que siempre se da en los diálogos personales). Si el educador no se escucha todo -incluida su parte menos noble-, hace infecundas sus palabras ya sean éstas de consolación o de confrontación. Tendrá un hablar genérico que espiritualiza o, por el contrario, desvaloriza, pero que de cualquier forma, considera la pregunta de Johnny como un estereotipo, y la respuesta, genérica.

Esta invitación a la escucha total de sí -válida tanto para Johnny como para el P. Carlos-, es obvia en teoría, pero en la práctica se evapora fácilmente. *«¿Reconducir a Johnny a lo concreto?... Pero, ¿cómo?... Con los tiempos que corren, ¿dónde encuentras un muchacho tan bueno como él? ¿Por qué tirarle abajo los entusiasmos, justo el primer día que viene al seminario a hablar contigo? ¿Por qué romper el dulce encanto del primer tímido enamoramiento, aludiendo a la fea realidad?... ¡El tiempo lo hará caer en la cuenta! Y por otra parte, aquel que se escucha demasiado se problematiza y se desmoraliza».* Se tiene miedo que la vida rompa el encanto y, en último análisis, no se toma en serio la seriedad de un proyecto.

Hecha esta precisión sobre la forma de situarse del P. Carlos, imaginemos ahora el diálogo todavía provisional, pero más que suficiente, para encaminar mal -hipótesis de diálogo incorrecto- o bien -hipótesis de diálogo correcto- el futuro camino de Johnny. Presentamos las dos hipótesis en versión excesivamente breve y resumida; sólo pocas frases. No obstante, con la advertencia de que cada una de ellas concentra un diálogo que ha tenido muchas palabras, digresiones, ejemplos, preguntas de clarificación... Un diálogo de alrededor de una hora y media. Esta capacidad de sintetizar un encuentro con los datos más relevantes es un arte delicado del educador: la de encontrar la clave del problema en medio de una multitud de informaciones medianamente importantes, de identificar los puntos salientes y reconocer los temas de fondo, así como evitar una forma de hablar dispersa y poco concluyente. Esta forma de reconducir al núcleo, no es hacer un análisis de cada una de las grandes líneas sino, identificar las grandes líneas del análisis.

Ejemplo incorrecto de un primer encuentro

Hechas las normales presentaciones y recordando la razón del encuentro, Johnny rápidamente habla de su aspiración, con entusiasmo pero también con cierta distancia porque, sabemos ya, quiso precisar que se trata solamente de un encuentro sin mayor compromiso. Dice inmediatamente que el cambio de su vida, en sentido

vocacional, fue a partir de una marcha de la paz a Asís. Su ideal se basa en el contenido “paz”: el Señor que dona la paz, el sacerdote como ministro de paz, la paz universal, paz en la familia y la paz interior. Se ve que para él este valor es importante porque habla de él, en forma distendida, con entusiasmo y serenidad.

He aquí el punto:

Johnny: *En síntesis, en tiempos como los nuestros, de tantas guerras conocidas y menos conocidas, es lindo que haya alguien que, como nuestro Papa, vaya contracorriente y tenga el coraje de decir “no”. Además, sería lindo que también todos nosotros nos volviéramos menos complicados, con menos paranoias: vivir, como dice el Señor en alguna parte, como los lirios del campo y los pájaros del cielo, aunque no puedo decir que yo lo logre.*

P. Carlos: *Bueno, es claro que nadie es perfecto, pero el Señor nos llama a ser operadores de paz y aquel que lo es, es beato.*

Johnny: (con tono un poco frío) *¡Cierto! Todos estamos llamados a la santidad.*

P. Carlos: *Y después, también has visto en la marcha de la paz, cuántos jóvenes piensan como tú. No todos quieren el caos de las discotecas. Y en la Iglesia, ¡también hoy existen muchos testimonios...! Por lo tanto, (entre intrigante y seductor), ¿Por qué no eres tú también uno del grupo?, ¿Te gustaría?*

Johnny: (también él, sonriendo): *¿Y a quién no le gustaría estar fuera del caos?*

P. Carlos: *Entonces, ¿te puedo ayudar de alguna forma?*

Johnny: *Sí, podrías, por ejemplo, sugerirme algún pasaje de la Escritura que me ayudase o alguna forma de rezar, visto y considerando que la oración no es mi fuerte.*

P. Carlos: *Podrías iniciar con la lectura de Jeremías cuando recibe la llamada del Señor (y le indica el capítulo) o leer la última cena en el Evangelio de Juan donde Jesús habla sobre el sacerdocio. ¿Hay otros textos a los que quisieras recurrir?*

Johnny: *No. Estos bastan.*

Silencio embarazoso. El Padre Carlos no sabe más cómo continuar.

¿Qué sucedió?

* *Cómo se describió Johnny.* Johnny se describió a partir de su ideal. Dijo cómo quería ser (verdaderamente, como posibilidad de vida y no como utopía). Supo escuchar y referir al P. Carlos sobre sí, sobre sus fuerzas propulsoras de las cuales aparece la hipótesis de hacer de su vida un don: paz, testimonio valiente, simplicidad, concordia antes que caos, recogimiento en la oración. El P. Carlos le devolvió, en forma explícita, esta misma imagen de sí que Johnny le transmitió y, en esa, Johnny se reconoció rápidamente pero, por eso mismo, en un nivel ideal. De hecho, el coloquio, después de un poco, corre el riesgo de bloquearse.

Johnny también abrió ventanas puntuales sobre su mundo real: se ve lejos de la meta codiciada, con deseos que quedan a medio camino, no satisfecho de su vida de oración, enfrentándose con las «paranoias» de la vida práctica. Pero habló de todo ello como de algo no muy interesante, cosas que están pero no lo describen. Pero también el P. Carlos estuvo divagando. Si el P. Carlos le hubiese restituido este otro aspecto de sí, aquel que –sabremos más adelante–, toma la forma de rabetas y protestas en medio del tráfico de la ciudad, muy probablemente Johnny explicitaría que, sí, alguna vez se enoja pero que es una interferencia no deseada, que le sucede a todos, normal, algo que de hecho no expresa nada de su personalidad.

* *Cómo respondió el P. Carlos.* Aceptó entrar en el nivel de los ideales, ciertamente representativo del Yo de Johnny, pero parcial, aliándose rápidamente con la impronta del retrato que Johnny da de sí mismo. Escuchó -de manera correcta pero parcial-, la pregunta de Johnny y respondió en los términos con los que Johnny la hizo. El coloquio se bloquea.

* *Reacción de Johnny.* Respuesta «exacta»: «¡Cierto! Todos somos llamados a la santidad», pero no dijo: «También yo quiero arriesgar». Respuesta «impersonal»: «¿Y a quién no le gustaría estar fuera del caos?», pero no dijo «A mí me gustaría». Respuesta «moral»: «Podrías, por ejemplo, sugerirme algún pasaje de la Escritura», pero no dijo cuál es el pasaje bíblico que para él es vital.

Al regocijo del P. Carlos por encontrarse ante un joven tan bueno, el muchacho respondió de una forma igualmente complaciente. Faltan las respuestas «personalizadas», aquellas que después del análisis actual prevean un pequeño paso adelante, hacia el futuro, por parte de un sujeto que está comprometido en primera persona: «Heme aquí, mándame a mí», «Me levantaré y regresaré a la casa de mi Padre», y que para Johnny, en este primer encuentro, bastaba personalizar con un «No había pensado en ello, pero ahora podría comenzar a...».

* *Resultado de esta sintonía excesiva:* el diálogo queda en nada.

P. Carlos: «Johnny, ¿quieres algo más?».

Johnny: «No, esto basta». Fin.

Johnny: «Sería lindo que todos nosotros fuéramos menos complicados»

P. Carlos: «Nadie es perfecto». Fin.

Johnny: «Poca oración».

P. Carlos: «Te doy la solución». Fin.

Johnny: «Estoy en el caos de la vida».

P. Carlos: «Se puede salir». Fin.

¿Volverá o desaparecerá? ¿Qué se lleva a su casa? ¿Cambiará algo en su vida práctica? ¿Se fue intrigado por algo nuevo o sólo con lo que ya sabía? La respuesta del P. Carlos no hizo avanzar a la pregunta sino que la apagó. Johnny, probablemente, recomenzará desde el inicio, con otro sacerdote y con la misma pregunta.

En el cruce de pregunta-respuesta, es evidente que la pregunta condiciona la respuesta, pero también vale lo contrario. El tipo de respuesta condiciona el hacerse la pregunta en forma más correcta, o puede aprisionar la pregunta e impedir más preguntas⁴⁹.

El tipo de preguntas que la gente se hace, depende, también, del tipo de respuestas que nosotros damos: ¿Son puramente inmediatas al contingente o capaces, también, de evocar nuevas y más profundos deseos? La nueva evangelización, ¿no quiere, quizás, un serio análisis de las respuestas que estamos actualmente dando? Tal vez la gente responde poco porque nosotros preguntamos poco.

Para situar bien el camino ya desde el primer encuentro, es necesario hacer saltar el círculo pregunta-respuesta; de lo contrario, la respuesta “a tono” corre el riesgo de apagar los deseos en vez de elaborarlos y hacerlos evolucionar.

La respuesta educativa es la que despierta la curiosidad para indagar dentro de la pregunta inicial, en términos de *provocación* (enlaza la pregunta a los problemas reales de la vida); de *desafío* (la respuesta abre

49 Sobre este tema, en nuestra AVC, cfr. F. IMODA, *Desarrollo Humano, Psicología y Misterio*, Salta, Argentina (2003), 212-219 («Pedagogía y parámetros del desarrollo»), 607-609 («Las preguntas como punto de partida y ocasión educativa»).

horizontes más amplios) y de *futuro próximo* (hace entrever un paso posterior, probablemente no imaginado antes, pero sentido como más decisivo).

El secreto no está en adivinar la respuesta exacta que hay que dar, sino en ayudar a quien se interroga, a asumirse la pregunta: ver la seriedad de ello, recorrerla hasta el fondo, decirse estar disponible a dar respuestas que no sean sufridas, pasivas, convencionales, ya conocidas... sino, libres y convencidas.

* *¿Qué no ha sido afrontado?* No se ha afrontado el punto de contacto entre el ideal (vivir en la paz) y lo real (se vive en la «paranoia»). Johnny lo mencionó, pero como algo que no es central sino, banal, sobre lo que hay que volver pronto.

Si se deja de lado lo real, a Johnny le costará dar connotaciones reales a su proyecto embrionario y a pasar del actual «*Quizás sí, pero veamos*» al «*Heme aquí*». Quizás, esperará alguna intervención misteriosa que le dé el fatídico golpe de gracia para dejar pasar, que es distinto de afrontar, este momento de búsqueda. Quizás la desdichada caída de caballo ocurrirá, y esperamos que así sea. Pero lo que apenas es que, también en este caso, el aspecto de sí no considerado y sintéticamente encerrado en la palabra «paranoias», fue omitido y, por lo tanto, quedará fuera del proyecto y, con el tiempo, entrará como elemento rival o incluso corrosivo. La exploración de las «paranoias» y el motivo para tenerlas, podría ser, en cambio, una buena puerta de acceso para conjugar más evangélicamente la relación entre inmanencia (vivimos en el caos) y trascendencia (quiero la paz).

Si Johnny quiere ser un buen sacerdote (pero también un buen papá) ¿qué es mejor que diga? «*Quisiera la paz pero, lamentablemente, estoy en guerra*» y esperando un milagro, continuaré peleando y consultando otros acompañantes para saber ¿cómo se hace para soñar la paz? O admitir: «*Quiero la paz; pero quiero también la guerra. Me guste o no, sé que éste es mi deseo*» y, como consecuencia, preguntarse si acepta el desafío de ser cordero en medio de lobos sin esperar o pretender que los lobos, cayendo también ellos del caballo, se transformen en corderos o sin despedazar a su vez a los lobos.

En otro contexto pero con un mismo significado, supongamos que Juan diga «*Quisiera estar con las rubias pero, lamentablemente, me gustan las morochas*» y se sienta decir «*No te preocupes, lo importante es que tú mires a tu novia*»: ¿Cómo hará para prometer fidelidad a su futura esposa, ya sea rubia o morocha? Sería diferente, y mejor, si dijese: «*Me gustan las rubias y también las morochas, pero tengo novia; la elijo a ella y dejo que las mujeres de cabellos de otros colores continúen existiendo sin pretender una conversión que me haga ciego al color de sus cabellos*». Así también para Johnny: ¿Hacer desaparecer las «paranoias» de la vida para vivir en paz, o vivir en paz en las «paranoias»? ¿Hacer desaparecer el síntoma o cambiar el contexto, es decir, ampliar el modo de escucharse?

Ejemplo correcto de un primer encuentro

Hechas las normales presentaciones y recordando la razón del encuentro, Johnny inicia rápidamente hablando de su aspiración, con entusiasmo pero también con cierta distancia porque, sabemos ya por su llamada por teléfono, que quiso precisar que sólo se trata de un encuentro sin mayor compromiso. En seguida dice que el cambio de su vida, en sentido vocacional, fue a partir de una marcha de la paz, a Asís. Su ideal se basa en el contenido “paz”: El Señor que dona la paz, el sacerdote como ministro de paz, la paz universal, paz en la familia y la paz interior. Se ve que para él este valor es importante porque habla de él, en forma distendida, con entusiasmo y serenidad.

Hasta aquí, todo como antes, pero he aquí el punto de inflexión:

Johnny: *En síntesis, en tiempos como los nuestros, de tantas guerras conocidas y menos conocidas, es lindo que haya alguien que, como nuestro Papa, vaya contracorriente y tenga el coraje de decir “no”. Y además, sería lindo que también todos nosotros nos volviéramos menos complicados, con menos paranoias: vivir, como dice el Señor en*

alguna parte, como los lirios del campo y los pájaros del cielo, si bien no puedo decir que yo lo logre.

P. Carlos: *Visto que estamos aquí para hablar de tu futuro y, en lo posible, fundamentarlo bien, el tema de la paz sobre la que hemos hablado hasta aquí es importante, pero también el de las paranoias. ¿Tratamos de profundizarlo?*⁵⁰

Johnny: *(con tono simpático) Pero noooo..., no tiene nada que ver. Lo dije por decir. Se sabe que hoy en día la vida es más complicada que antes...*

P. Carlos: *Según me parece, las paranoias tienen que ver con tu futuro, porque quien se juega bien la vida tiene los ojos hacia lo alto, pero también siente qué cosa sienten los pies al tocar tierra: precisamente, las paranoias.*

Johnny: *Quería decir que algunas veces mi vida es un gran caos y, entonces, ¿cómo puedo pretender llegar a ser sacerdote o traer hijos al mundo?*

P. Carlos: *¿Por ejemplo?*

Johnny: *Por ejemplo, cuando me enojo por la dosis cotidiana de atentados, bombas, tiroteos y los muertos que el noticiero nos da cada noche. Soy un poco como mi padre, que apenas comienza el noticiero, se las agarra con todos. Yo no, yo me quedo mal, quisiera un mundo distinto y, a lo sumo, me enojo sólo en mi interior, como hoy, que estaba atrasado para venir aquí. Comparado con mi padre soy pacifista.*

P. Carlos: *¿Por qué? ¿Qué sucedió mientras venías para acá?*

Johnny: *Sí, me enojo con el viejito que cruza la calle cuando estoy apurado. Pero después, cuando se me pasan los nervios, soy el primero en pararme si necesita ayuda. Me bastan tres minutos para tranquilizarme y ser bueno. Como te decía antes, ¡sería lindo vivir como los lirios del campo y, ¡caramba!, el Señor nos dijo que se puede... Entonces, ¿por qué me complico la vida?*

Una perspectiva más amplia

* *El cambio respecto a la versión anterior del diálogo y que el P. Carlos, después de haber pasado tiempo suficiente con el tema del ideal, en cierto momento, se aleja del nivel ideal en el cual Johnny se estaba describiendo y, apenas surge la ocasión, pasa al nivel de la existencia concreta. No lo hace para cambiar el campo de visión sino para ampliarlo. Pone en juego un tercer personaje: Johnny el valiente, Johnny que quiere la paz y Johnny el enojado. Haciendo así, manda el mensaje que la vocación es el encuentro con los tres Johnny, y que introducir en el campo al Johnny enojado no implica que los otros dos y la vocación salgan de escena (pero también así lo debe ver el acompañante). Se trata de una ampliación de la perspectiva, y no de un cambio, que*

50 «Cualquier vocación cristiana se dirige a toda la persona y por eso mismo, tiene que ver en forma dinámica, es decir, siempre en movimiento y nunca de forma acabada, con el todo de la personalidad. Si se limitase a integrar algunos procesos de la personalidad, se diferenciaría poco de una elección profesional o de la adquisición de un conjunto de actitudes religiosas. La vocación tiene que ver *también* con las profundidades de la personalidad y no solamente con algunos de sus niveles, quizás más superficiales. No es un trabajo, ni un modo de hacer. No podemos tener buenos sacerdotes o buenos esposos, enseñando a algunos jóvenes cómo se es buenos sacerdotes o buenos maridos, si estos *no son* sacerdotes ni maridos. Desnaturalizamos la esencia del ministerio o del matrimonio, también cuando nos contentamos con tener gerentes del “*business*” religioso, o maridos que se encuentran en casa a las siete de la tarde y el domingo llevan los hijos al lago» (cursiva como en el original; traducción libre al español): GUARINELLI, «L'ascolto di sé: equivoci e obiettivi», 272-273.

Johnny nunca había considerado y que tampoco podía hacerlo, dado que para él, el Johnny enojado es un detalle insignificante que no hay que considerar. El P. Carlos le hace entender que esta ventana de distracción por la cual entran, según Johnny temía, sólo corrientes de aire nocivas puede, en cambio, ser también un portón para acoger a la vocación en forma más amplia. Johnny no sospechaba que también estas noticias biográficas sobre sus «paranoias» podrían servir, y nunca hubiera imaginado llegar una mañana al seminario para hablar de ellas en vez de su conversión durante la marcha de Asís.

* *Reacción a la ampliación de perspectiva.* Johnny se muestra interesado en seguir la pista abierta por el P. Carlos. Es un ¡buen signo! Es muy probable que regrese para hablar con él. Está intuyendo que es más liberador, y también ventajoso, tomar su agresividad en forma tan seria como lo hace con su valor “paz”. Está escuchándose mejor; frente a su futuro de suceso están la paz y la agresividad, ambas igualmente reales y dignas; ya no más un Johnny contra otro, ni tampoco que venza el más prepotente o el más devoto.

Cuando una pregunta se coloca en una perspectiva más amplia en relación a aquella en la que el interesado la ha colocado hasta ahora, la reacción de éste puede ser ambivalente. Por una parte, ver que su pregunta actual es colocada en un contexto más amplio puede darle la impresión que aquella pregunta, no recibiendo una rápida e inmediata respuesta, sea descuidada o soslayada. Por otra parte, advierte que este contexto más amplio puede hacer más interesante y fecunda su misma pregunta y, por ende, se siente aliviado e interesado en dejarse guiar por este camino imprevisto. La presencia de esta segunda reacción es de capital importancia para saber si el camino vocacional seguirá o terminará. Si la disponibilidad para explorar nuevas hipótesis está, quiere decir que -concretamente y no sólo en forma teórica- el sujeto acepta hacer un camino de trascendencia. Si no existe, es muy probable que el apego a su contexto, a sus ideas y a su mundo usual se impondrán y que la pregunta vocacional, más que de trascendencia, sea una pregunta de confirmación de sí mismo.

Una vez que se amplía la perspectiva, es necesario entrar en ella. Retomemos ahora el diálogo:

Johnny: *Sí, me enojo con el viejito que cruza la calle cuando estoy apurado. Pero después, cuando se me pasan los nervios, soy el primero en pararme si necesita ayuda. Me bastan tres minutos para tranquilizarme y ser bueno. Como te decía antes: ¡Sería lindo vivir como los lirios del campo y, caramba!, el Señor nos dijo que se puede... Entonces, ¿por qué me complico la vida?*

P. Carlos: *Espera un momento; detengámonos, porque ha aparecido algo muy importante. (Importante: Cuando se realiza una conquista, una ampliación de horizonte, una introspección nueva... no hay que seguir adelante como si nada hubiera pasado. Es mejor explicitarla, subrayarla, hacerla bien consciente). Lo que estamos diciendo es que tu deseo de consagrarte al Señor se encuentra con tu rabia por el caos. Está el Johnny que viene para hablar de su proyecto y el Johnny que viniendo para acá se enoja por el tránsito y el atraso. Si los dos aspectos luchan entre sí, quedas indeciso sobre tu futuro. Si logramos ponerlos juntos, de una forma mejor, surgirá un Johnny capaz de vivir en paz en el tránsito, con fuerza y sin perderse. Intentemos, entonces, imaginarnos el resultado de la paz en el tránsito. Me decías que quiere ser un hombre de paz, ¿qué quiere decir?*

Johnny: *¡Sí!, paz. Es claro... ¿o no?*

P. Carlos: *Para mí, no. Paz es sólo una palabra que dice todo y no dice nada. Intenta imaginar: ¿Cuál es para ti la imagen que más te habla de paz, la que más te gusta, que te describe mejor (NB: se está entrando en las representaciones interiores).*

Johnny: *La naturaleza. La vista de la primavera me aplaca, me hace sentir vivo: ¿Viste esos prados de montaña...? O un bosque en otoño, después del calor del verano, con las hojas que se están poniendo amarillas, con aquellos árboles, ¿cómo se llaman? Altísimos, enormes y tú te sientes pequeño, pequeño... Pero no en sentido dulzón, tipo película superficial, de novela rosa. No, una paz por la que has peleado para tenerla. He aquí, tipo*

la película "El descanso del guerrero" o lo que te decía antes «Muchachos, ¡cuántas peleas, pero ahora todo está bien!...» (Y continúa, interesado, con otras imágenes parecidas).

P. Carlos: *¿Y en qué forma la naturaleza te habla de Dios?*

Johnny: *Obvio, el Dios de la paz.*

P. Carlos: *¿El Dios de la paz?*

Johnny: *¡Sí! Lejos de las preocupaciones del mundo, del trabajo, del futuro. Sin necesidad de tener que afeitarme cada mañana. En paz. Como cuando termino una jornada con muchas preocupaciones; doy una vuelta y me tranquilizo con el mundo... (Continúa, interesado, con otras imágenes y casi no termina más).*

P. Carlos: (sonriendo): *Pero Johnny, te había pedido que hablaras de Dios, no de ti.*

Johnny: (contento): *Tiene razón mi madre cuando dice que soy uno que tiene la cabeza en las nubes.*

Los dos sonríen.

P. Carlos: *No. Tú no eres un soñador. Haz captado bien el centro de la vida cristiana que no es la paz de las florcitas, aún si te gusta, sino mantener vinculados la lucha y la esperanza; un lindo desafío...*

Johnny: *Diría, atrayente...*

Curiosidad para una exploración

Puesto en el camino hacia su Yo total, Johnny lo recorre veloz. ¡Buen signo! Es un muchacho disponible a ser «expatriado». Resulta evidente con toda claridad que la paz como la entiende él no es la del Evangelio. Para él es la alternativa a la guerra y el resultado feliz de una lucha que ya fue. Quizás no busca la paz y es la guerra lo que le trae problemas. Quizás busca la paz perfecta para, de una vez por todas, quitarle a su agresividad la ocasión de despertarse. Quizás, Johnny no es tan agresivo e impetuoso como nos había parecido en un primer contacto, pero se ha vuelto así porque aún no ha encontrado cómo conjugar los corderos con los lobos sin caer en un compromiso ignominioso.

Por ahora, poco importa entrar en estas dinámicas psicológicas. Lo que ahora importa es haber abierto la puerta para una escucha de sí más integral. Johnny está percibiendo -sería mejor decir «olfateando», ya que no es una conclusión de su cabeza sino una sensación afectiva-, un montón de cosas: que en su ideal de paz hay algo divertido –no alarmante- sobre lo que ahora puede, incluso, sonreír, que él está molesto con la agresividad fuera y dentro de él, que puede existir un modo mejor de conjugar el binomio paz/guerra, que su búsqueda de Dios fácilmente termina siendo una búsqueda de sí. Todo esto no para hacer una constatación humillante de sí, sino como perspectiva de una mejor forma de ser. Por ahora son fragmentos esparcidos que hay que verificar y componer en otros encuentros. Por lo pronto, han aparecido. Estamos en el primer encuentro, la partida todavía se tiene que jugar entera. A este punto, basta que las cartas se hayan puesto en movimiento. La conclusión del encuentro será proponer a Johnny mantener el movimiento entre lo real y lo ideal que fue encaminado en el coloquio de hoy.

Provocar las defensas

Es una táctica que consiste en sorprender al propio interlocutor con respuestas que no espera, que ponen en evidencia las discrepancias entre su modo de describirse y las fuerzas reales no verbales que están en juego. Con dicha táctica, se ponen a prueba los esquemas vacíos y las fórmulas estáticas y habituales con las cuales se afrontan los problemas de la vida⁵¹.

Atento a todo indicio, el formador provoca las defensas para probar las disponibilidades reales del interesado para ponerse en discusión, es decir, mirarse desde una perspectiva diferente de la común, y a relacionarse con modos de comunicación más flexibles y significativos. Esta invitación a abandonar momentáneamente la propia posición para asumir la de otros, es lo opuesto de apego acérrimo al propio modo de ver y sentir.

No se trata de denigrar –descalificar, banalizar, burlar- las opiniones de los otros sino, de probar su componente de banalidad y/o testarudez y volverlas a colocar en su puesto de opinión y no de dogmas.

Se puede provocar en dos formas:

Reformular: Se respeta la narración del cliente, pero introduciendo alguna pequeña variable que sugiera una conclusión adicional. “*Lo que usted dice demuestra verdaderamente una gran generosidad, aunque me parece percibir que algunas veces es una generosidad un poco excesiva, casi como si a usted le importase mucho ser generosa*”. Si la reacción a esta ampliación de lectura es fuertemente negada y si tiene una respuesta que confirma la posición inicial, es probable que se esté ante una poca disponibilidad que probablemente se repetirá ante otra cuestión. Una señal diferente sería una respuesta como: “*Nunca lo había pensado, pero estoy acá precisamente para eso, para entender mejor cómo estoy hecho*”.

Dar vuelta: Se invierte totalmente la impostación dada por el cliente. “*Lo que Ud. dice lo hace aparecer como generosidad, pero ¿no se da cuenta que usted hace de todo con tal de mostrar sus bellas virtudes?*” Este tipo de distorsión es por la negativa, pero puede ser realizada también en positivo: “*Usted se lamenta mucho de su inseguridad, pero le aseguro que es raro encontrar una persona tan honesta como usted*”.

Estas exageraciones forzadas –o hasta mentiras piadosas- son licencias que, en esta fase inicial, se pueden tomar porque lo que se quiere es sondear la disponibilidad a la apertura de sí y no el análisis del contenido. No se trata aún de analizar lo que uno dice; se está en la fase previa de sondear la potencial acogida de cuanto será dicho después y se lo puede sondear aún a costa de exagerar lo positivo –o negativo- de un contenido ya que no es sobre eso la confrontación actual.

Conclusión del encuentro: establecer el contrato

P. Carlos: *Intento sacar algunas conclusiones. Me parece, Johnny, que tú tienes una buena capacidad para intuir qué sucede en la vida y unos buenos valores. Recién lo vimos: el mundo en el caos y el Dios de la paz, tus paranoias y la búsqueda de plenitud, el nerviosismo y la mansedumbre de corazón... Este es, precisamente, uno de los aspectos más importantes de la espiritualidad cristiana: el corazón en alto y los pies en la tierra.*

Tengo que decir también que puedes detenerte en la paz y no pasar al encuentro con el Dios de la paz, o también que tienes temor de que la guerra te pueda romper los tímpanos. Por otra parte, nuestro Dios es también el Dios de la guerra: una espada de doble filo que entra y desgarrar, un fuego que bajó a la tierra y que no espera otra cosa que arder. Si tú quieres sólo la paz y huyes de la guerra, será difícil que te decidas; quizás ésta es una de las razones de tu actual perplejidad para lanzarte hacia la elección definitiva. Pero habrá que seguir hablando de ello.

⁵¹ La técnica es de N.W. ACKERMAN, *Patologia e terapia della vita familiare*, Feltrinelli, Milano 1976, 105.

Mi ayuda consiste en esto: ver contigo, cómo vivir en lo concreto y caótico, pero como testigos de Cristo, un místico realista. Si quieres, lo haremos partiendo de las cosas concretas que te han sucedido y que tú consideras significativas para captar tu forma habitual de encarar la vida.

Piénsalo y hazme saber tu respuesta en 10 días, o sea, el miércoles 19.

Al terminar el primer encuentro se establece un contrato porque, antes de abrir uno u otro argumento, es necesario saber por qué hacerlo, cómo hacerlo y si se tiene ganas de hacerlo. No conviene partir ciegamente, comenzar a abrir el libro de la propia vida para darse cuenta, después de tantas horas de coloquio, que no era eso lo que se quería hacer. El contrato –como surge de la conclusión sacada por el P. Carlos– debería contener estos puntos:

a. *Reconocimiento de las conquistas logradas y perspectiva de descubrimientos ulteriores inmediatamente sucesivos* (una ley del desarrollo dice: En el desarrollo por estadios, los sujetos no pueden entender aquella propuesta que sea superior en dos o más estadios superiores al suyo, pero se sienten atraídos por aquella que es superior de una unidad en relación a su nivel predominante de funcionamiento).

b. *Identificación de la primera área en la que se necesitará trabajar, dado que se está revelando allí una carencia* (una ley del desarrollo dice: En el desarrollo por estadios, el movimiento de uno a otro sucede cuando se crea un desequilibrio cognitivo, es decir, cuando el estilo de vida adoptado hasta ahora ya no es adecuado para resolver los dilemas vitales).

c. *Clara descripción del ofrecimiento de ayuda en términos de «hacia dónde» se quiere ir, «qué» se hace para llegar allí y «cómo se hace»* (una ley del desarrollo dice: La presentación de los valores debe ser motivada, clara y concreta, y no carente de justificación, aleatoria, confusa y vaga).

d. *Pedido de respuesta en un plazo indicado* (para evitar que los mecanismos de defensa que recién se debilitaron se re-organicen y cierren la nueva perspectiva sin que el sujeto haya decidido hacerlo).

Previsiones acerca del próximo encuentro

¿Johnny regresará? Quizás no. Sin embargo le hemos dado la curiosidad de poder hacerlo. Para prepararse a futuros encuentros el P. Carlos ya puede hacer algunas hipótesis iniciales de un proyecto personalizado. Por ejemplo:

- Para Johnny, el itinerario hacia Dios no inicia con la Escritura (valores trascendentes) que para él aún son bastante inaccesibles, sino con la naturaleza (valores naturales). Pero sus valores naturales son alternativos a la realidad (paz en la fantasía y «paranoias» en la realidad); si esto fuera así, tendrá necesidad de ser encaminado a una espiritualidad entendida como mayor fidelidad a lo concreto de la vida, antes que como alternativa al mundo. Necesitará familiarizarse con el Johnny de las fugas estratégicas.

- Más que una experiencia de Dios (trascendencia teocéntrica), Johnny está haciendo una experiencia psicológica de tranquilidad de sí (trascendencia egocéntrica). Si es así, será necesario ayudarlo a vivir la diferencia entre usar a Dios para satisfacer los propios deseos y amar a Dios para realizar los deseos que Él tiene.

- Johnny ya considera como religioso (buscar a Dios) un valor que es sólo natural (estar en paz). Si verdaderamente es así, está sometiendo su adhesión de fe a un proceso reduccionista. Habrá que pasar un poco de tiempo con el Johnny que diluye el Evangelio.

- Johnny tiene una gran energía combativa, pero la coloca al servicio de una causa equivocada (apagar sus furores internos). Si será verdaderamente así, se lo tendrá que ayudar a pelear bien: estimularlo a que se enoje bien por causas que valen la pena y no porque las cosas no salen como su cabeza quisiera.

El P. Carlos se prepara así para el próximo encuentro según aquello que considera un bien acorde para Johnny. Se prepara, aunque no sabe si Johnny regresará.

Bibliografía que se puede consultar

Cómo recoger los datos esenciales

FACCHINETTI A., «Un metodo per capire cosa c'è: il caso di Giovanna», en *3D*, 2(2004), 191-203 (partiendo de una situación concreta se mencionan las áreas de la personalidad que hay que observar, los datos esenciales que hay que adquirir y los principales procesos que hay que activar en el acompañamiento a una persona).

NdT. El artículo traducido al español, «Un método para entender qué es lo que pasa. El caso de Juana», se encuentra publicado en <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Facchinetti04.pdf>

FACCHINETTI A., «Ascoltare e interpretare in ottica cristiana», en *3D*, 1 (2007), 51-64 (recoger informaciones es saber también qué se quiere buscar y qué se desea suscitar en quien habla).

NARDELLO M., «Uno schema d'intervento educativo per la formazione dei seminaristi», en *3D*, 1 (2005), 93-99 (áreas de sondeo que son particularmente importantes y criterios para evaluarlas).

Cómo conducir un sondeo del área sexual en la fase de evaluación del pedido de ingreso vocacional

RIGON S., «Discernimento vocazionale e indagine dell'area sessuale», en *3D*, 3 (2009), 300-307. (NdT. El artículo traducido al español, «Discernimiento vocacional y sondeo del área sexual», se encuentra publicado en <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Rigon09.pdf>)

Cómo preparar la entrada al seminario

PARTINI A., «L'inizio del cammino vocazionale e le qualità necessarie», en *3D*, 3 (2004), 296-303.

TAPKEN A., «L'ingresso in seminario: presupposti e competenze», en *3D*, 3 (2009), 260-267. (NdT. El artículo traducido al español, «Ingreso al seminario. Presupuestos y competencias», se encuentra publicado en <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Tapken09.pdf>)

Fuero interno y fuero externo

¿Qué significa y es aún válida la distinción entre fuero interno (que refiere al ámbito de la conciencia y que corresponde al padre espiritual) y fuero externo, que refiere al ámbito de la disciplina y es de competencia del superior? ¿También el superior puede hacer preguntas íntimas o éstas están reservadas al padre espiritual, mientras que él debe detenerse a observar el comportamiento? ¿Es posible un intercambio de informaciones entre los dos? ¿Qué uso se puede hacer de las informaciones recogidas? ¿Qué significa pretender el derecho a la reserva? ¿Qué diferencia existe entre reserva y pacto de silencio? ¿Cómo conciliar la tutela de la libertad y la propuesta de consultas psicológicas?

BRESCIANI C., «Foro interno e foro esterno: per un progetto formativo unitario nella formazione seminaristica», en *3D*, 2(2005), 116-123. (NdT. El artículo traducido al español, «Fuero interno y Fuero Externo. Para un proyecto formativo unitario en la formación del seminario», se encuentra publicado en <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Bresciani05.pdf>)

GHIRLANDA G., «Foro interno, foro esterno, ambito della coscienza, intimità della persona» (G.), en *Vita consacrata*, 2 (2012), 155-161 (parte 1); 3 (2012), 252-268 (parte 2); 4 (2012) 237-249 (parte 3).

El acompañamiento de grupo

BRUNO S.-DEMETRIO P., «Sulle orme della comunicazione interpersonale: proposta di laboratorio», en *3D*, 1 (2012), 70-106 (presentación de un taller formativo sobre los aspectos que promueven y obstaculizan los intercambios entre los individuos y en los grupos).

CASERI R., «Itinerario di preparazione al matrimonio; attenzioni non scontate», en *3D*, 1 (2006), 83-90 (descripciones de las fases de crecimiento más comunes por las que pasa un grupo formativo).

CAPÍTULO 8

Construir la alianza y tipos de intervenciones

Alianza significa establecer una relación que haga capaz al sujeto de continuar trabajando -aún en los momentos difíciles- en la realización del objetivo previsto por el acompañamiento que, quizás, no corresponda a la pregunta inicial hecha por el mismo sujeto⁵². Incluso en el caso de una alianza explícita, el acompañamiento es una relación difícil; sin una alianza se vuelve imposible y es inútil intentar el análisis de los contenidos.

Para construir la alianza

Después del primer o de los primeros encuentros exploratorios y antes de entrar en cada una de las temáticas, es necesario:

Fortalecer la motivación:

Explicitar el propio parecer sobre cómo se pretende ayudar a la persona (objetivos y método).

Proponer un trabajo a término con un ritmo preciso: «*Nos encontraremos cada 4 semanas por 8-9 veces, después veremos juntos qué es mejor hacer*» (colocar un plazo significa acelerar el camino).

Según la motivación del cliente, evaluar si después del primer encuentro exploratorio conviene fijar rápidamente la próxima cita («*Nos vemos el miércoles a las 16*») o dejar una pausa de reflexión («*Piense sobre lo que hemos dicho y me avisa*»), o fijar una cita abierta («*Fijamos para el miércoles a las 16 pero con toda libertad*»). En la segunda y tercera hipótesis hay que pedir una repuesta dentro de un plazo («*Avísame antes del miércoles; me puedes encontrar entre las 20 y las 21*»); es un signo de seriedad recíproca (¡Evidentemente, el formador debe estar disponible a esa hora!).

Asegurarse el clima de libertad:

Informar sobre el secreto profesional; el acompañamiento entra en el «fuero interno». La confidencialidad es obligatoria para el guía, recomendada para el cliente.

Explicitar bien que el acompañamiento es el encuentro de dos libertades y que tal libertad permanece antes, durante y después de terminar el acompañamiento (cuanto más es débil la motivación inicial del cliente, más se necesita insistir en su asumir libremente el compromiso).

Libertad antes:

- El cliente es libre de aceptar o no (sin culpabilizarlo si lo rechaza).
- También el guía es libre de aceptar o no (quizás existan problemas y personas que es mejor no afrontar porque no se es capaz para ello).

Libertad durante:

- Libres de la obligación de mantener la relación a cualquier precio y, ambos, libres para interrumpir (¡Pero no para huir!).

⁵² MANENTI A., "Chiarire le aspettative", en *Vivere gli ideali / 1: Fra paura e Desiderio*, EDB, Bologna 2001, 224-225; MANENTI A., "Trattare la persona", "L'alleanza impossibile", en *Il pensare psicologico*, EDB, Bologna 1997, 110-116.

- El cliente se debe sentir libre para decir, a través del proceso, cuáles son sus dificultades vinculadas a la relación.
- Libres para decirse aquello que agrada y desagrada, porque el diálogo no está condicionado por las convenciones sociales.
- Libres de cualquier chantaje que la alianza podría disparar⁵³.

Libertad después:

- El contrato y la consecuente libertad del guía para entrar en el mundo de la otra persona dura sólo por el tiempo de la relación. Una vez que termina el camino realizado juntos, el guía sale del mundo del otro, de la otra; no podrá usar de ninguna forma los conocimientos adquiridos y volverá a entrar en el mundo de la otra persona sólo si dicha persona se lo permitirá. ¡El guía nunca es patrón o padrino del otro!

Seriedad del camino:

- Las citas no son el resultado de un contrato agotador.
- Día y hora del encuentro: el compromiso no puede ser relegado al tiempo sobrante, sino que debe existir cierta prioridad sobre otros compromisos. No se excluye que alguna vez se tenga que solicitar un permiso para salir antes del trabajo o una anticipación de otros compromisos. Es posible adaptarse a las exigencias del cliente, pero no a expensas de la prioridad del compromiso.
- Respetar los plazos establecidos: las citas no se corren si no es por un motivo excepcional. (Si quien corre el encuentro es el educador, sea consciente del mensaje silencioso que está enviando). El educador se reserva el derecho de flexibilidad en el calendario de los encuentros, pero ello es sólo por el bien del cliente (por ejemplo, si se prevé que un punto difícil será sabotado, se anticipa el encuentro; si se prevé la oportunidad de un tiempo de sedimentación y pausa, se posterga el encuentro sucesivo...).
- Puntualidad (también por parte del guía).
- Apagar el celular y mostrarse no disponible a otras personas (tal vez con una nota de "ocupado" en la puerta).
- No aceptar regalos cuando expresan aquello que no se quiere decir con palabras.
- Tiempo medio del encuentro constante y respetarlo (no más allá de una hora). Al finalizar cada encuentro se fija el siguiente. No dejarlo librado a la improvisación («*Para el próximo encuentro nos llamamos por teléfono...*»).
- Solicitar al cliente que traiga al coloquio lo que le parece significativo de la vida corriente y examinar juntos sus decisiones importantes de vida antes de tomarlas.
- Se habla de aspectos personales (y no teóricos, institucionales, sociales, de otros, teológicos...).
- Corresponde al cliente elegir el argumento e iniciar sin tener una pista. Ayudar a descubrir que tomar la iniciativa cansa más pero que se adquiere más dignidad.
- No se retoman los temas fuera del coloquio.

⁵³ Para confrontar una serie de criterios sobre lo correcto o perverso de la relación entre director espiritual y discípulo, véase A. CENCINI, «El contacto corporal en la relación de ayuda», en <http://www.isfo.it/files/File/Spagnolo/e-Cencini04.pdf>. Original en italiano: «Il contatto corporale nella relazione di aiuto», en *3D* 1 (2004), 42-58.

Signos de alianza: el cliente

- Continúa trabajando en forma comprometida en los encuentros, aunque sean difíciles;
- Trae material útil;
- Elabora las intervenciones del guía según una circularidad de comunicación.

Tipos de intervenciones por parte del acompañante

Existen conexiones entre todo aquello que decimos, hacemos o somos. El actuar humano tiene un sentido y una lógica aún cuando parece ilógico. Las reacciones visibles (afectos, comportamientos, palabras, miradas, posturas del cuerpo...), aún siendo aparentemente contradictorias y estando aisladas entre sí, son la expresión externa de significados subjetivos que se organizan en sistemas, en el universo privado de cada uno de nosotros. Por lo tanto, comprender un comportamiento es captar los significados que dicho comportamiento quiere expresar y vincular los significados al conjunto de la vivencia del sujeto como parte de su estilo general de vida. Para hacerlo, existe una amplia gama de posibles intervenciones técnicas.

- *Estímulo para elaborar*: Solicitar que relate sucesos y sentimientos así como son vividos (absteniéndose lo más posible de evaluarlos con el filtro del juicio o del «me gustan/no me gustan»). El objetivo es ayudar a descubrir que el propio mundo interior es digno de valor y que vale la pena interesarse por él y explorarlo.
- *Solicitud de clarificación*: Invitar a seguir explorando las informaciones que se han brindado ya que se consideran útiles para captar el estilo habitual de vivir y de sentir. No se lo hace por curiosidad ni para tener datos más precisos en vistas a realizar un juicio, sino para solicitar al cliente que penetre mejor en el hecho, de forma tal que le sea claro cómo él/ella lo vive en forma consciente. También le sirve al educador para descubrir la medida con la que el cliente se da cuenta del hecho y lo comprende. Las clarificaciones pueden referirse a:

Los hechos: «¿Me puede explicar mejor qué sucedió, de forma tal que también yo lo pueda tener claro?», «No entendí bien, ¿puede ser más preciso?», «¿Lo podría describir nuevamente?», «¿Sucedio otras veces?», «¿Cuándo sucedió la última vez?».

Los sentimientos: «Cuando sucedió, ¿cómo era su estado de ánimo?», «¿Qué experimenta ahora mientras lo recuerda?», «¿Tuvo estos sentimientos otras veces?», «Me dijo que estaba contento, pero cada uno de nosotros tenemos nuestro modo de estar contento: ¿puede decirme mejor cómo es su modo de estar contento?», «¿Qué hay de malo en lo que dice?», «¿Qué entendía cuando dijo que...?», «Ha notado que su humor ahora cambió respecto al inicio, ¿qué pasa?».

La forma de comunicar: «Está haciendo un lindo discurso sobre sí pero no de sí»; «Dígallo con total libertad: las cosas que parecen no tener nada que ver, a menudo se revelan como las más importantes»; «Me parece que está buscando de decirme algo muy importante para Ud.: tratemos de captarlo mejor».

- *Confirmación empática*: Revelar las potencialidades creativas del individuo, ayudarlo a verlas y sostenerlo para que las concrete, haciéndole entender que dispone de los instrumentos para realizar sus objetivos y que vale la pena continuar intentándolo. Los elogios no deben ser nunca de tipo consolatorio («¡También los pobrecitos como tú van al cielo!»), sino que deben explicitar lo que ya se realizó («¡Ves, actuar así funciona!») y ser capaces de restituir competencia («¡Puedes creer en ti mismo!»).
- *Verbalizar*: Poner palabras a un estado afectivo que el interesado sólo sabe descargar; «Entiendo que ahora no puede ser muy explícito porque antes de decir ciertas cosas necesita pasar por cinco minutos de

vergüenza», «Veo que ahora está contento realmente», «Si entendí bien, me parece que ahora está bastante enojado». La verbalización puede ser:

Por sinónimos: Se usa un término con igual significado emotivo a aquel que usó el cliente, pero que resulta menos defensivo del suyo y se acerca en forma más aproximada a la verdadera interioridad que está expresando: «Usted no puede llegar a imaginar cómo me quedé desilusionada», «Es decir, cómo Ud. se quedó molesta». «La prudencia siempre me dice que no me haga ilusiones», «Yo lo llamaría miedo a soñar».

Por antinomia: Se enfatiza el estado emotivo opuesto a aquel que expresó el sujeto con el fin de invitarlo a considerar que, en su sentir, también hay de lo otro. Una madre está llorando por las horribles notas académicas de su hijo y dice «Después de todo lo que nosotros estudiamos, una cosa así no la merecíamos», «Señora, lamentarse por su hijo la honra, pero ¿no le parece que está lamentándose también por Ud. misma?». Esta ampliación del campo afectivo ayuda mucho cuando es conveniente no reforzar a la persona en sus estados emotivos demasiado negativos o defensivos, que correrían el riesgo de invadir toda su persona: «En su desesperación no hay sólo desesperación; Usted me está enviando un grito de auxilio, de lo contrario, ni siquiera tendría la fuerza para desesperarse».

Por optativo: No se retoma el estado emotivo expresado por el sujeto sino el estado implícito presente, pero que él no se permite expresar. «Mire que no hay nada de malo en admitir haberse equivocado»; «Cuando la herida todavía arde mucho es evidente que el perdón no puede existir, aunque usted se esfuerza», «Piense cómo sería lindo si pudiera decir todas estas cosas a su hijo».

- **Reformular**: Volver a decir con otras palabras, parafrasear, acentuar una parte de aquello que el cliente dijo ya que se lo considera significativo de su interioridad y él, sintiéndola decir nuevamente, puede llegar a captar mejor el significado de su expresión y así aceptarlo. Es el medio más directo para hacer entender al otro que no se está pensando en él sino como él. Esta conformidad de percepción promueve un proceso de auto-comprensión más amplio ya que la reformulación no sólo devuelve al sujeto su imagen, como en un espejo, sino que, además, lo familiariza con un aspecto de sí que hasta ahora él sentía pero no lograba verbalizar. Tipos de reformulación

Resumen: Resumir brevemente la comunicación del sujeto (es útil hacerlo al final del encuentro, cuando se pierde en los detalles o para sacar conclusiones que hay que recordar antes de pasar a otro argumento).

Aclaración: Volver a proponer en forma más clara y ordenada aquello que el sujeto comunicó en forma confusa y difusa.

Subrayado: Privilegiar con particular énfasis una parte de la comunicación del cliente para recalcar la vitalidad que hay en ello.

- **Explicación**: Proveer y proporcionarse un cuadro de comprensión del propio actuar que sea coherente y, al menos, plausible. De esta forma, se ayuda a la persona a ordenar los datos que antes le resultaban incomprensibles y así poder considerarlos manejables. La explicación de un fenómeno es el primer paso para controlarlo. La explicación debe ser:

Útil, aunque no sea verdadera. Ya que su función es dar un sentido de dominio y competencia, no se trata de encontrar «la» explicación exacta, sino de admitir que existe, al menos, una; para el proceso de cambio lo importante no es aquello que se aprende sino el hecho que se puede aprender.

Proporcional a la persona. Una explicación, aún la más perfecta, no es ningún estímulo para el cambio si la persona no es capaz de recibirla.

Estimulante. Parte del grado actual de comprensión de la persona procurando aumentarlo.

- **Resignificar**: Retomar aquello que el cliente dijo, pero introduciendo variantes, de forma tal que el cliente pueda captar nuevos elementos en aquello que había dicho. «*Veo que hoy está enojado, pero me parece intuir también un velo de amargura, ¿o me equivoco?*». Tipos de resignificación:

Relectura o re-transcripción: Devolver al sujeto el sentido profundo que inspiró su afirmación. «*Mi marido siempre quiere tener la razón: sólo él es importante y conoce la verdad...*», «*Si entiendo bien el nudo de la cuestión, no es tanto su marido, aunque su pretensión puede ser discutible, sino la impresión que usted experimenta de quedar excluida, desvalorizada*».

Inversión de la relación figura-fondo: Aquello que el cliente coloca en primer plano o como causa, se lo coloca en el fondo o como efecto. «*Desde que mi esposa me traicionó, me tuve que alejar de ella*», «*También puede ser que usted haya aprovechado la ocasión para alejarse de su esposa sin ser reprendido*».

- **Brindar nuevos significados**: El objetivo no es instruir a los ignorantes, sino, dar llaves de lectura inéditas a quien está interesado, y que le sean útiles para focalizarse o apropiarse mejor de los términos reales en cuestión. Se lo puede hacer:

En perspectiva intelectual: Dar un parecer profesional, explicitar un valor, definir una situación. «*Lo que Usted está diciendo sobre el modo de actuar de su hijo, se llama aprovechamiento de los padres para su propio beneficio*», «*Si quiere saber lo que opino, lo que usted llama depresión que debe curar, es una legítima tristeza por lo que ocurrió*».

En perspectiva del actual contexto vivido: «*Lo que usted hizo es lo que se llama actuar por amor...*», «*En este momento está expresando en forma muy valiente la rabia que tiene dentro*», «*Todo lo que usted dijo en estos últimos 5 minutos lo podemos colocar en el estado de ánimo de su perplejidad: Si resignarse o intentarlo de nuevo*».

En perspectiva de las constantes afectivas del sujeto: «*Esto es otra expresión de su facilidad para culpabilizar a los otros*», «*Hoy es el caso de un vaso de vino de más, otras veces eran las horas sin fin en internet, después hemos visto la cantidad de veces que usted se esconde en los momentos embarazosos: muchas variaciones sobre el mismo tema, ¿no le parece?*». Se hace este tipo de intervención sólo cuando se tiene la razonable certeza que el modo de vivir en el «aquí y ahora» del cliente es un ejemplo significativo de su estructura constante, más allá de la situación, que caracteriza su estilo habitual de afrontar la vida. Se requiere prudencia, porque con este tipo de intervención se tocan los organizadores de la vida psíquica, las estructuras formales que son responsables del actuar siempre de la misma manera. El objetivo es que, tocando las estructuras constantes y repetitivas, el sujeto sea capaz de pensar en otras situaciones análogas y de identificar la común trama inspiradora que atraviesa los varios capítulos de su vida. Cuanto más el sujeto toma conciencia de estas inspiraciones-fuentes, tanto más puede aumentar el conocimiento de sí.

- **Confrontación**: Confrontar dos vivencias contradictorias, no inmediatamente atribuibles a la misma lectura, y que indican la presencia de material conflictivo. Las discrepancias pueden ser:

En aquello que el cliente dice verbalmente: «*Antes dijo que no veía la hora de encontrar a su amigo, y ahora está diciendo que su amigo es una persona poco confiable: ¿cómo se ponen juntas estas dos cosas?*»; «*Entre a, b, c, ¿se encuentra un hilo común?*».

Entre aquello que dice y lo que ocurrió: «*Dice que no le interesa nada de los otros y, sin embargo, ayer pasó todo el día buscándolos*», «*Se lamenta que pasa por víctima, pero cuando no lo es, busca serlo nuevamente*».

Entre aquello que dice y lo que siente: «*Mientras me estaba explicando que ha sufrido mucho por lo que le pasó, estaba sonriendo, ¿cómo se lo explica?*».

La confrontación no busca desenmascarar el enredo del cliente, sino que quiere llevarlo a ampliar la conciencia de sus estados internos. Procura conectar una vivencia conocida y una que no lo es, presentada o experimentada por el sujeto en forma separada. Es una intervención un poco dura, por lo que debe realizarse con empatía y discreción.

- *Tarea para la casa:* Aconsejar ejercicios para elaborar aquello que fue dicho en el encuentro. El objetivo no es dar reglas, sino, favorecer que las experiencias e introspecciones realizadas en el encuentro no se volatilicen. La tarea -acordada con el cliente- debe, por lo tanto, ser sólo orientativa, un esquema que el cliente usa para crear la propia acción. Evidentemente, dichas tareas deben ser objeto de diálogo en el siguiente encuentro y no se deben dejar en el olvido.

La fascinación y la ilusión de la interpretación

Con la interpretación se explicitan hipótesis sobre la razón inconsciente de aquello que el cliente está observando en su sentir y en su comportamiento actual. A menudo, contiene también hipótesis que resalen al pasado, percibiendo una relación de causalidad entre pasado y presente.

No existe psicólogo ni formador que resista a las ganas de sentenciar: «*Tú eres así porque...*», «*Tú tienes este problema porque en la infancia...*». Interpretar da una gran embriaguez de poder: soy capaz de descubrir lo arcano, la causa, el inconsciente profundo que te acosa, mientras tú, pobrecito/pobrecita, sólo sabes ver los efectos de todo ello. La misma omnipotencia da la interpretación que etiqueta con un nombre científico las dinámicas del cliente: «*Tu problema es el complejo de inferioridad*», «*Tienes un conflicto con la autoridad*», «*Tienes rasgos narcisistas...*».

Aunque sean acertadas, ningún cliente se acordará por largo tiempo de estas interpretaciones y, aunque las recordara, no son las que le generan una mejoría. Aquello que recordará de las horas pasadas con nosotros o aquello que lo estimulará a vivir mejor es que, con nosotros, ha aprendido a pensar, no tanto en términos de causalidad («*Mi psicólogo me dijo que tuve una madre posesiva...*»), sino en términos de una mejor y más realista descripción de sí y de la vida.

Interpretar, por lo tanto, es una palabra que se usa en otro sentido. Significa llegar, en estrecha colaboración con el cliente -y no por fuerza del recóndito poder del oráculo-, a hacer explícito el modelo interpretativo de la realidad que el cliente habitualmente usa para que -en un paso sucesivo- él mismo pueda evaluar la calidad de todo ello en términos de humanización de sí. En otras palabras, interpretar significa conocer y después evaluar la «filosofía» práctica de vida. Con la interpretación de tipo causal se hace una conexión entre el consciente y el inconsciente, identificando en este último la causa determinista del consciente. Con la interpretación, en el sentido que aquí se propone, se hace una vinculación que, sin embargo, es entre aquello que el sujeto hace, dice, siente... y el tipo de humanidad que logra concretar en ello, entre aquello que hace y su forma de representarse la vida. Creo que el modo de representarse la vida tiene un rol importante sobre el funcionamiento práctico de la vida, sobre las ganancias y pérdidas que se pretenden en lo concreto. La interpretación como conocimiento del propio modo de encarar la vida, agrega a los hechos una dimensión de profundidad que no deriva de la explicación causal, del pasado o del inconsciente, sino del modo de representarse la vida o, como decíamos en los primeros tres capítulos, del modo que hemos «elegido» para conjugar el gran corazón y el pequeño corazón que la madre naturaleza nos ha brindado.

Es verdad, el motivo por el cual me he construido cierta representación de la vida en lugar de otra, depende también del pasado y del inconsciente, de los traumas y de la infancia, pero no está allí el punto que bloquea o, menos aún, que da a la conciencia de sí un impulso de mejoría. Es verdad, explicitar y evaluar el propio estilo de vida quiere decir también evidenciar las angustias pasadas, los profundos conflictos que se han activado en el curso de los años, los problemas, los bloqueos o las regresiones, pero después de haber hecho todo esto,

aquello que más ayuda a resolver o, al menos, a atenuar los sufrimientos, es encontrar nuevas mediaciones entre el corazón grande y el pequeño, a veces quitando el grande del reino de los sueños, a veces revalorizando aquel pequeño, a veces bajando y a veces elevando lo que se espera.

- Intervenciones de interpretación: «Según usted, «¿está expresando lo mejor de sí con este modo de proceder?», «Esta forma constante de reaccionar ante las dificultades, ¿es un modo que respeta su humanidad o la humilla?», «Entre las cosas que se mueven dentro, ¿hay alguna más importante?», «¿Qué significan algunos de sus ataques, incluso contra mí?», «¿Qué preguntas fundamentales están apareciendo a partir de su historia?», «¿De cuáles preguntas tiene miedo y de cuáles escapa?», «Si tuviera que instruir a los otros sobre los secretos de la vida beata, ¿cuáles ingredientes de base agregaría?». En perspectiva de madurez cristiana, la interpretación, así entendida, da un paso adelante porque no sólo vincula el modo corriente de hacer con el modo de representarse la vida, sino que relaciona este último con el modo propuesto por el Evangelio. Lo hace, no para suscitar sentidos de culpa que llevarían al sujeto a replegarse en una reflexión sobre sus carencias, sino intentando abrirlo a un modelo interpretativo de la realidad que es, al mismo tiempo, más apetecible y más conveniente.
- Notar la diferencia entre estas interpretaciones:

«El hecho de ser el primogénito lo invistió de una misión especial que aún hoy usted intenta realizar con su perfeccionismo».

«La atrae mucho ser sin defecto, lástima que ésta sea la pretensión de ser Dios».

«Su educación rígida le ha reforzado la represión más que la elaboración de su vivencia conflictiva».

«Veo que para usted la expresión de los sentimientos es una cosa infantil».

«Usted es así porque tiene un problema de dependencia afectiva».

«Parece que para usted es más importante lo que los otros quieren de usted que aquello que usted quiere de sí mismo».

«La suya es una historia de inhibición afectiva, por lo que es necesario un largo itinerario de re-apropiación de sus afectos».

«Hay tres modos de tratar a los sentimientos: desecharlos, como usted tiende a hacer, pero que no es una solución; seguirlos en modo descontrolado, pero esto tampoco funciona; o expresarlos cuando es apropiado. ¿Cuál de las tres forma le atrae más?».

Un hombre de 35 años ha tenido más de una experiencia dolorosa, hasta llegar a concluir que es necesario aprender a aceptar la vida. Le pido que me explique mejor qué entiende por aceptar y me responde que aceptar significa no dejarse rozar por la rabia por ninguna situación, porque... «Enojarse es inútil»; mientras habla me muestra una cicatriz que tiene en la cara, provocada por una botella que explotó en la mano cuando era niño. «Entonces me enojé de verdad pero, ¿de qué sirvió? Ahora no hago caso... ». Le digo que se puede aceptar una cicatriz aún recordando la rabia que sintió cuando era niño. Piensa un poco y me dice que según él, esto no es posible: «Yo apunto más alto, a la perfección. El que se enoja o se acuerda de haberse enojado quiere decir que no maneja su situación. Enojarse es útil cuando la realidad puede ser transformada pero, si esto no es así, entonces enojarse es signo de poca inteligencia». Le pregunto: «Y al final, ¿qué obtiene en esta imperturbabilidad?», «Al final, logro poseerme». Este señor demuestra claramente estar luchando con su pasado de agresividad no resuelta y se puede prever que se necesitará mucho tiempo; pero el punto de resolución será cuando, de regreso del pasado, podremos mirar más serenamente su programa de ahora en adelante: el de no querer dejarse dañar, lo que se revela más deshumanizante que el pasado.

Vincular, más que psicoanalizar

Leer la vida vinculando entre sí los fragmentos y entender la «filosofía» práctica que subyace, es distinto de psicoanalizarla. Se la psicoanaliza cuando se está interesado en los significados recónditos, inconscientes, que tienen raíces en el pasado, con la convicción de que cuanto más se acerca al núcleo profundo y atávico, más se tiene contacto con el significado de aquello que está sucediendo ahora. Vincular significa, en cambio, interesarse en los datos que actualmente diseñan la vida del sujeto como piezas de un único mosaico. Psicoanalizar significa poner significado en lo profundo. Vincular significa encontrarlo en el presente. Psicoanalizar significa leer en términos de causa: *“Hoy es así porque ayer...”* Vincular es leer en términos de significados de vida: *“¿Qué está humanamente implicado en lo que estás haciendo?”*.

Psicoanalizar para encontrar la causa y vincular para encontrar significados son dos modos de usar la experiencia. Si se abusa demasiado de la pregunta del por qué, se disminuye la humanidad encerrada en la experiencia presente. Por otra parte, es difícil ver esta humanidad si el presente está demasiado obstaculizado por interferencias atávicas e inconscientes. Cada uno de los dos enfoques aprovecha sólo la mitad del potencial contenido en la experiencia: el primero se concentra en la relación simbólica entre presente y pasado y entre consciente e inconsciente; el segundo se limita a las actuales fuerzas psicológicas y a su organización en relación a un fin.

Para entender lo que está sucediendo, se puede volver atrás, a un pasado ya consolidado y escavar en lo profundo, o ir adelante para descubrir cómo se está preparando para el futuro. Cuando nos volvemos atrás, el hoy es el resultado de un pasado. Si miramos adelante, indica cómo queremos vivir de ahora en más. Son dos modos de tratar el poder simbólico de la experiencia: como efecto del pasado o como organizador del presente y del futuro.

El camino de vincular tiene la ventaja de tratar la experiencia como algo todavía en curso, con informaciones que nunca existieron antes, que no hacen referencia a episodios pasados sino a un futuro mejor⁵⁴.

54 Más detalles en A. MANENTI, *Vivere gli ideali/2: Fra senso posto e senso dato*, EDB, Bologna 2003, 30-43 (“Leggere gli eventi ossia recuperare le connessioni”); 51-55 “Un titolo adatto al romanzo”.

CAPÍTULO 9

Las resistencias

«¡Mamá, basta de trabajar tanto! Te compro el lavavajillas...», «No lo quiero, la palangana de la abuela todavía sirve muy bien». Si insistes, la madre se lo toma a mal.

Las resistencias al mejoramiento forman parte del camino de todos. Todos nos resistimos a dar un paso adelante cuando nos damos cuenta de que aquél paso adicional comporta un cambio, aunque sea para mejor, en nuestro ritmo habitual de vida. En todos, no obstante esté el deseo de crecer y cambiar, existe también la tendencia a permanecer anclados en el pasado, a repetir esquemas de comportamiento ya probados y, por lo tanto, no riesgosos; a repetir lo ya conocido. Gracias a las resistencias, la vida regalará menos descubrimientos pero también menos inconvenientes. La persona rutinaria no descubrirá muchas tierras nuevas, pero tiene la ventaja de sufrir menos que el explorador. Cambiar significa al mismo tiempo volverse vulnerables: *¿Saldrá bien? ¿Estaré en lo cierto? ¿Quién me da seguridad? ¿Y si luego me equivoco? ¿Y los otros qué dirán? Si hasta ahora he encontrado cierto equilibrio, ¿por qué arriesgarse tratando para estar mejor?* Por esto se resiste... incluso cuando la posición a defender hace estar mal y cuesta sacrificio. Aunque la situación de hoy pueda ser chata, siempre es mejor de cuanto podría suceder arriesgándose acerca del futuro; repitiendo el estilo de siempre se está más seguro⁵⁵.

Antes o después, el formador se enfrenta a un hecho desalentador. Descubre que una cosa es provocar un cambio de actitud transitorio (el cual ofrece al discípulo una sensación de alivio y de confianza en sí mismo) y, otra cosa es hacer de este cambio algo estable y duradero, hacer de él un estilo de vida habitual, un punto de no retorno del cual partir para metas ulteriores. El primer objetivo se alcanza fácilmente y se lo puede obtener, incluso, luego de pocos encuentros. El otro es difícil, requiere meses de trabajo con un avance lento e irregular, lleno de marchas y contramarchas. A veces, incluso, fracasa en la proximidad de la meta, cuando el sujeto, habiendo aumentado la amplitud de su libertad efectiva, pudiendo usarla para un don más grande de sí mismo, no lo hace.

El coloquio formativo es un camino lleno de repeticiones y marchas y contramarchas. Vemos un cambio en el acompañado; también él lo ve en sí mismo; siente que su horizonte se ha ensanchado, que su sentir se ha agudizado. También él está contento. El sólo hecho de tener alguien con quien hablar con seriedad y descargar un poco de tensiones, es una fuente de gratificación afectiva y de seguridad. Y, sin embargo, luego de algunas sesiones, vuelve a hablar del mismo problema o de otro, pero estrechamente ligado a aquél que había superado. Y habla de él más o menos del mismo modo en que había hablado la primera vez, como si la nueva conquista lo hubiera abandonado. Descubrimos que tenemos que conquistar y reconquistar siempre el mismo territorio⁵⁶. Reconocer que «*Hoy puedo y eso me da la esperanza fundada de que también mañana podré*» es bello en teoría, pero en la práctica es un documento al cual se resiste a firmar. Es comprensible que sea así: quien se deja convencer demasiado fácilmente sería, en definitiva, demasiado impresionable y manipulable, y no sería capaz de resistir a las adversidades.

Una relación de lucha

Mientras más la ayuda entra en la crudeza de los problemas y vislumbra una alternativa mejor, más suscita reacciones negativas. Todo lo que sea banal se acoge inmediatamente. Quien se deja educar, reacciona mal a nuestro primer empujón de aliento (y frecuentemente también al segundo...). *Debe* reaccionar así. Si acoge, si se

55 Acerca de esta tesis, cf. VI/1, 99-110 ("La paura")

56 Las resistencias son una típica contribución de la psicología profunda de matriz psicoanalítica. Cf. por ejemplo, D. SHAPIRO, *La personalità nevrotica*, Boringhieri, Torino 1991.

deja poner en discusión, si es disponible, entonces –antes o después- debe tratar mal nuestra caricia. Es el realismo de la intimidad. Solamente un soñador y un ingenuo puede esperarse que a un beso de amor verdadero el otro responda siempre con un cándido «gracias, papá».

Debemos sospechar cuando el discípulo no se resiste o no lucha contra nosotros. Si le toco el corazón para invitarlo a ser mejor, le estoy tocando algo extremadamente vital; le estoy pidiendo que relativice su sistema de equilibrio y que renueve la esperanza de que puede encontrar uno mejor. Le pido que se mueva, ¡y esto no es siempre agradable!

La resistencia hacia el formador es, en realidad, una resistencia hacia sí mismo. Una propuesta seria de crecimiento implica una lucha entre el Yo que quiere crecer y el Yo que quiere mantener las cosas como están. Esta lucha acompaña cada conquista.

Ayudar al otro, no siempre quiere decir ayudarlo en el modo en que él imagina, o sea, en el modo en que gratifique sus expectativas. A veces nuestra ayuda se encuentra con su Yo enfermo y, entonces, el discípulo nos empuja a alearnos con eso, en una complicidad para delinquir, consiguiendo así nuestro importante aval para que no intente crecer ulteriormente; retribuyéndonos –con su Yo sano- con el rechazo en el caso en que la complicidad haya sido concedida. Justamente, mientras crece y está creciendo, nos pide -no siempre de modo inconsciente- que no tengamos más en cuenta su Yo sano, aquél que en la alianza inicial de trabajo se había decidido hacer crecer juntos y que ahora está emergiendo.

En estos momentos, el guía debe saber dialogar con ambos aspectos del Yo de su discípulo, no obstante uno se encuentre en primer plano y el otro esté como telón de fondo. Debe manejar los ataques del Yo enfermo, comprenderlos, no responder con la misma moneda, referirse al Yo sano que todavía está activo aunque暂时ariamente olvidado por el discípulo. De parte del formador, se trata de recurrir a su altruismo, si existe. Existe si en el momento en que el discípulo resiste, el formador no lo toma como un gesto de rechazo sino que lo explica como un acto casi debido, de parte de una persona que no siente hacia sí misma la confianza que, en cambio el formador tiene en ella. En el momento de las resistencias puede, en cambio, dispararse, por parte del formador, el autoritarismo y el deseo de intimidar. Con un manotazo reconduce al discípulo bajo su dominio ejerciendo un acto de abuso, en lugar de, más bien, acariciarlo con la mano que reconduce al discípulo dulcemente a sí mismo. Si se ha conseguido establecer una buena alianza, en los momentos de resistencia la mano que acaricia dulcemente puede hacerse más vigorosa, al punto de «extraer» del discípulo, un consenso que ahora es factible, y casi obligarlo a que él vea también aquél corazón grande escondido que sus ojos, al inicio, no podían percibir, y que ahora no quieren reconocer. Por amor se puede, incluso, poner al otro entre la espada y la pared. A veces esto funciona y se llega a la consolante conclusión de poder decir: *«Yo he creído en ti más de cuanto tú creías en ti mismo. La cosa ha funcionado. Hazlo también tú»*. Pero antes, ¡cuántas penas de amor, cuántas alternancias entre avances y retrocesos! Gran parte del trabajo de crecimiento se desarrolla bajo el signo de esta relación fragmentada, donde los intentos de los dialogantes divergen. Dios quiera que el guía no busque fines personales. Cuando llegue la rendición al bien real, este acuerdo en la misma longitud de onda, indicará que ha llegado la hora de la despedida.

Resistencias abandonadas y recuperadas: el caso de Sandra

«Soy un continuo volcán en erupción. Es más, soy como un cable de alta tensión: si alguien se acerca, terminará fulminado».

Así se me ha presentado una joven de 25 años, Sandra, que desde hace años lucha con su enfermedad de esclerosis múltiple sin que consiga aceptarla. Una lucha tan furiosa como destructiva y que ella desplaza desde la enfermedad a la lucha contra el mundo. Con un modo de ser muy dominante y cortante, se enoja con todos. Con los médicos, con el padre, con la madre, con la universidad...

De su batalla contra el mundo. Me cuenta, como de costumbre, el empeoramiento de su estado Dentro de la resistencia comienza a vislumbrarse el recurso. Después de cuatro encuentros, casi todos sobre estos

temas de guerra, finalmente deja entrever el lado sano de su lucha. Sin embargo, no lo presenta como tal, sino más bien como la última versión de salud, la terapia que no tiene los efectos deseados, la incomprensión de los padres, la incompetencia de los médicos y comenta: «*Ya que alrededor mío solamente hay imbéciles, los he hecho afuera a todos y me las arreglo sola*». Eso de arreglárselas sola lo ha hecho. Me cuenta que ha intentado rendir dos exámenes en la universidad, pero explicando inmediatamente que no anduvieron bien porque no le gusta esa universidad; que ha intentado buscarse un pequeño trabajo hasta el próximo verano, pero precisando inmediatamente: «*¿Quién contrata a una como yo, que duerme de día, mientras que de noche no puede?*»; que quiere intentar inscribirse en un curso de paramédico «*Por lo menos para meterme en algo*»). Dejo pasar el tono nihilista y de reproche y tomo el lado sano del discurso: Sandra está demostrando tener capacidad de iniciativa a favor suyo y no para ir en contra de los otros; la idea del curso de paramédico le viene muy bien porque ¿quién mejor que ella sabe qué cosa significa ayudar en la enfermedad? Entonces, le digo que me está comunicando que no todo está perdido. Irritada, mira el reloj: «*Ahora me tengo que ir, de lo contrario pierdo el tren*».

El recurso es negado con vehemencia. Retorna después de dos semanas; llega con una carga de furia y rabia que no hubiera imaginado. La apertura de la otra vez en tomar la iniciativa para su bien y ver qué cosa hacer en forma realista, parece haberse desvanecido. Rápidamente descarga una serie de quejas acerca del encuentro que tuvo con los médicos el viernes; más que una visita médica parecía una sesión de un tribunal, con todos los médicos acusándola de fingir estar mal, mientras ella se mostraba impasible, ¡pero con una rabia gigantesca! Me repite muchas veces que han concluido diciendo que sus malestares son psicosomáticos y no justificados desde un cuadro médico que, a su parecer, estaba mejorando; la han enviado a casa prescribiéndole un antidepresivo y diciéndole que era hora de terminar con el asedio a los médicos y que tenía que ponerse en movimiento. Mientras me cuenta, la rabia crece en los gestos (casi da vuelta la silla...); a las pocas preguntas que le hago para tratar de entender de modo más objetivo qué cosa ha sucedido, me responde visiblemente nerviosa y contrariada. Concluye la narración diciéndome, con aire triunfal, que desde el viernes ha decidido dejar de hacerse tratar, «*No soporto más que me tomen el pelo*» (la expresión, en realidad, es más colorida...).

Frente a este modo suyo de proceder tan regresivo, expreso mi estupor y contesto de forma bastante enérgica que ¡justamente así complace a los médicos que no quieren ser más molestados por ella! Se queda un poco helada ante mi observación y me pide que le explique mejor (ha bajado el tono agresivo); le explico que de verdad no entiendo la utilidad de una propuesta así, que actuando de este modo, en lugar de estar objetivamente enferma, se obliga a pasar por histérica y que sería mejor arreglárselas sola.

Prolongando la resistencia, se puede aproximar al verdadero problema y al recurso. Entonces Sandra recomienza a explicarme todo aquello que ya me había dicho sobre los demás, pero el tono es mucho más melancólico y serio y emerge fuertemente el drama de su enfermedad: «*Estoy enojada porque no me toman en serio, yo estoy mal*», «*Me tratan solamente para tranquilizarme pero nunca me escuchan*», «*Les dan la razón a mis padres que me consideran una quejosa*», «*Me consideran sólo una deprimida, pero yo estoy de verdad mal*», «*Si no me toman en serio, ¿de qué sirve seguir el tratamiento y la lucha?*». Mientras dice todo esto, la rabia contra los demás va casi desapareciendo y surge la tristeza y el sufrimiento por su estado precario de salud. La percibo en el camino justo y le digo que, incluso, es muy valiente para encontrar la fuerza de mirar cara a cara su enfermedad; yo no sería capaz de hacerlo con todo lo que está pasando. Sonríe, pero inmediatamente vuelve a decirme que «*Al fin de cuentas, no hay esperanza*». Sin embargo, contesto, los hechos que me ha contado últimamente demuestran que usted puede mirar cara a cara su enfermedad. No es justo que se lastime usted misma. Esta vez Sandra escucha, en el sentido de que, al menos, no se escapa irritada.

Las resistencias se debilitan. En la sesión sucesiva repite las mismas acusaciones, esta vez contra el padre: «*No trata de entenderme*», «*No escucha mis razones*», «*No le cae nada bien*», «*Me impide hacer lo que quiero*», «*Va derecho como un tren sin considerarme*»; luego acusa a la universidad que no enseña, luego a los amigos que no demuestran ser amigos, luego, luego, luego... Parece que quisiera forzar a retirar el discurso de los recursos. Y sin embargo, a medida que Sandra procede con la lista, el tono sigue

siendo bastante irritado pero los silencios se prolongan más y los ojos dejan entrever un dolor creciente. La letanía de las acusaciones la satisfacen siempre menos: «*Siento que no dan en el blanco. No hacen cuadrar las cosas. No me calman...*».

Casi imprevisiblemente, el coraje va tomando el lugar del ataque, Sandra sonrío, se le iluminan los ojos y dice: «*El problema es que tengo una necesidad enorme de recibir aliento, pero tendría que tener el coraje de pedirlo abiertamente, en lugar de tratar de suscitar compasión en los otros*». La mantengo en esta importante intuición. Ella misma se maravilla de esta otra cara de sí misma, aquella que no patea sino que implora. Mientras habla de esta nueva autoconsciencia de sí, se seca una lágrima antes de que se la pueda ver salir de sus párpados. La mujer del ataque se revela también como la mujer de la súplica. Y está bien que sea así. Y se lo digo abiertamente.

Sin resistencias, el contacto con la realidad es trágico. En la siguiente ocasión, llega más bien taciturna, pero se ve que tiene ganas de hablar de su ánimo decaído. De hecho, apenas le pregunto cómo le va, inmediatamente me responde diciendo que no está muy bien, que desde hace algunos días le duelen las piernas. Le restituyo esto como una conquista positiva: en lugar de pasar a la lucha furiosa, en estos días ha sabido escuchar sus malestares, su lágrima furtiva. A lo que, como una anguila, Sandra trata de reenviar el discurso de nuevo sobre el conflicto con su padre, pero cuando le freno la vía recriminatoria, abre, como nunca antes, el discurso sobre la enfermedad (me ha dado la impresión de haber pensado bastante en estos días...). «*¡Sería más fácil si tuviera un brazo muerto que esto!*», «*Es un sufrimiento enorme tratar de hacer cosas y no lograrlo; sería más simple saber que no se pueden hacer ya desde el inicio*»; «*Tener esclerosis (¡es la primera vez que pronuncia el nombre de la enfermedad!) es como golpear la cabeza contra un muro: ves (me indica la puerta), es como si buscara una puerta por donde salir, porque sé que debe existir una puerta en alguna parte, pero sigo golpeándome la cabeza siempre sobre el mismo punto; estoy cansada*»; «*La enfermedad es verdaderamente una cosa terrible, pero aquello que me hace sufrir todavía más son las cosas bellas que ella me quita*». Importante: no habla más de la incomprensión de los otros sino de las cosas bellas que le quita la enfermedad. Luego me cuenta acerca de un libro que ha leído: un joven sale de su casa y pasea por el mundo; en todos los lugares busca las facturas que le preparaba su madre para el desayuno. Busca y busca pero no encuentra nunca el sabor y el perfume de aquellas facturas. Así, en cada ocasión, no le queda otra cosa que un sabor amargo en la boca. «*Yo soy como él; he experimentado ciertas cosas bellas y no me resigno a no poder hacerlas más. Estoy cansada, ¡sí, estoy verdaderamente cansada! Al inicio era fuerte y segura, mis padres estaban casi muertos pero yo no bajaba los brazos!*».

El tono decididamente ha cambiado. Ha pasado de la rabia defensiva a la actitud resignada y derrotada frente a la enfermedad. Aquí, de verdad, está emergiendo una vivencia dramática, terrible. En los momentos de silencio que intercalaban su discurso, yo no he dicho nada: no sabía qué cosa decir... Ahora Sandra puede estar en su drama sin que explote la rabia furiosa. ¡Pero es terrible! Cualquier palabra de consuelo habría estado fuera de lugar porque la habría hecho huir de la tristeza, ciertamente penosa, pero con la cual tengo que convivir ahora. Es una tristeza que aún no ofrece vías de solución, pero que, mientras tanto, le está quitando el paliativo de la rabia furiosa. Su estar cansada de la situación me hace decir que, quizás, más conscientemente de cuanto permita ver desde afuera, Sandra está viviendo una verdadera lucha interior entre padecer y esperar, resignarse o rebelarse, negar la enfermedad o afrontarla; lucha que todavía no encuentra una solución pero que, mientras tanto, está insinuando una alternativa a la reacción seca de la rabia.

La energía usada para resistir puede usarse para afrontar. En los dos encuentros consecutivos, Sandra ha sabido estar en su tristeza. Veo, sin embargo, que avanza hacia una tristeza excesiva, con el riesgo de que no logre controlarla. Entonces retomo el antiguo tema de la rabia para decirle que ahora aquella energía puede resultarle útil, porque le puede permitir estar en el dolor sin bajar los brazos.

Siento que Sandra acoge mi invitación a recuperar, en medio de la desesperación, la fuerza positiva de la rabia. De hecho la recupera, pero en modo equivocado, como protesta rabiosa (¡Es la única rabia que Sandra conoce!). Desplaza nuevamente el argumento acerca de las luchas furiosas con su

padre; intento, un par de veces, volver sobre la enfermedad con los brazos en alto, pero esta vez no cede y quiere convencerme de que «*De todos modos, la desilusión más fuerte sigue siendo con mi padre*» (¡Mentira piadosa!). Las resistencias han recuperado terreno pero, mientras tanto, una brecha se está agrandando: nos despedimos con el deber de explorar su fuerza para reaccionar.

Cuando regresa, cuenta toda una serie de ejemplos de «*Rabia buena, como habíamos dicho al inicio, ¿no?*» (¡Pero de una rabia buena no habíamos hablado jamás!). «*¡Ves! Una tercera vía es posible: rabia buena*». Me dice que ya se había dado cuenta de que este discurso estaba «*En el aire en los coloquios precedentes*». «*Con mi enfermedad yo no me concedo la posibilidad de enojarme bien; sí, porque para enojarme bien tendría necesidad de saber de quién es la culpa, ¡pero aquí no sé a quién culpar!*». La confrontación en modo bastante directo: «*Ahora que nos hemos metido en el camino justo, no comiences de nuevo con las habituales acusaciones a ultranza!*») y le digo que no es verdad, que no es necesario saber de quién sea la culpa para enojarse bien (el último hilo que la ata a las resistencias puede ser cortado).

Acoge la observación -no sé si por convicción o porque no me siente demasiado corruptible- y comienza contándome de dos enfermos que ha encontrado en el hospital, dos sobrevivientes del terremoto del Abruzzo; me cuenta de sus reacciones ante este evento en el cual, en efecto, no hay tantas culpas; uno se ha deprimido completamente, mientras que la otra ha conseguido recomenzar. Concluye diciendo muy seria: «*¿Sabes por qué Estefanía ha logrado recomenzar? Porque ella ha mirado a la cara su drama, ha perdido el uso un brazo, y ha conseguido recomenzar*». Yo, simplemente, asiento (orgullosa como es, no le quiero provocar la humillación de dejarse «sanar» por mí) y me doy cuenta que está conectando Estefanía con la propia enfermedad: «*Enojarme bien con mi esclerosis significaría aceptar sentir el dolor y sufrir*»; y yo: «*Aceptar, ¿es decir?*»; ella: «*Que el límite es un recurso*»; yo: «*Pero vamos... No digas tonterías, no hagas teorías...*». Me doy cuenta que los ojos se le humedecen y luego de un poco de silencio le digo que la tragedia será siempre tragedia, que el agua no se transforma en vino, y que alguno ha dicho: en la enfermedad y la tribulación soy más que vencedor, pero la tribulación permanece. Me dice «*¡Tú me estás dando el derecho de existir!*». Y aquí me cuenta, conteniéndose visiblemente de llorar, de tres pacientes que ha encontrado en el curso paramédico (¡No me había dicho que ya lo hubiera iniciado!), de los cuales todavía se recuerda el nombre. Me cuenta acerca de la belleza de haberse sentido útil para ellos, de haberse sentido libre de hablar de su enfermedad y apreciada por haberlo hecho, sin segundas intenciones. Permanecemos algunas sesiones sobre esta victoria.

Hoy, para Sandra, la esperanza se ha vuelto una posibilidad concreta y experimentada como solución eficaz y no consolatoria. La rabia volverá, pero deberá ajustar las cuentas con este nuevo hueco que ahora se ha vuelto muralla.

Las resistencias en el que guía

Cualquiera que se haya hecho cargo de otro, ha experimentado las propias resistencias a hacerlo. Al inicio es, incluso, gratificante ayudar, pero luego llega la lucha.

Piensen de nuevo en una o dos situaciones de falso respeto humano, cuando hacía falta renegociar la relación de ayuda y en cambio han optado por abstenerse: «*Hay que tener paciencia*», «*Se tienen que respetar los ritmos de crecimiento*», «*Cada uno debe convencerse por sí mismo*», «*No se pueden tener pretensiones*», «*Jamás hay que imponerse*», «*Al fin de cuentas, no es tan malo como parece*»... Traten de pensar: «*¿Y si, en cambio, hubiera intervenido? ¿Si hubiera corregido, objetado, insistido...? ¿Si hubiera intervenido antes, estaríamos ahora en esta misma situación?*».

O también, siempre por no ensuciarse las manos, caemos en el consejo genérico del muerde y huye, permaneciendo fuera de las batallas de la vida; apenas alguien nos introduce en lo concreto de su problema, inmediatamente navegamos hacia la otra orilla, aquella de la solución prefabricada. Al menos para ahorrarnos la

incomodidad de permanecer a mitad de camino. O también, canalizamos la resistencia bajo la forma del consuelo fuera de lugar, cuando, como en el caso apenas expuesto de Sandra, sería mejor meter aún más el dedo en la llaga porque no es el consuelo del dolor sino la confrontación con el dolor la que abrirá la salida.

Si queremos permanecer en el corazón de los otros, nos metemos en problemas.

Primer problema: intervenir en el otro significa asumir un compromiso hacia él. No se puede aconsejar y luego desaparecer de circulación. Es necesario decidir qué operación hacer y asistir al período post-operatorio; decidir cómo intervenir, darse cuenta de qué cosa se ha percibido, cómo ha sido acogida la intervención, controlar los efectos obtenidos y compararlos con aquellos deseados, aceptar que la intervención no haya sido acogida y decirlo de nuevo con más amor, afinando la puntería, modificando el proyecto, partir desde otra parte... Todo esto reclama paciencia, repetición, volver atrás, pensar, prepararse al encuentro, escribir luego, tener una visión global del camino hecho y por hacer... Es en este momento en el cual «*respetar los ritmos de crecimiento del otro*» y otras forma similares, no son más un pretexto para el abstencionismo sino otro modo de decir: «*yo me hago cargo de ti, estoy aquí y me quedo*».

Segundo problema: si me meto en el problema ajeno, tengo que vivirlo como lo vive él, como problema y no a la luz de la solución. Como dice la palabra «acompañamiento», no se interviene desde lo alto de la propia virtud, como «maestros de Israel» que saben ya cuál es el final feliz de la historia y, por tanto, es inútil escucharla. Se interviene metiéndose en la misma barca. La intervención que sana es aquella que ha participado de la misma suerte; en caso contrario, se transforma en instrucción.

Tercer problema: permanecer en la debilidad ajena hace descubrir cuánto somos frágiles nosotros mismos. Las personas acompañadas hacen emerger nuestras debilidades que antes no conocíamos siquiera y que no habrían salido sin el trabajo formativo. No me canso de sorprenderme de la arrogancia de ciertos educadores que sacan sus fuerzas de su capacidad de captar la maldad ajena, con la loca intención de exportar la propia sabiduría *super partes* a los infieles.

Las resistencias no aparecen al inicio del camino

Las resistencias a trabajar juntos no tienen que confundirse con la falta de disponibilidad para trabajar juntos. Son perplejidades que surgen justamente cuando el trabajo conjunto ha iniciado bien y se hace, de a poco, siempre más demandante y el mejoramiento de sí mismo, de ser una hipótesis probable, aparece poco a poco como una posibilidad concreta y factible. Antes que se activen las resistencias, tiene que pasar un tiempo desde el inicio del acompañamiento: hay que estar familiarizados con la propia situación real; luego, es necesario haber visto alguna desventaja, luego hace falta aceptar que uno ha contribuido personalmente a crearlo, y luego se puede mejorar. A este punto nace la resistencia. El ritmo es: «*Admito que soy así*», «*Tengo la capacidad de cambiar*», «*Puedo cambiar*», «*Entonces resisto*»

Por definición, la resistencia indica un esfuerzo espontáneo, por lo tanto, no intencional, de mantener una posición que, si bien presenta muchos aspectos contraproducentes, es defendida porque se la percibe como ventajosa desde el punto de vista inconsciente y peligrosa la alternativa. La resistencia no borra el deseo de avanzar, pero lo deja a mitad camino, precisamente cuando el deseo podría finalmente llegar a hacerse realidad.

En el momento de la resistencia, el cliente está, al mismo tiempo, disponible y no disponible. Es simultáneamente reacio a observar los términos del contrato pero no por esto lo rompe; lo que ocurre es que no tiene el coraje necesario para seguir hablando de sí y continuar el camino. El estado de stand-by se activa espontáneamente, pero no está planificado (origen inconsciente). El rechazo, en cambio, se activa voluntariamente y es planificado (origen consciente).

Las resistencias no son ni siquiera obstáculos en el camino, sino una modalidad distinta de caminar, con la condición de que el formador no las deje pasar inobservadas (en cuyo caso la resistencia a ultranza activa un divagar repetitivo y aburrido). Si, por ejemplo, están acompañando a un grupo de novios, cuando entran en lo

concreto de las cosas, es fácil que alguno de ellos no venga más al grupo, o que venga sólo uno de la pareja. Si en lugar de que se pierdan los que han dejado, ustedes buscan un contacto con ellos, es fácil que se den cuenta de que los que han dejado, son justamente aquellos que han permitido ponerse en discusión, quizás aún más que los que son fidelísimos, pero que han tenido miedo. Muchas veces, el haberlos contactado los lleva a volver con un ánimo agradecido.

En el tiempo de las resistencias, el crecimiento continúa, pero cambia el ritmo de marcha. Cuando la persona se muestra colaboradora, cuando sabe relatarse con realismo y orientarse en aquello que relata, el formador la ayudará a avanzar, es decir, a ampliar ulteriormente su comunicación y a tener una conciencia siempre más profunda de sus dinámicas, de sus proyectos y del significado de sus opciones. En el tiempo de las resistencias, en cambio, hace falta proceder deteniéndose en aquello que está sucediendo aquí y ahora, con la intención de dar un nombre a eso que obstaculiza el avance. Hay algo en el aquí y ahora que frena el avance: un miedo, un secreto, una vergüenza, un fastidio, la expectativa de un reproche, una anticipación de consecuencias negativas, un deseo de ser dejado en paz... Sandra, por ejemplo, ha comenzado a resistir precisamente cuando comenzaba a poder hablar de su enfermedad sin traducirla en rabia furiosa, lo que -evidentemente- la encontraba asustada de hablar de su drama.

Detenerse y preguntarse qué cosa está sucediendo no es detenerse, sino, avanzar de otro modo. «Admitir las resistencias que están emergiendo produce, muchas veces, más frutos que el análisis de contenidos o experiencias recordadas pero que no están en acción en el momento en que se las recuerda. De hecho, la resistencia es algo que se está realizando aquí y ahora, está en relación con algo que está en acto, puede observarse directamente, como así también su impacto es experimentado intensamente. Ofrece, por lo tanto, una disección realista y creíble del estilo de personalidad del cliente y una vívida oportunidad para el interesado de observarse en acción»⁵⁷.

Sentir las resistencias en acción: el caso de Silvano

En la literatura hay muchos elencos de posibles resistencias, las clasificaciones en base a su pervivencia y las teorías acerca de sus causas. Pero el hecho es que cada persona elige las suyas según su estilo de personalidad; los tipos de mecanismos de defensa sobre los cuales la persona construye el propio estilo habitual de vida inspiran los tipos de resistencias que se pondrán en acción en el coloquio formativo. Conocer la lista es útil y posible a través de los libros pero, en la práctica, hay que darse cuenta cuándo surgen, y el mejor signo de su presencia es que desde hace un tiempo el ritmo de los coloquios va disminuyendo el tono y se tiene la impresión de dar vueltas en círculos.

Silvano es un docente de escuela secundaria, preciso hasta la minuciosidad, metódico y rutinario. A este punto, tanto él como yo sabemos que su estilo de vida inspirado en la ley y el orden lo hace ser un docente muy comprometido pero, al mismo tiempo, es una rigidez que lo vuelve aburrido consigo mismo y pedante con los otros. También él querría un poco más de desenvoltura; sería un docente más comunicativo. En los coloquios recientes hemos podido descubrir que a veces logra liberarse de esta rigidez, con algún chispazo de relajamiento con sus estudiantes. Pero entre altos y bajos, termina por volver a su caparazón, incluso cuando no es estrictamente necesario y esto lo sabe también él. Actualmente estos abandonos y retornos se están volviendo una cantinela sin fin.

Hoy Silvano habla -evidentemente, de modo muy metódico y compungido- de su «deber» (¡sic!) del fin de semana de jugar con los dos hijos -evidentemente, «cada fin de semana»-. No me dice qué juegos comparte con los hijos, y no consigo que me lo diga, pero habla de su empeño como padre cumplidor del ritual del fin de semana. Su tesis es la habitual: cada momento libre tiene que ser pasado con los hijos, yo lo hago y, por lo tanto, cumplo. Es una cantinela que ya he sentido otras veces de parte suya y que hoy escucho nuevamente con una cierta sorpresa porque el tema de los últimos encuentros era, justamente, que era posible para él vivir una mayor flexibilidad, cosa que ha hecho e incluso disfrutado; es más, me había dicho que los encuentros más relajados con

57 FORLANI D., *Diventare migliore: un pericolo a cui resistere*, in *3D*, 2 (2010), 197-206.

sus estudiantes son también los más bellos. Pero hoy regresa, de forma tediosa para ambos, a ser la persona impecable del inicio.

Acompañante: *Veo que usted le da mucha importancia a estas citas fijas del fin de semana.*

Silvano: *Y sí, son una cita obligada.*

A: *Le hace mucho honor este cariño para los hijos, pero cada fin de semana...*

S: *Claro. Nunca se hace suficiente por los hijos... y si uno no se preocupa de ellos, luego suceden sorpresas feas y los padres lloran, pero demasiado tarde.*

A: *Veo que para usted es muy trágica la idea de descubrirse un padre que falle.*

S: *Claro, hay que evitarlo siempre y por todos los medios.*

A: *¿Por usted mismo o por sus hijos?*

S: *Evidentemente por ellos.*

A: *Mmmm... ¡Será!*

S: *O sea que, usted me dice que puedo mostrarme incluso si fallo...*

A: *Sería una experiencia maravillosa para sus hijos y también para usted (Silvano me dirige una mirada que me hace sentir como Eva que ofrece la manzana del pecado y continua formulando impertérrito sus preocupaciones por el hecho de no hacer suficiente, de tener que ser un buen padre, de tener hijos todavía adolescentes. Pero se ve claramente más relajado: se está dando cuenta de que resulta tedioso incluso a sus propios oídos).*

S: *Pero creo que la idea de reclamar un poco de tiempo también para mí no me resulta del todo mala.*

A: *Si usted disfruta y está relajado como ahora, estará también mejor con sus propios hijos.*

S: *Eh, sí.*

A: *E incluso ellos estarán mejor con usted.*

S: *De hecho, me dicen siempre que sea menos esclerótico.*

A: *Entonces, es mejor que estén contentos todos y no unos pocos.*

(Silencio de Silvano. La preocupación por la ley y el orden le vuelven imprevistamente).

S: *Pero si hago lo que quiero, ¿podría volverme completamente egoísta y desatento! (Esta vez la manzana del pecado se la ofrece a sí mismo).*

A: *No me parece que sea su caso. Y si así fuera, podremos hablar sobre eso.*

S: *Entonces, me voy tranquilo.*

La siguiente sesión

Espero que Silvano elabore el placer de la liberación de la rigidez, aquel placer que en los últimos encuentros ya había aparecido, se había perdido y reaparecido. De hecho, regresa contento; de golpe retoma anécdotas de su libertad y luego habla con mayor humor y ligereza de su «fijación» con ser

siempre el profesor. Cuenta un pequeño ejemplo: la otra noche había un cómico en la televisión que le gusta mucho a su hijo que estaba estudiando en la habitación. Silvano lo llama: «¡Ven...!», «No, tengo que estudiar...», «¡Pero vamos! ¡Te gusta! ¡Ven!»... Y concluye:

S: *¡Bueh! Esta vez no he sido esclerótico. Me he bajado de la cátedra, justamente como me había dicho usted. (Y me mira esperando la recompensa por el deber cumplido con escrupulosidad).*

A: *¿Como yo había dicho? ¿De una orden interna usted pasa a una orden externa?*

(Silencio. No ha recibido la recompensa sino una crítica, Silvano se siente humillado, ofendido, desvalorizado... Quizás he exagerado.).

A: *He sido así de directo para exagerar la cosa, para hacerle un zoom. Quería resaltar la tiranía del deber. Puede nacer de una orden interna -la suya- o bien de una externa -la mía-, pero siempre es una orden... y yo creo que usted no necesita órdenes, ni siquiera de parte mía.*

S: *Y entonces, ¿qué vengo a hacer aquí? ¡Usted es el consejero!*

A: *El consejero, pero no el profesor.*

S: *Pero yo estoy tratando de entender de qué cosa tengo que hablar, porque yo debo hablar de todo aquello que quiero hablar.*

A: *Debo, quiero..., el deber de la libertad..., deber de ser libre del deber de ser un profesor...*

S: *¿Por qué? ¿Qué cosa hay que no funciona?*

A: *Libre, sí. Deber ser libre, no. Libre de todo deber, sí. Es más, me gustaría verlo en el papel del mal padre.*

S: *¡Ohhh! Después usted me echa.*

Y la siguiente

La otra noche era la hora de la cena. Silvano estaba en internet con su computadora mientras los otros, después de haberlo llamado dos veces, habían comenzado a comer sin él.

S: *He hecho una cosa vergonzosa, ¡in-ad-mi-si-ble! Critico a mi hijo por estar siempre con la cabeza en las nubes y ¡mire dónde he caído yo mismo! Se me ha borrado de la cabeza que era la hora de la cena. Justamente a mí, que trato siempre de que cenemos todos juntos. He caído al punto de dar asco.*

A: *¡Y, sí! Se redujo a seguir aquello que sentía de corazón.*

S: *¿Qué cosa? ¿Usted quiere insinuar que yo soy un tipo que apenas puede, hace lo que quiere y se olvida de que tiene hijos? No es propio de mí. Y usted lo sabe bien: a esta altura me conoce.*

A: *No lo estoy insinuando. De hecho, usted estaba tan concentrado en sus cosas que ha olvidado la cena en familia.*

S: (Curioso.) *Bueh, de hecho, mi mujer me ha llamado dos veces. Yo respondí: «Voy, voy», pero llegué cuando ellos estaban ya a la mitad de la cena. Lo peor es que mi hijo me dijo bruscamente: «Claro, cuando lo hago yo, explota un alboroto que no termina más».*

A: *¿Y qué cosa estaba haciendo de interesante?*

S: *Tonterías...*

A: A veces las tonterías son las cosas más interesantes. Tonterías interesantes, ya que había olvidado la cena.

S: Estaba leyendo en internet el tema ése del bullying... Como docente tengo que saber...

A: Pero usted es un docente de matemática. ¿Qué tienen que ver los números con el bullying?

S: Bueh..., para ser sincero, desde hace un tiempo estoy disgustado con mi hijo Marco. Se ha metido un arito en la oreja...

A: ¿Y entonces?

S: Y, sucede que no lo puedo ver con esa cosa ahí.

A: ¿Es muy grande?

S: No, es un anillito, pero yo no lo soporto...

A: Y entonces, usted se aísla de su hijo.

S: Es mejor aislarse que darle un sopapo... Si él supiera...

A: ¿Supiera qué cosa?

S: A ese arito se lo arrancaría mientras duerme.

A: ¡Pobre! ¡Sin un arito y sin una oreja!

S: Y sin un padre... Yo no soporto estas cosas. No las puedo ni ver.

A: Pero es un arito pequeño.

S: Sí, pero no me lo esperaba de Marco, era un niño tan correcto...

A: Marco no es más un niño, y usted se aleja de él.

S: ¿Cómo hago para ver ciertas cosas? Si usted viera cómo se viste...

A: Es decir, usted no soporta que Marco no sea más como usted querría...

S: Sí, porque cuando veo estas cosas me siento en culpa.

A: Trate de decir algo de esta culpa.

S: De frente a Marco así de arruinado me quedo sin palabras, no sé qué decir, cómo comenzar, cómo tomarlo...

A: Dígale a Marco estas mismas cosas.

S: ¿Que me siento desorientado?

A: Sí.

S: Perfecto. Así nos caemos los dos.

A: Desorientado, ¿qué cosa le evoca? ¿Qué sentimientos?

S: Que Marco me irrita... Pero que lo quiero igual... Que debe acercarse...

A: *Continúe...*

S: *He terminado.*

A: *No; es interesante.*

S: *Sí, que, que... mi hijo me importuna pero no lo cambiaría por ningún otro... que querría saber qué cosa se le ha pasado por la cabeza, no para criticarlo sino para entenderlo, para ayudarlo... para ayudarme... Si supiera... Tengo unas ganas locas de ir a una pizzería con él, los dos solos.*

A: *¡Vea cuántas cosas tiene para decirle a Marco! Parece que, entonces, usted, mientras se aísla, tiene de todo menos ganas de aislarse...*

S: *¿Y por qué lo hago?*

A: *¡Lo hace el profesor, no usted!*

S: *El profesor esclerótico...*

A: *¡Exacto! Mejor todavía (y reímos los dos).*

Ahora, Silvano está listo para ir a la pizzería con su hijo. La próxima vez, sin dudas le preguntaré si lo ha hecho y cómo anduvo la cosa.

Se resiste de muchas maneras

Decía nuestro rígido profesor: «*¡Si hago lo que quiero podría volverme completamente egoísta y desatento!*». Decía un estudiante un poco desganado: «*Si me empeño más en el estudio, como de hecho debería, corro el riesgo de transformarme en un intelectual y de perder el sentido de la vida práctica*». Y un joven muy astuto: «*Si mejoro una parte de mí, entonces las otras partes se debilitan y tarde o temprano tendré que mejorar también aquellas; entonces, mejor no permitirme tales concesiones*». En fin, un cambio parcial, no obstante sea deseado, hace nacer una amenaza más profunda, y de ser un alivio y mejor bienestar se transformará rápidamente en una sensación angustiante (*Resistencia para conservar el equilibrio alcanzado hasta ahora*).

«*Ha sucedido, así, por casualidad...*», «*Lo he dicho por decir, nomás...*», «*Esta vez salió bien, agradecemos a mi buena estrella*», «*Habría motivos para festejar, pero hablemos mejor de las cosas que no van*»... Porque subscribir un mejoramiento de ayer es un compromiso a repetirlo también mañana. Se trata de no transformar una conquista esporádica en una regla general. De aquí la importancia de que, ante un salto cualitativo hacia adelante, el formador no pase de largo como resbalando, sino que lo retome, lo subraye, comente el por qué de su aparición, lo ponga en el baúl de las cosas adquiridas, puntos de fuerza para próximos tiempos de resistencia... (*Resistencias a reconocer la paternidad del éxito obtenido*).

«*A esta altura, los demás ya están habituados a verme así*», «*Si cambio, ¿cómo reaccionarán los demás?*»; y los otros dicen: «*Pero qué te crees que eres, ¿te haces el santo?*». (*Resistencias por miedo a perder las relaciones*).

Todos son convocados a una reunión para resolver algunos problemas. A todos les gusta resolver los problemas, pero cuando resolverlos implica la renuncia a una porción consistente del propio interés, entonces no agrada más y se prefiere que el problema permanezca: «*Pero yo no quería decir esto...*» (retractación de las clarificaciones y de las contribuciones aportados antes); «*No crean que sea así de fácil...*» (actitudes fatalistas por las cuales se prevén desilusiones e imposibilidad de remedio), «*pero vamos, no sean así de drásticos...*» (desaparición imprevista del problema); divagaciones e interrupciones con el objeto de dejar caer un argumento importante... (*Resistencias para conservar las ganancias secundarias del «síntoma»*).

«Estoy bien, no tengo problemas y, por lo tanto, no tengo necesidad de ayuda», «A los psicólogos van los locos», «¿Me sabrías explicar qué cosa vas a hacer a lo del director espiritual?»... Se prefiere arreglárselas solo (así te resulta más fácil acallar la voz interior cuando comienza a desafiarte) que tener una referencia externa (que es más fácil que continúe provocando). (*Resistencias a ser aprendiz*).

No obstante el ámbito formativo sea alentador y favorezca la confianza, ciertas vivencias importantes que a esta altura podrían emerger, permanecen sin ser abordadas, con la incomodidad del mismo acompañado que siente que lo ahogan y se deja llevar por argumentos secundarios. (*Resistencias de contenido*).

«Mejor meter el vino nuevo en odres viejos», «Hay que saberse conformar», «Demasiado bello para ser cierto», «Si pruebo, ¿quién me asegura que lo lograré?». (*Resistencias del super-yo*).

«Si cambio, no soy más yo mismo», «Si no me resulta espontáneo quiere decir que se trata de algo forzado», «Sabes: yo soy así»... (*Resistencias en nombre del carácter*).

En los coloquios se establece un clima de competición (te quiero hacer ceder) o, al contrario, de gratificación/sedución recíproca (quiero complacerte). Estas *resistencias de transferencia*, si persisten por mucho tiempo, señalan un clima deteriorado y difícilmente corregible.

Y así sucesivamente...; el elenco no termina más.

Señales de resistencia

Disminución unilateral de la frecuencia de los encuentros formativos

La persona llega tarde, pide irse antes a causa de otros compromisos, falta a las citas sin avisar o haciéndolo después (en modo de no tener que hablar de la ausencia). Por no venir o por postergar los encuentros, ofrece argumentos plausibles pero no muy creíbles («Es el tiempo de exámenes», «Tenemos que hacer la limpieza de la casa»...).

Evidentemente, aquí hay que evaluar cuánto de todo esto dependa de la resistencia o de un elemento real.

Reducción de la cualidad y amplitud del diálogo

Llega agitado, entre una cosa y la otra, y le cuesta concentrarse. No retoma temas importantes afrontados recientemente, y si se los vuelve a proponer, cae de las nubes. Retoma cosas tediosas, que no resultan ser mediaciones importantes a discernir; se limita a la pura descripción de una crónica o a un nivel intelectual sin insertar su sentimiento. Deja que se caigan los discursos o, en el momento de profundizarlos, los cambia. Permanece en un silencio ausente (diverso de aquél productivo que es un silencio reflexivo de quien se encuentra solo en presencia de otro).

Es importante que el formador se forme alguna hipótesis acerca de cuáles puedan ser los argumentos que están siendo evitados.

Coloquios formativos aislados de la vida real

La persona acompañada tiene la sutil tentación de mantener separada la experiencia que hace dentro de los coloquios de la experiencia que vive en otros roles y lugares diversos. Ha entendido cómo funciona el «juego» de los coloquios; exacto, como un juego: dice aquello que piensa que deba decir. O parcializa la relación: al formador le dice ciertas cosas, al padre espiritual otras y a la comunidad todavía otras, de modo que, al final, el árbitro de la situación resulta ser siempre él mismo. Introduce argumentos importantes solamente cerca del final del coloquio, esperando que sean luego olvidados o no retomados («Ya hemos hablado la otra vez y no hay nada de nuevo»). Envía un sms o un email, pero cuando se encuentran, no retoma el tema.

Acting out y acting in

Literalmente significa tirar afuera, e indica la resolución inmediata de una tensión descargándola en un comportamiento sin antes haberla tolerado y saltando el paso de su comprensión y valoración racional. Un acting «out» se realiza fuera del coloquio. Es acting «in» si sucede dentro del mismo coloquio. En cualquier caso, su función es la de acallar la provocación que emerge del mismo coloquio y de boicotear la continuación y la profundización. Un ejemplo de *acting out* es el joven que no sabe conservar para sí, en actitud meditativa, cuanto se dice en el coloquio, sino que rápidamente va a «compartirlo» (=descargar) con sus compañeros, a veces desvalorizando cuanto se ha dicho en el coloquio. Ejemplos de *acting in*: confrontar al formador con el parecer de otros, disentir de aquello que el formador está diciendo; hacerlo sentir en la obligación de justificar todo aquello que dice; enviar miradas seductoras que invitan a pasar a un tono humorístico y jovial; hablar y hablar, pero no llegar nunca a una decisión.

Fuga en la mejoría imprevista

Si los coloquios funcionan, se espera que la persona adquiera gradualmente un sentido de optimismo acerca de la propia capacidad para resolver sus problemas, hasta el punto de llegar a resolverlos solo. Pero cuando el mejoramiento es demasiado veloz, hay que sospechar seriamente. Sobre todo cuando parece suceder a una discusión en la cual el formador ha hecho una confrontación o ha ofrecido algunas reflexiones que no han agradado.

Una resistencia particular: los valores en aerosol

El análisis de los valores y su impacto en lo cotidiano es un tema obligado en el diálogo de acompañamiento psico-espiritual. Pero incluso este tema encuentra sus resistencias. El seminarista no duda en hablar de sus valores -en última instancia, hablar de ellos no cuesta nada- pero lo hace de un modo resistente. Para decirles que quiere ser sacerdote usa un río de palabras: servicio, testimonio, conversión, hacerse cercano, acogida, corazón convertido, reconciliación, amar a los que nadie ama, servir a quien nadie sirve, cuidar al hermano que se nos ha encomendado, responder al servicio que se nos ha pedido..., pero para quien escucha tal variedad de vocabulario, es difícil entender cuál es la representación interna que aquél seminarista se ha hecho de *su* sacerdocio; detrás de tantas palabras no está claro cómo él, que las enuncia, las usa para modelar su modo de ser.

Hablar de valores en clave de resistencia y, por lo tanto, con poco impacto sobre la realidad-, no quiere decir charlar o hablar de cosas que no se creen, sino asociar aquellos valores –a los cuales se adhiere intelectualmente- al Yo idealizado más que al Yo ideal. Lo decimos con la convicción de que los valores nos describen, que en ellos reconocemos nuestro centro vital y que los tomamos como luz efectiva para nuestros pasos; si luego queremos ser verdaderamente sinceros, agregamos que, sí, no somos perfectos, que permanece alguna cosa por pulir, pero que en general, la parte más gruesa del trabajo ha sido hecha. Justamente es esta familiaridad supuesta, pero no probada, la que lleva a exhibir tal profusión de palabras: hablamos de aquello que consideramos ya poseído por el simple hecho de que nos gustaría poseerlo. Los valores permiten este abuso tipo «aerosol» que no podría durar por mucho tiempo si, en cambio, se hablara de dinero.

La resistencia está justamente aquí: decir palabras del evangelio como entendidos y competentes, sin darse cuenta de que aquellas palabras proponen una tarea que nos supera y que, a veces va incluso contra natura. Aquellas palabras, en lugar de concretizarse en programas verificables, se reducen al estado de aerosol. Si tomásemos el evangelio menos a la ligera, bastaría hablar de modo más crudo y a veces, incluso, hablar menos, porque cada palabra es un programa. ¿Qué cosa más bella existe que el verse proyectados en la fantasía del servicio a los rechazados por el mundo? Pero en la realidad, mientras más son rechazados..., peor huelen. Qué bello es hacer disquisiciones sobre la libertad de los hijos de Dios; sin embargo, mientras más libres se es, más se es impopular. Qué cosa hay más conmovedora que las palabras de dos enamorados y, sin embargo, cuánto esfuerzo tendrán que hacer para respetar siempre esas palabras.

¿Qué hacer?

Permitir que la resistencia crezca –permaneciendo calmos, con respeto y paciencia- hasta cuando resulte suficientemente evidente incluso al interesado y pueda, entonces, ser mostrada con una cierta auto-evidencia. Ello requiere que el formador sepa esperar y controlar su agresividad, que no ataque ni culpabilice. Si recurriera a la fuerza sin respetar el tiempo de la espera, indudablemente el discípulo escaparía.

Cuando la resistencia alcanza un culmen y es documentable, es decir, es obvia en sus manifestaciones, el formador cometería un error si permaneciese pasivo mientras ésta se repite. Es necesario discutirla y comprender la razón. Aunque parezca que desaparece sola, esto no es cierto y tarde o temprano volverá como barrera comunicativa. Si el formador espera más allá de lo que sería sensato, mandaría el mensaje silencioso de que la postergación es siempre tolerable.

Cuando la resistencia sale a la luz, hay que reconocer que va acompañada de mucha vergüenza. Y hay que decir que se trata de un momento muy bueno que acerca a la verdad sobre sí mismo. Hablar de ella no quiere decir someterla a juicio o superarla mágicamente. Quiere decir hablar en modo tal que el sujeto, hablando, se sienta grande.

Para explorarla, se puede ayudar al cliente a mirarse desde afuera más que desde adentro, con la ayuda de su Yo observador. Como inventor de la resistencia, siente vergüenza; como observador externo, se vuelve curioso del rico potencial de información que ella tiene, porque si la ha inventado quiere decir que ha intuido que aquí hay algo serio e importante y, por lo tanto, digno de resistencia.

Para superarla, primero hay que reconocerla y entenderla; luego se ponen algunas acciones en la dirección contraria: no con el espíritu de la guerra sino para osar demostrar a sí mismo que la libertad no ha disminuido; y luego, aceptar que la resistencia se presentará de nuevo en ésta o en otras formas, pero con menos automatismo porque ha sido ya encontrada antes: retornará en forma menos virulenta, por lo tanto, será menos necesaria para colmar la tensión entre la necesidad de seguridad y la necesidad de verdad.

Todo con respeto: cuando ayudamos a alguien a afrontar su mundo interno, tenemos que ser respetuosos de las modalidades que ha encontrado para proteger su equilibrio; es él quien regula la velocidad y la dirección de su camino; si bien con nuestra ayuda, será él a decidir cuándo ha llegado el momento de no resistir más.

¿Es resistencia o dificultad objetiva?⁵⁸

La resistencia es una fase del camino que continúa; la dificultad objetiva es un bloqueo que lo interrumpe.

Resistencia

1.

El discípulo se reconoce en la meta final, pero no en el camino indicado para alcanzarla.

El seminario ofrece la posibilidad de consultas psicológicas. «Yo no voy. ¡No creo en la

Dificultad objetiva

El discípulo rechaza la meta final y, como consecuencia, también el camino indicado.

⁵⁸ A los criterios aquí enumerados, se pueden agregar los otros tres acerca de las dos modalidades de vivir un problema: “ego-aliénica” o “ego-sintónica”. Ego-sintónico es el problema que, no obstante todo, “me gusta”, “me favorece”, “me resulta útil”, *PeF*, 131-133.

psicología!». Ningún problema si se ve que dicho seminarista consigue la madurez necesaria por otros caminos. Problema preocupante si, en cambio, no hay resultados.

Pareja en crisis: la mujer consigue llevar al marido al centro de consultas familiares. Él sale del encuentro furioso con la mujer y el consejero: no quiere ser más puesto en escena por ninguna razón, y si su mujer está enferma, que se haga tratar ella.

Quizás el consejero no ha considerado que para el marido, el hecho de venir, significaba sentarse en el banquillo de los acusados: mejor habría sido acercarlo a través de un amigo (resistencia). Pero... después de algunos días, de parte de un abogado desconocido hasta ese momento, le llega a la mujer una carta con un pedido de separación, una hipótesis que nunca había salido antes (dificultad objetiva).

2.

La meta sigue siendo atrayente y el interesado continúa, con esfuerzo, manteniendo el paso.

Si bien se esfuerce y se empeñe, la meta le evoca sentimientos de muerte.

“Necesito un consejo, padre Sandro. Tú me conoces y también a Simona. Tú sabes cuánto me he empeñado en construir una bella relación con ella; he ablandado mi carácter, ella el suyo, nos hemos buscado, encontrado, crecido juntos, nos hemos vuelto más buenos... Pero antes de partir para el Erasmus -te estoy escribiendo desde Holanda- he tomado la decisión de romper con ella. Uno me puede decir: «Mateo, quiere decir que con ella no eras feliz». Puede ser, pero no tengo más quince años, y sé que el amor -no el enamoramiento- es inevitablemente también pasar juntos a través de las dificultades, a través del hecho que uno no puede permanecer treinta años encantado con el otro. Incluso, tú lo sabes: con Simona éramos de verdad felices. Nunca la he traicionado. Pero desde hace mucho tiempo me pasaba que me enamoro de la belleza de las cosas, de las personas, de mi campamento maravilloso en el cual no la extrañaba. Te lo juro, no se trata de sentir atracción sexual hacia otra mujer... ¡Ojalá fuera sólo eso! Pierdo la cabeza por personas, por situaciones que muy probablemente no formarán nunca parte de mi

vida establemente. Si pienso en la idea que una vez terminado el Erasmus, podría casarme, me siento como Celan cuando escribe de sí mismo: «Sólo siendo apóstata soy fiel».

3.

Delante de un problema, trata de resolverlo incluso usando atajos.

Delante de un problema, silencio y boicotea las intervenciones del formador.

Giovanni, una vez terminado el programa de recuperación de un pasado de toxicodependencia, tiene un trabajo, pero ya a la mitad del mes se queda regularmente sin dinero. Admite que prueba suerte jugando al «raspa y gana» y de tener una mala relación con el dinero («Mientras menos tengo, más gasto»). Desde hace tres meses hasta ahora, trata de jugar menos, tiene escrita la lista de las compras y saca del sueldo sólo una cifra fija por semana.

María es una de aquellas jóvenes que con su sonrisa puede obtener aquello que quiere; ella lo sabe, pero sabe también que la gente, luego de ser seducida por su sonrisa, abandona esta «fascinante sirenita». Siente que ha llegado el momento: si no quiere quedarse sola, tiene que recurrir a otras técnicas de enganche más maduras. Yo me limito a recordárselo. Ella me mira con la seductiva sonrisa de siempre, esperando que también yo caiga.

4.

Si los intentos por mejorar fallan, siente amargura: ¡qué pena!

Si los intentos por mejorar fallan, siente satisfacción: ¡peligro superado!

Para mejorar su sistemático mutismo en las reuniones, había decidido que la próxima tomaría la palabra. Desastre total. «*Qué pena; me di cuenta que he arriesgado demasiado; la excesiva exposición de mí mismo todavía me bloquea; la próxima vez trato, al menos, de hablar en la pausa para el café*».

«*Como era de prever, no ha funcionado. ¿Ha visto? Es inútil que nos tomemos el pelo aquí y que usted me diga que puedo, que tengo los recursos... Yo soy un tipo tímido y basta*». La casualidad ha querido que estuviéramos en la misma reunión: en la pausa lo he visto que

disfrutaba su café completamente solo. Parecía contento.

5.

Las informaciones que tengo de su vida y de nuestra relación me dicen que, si sigo provocándolo empáticamente, el proceso de crecimiento se reinicia.

Las informaciones que tengo de su vida y de nuestra relación me dicen que, si sigo provocándolo empáticamente, lo exaspero.

Pequeñas advertencias

- Una vez activada la fuerza del Yo sano del sujeto, creo que sea conveniente equivocarse más por exceso que por defecto, permaneciendo en cualquier caso muy atentos a cada señal de frustración excesiva y, por lo tanto, prontos a disminuir el peso de la demanda. El interesado, de este modo, se siente objeto de confianza, de una confianza que ni siquiera él osa darse a sí mismo. Sintiendo así reconocido, él mismo sabrá regular sus pesos y nos hará saber si el nuestro era demasiado.
- No está dicho que el camino óptimo para el bien del discípulo sea aquél que nosotros imaginamos o prevemos para él. Por más que seamos expertos y pensemos correctamente, el camino lo tiene que encontrar él. No es nuestro proyecto el que debe realizarse, sino el mejor para la persona que acompañamos.
- Del modo en que yo, educador, te trato, aprenderás a tratarte. Porque mi modo de tratarte se inspira – defectuosamente- en el modo en que Jesús trata la persona humana; a través de mi relación contigo no serás conducido hacia mí sino a experimentar la mirada de Jesús hacia ti y, si lo quieres, a responderle con la ayuda de su Gracia.

Bibliografía que se puede consultar

Acompañamiento y familia, qué consejos para prevenir las resistencias al amor:

- CORBELLA C., «Onora tuo padre e tua madre: ancora possibile?», in *3D*, 3 (2011), 245- 254.
- CORRADO S., «La mediazione familiare come strumento per restare in mezzo ai conflitti» in *3D*, 3 (2011), 262-269.
- GARBINETTO L., «Debolezza e amore di coppia, in *3D*, 2 (2011), 184-196 (Parece una paradoja, pero también la desilusión tiene en pie la relación).
- GIGLIO E., «La genitorialità. Come si impara a prendersi cura», in *3D* 3 (2011), 255-261.
- GIGLIO E., «Le funzioni della genitorialità», in *3D* 1 (2012), 40-47.
- GILLINI G., «Figlio si dice in molti modi», in *3D*, 1 (2010), 34-43.
- GUARINELLI S., «Piccoli conflitti e grandi crisi», in *3D*, 1 (2009), 43-53 (El conflicto nace de la complejidad intrínseca a la relación de pareja y no de una suerte de defecto que se ha infiltrado. Es un componente inevitable de la relación de pareja).
- EDITORIALE, «La schiuma tossica», in *3D*, 2 (2010), 116-119 (Los pasajes del silencio a la batalla).
- MAGNA P., «Oggi sposi: sincronizzare gli orologi», in *3D*, 3 (2009), 281-289.
- MAGNA P., «Dall'innamoramento al quotidiano dell'amore», in *3D*, 3 (2007), 283-291 (Indicaciones para ayudar a la pareja a construir un amor que dure, y a afrontar los primeros tiempos del matrimonio).
- MAGNA P., «L'amore di coppia è anche questione di valori», in *3D*, 1 (2010), 4-7 («lo credo e vado in chiesa, lui no»: fa lo stesso?).
- MAGNA P., «Accompagnare una coppia con figli piccoli», in *3D*, 2 (2012), 198-207.
- MAZZUCCO A., «Il setting iniziale nella consulenza di coppia», in *3D*, 3 (2004), 304-313.
- POETTO M., «Genitori affettuosi», in *3D*, 1 (2011), 98-104 (Sí, pero cómo; ¿con los niños?).
- POLI O., «Il genitore tecnicizzato», in *3D*, 1 (2007), 82-92 (Servirse del propio instinto de padres; la propia interioridad vale más que las técnicas).

CAPÍTULO 10

¿También Dios escribe?

Desde la perspectiva espiritual, el acompañamiento es una ayuda temporal e instrumental que una persona da a otra a fin de que esta última pueda *percibir* la acción de Dios en sí y *responder* a esta acción para que pueda llegar progresivamente a la unión con Dios en la imitación de Cristo⁵⁹.

En primer lugar *percibir*; luego, *responder*. La actividad del *percibir* se basa en la certeza típicamente cristiana de que Dios no sólo es la meta final de nuestro camino -como cuando se dice: hemos sido hechos para el cielo- sino, también, el principio, activo y operante, incluso cuando no nos damos cuenta o no respondemos. Con Él escribimos nuestra vida; a veces, en sintonía; otras, en discordancia; a veces, conscientes; otras, sin darnos cuenta.

¿Realmente es así o es que nos gusta pensar que sea así? ¿Realmente Dios, revelado en Jesucristo, actúa misteriosamente en los eventos humanos y desde dentro? El hecho de *percibirlo* en los grandes testigos de la fe es bastante fácil porque nos basamos en sus respuestas. Pero ¿se puede *percibir* también en las personas que escriben su vida prescindiendo totalmente de la intervención divina?

Nosotros, cristianos, creemos que la gracia está infusa en nuestros corazones, a tal punto que afirmamos que tiene una fuerza autónoma -gracia operante, que nos orienta-, colabora con nosotros -gracia cooperante, que sostiene nuestra evaluación-, nos asiste siempre -gracia habitual, para los frutos del Espíritu Santo- y en este preciso momento -gracia actual, que ilumina la mente y fortalece la voluntad-.

Pero ¿es realmente así o nos gusta pensar que sea así? Si es así, entonces, cuando conduzco mi vida sobre la buena senda, debo llegar a *percibir* que detrás está mi propia fuerza que elige, que opta y decide, pero también la fuerza de Dios que me inclina y me sostiene para lograrlo. Pero si es así, debe ser cierto también lo contrario: cuando mis senderos no son los correctos, la fuerza de Dios -en tal caso, autónoma respecto a la mía y muchas veces, a pesar de la mía- sigue llamándonos y quizás lo hace sirviéndose de mis opciones equivocadas. Pero esto ¿es algo para creer o se puede *percibir* en acción; es solamente una suposición basada en una opción ideológica previa o también algo que se puede inducir de lo que la persona dice de sí misma?

¿Dónde buscar las huellas de Dios?

Lo encontramos en los eventos psíquicos; allí donde mi pequeño gran corazón está trabajando actualmente; allí donde está ocupado actualmente: en lo que está absorbiendo mis energías; donde me deja sin aliento o me hace feliz; donde me desilusiona o donde me hace gozar; en ese pensamiento que aparece en mi mente y, de pronto, desaparece y reaparece; en lo que me fascina, me escandaliza, me gusta, me fastidia, me deja perplejo... Quizás es "algo" pequeñito, insignificante en sí, insignificante para los otros pero no para mí porque es algo que desde hace un tiempo me toca en lo más recóndito y por lo que -y no por otra cosa, quizás más importante- gasto energías y busco ayuda⁶⁰.

Entre todas las experiencias que hacemos, algunas pasan y no nos tocan. Pero otras tienen un poder catalizador; percibimos que no pueden ser banalizadas porque sentimos que allí está ocurriendo algo importante;

59 Definición de Barry-Connolly: "La ayuda que un cristiano da a otro para hacerlo más atento en relación con Dios que le habla personalmente, para disponerlo a responderle y ser capaz de crecer en intimidad con Él y de asumir las consecuencias de esa relación", W.A. BARRY-W.J. CONNOLLY, *Pratica della direzione spirituale*, OR, Milano 1990, 30. Definición de A. Godin: "El diálogo pastoral es un encuentro sobre todo verbal, entre personas, de las cuales una, al menos, tiene la intención de establecerlo y llevarlo a la práctica "en el nombre del Señor", sobre la base de una relación recíproca", A. GODIN, "Ascolto e consiglio", en B. LAURET-J. REFOULÉ, *Iniziazione alla pratica della teologia*, vol. V: Pratica, Queriniana, Brescia 1986, 48-78, sobre todo pág. 48.

60 VI/2, 9-22 («Il senso da scoprire: la vita ci aiuta»).

algo que pertenece a un nivel más profundo que el simple hecho ocurrido. Si estas experiencias se repiten, serán más elocuentes aún.

“Mi novio me dejó sin dar explicaciones” es algo que no deja indiferente a ninguna mujer. No se trata solamente de un dolor por el abandono, sino que surgen interrogantes sobre su dignidad de mujer, sobre la credibilidad de los hombres, sobre el proyecto de su futuro, sobre cómo y si es bueno reintentar... en síntesis, sobre el misterio del amor. *“Por fin pude comprar una casa”*, expresa alegría por la adquisición, pero también la síntesis de tantas fatigas, la confirmación de que vale la pena trabajar duro, la premisa de otras metas... la casa nueva habla de sí misma, pero también de años y años del pasado y del futuro. Después me nace un hijo, y posteriormente pierdo el trabajo y cambio de ciudad y después encontré un amigo... En estos muchos “hechos” cotidianos, uno después de otro, aparecen los grandes temas de la vida: dependencias, pérdidas, cambios, sucesos, esterilidad, partidas, regresos, desapegos... temas que en las narraciones bíblicas encontramos ya escritos con abundancia de personajes y anécdotas y que, uno u otro, todos revivimos, en capítulos y en forma personalizada. El hecho mismo de que no logramos resolver ciertos problemas, a pesar de las estrategias implementadas, significa que el partido se está jugando a niveles más profundos.

Juntos, necesidades psíquicas y mensaje de la vida

Desde un punto de vista psicológico, ciertos eventos me tocan más que otros porque excitan más que otros algunas de mis áreas sensibles (necesidades): frustran o satisfacen mi necesidad de ser reconocido, de ser amado, de reaccionar frente a los males sufridos, de sentirme estimable a mis propios ojos, de protegerme de la culpa, de ayudar a los otros ...

Desde un punto de vista espiritual, esos mismos eventos me tocan porque —que yo lo sepa expresar o no percibo que allí se ha despertado un interrogante de sentido mucho más fundamental sin haberlo yo provocado. Es un interrogante sin contenido, que se anida en hechos particulares y, quizás, banales en sí mismos, por los cuales me siento inquieto, pero sin lograr individualizar qué es lo que me inquieta.

Pero, precisamente porque nace de lo vivido, dicho interrogante anónimo es precioso; y precisamente porque no nace de mi mente, no logro focalizarlo con la mente ni tampoco descartarlo. Pero en un momento dado toma cuerpo.

Quién sabe, quizás hice la tesis de doctorado sobre la alegría, pero recién hoy me doy cuenta del impacto vital de lo que expuse claramente en la defensa de la tesis.

Ahora bien, en los hechos que desencadenan interrogantes que intelectualmente no logro formular, pero que son afectivamente turbulentos, no es absurdo pensar que Dios esté mostrando un rostro, y no otro, propicio para mí en este momento, para esta turbulencia que experimento; que esté escribiendo su mensaje en forma personalizada para mí, extrayendo entre todas sus palabras ya “publicadas” para todos, aquella que para mí es la palabra del día, esa y no otra, proponiéndome esa palabra del Evangelio que debo releer, y no aquella otra, igualmente propicia pero no para mí, hoy.

Simplificando: si Marcos está hoy en un período de perplejidad, quizás su “hoy, de Dios” es el encuentro con el Dios que calla y que lo deja solo porque ya es hora de que Marcos entre en sí mismo, se interroge y no se repliegue en una relación con Dios que lo saque de los problemas. Si, en cambio, hoy, Juana está en un período de perplejidad, quizás su “hoy, de Dios” es el encuentro con el Dios que le habla y que quiere ser escuchado porque es hora de que Juana salga de sí misma. Para Marcos, el Jesús de hoy sería aquel que, interrogado, no responde y continúa escribiendo en la arena. Para Juana sería aquel que explícitamente dice: *“Sin mí no podéis hacer nada”*.

El consejo apropiado para Marcos es que rece un poco menos, y para Juana, que haga una hora de adoración más. Si Marcos va a rezar, existe el peligro que le haga a Dios una pregunta que tiene que hacerse a sí mismo. Si, en cambio, Juana no va, continuará evitando una confrontación que ya es necesario que se haga. Aconsejar lo contrario sería bloquear su proceso de discernimiento.

Sólo al tener la certeza de que existe una estrecha relación entre el “hoy” de una persona y una página del Evangelio, podemos aventurarnos a decir: *“Esta parece ser la voluntad de Dios sobre ti”*, si bien creo que sea mejor abstenerse de frases tan dogmáticas porque una cosa es notar una relación y, otra, sentenciarla.

Gracias a esta encrucijada de experiencia práctica y presencia de Dios, se puede decir:

Que Dios tenga una presencia operante en nuestra vida, no es un pensamiento piadoso, sino una realidad empíricamente verificable gracias a los movimientos interiores que esa presencia nos provoca.

La persona dispone de sí sólo en parte y el misterio de Dios continúa presentándosele, aunque ella no lo quiera o lo rechace.

En la historia de toda persona existen tensiones o movimientos que muestran que no es posible reducir la persona a su configuración histórica y psicológica.

Afirmando la relación entre mensaje evangélico y necesidades internas y no sólo entre mensaje y comportamiento externo, afirmamos que dicho mensaje no se adhiere a nuestros deseos particulares de satisfacer o frustrar, sino al sistema mismo del desear, antes, incluso, que se concrete en deseos particulares.

Si el misterio de Dios está en nosotros, no es sólo por el éxito de nuestra búsqueda sino como realidad-don que es previa a nuestra eventual opción en su favor. Continúa presentándose a nosotros por la fuerza de sí mismo. Su presencia, no tiene relación con nuestra perfección; de lo contrario, deberíamos igualar calidad con cantidad (cuanto más bueno, más inteligente, más sano... tanto más amado por Dios).

Los contenidos, es decir, la configuración que hemos dado a nuestra vida, entran como elemento predisponente o moderador de nuestra percepción y respuesta al misterio de Dios; si soy egoísta, se endurece mi conciencia y será más difícil mi capacidad receptiva; pero no quiere decir que mi egoísmo ha silenciado la acción de Dios en mí.

Dios presiona para darse a conocer

Dio escribe en nuestra vida *independientemente* del modo con el cual nosotros la escribimos y, *no obstante*, se sirve de eso.

Para ilustrar este aspecto realmente asombroso cuando se lo sabe percibir en acción, es necesario recordar que es válido para la vida espiritual lo que también lo es para la vida psíquica.

Se puede volver a ser niños, pero ningún niño puede permanecer para siempre como niño, ni un adolescente ser siempre un adolescente. La vida sigue avanzando aún sin nuestro consentimiento. Esto quiere decir que el pasaje de un nivel evolutivo al sucesivo, más evolucionado, no se debe sólo a nuestra iniciativa o a nuestro permiso, sino a la fuerza evolutiva intrínseca al mismo Yo humano.

Este procedimiento autónomo, en adelante será posible porque lo que hemos logrado hasta el momento no es sólo un patrimonio adquirido, sino que despierta un anhelo para ir más allá, por lo cual, cuando la infancia llega a madurar, tiende a desembocar en la adolescencia, y cumplida la adolescencia, se disuelve invocando la fase sucesiva, so pena de deteriorarse.

Algunos ejemplos de esta fase propulsora. Una vez logrado el objetivo, por lo general se perfilan nuevos y ulteriores objetivos delante de nosotros, y si reflexionamos sobre cómo puede ser que se nos hayan venido a la mente, nos damos cuenta de que hubo otros que los precedieron y que en ellos ya había algunos indicios, reconocibles quizás al final del camino. Sin esta fuerza evolutiva de las conquistas logradas, dormiríamos sobre los laureles. Hablando en broma, podemos decir que cuando buscamos un vaso de agua fresca, nos han venido ganas –mejor si no estamos demasiado deshidratados- de agua burbujeante; luego, de cerveza; después, de vino y, por fin, de champagne! Del mismo modo, el niño cuando juega no lo hace sólo para divertirse sino que, en el juego, encuentra que se satisface su anhelo de una relación menos ansiosa con la realidad.

Éste es, entonces, el punto: *toda operación que ponemos en acto, además de buscar su objeto específico y obrar en su nivel de pertenencia, deja transparentar el anhelo por un objeto superior y por un nivel superior de obrar sin que este anhelo se manifieste violando las leyes que gobiernan el nivel en el cual se sitúa la operación sino, más bien, adaptándose a él.* Simplificando, el toro busca la vaca para copular y se detiene allí; el macho humano busca a la hembra humana para copular pero, también, por una relación amorosa, y si se detiene en copular, pronto se aburre; el narcisista puede especializarse en relaciones de explotación narcisista, pero antes o después deberá enfrentarse a la soledad que su actitud comporta.

Esta búsqueda de un objeto superior y de un mejor modo de obrar es inherente al mismo obrar, pero puede no ser aprovechada por el sujeto, aunque se le impone incluso si no lo desea y no obstante el obrar contrario⁶¹. La hembra humana, al dar a luz o al abortar, no puede no sentirse involucrada como mujer y como madre. El macho humano puede hacerse el toro, pero el problema radica en que no se puede contentar con eso. El narcisista puede actuar como narcisista, pero su problema es que la persona humana no es sólo narcisista. Incluso lo dice el proverbio: "*Tarde o temprano los nudos llegan al peine*". Lo quiera o no el interesado, es la operación misma que, no siendo jamás un proceso cerrado en sí mismo, empuja, sin obligar, el surgir de nuevas preguntas. Es sobre esta base que se puede sostener que el misterio de Dios se hace visible a pesar de la iniciativa contraria del sujeto y que todavía puede surgir lo positivo sobre el fondo de su negación.

Todo esto es maravilloso. Cada uno de nosotros construye su vida con sus propias manos, pero asiste, pasivo, a la vida que empuja para ser construida. Incluso el empuje auto revelador de Dios se inserta en estos anhelos que anidan en nuestro modo de obrar, ya sea a favor o en contra de Él.

Método: una lectura con dos entradas

Se pueden, por lo tanto, estudiar las operaciones humanas según dos perspectivas: como iniciativa o a través del cual el misterio de Dios se sirve para expresarse. En la misma operación se pueden notar dos protagonistas: el sujeto que busca y desea una cosa y el empuje del misterio que pretende ser acogido⁶².

Como acontecimiento psíquico, la operación tiene por objeto al sujeto que tiene, por lo tanto, el rol de protagonista. Como empuje del misterio, la operación ofrece al misterio la ocasión de expresarse y en esta perspectiva, el sujeto es pasivo, asiste, por así decirlo, al misterio que desea abrirse paso. En esta segunda lectura, la vida -según la viva cada uno- es una ventana a la cual se asoma el misterio del amor infinito de Dios hacia el hombre, lo sepa o no, que lo quiera o no, que responda o no, porque es Dios quien tiene deseos de él, incluso si el hombre no tiene deseos de Dios.

¿Por qué no se ve?

Si Dios obra en mí, ¿por qué no lo veo? Si su escribir está siempre presente y activo, ¿por qué no sé leerlo?

Nivel de la experiencia y nivel de la inteligencia

"¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras" (Lc 24, 32). Los dos discípulos de Emaús están hablando de ese modo *después* de que han reconocido en el compañero de camino a su Maestro, Cristo resucitado. No obstante, se están refiriendo a un ardor experimentado *antes* de que Jesús se revelase frente a ellos. Su corazón ardía *ya* mientras conversaban, desilusionados, con el forastero (experiencia), pero reconocen el ardor sólo posteriormente (inteligencia); es decir, no en el momento en que se realiza sino en el momento en que Jesús se les revelará. En la conversación "en directa" con Jesús resucitado pero desconocido para ellos, por el modo de operar de su corazón sólo advierten la tristeza por una desilusión: "*Nosotros esperábamos... ya van tres días... es verdad que algunas mujeres... al no hallar el cuerpo de Jesús...*" En este momento, lo que los discípulos advierten como el objeto de su corazón, es la desilusión por una ausencia (inteligencia), mientras que en el corazón ya habita el ardor por Jesús, pero en este momento no lo perciben (experiencia)⁶³. El ardor existe ya desde el inicio, pero no son conscientes. En el momento "de la directa"

61 Este superávit de significado, que no se restringe a las intenciones conscientes, se lo puede sostener en base a la distinción entre acto consciente, acto deliberado y estado inconsciente, y en base a la diferencia entre intención como deliberación e intención como direccionalidad inherente al acto: *PeF*, 183-203.

62 El método subyacente a esta lectura está explicado en *PP*, 45-68 ("Come conoscere l'interiorità: l'insight").

63 En este párrafo se está tocando el tema de las mediaciones psíquicas, es decir, de los "puentes" necesarios para relacionar diversas entidades aún no relacionadas, pero que tienden a estarlo. Cuando estas entidades son, por un lado, el mundo de los valores y, por otra, nuestra estructura psíquica, se hace necesaria la llamada

se leen en cuanto a lo que saben, pero no saben leerse en cuanto a lo que está en ellos mismos, más allá y no obstante el sentir psíquico. Solamente después hacen la nueva lectura. En efecto, dice Jesús: “*Hombres duros de entendimiento...*”.

Dos contenidos pero una sola estructura

El único corazón de los discípulos, está habitado por un doble objeto: la desilusión y el ardor. El objeto desilusión está provocado por su conocimiento de las cosas, que es la tumba vacía; es la amarga conclusión que sacan de lo que han vivido. El objeto ardor, sólo viene recuperado después de un casual encuentro en el camino. De hecho, el ardor convive con la desilusión; no se agrega en un segundo momento sino que habita en sus corazones independientemente de su conocimiento y, es más, en oposición a dicho conocimiento.

¡Es bueno observar la paradoja! Nosotros le damos un contenido a nuestras estructuras psíquicas. La potencia de Cristo resucitado da a las mismas estructuras psíquicas un contenido diferente y, en el caso de Emaús, opuesto, sin por eso anular el anterior. Una estructura a la cual le hemos dado la tonalidad de una desilusión, contiene también la tonalidad del ardor. A nuestra vida vivida nosotros le damos una cierta forma expresiva; Dios se sirve de la misma vida vivida para infundir otra forma expresiva sin turbarla. Para ampliar el corazón no son necesarias grandes caídas del caballo; basta notar lo que ocurre dentro y frecuentemente en lo aparentemente fortuito. Según Emaús, es posible gracias al encuentro con otro.

Contenidos psíquicos como provocaciones

Cada uno de nosotros otorga un cierto contenido a sus estructuras psíquicas -ha logrado un cierto estilo de vida; se ha formado un cierto carácter; reacciona con una cierta sensibilidad ...- y es más o menos consciente.

El obrar de Dios en nosotros se sirve de estas mismas estructuras insertando un contenido diferenciado con respecto a aquellas que nosotros nos hemos hecho. Utiliza nuestro sentir otorgándole otro contenido. A veces, incluso, opuesto. Un ejemplo puede ser el de un seminarista que atribuye el mérito de su vocación al hecho de haber luchado contra su contexto familiar hostil, o el haber renegado de su propio pasado, mientras que puede ser que, precisamente, por esa historia familiar o personal su vocación se ha ido abriendo camino en su ánimo. Aquella historia que él quisiera negar es, en realidad, historia de salvación, pero le es difícil darse cuenta porque le resulta difícil ir hacia Dios a través de dicha historia; mientras que, en cambio, justamente a través de esa historia es Dios que va hacia él.

Mientras nosotros plasmamos nuestra vida de un modo determinado, el misterio de Dios utiliza esa forma para sugerirnos otra. A veces logramos percibir esta discrepancia cuando, por ejemplo, nos atraviesa un “instante fugaz”, donde diciéndonos algo, advertimos que en nuestro interior nos dice otra cosa. A veces sentimos que nuestra conciencia nos reasegura sobre una opción tomada como justa y razonable; no obstante, hay algo en nuestro interior que nos dice que no es bueno hacer tal opción porque no nos quedaremos contentos. Otras veces, en cambio, hacemos proyectos sin mucho entusiasmo y en el momento de llevarlos a cabo nos parece imposible de lograr; no obstante, la seguimos porque consideramos que es lo mejor. Un ejemplo del Evangelio es la aventura de la Samaritana: ella ha dado a su vida una impronta de desorden, pero en la búsqueda del agua potable existía la sed del agua viva que, sólo en un segundo momento, es reconocida por ella, pero que ya existía en ella e instaba, cuando todavía se ocupaba del agua potable.

Pero los contenidos psíquicos deben ser respetados.

Cuando la voz del misterio utiliza medios psicológicos, por lo general lo hace respetando –no violando– las leyes que gobiernan esos medios. No utiliza la técnica de la caída del caballo. Parafraseando a Santo Tomás, podríamos decir que el misterio se sirve de la naturaleza inferior para expresar aquella realidad que en toda su plenitud corresponde a la naturaleza superior.

Lamentablemente, por lo general es sólo el contenido personalizado el que ocupa nuestra atención. Nos quedamos observando el producto elaborado por nosotros. En el examen de conciencia, *¿me pregunto si lo que hago es bueno? ¿Qué debo hacer? ¿Cómo son mis respuestas a Dios?...* Esto es ver cómo actuamos y respondernos a nosotros mismos. Menos aún nos preguntamos: *¿Qué otros interrogantes o indicios puedo extraer de lo que hice o no? ¿Qué me diría Dios viéndome desde su lado? ¿Qué espacios veraces dejo en mí, de modo*

mediación histórica y mediación lógica. Cf. MANENTI A., “Mediazione”, en CENTRO INTERNAZIONALE VOCAZIONALE ROGATE, *Dizionario di pastorale vocazionale*, Ediz. Rogate, Roma 2002, 683-691.

que Dios pueda manifestarse?... El corazón debe dejar de lado las respuestas que ya se ha dado y preguntarse si, quizás, no esté sugiriendo respuestas nuevas y diferentes.

Gracias a este entrecruzarse de contenidos psíquicos y espirituales, se puede concluir en:

La vida psíquica es mediación en el misterio, no porque sea vida buena, sino porque es vida, por la cual, el misterio es vivo y operante, incluso en una existencia plasmada por el sujeto en modo inadecuado.

En toda existencia se encuentran trazas de Dios, incluso en aquella más desordenada. La acción de Dios en nosotros no se deja condicionar por una vida convertida, sino que se sirve, incluso, de una vida no convertida, insinuando en ella la “sospecha” de que hay otra cosa diferente a nuestro modo de actuar, buscando, pensando y sosteniendo. Crea en nosotros espacios veraces donde es la verdad la que atrae y encuentra una ocasión para manifestarse, donde no somos nosotros quienes nos manifestamos sino que es Dios quien se manifiesta a nosotros.

El misterio que existe en nosotros no se hace presente y conocible sólo por el camino del deshacer, extirpar, tachar, arrancar -como puede ser en las conversiones repentinas- sino, también, por el camino de coexistir, soportar, esperar, compadecerse, asumir lo existente; utilizando lo que existe, porque fue puesto por el interesado, el misterio insinúa trazas de sí mismo.

Actividades del “darse cuenta”

Haga una lista de las áreas de su vida que, según Ud., son estériles, cerradas al misterio, materiales de descarte donde, según Ud., no está Dios porque usted es malo, incapaz, orgulloso...

Intente decirse: también en ese material existe la chispa del amor divino; negada por mí, pero existe, está viva, se sirve precisamente de ese material para mandarme sus mensajes; por lo tanto, antes de pedir la liberación de dicho material, sería bueno tenerlo, pero de una manera diferente.

Intente, también, pensar: ese material: ¿Es realmente todo material de descarte? Quizás no, pero yo prefiero considerarlo como tal porque me hace sospechar de la existencia de un rostro de Dios que yo no quiero reconocer; de un Dios que se me presenta como él quiere y no como yo lo quiero imaginar; es precisamente por mi falta de disponibilidad de dejar que Dios se me presente como quiere, que yo rechazo todo aquello que lo pone de manifiesto.

Intente, también, considerar esta hipótesis: Deseo mucho liberarme de ese material de descarte, pero si se produjese, sería desafortunado; me encontraría mejor, pero tendría más dificultad para encontrar a Dios.

Sobre el recurso a la palabra de Dios

Cuando en el acompañamiento el formador hace una referencia explícita a un texto bíblico, lo hace porque considera que ayuda al discípulo a *notar* la relación entre la Palabra y su situación. El recurso a un texto bíblico no tiene que tener el efecto de un “descarte” de atención del plano existencial pasando al de los principios que desvaloriza u olvida lo precedente sino, lo opuesto; debe tener un efecto de contacto. El contacto que se debe favorecer puede ser de tipo revelador o redentor.

Vía reveladora	Vía redentora
Se propone un texto bíblico que sea capaz de fotografiar las dinámicas actualmente presentes en la vida del discípulo, pero que a él le cuesta reconocer o focalizar. Por ej. II Sam 12 (el pecado de David): “Había dos hombres... tú eres uno de ellos...”	Se propone un texto bíblico que proporcione al discípulo una manera mejor para manejar sus dinámicas ya conocidas por él. Por ej.: Juan 4, 1-42 (Jesús a la Samaritana): “Si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú se lo hubieses pedido a Él y Él te hubiese dado agua viva”

La Palabra como medio que ilumina lo que realmente soy y que, solo, tengo dificultad para reconocer.	La Palabra como medio decisivo que me sugiere un camino de salida con mayor garantía.
La Palabra habla de la vida del sujeto.	La vida del sujeto invoca la Palabra

Fruto deseado: mi situación personaliza dinámicas y deseos universales del corazón humano ya contemplados en el evangelio. Lo que he experimentado hasta el momento como solamente mío, único y quizás extraño es, en cambio, un dinamismo del corazón humano, universal, ya previsto en el evangelio (“*Todo está escrito... Desde el seno materno me has conocido... Conoces todos mis cabellos...*”) Por lo tanto, no me siento solo en la tarea de individualizar y posteriormente trabajar mi problema, sino que siento cercana la Palabra (“*Descansa en Mí vuestro corazón, fatigado y cansado*”).

Para no manipular la Palabra:

El acompañante ofrece un camino y un texto específico motivando el objetivo (iluminar una situación; redimirla; sintetizar el camino hecho...); el objetivo, redentor o revelador, debe también ser explicitado al discípulo para que sepa con qué predisposiciones leer un texto y qué cosa notar en él.

No puede proponer uno u otro camino según sus preferencias personales o para reforzar lo que él sostiene contra un interlocutor reticente sino, al contrario, subordina su propuesta a la comprensión de la situación objetivamente en curso en el discípulo.

La propuesta está en el contexto de una colaboración de trabajo: el acompañante explicita al discípulo la diferencia y la circularidad entre los dos caminos y le deja a él la elección, garantizando que se logre el fruto deseado, común a ambos caminos.

Aconseja al discípulo el hacerse él mismo un camino educativo con la Palabra en futuras situaciones.

Signos de utilización no manipulativa de la Palabra

Cambios en la vida vivida.

Respeto por la amplitud de la Palabra misma.

El surgimiento, en la propia interioridad, de una sensación no familiar porque no hace referencia a la propia sensibilidad sino a la docilidad hacia la Palabra.

Progresiva prontitud interior para percibir los interrogantes profundos de las situaciones concretas.

CAPÍTULO 11

¿Cómo descubrirlo?

Para descubrir que Dios actúa en mi vida, no debo esperar que Él me desconcierte con intervenciones milagrosas inspiradas en una lógica potente –que también utiliza- extirpando, arrancando: basta observar lo que yo escribo con mi propia mano, con la duda adicional que se apodera de mi otra mano para seguirla o para escribir otra cosa, según la otra lógica divina de respetar y asumir.

Método de lectura

Lo dicho en el capítulo anterior, operativamente se traduce en un preciso método de leer mis experiencias, que consiste en el extraer de ellas, tres informaciones:

- *¿Qué estoy haciendo? ¿Sobre qué frentes estoy actualmente ocupado? ¿Qué es lo que me preocupa en este momento?* (lectura fenomenológica: el mundo de la experiencia: explicar)
- *¿Qué está sucediendo dentro de mí? ¿Qué me falta? ¿Qué estoy buscando y no tengo? ¿Qué me bastaría tener o podría satisfacerme?* (lectura psicodinámica: el mundo de los significados subjetivos: comprender)
- *En todo esto, ¿Cuál es el mensaje de fondo, la pregunta vital que estoy teniendo y que no puedo o no quiero relacionar con lo que ya sé?* (Lectura a la luz del misterio: el mundo del llamado: interpretar)

Para no “leer” lo ya conocido, se trata de un itinerario que es difícil hacerlo solo sin que alguien externo nos ayude a no caer en lo ya conocido.

Dos ejemplos de referencia

Miguel, llegado a la adolescencia, cada vez con mayor frecuencia toma actitudes de confrontación en relación a sus padres. La lectura fenomenológica recoge la lista de sus modos de contestar: oposición, mutismo, lamentaciones, retiro, provocación, negociación, mentiras... y concluye más o menos así: *“De los datos que disponemos, hasta hace poco Miguel era un blandengue, pero hoy se ha puesto intratable”*. Si le comentamos a Miguel esta descripción sobre su modo de comportarse, es posible que se vea *reflejado* y se reconozca. La lectura psicodinámica llevará, suponemos, a la conclusión de que Miguel se ha transformado en intratable, dado que ya no quiere seguir siendo tratado como un niño y quiere comenzar a afirmarse a partir de sí mismo y no de relaciones tutelares, buenas para un niño pero que avergüenzan a un adolescente. Si le damos a conocer este retrato de su necesidad emergente de autonomía, muy probablemente Miguel se sienta comprendido y curioso por saber más, llegando, incluso, a decir: *“Sí, es verdad, pero yo no tengo nada contra mis padres que, por otra parte, son simpáticos; soy yo el que me siento invadido. Ya no soy un niño”* (significado subjetivo). La tercera lectura, a la luz del misterio, intercepta –en este contexto de comportamiento agresivo y exigencias interiores de autonomía- el emerger en la vida de Miguel de aquellas páginas del Evangelio que se entrecruzan, precisamente, con su deseo emergente de autoafirmarse y que él no sabe manejar; son las páginas que hablan de autonomía. Por ejemplo, la de hacer fructificar los propios talentos, construir sobre la roca, arar sin mirar hacia atrás. Esas páginas, no interesantes para un niño, y no otras, son el hoy de Miguel y lo son no porque sean las preferidas del acompañante sino, porque –inductivamente- son pertinentes al hoy de Miguel. Si el educador le muestra esta relación, que no es fácil verla uno mismo, es probable que Miguel se *maraville*, ya que una relación tan estrecha entre evangelio y vida sólo es creíble cuando se la ve en acto y cuando alguien cercano nos la muestra⁶⁴.

Si, en cambio, el educador dijese a Miguel que debe ser sumiso y obediente con sus padres que lo quieren tanto, en todo caso recordándole que Jesús nos pide *“Hacernos como niños para poder entrar el reino de los*

64 Nacen así lo que he llamado los sentimientos del descubrimiento: maravilla y estupor-nostalgia y temor: VII/2, 133-160 (=Il pensare affettuoso”)

cielos”, encontrará, probablemente, un Miguel indignado que sentirá esa invitación, intuimos, como una afrenta a su dignidad emergente. Y es una afrenta porque dicho formador no sólo le está haciendo referencias espirituales alienas a lo que actualmente está viviendo Miguel, sino que, también, le está bloqueando su evolución espiritual proponiendo un camino equivocado. Y se puede agregar que si Miguel ignora su página evangélica, ésta volverá a insinuarse en otra ocasión de vida en la cual Miguel se encuentre después de que, con suerte, haya abandonado al desprevenido formador.

Mirko es un niño de 10 años diagnosticado con un leve retardo cognitivo, acompañado por una falta de adaptación escolar.

La madre dice de él: *“Desde siempre duerme en nuestra cama, a pesar de que continuamente lo mando a su habitación; no quiere ir a la escuela y evita a sus compañeros o se relaciona con ellos con explosiones de rabia”*. Y el padre agrega: *“Nosotros no podemos dedicarle mucho tiempo porque mi mujer y yo trabajamos; él debe entender que ya es grande”*.

Con respecto a la cama matrimonial, el niño dice: *“Ellos ya están acostumbrados; me dicen que vaya a dormir solo, pero yo no quiero, para estar en compañía o, quizás, por miedo... Pero tengo miedo incluso cuando estoy con ellos porque siento ruidos, como crujidos de los muebles. También me asustan los sueños, quizás porque veo películas de terror”*.

En un test psicológico en el cual debe escribir una historia a partir de algunos dibujos propuestos, responde:

- Dibujo del león y del ratón: *“Este es un león que es el rey, y junto a él hay un ratón que no lo deja en paz. El león está muy enojado y quisiera echarlo porque le toma todas las cosas que tiene: la carne y sus pelos. Para olvidarlo, el león en primer lugar fuma su pipa; de ese modo no lo escucha o logra olvidarlo un poco. El ratón se va y el león se queda feliz”*.
- Dibujo del perrito Black y su mamá: *“Aquí está Blacky con su mamá..., según me parece, están descansando con el hermoso sol y después pueden ir a jugar juntos. Ah, ahora veo que Black está mamando y después lo vi con la panza llena. Pero la mamá está cansada porque estaba embarazada; tenía la panza muy grande y tenía que darlo a luz. Black es un pequeño comilón. Porque aquí está gordito; tiene la panza un poco grande. No deja de mamar, hasta el punto que se le disolvió la lengua. Piensa que su mamá quisiera liberarse de él desde este momento porque está cansada de amamantarlo”*.
- Y en la historia sucesiva: *“Aquí está Black con el collar de la mamá... porque la mamá se había cansado de amamantarlo, pero el perro quería seguir mamando y lo ha apartado. Y él toma el collar de la mamá y lo hace a pedacitos porque está enojado y quiere tomar el pecho de la mamá. Después se pone a ladrar porque ella ha ofendido a Black. Y ella, por esta vez, lo perdona pero le pone una penitencia: Hoy no comes, que por otro lado él come siempre; ya tiene la reserva en la panza”*

“Enojado”, “apartarlo”, “se va”, “cansada”, “ir a jugar juntos”, “mamar”, “pequeño comilón”, “librarse de él”, “apartado”, “ofendido”, “penitencia”... son historias de amor reclamado pero no satisfecho. Es más: de rabia y de fastidio si me lo preguntas. Más aún: Deja de preguntarme; no te quiero.

Piense en el retumbar de todo esto en la mente de un niño de 10 años...

Evidentemente, aquí existe, una psicodinámica de abandono subyacente al comportamiento que lamentan los padres y al diagnóstico hecho: desprovisto del apego que necesita, la mente misma de Mirko se hace más lenta; Mirko impone su presencia; se aísla; se porta mal en la escuela. Pero dentro de esta dinámica de abandono-apego, hay algo más. En este niño hay algo que él quisiera sentir: *“Tú eres precioso a mis ojos y si todos te abandonaran, yo no te abandonaré jamás”*. Esta es la página que hoy Mirko quisiera leer; no le interesa otra cosa. No se trata de una exigencia inventada por Mirko; tampoco la buscó; seguramente nadie le ha hablado de ella y probablemente no sabe que existe. Mirko no decidió “fagocitar” en sí los sentimientos de rabia y sus comportamientos desadaptados y tampoco sabe que lo hace porque “su” página está vacía. La exigencia de ser precioso a los ojos de alguien está floreciendo en él, y ni él ni nadie podrá detenerla jamás en la vida. En cambio, escucha: *“Tienes que dormir solo, no molestes a tus compañeros, debes hacer las tareas...”* como si su hoy de Dios fuese el evangelio de la autonomía. Si le damos un Dios así, muy pronto Mirko lo abandonará.

Estar seguros de la presencia de otra trama

Este método de lectura en tres niveles o releer tres veces la experiencia, no es algo que pueda hacer el interesado por sí mismo, sobre todo si desea llegar al tercer nivel de información. Aquí vale el lamento del eunuco etíope cuando leía el libro de Isaías: “¿Comprendes lo que estás leyendo?” le pregunta Felipe, y él responde: “¿Cómo podría si nadie me enseña?” (Hechos 8, 26-40). Es necesario un educador y –sobre todo para el tercer nivel de lectura- de un educador teológicamente preparado en el sentido que explicaré.

El educador no hace teología, pero se sirve de la teología para leer lo vivido. Toma “como buena” la afirmación teológica; es decir, confía en lo que dice sobre la persona humana. Utilizo el término teología en sentido muy amplio, pero también restrictivo, entendiéndolo por esto el conocimiento de la estructura de soporte de la visión cristiana de la vida; por lo tanto, no se trata de una preparación hipotética sino concentrada sobre el núcleo que hace funcionar todo el resto⁶⁵.

Tomar como buenas las afirmaciones teológicas de base acerca de la persona humana, significa utilizarlas como *instrumento diagnóstico y terapéutico* del hombre viviente.

El educador cree que la afirmación teológica es verdadera no sólo en el sentido de que es correcta, plausible, coherente, pensable... sino que es verdadera en el sentido que describe lo que hay en realidad y enseña a tratarlo; verdadera en cuanto describe y cura la vida (es verdadero aquello que salva)⁶⁶

Si, por lo tanto, el enunciado teológico es recuperable en la vida, se debe observar el impacto; deberán verse sus efectos. De lo contrario, será sólo una opinión o un medicamento de efecto placebo. Creer en el Evangelio de este modo no es sólo una afirmación de ortodoxia, sino evidencia empíricamente demostrada.

Primer ejemplo: La afirmación evangélica que dice: “Hay más alegría en el dar que en el recibir”, para el educador no es una simple proclama, sino el enunciado de un hecho psíquico que se realiza en la naturaleza. Dicho enunciado no es una teoría ni un presagio sino el compendio de la dinámica psíquica del dar-recibir: la dice, la cuenta; describe la gestión madura y las razones de su fracaso. Aquella afirmación cuenta la vida relacional. Se la puede descubrir en la vida; toca procesos psíquicos bien precisos. “Existe más alegría en el dar que en el recibir” describe ciertas experiencias afectivas; diagnostica y cura las distorsionadas; desea activar ciertos sistemas motivacionales y no otros; tal es así que se puede documentar que para el niño, dicho anuncio asume cierta forma expresiva; para el anciano, otra; para el sociopático o para el narcisista, otra. Se debe ver en la vida el desarrollo, la actuación y la distorsión de dicha afirmación. También las distorsiones –por ejemplo, las perversiones– prueban, por vía negativa, que ese enunciado describe cómo está hecha la psiquis: la vida del perverso, al igual que la de Madre Teresa de Calcuta, puede ser demostración flagrante que realmente es verdad que hay más alegría en el dar que en el recibir, si no es por otra cosa, es por el hecho de que el perverso no llegará jamás a ser realmente tal.

Segundo ejemplo: Si la teología espiritual dice que existe la oración de súplica, de intercesión y de alabanza, para la praxis significa que el sujeto concreto, según el tipo de oración que quiera hacer, deberá despertar de su repertorio psíquico ciertos sentimientos, atenciones, actitudes en consonancia con ese tipo de oración. Si no logra sintonizar con los requisitos psicológicos necesarios para esa forma, lleva a cabo una ficción o, por lo menos, hará una plegaria distraída. Incluso la opción entre las tres formas, no puede ser dejada al azar: dependerá de los hechos psíquicos actualmente activos en el orante. Si está con el deseo de alabar, no es el momento para pedir; si está en un momento de necesidad, es el momento de pedir y no de alabar; si desea suplicar, es necesario que se sienta indigente; si desea interceder, que declare su disponibilidad.

Suele ocurrir, insisto, que el mismo educador crea en el peso diagnóstico y terapéutico de las verdades teológicas. Para demostrar que el Evangelio funciona, tenemos un buen aliado: la naturaleza humana que, cuando es interpelada, nos responde que ella misma invoca dicho Evangelio. Si descubrimos este realismo del Evangelio, será menos difícil hacer el salto al estadio sucesivo de seguir, incluso, el “núcleo duro” del Evangelio que se derrama directamente de la locura de la cruz de Cristo.

Tercer ejemplo: Hace un tiempo hice la supervisión de un sacerdote joven que estaba ayudando a una joven involucrada en una relación sentimental de casi total dependencia y dominación por parte del novio. Para la joven, se había transformado en una relación de sufrimiento, pero no tenía la fuerza necesaria para cortar dicha

65 Damos por descontado que la teología acerca de la persona humana utilizada por el formador sea, también, una “sana” teología, dejando a otros esta cuestión para nada supuesta.

66 Véase la distinción entre verdad como coherencia y verdad como correspondencia, en *PP*, 13-14; 94-99.

relación porque la consideraba mejor que la soledad; al menos lograba gratificar de algún modo su necesidad de tener a alguien al lado. El joven sacerdote le dice que es una relación que es riesgosa porque el verdadero amor se basa sobre el compartir. La joven le responde: *“Tú lo dices porque eres sacerdote, pero yo soy indiferente a Dios”*. El pobre retrocede y no sabe qué responder. Es más, casi le pide disculpas por haber hablado “como sacerdote”. Durante la supervisión se da cuenta que se dejó enmudecer muy fácilmente porque el mensaje dado por él (*“El corazón ha sido hecho para compartir y no sólo para depender”*) era, también para él, un mensaje “como sacerdote”; es decir, una verdad coherente que es válida sólo y dentro de un cierto marco de referencia. Si, en cambio, lo hubiese tomado como verdad también en la lógica intrínseca a las relaciones humanas, debería haber agregado: *“Esto no lo digo por ser cura, sino por tu vida misma; y si analizamos en profundidad los hechos, estoy seguro que manifiestan que la relación presupone el compartir”*.

Si, en otras palabras, le dice a esta joven que las relaciones de amor requieren el compartir y no la subordinación, lo debe decir consciente que es así –y no que es lindo pensarlo así- y que el lamento actual de la joven es la prueba. Si esta joven se lamenta, no es porque su novio está exagerando sino porque está aflorando la exigencia de igualdad en el trato que, no reconocida, la condena al sufrimiento⁶⁷.

Función crítica del educador

Les suelo decir a mis estudiantes: el formador considera tan buena la Palabra de Dios que la somete a la prueba de la verdad. Es como si dijese: ha sido dicho que en la vida hay más alegría en el dar que en el recibir, pero tú, hombre viviente, *¿Qué me dices, en tu caso particular, sobre esto? ¿Cómo me pruebas que esto es verdad? Yo, formador, lo quiero ver en la práctica: ¿Será verdad que si organizamos la vida sobre este presupuesto, la vida se reanima o se vive mejor? Cuando no es así; cuando Juan, María, la asociación social, la familia de al lado, la multinacional... se programan sobre el recibir y jamás en el dar, ¿es verdad que ellos son menos felices? Deben existir síntomas de este “menos”: ¿Dónde están? Continuaré tomando como buena esta afirmación teológica si se demuestra que es salvífica para la realidad diagnóstica y terapéutica del caso concreto. De lo contrario, esa afirmación sólo existe en la mente de los teólogos, de una ficción del “como si...”*. El trabajo de acompañamiento es una demostración segura de que el Evangelio es para la vida y pone a la prueba las interpretaciones que se hacen sobre el tema.

Aquí estoy tocando un tema muy candente en la actualidad: el formalismo que golpea tanto al creyente como al formador. Un formalismo que es desautorizado en palabras, pero utilizado en los hechos. Evidentemente, el formador no llega a renegar de la verdad de Dios sobre el hombre. Se detiene antes y la interpreta como un género literario, un presagio, un modo, entre otros, de hablar sobre el hombre; en síntesis, “el consejito que no hace mal a nadie”. En el formalismo, las verdades teológicas son consideradas verdaderas, pero no al punto de considerarlas una realidad que describe lo que ocurre; verdaderas pero reducidas a fórmulas, a suspiros, a programas sin operatividad; marcos sin contenido; ritos, celebraciones... Verdaderas, pero de una verdad reducida a la esfera del subjetivismo y, por lo tanto, privadas de su capacidad para describir y curar lo que ocurre en la naturaleza⁶⁸. En ciertos seminarios, el padre espiritual es el que, en el refectorio o en los corredores, bromea más que otro sobre los valores y, transformándose en disk-jockey, inventa historias divertidas sobre los sacerdotes. Otras veces, en las entrevistas, ofrece respuestas evasivas, vagas, posibilistas, devotas porque, en el fondo, también él cree que esas verdades son sólo una de las tantas interpretaciones posibles. Del formalismo a la evanescencia, el pasaje es breve: el formador utiliza las verdades teológicas como si fuesen polvo para el cutis o un aerosol nasal⁶⁹; dichas palabras pierden el poder de controlar lo que dijo y, además, invierte el uso; recurre a ellas para reforzar sus ideas o hacer pasar como espirituales sus peculiares lecturas psicológicas con un tono tan devocional cuanto vacío de contenido; cuando, en cambio, las palabras son como piedras que deben usarse con prudencia.

El formador no es teólogo pero toma “excesivamente” en serio el dato teológico porque con seriedad considera lo vivido. Por este “exceso de rigorismo” puede, también, ejercitar una función crítica frente a los teólogos “de profesión”, sugerirles un nuevo planteo, pedir una precisión ulterior, en cuyo caso su crítica debería – para el teólogo- sonar extremadamente alarmante y seria.

67 Se toca aquí el tema de la esclavitud del rol; es decir, cuando el sacerdote dice ciertas cosas porque las debe decir porque es sacerdote y no porque él mismo ha experimentado la fuerza diagnóstica y terapéutica.

68 Para otros signos de crisis en el formador y modalidades de gestión, ver A. CENCINI, “La crisi nella vita del formatore”, en *3D*, 2 (2010), 154-165.

69 Cf. Cap. 9.

¿Por qué no funciona?

Cuando es así; cuando el formador no rastrea en la vida corriente la fuerza diagnóstica y terapéutica del dato teológico; cuando constata que la vida puede jugarse sobre otras referencias con consecuencias irrelevantes, o cuando ve que siguiendo aquel dato teológico la vida se obstaculiza aún más, inevitablemente entra en un drama de conciencia aún más grave. Deberá, en estas situaciones, preguntarse:

- *Aquí no hay nada de Evangelio, ¿o soy yo quien no ve su presencia, por mi ignorancia, por mi incompetencia o por contratransferencias personales...?*
- *¿Estoy buscando erróneamente en lo psíquico el eco de la confirmación de aquella parte del mensaje cristiano que es, en cambio, “otra cosa” diferente a lo psíquico; aquella parte que constituye el “núcleo duro” del Evangelio que se encuentra sólo en la vida que cree en el misterio pascual?*
- *En esta situación, ¿intenté hacer funcionar el Evangelio buscando crear espacios para su movimiento, o por el contrario, estuve esperando pasivamente la prueba de que el Evangelio funcionase automáticamente?*
- *¿Es el mensaje el que no funciona o es la dificultad –mía y del teólogo- de interceptar mejor la verdad que dicho mensaje desea expresar o, al menos, hacerla más comprensible?*

Esta función crítica del formador se refiere a una objetividad tomada en serio; por lo tanto, es exactamente lo opuesto al querer sostener el primado de la situación... o de la psicología. La crítica no dice: ese mensaje no es verdad porque no funciona, sino: justamente porque debería funcionar, se debe verificar su funcionamiento.

Atención al detalle

El viaje hacia el descubrimiento de Dios no es para nada una epifanía. También Dios escribe pero, por lo general, no como lo imaginamos y no donde nosotros pensamos. Para no equivocarse demasiado, aconsejo prestar atención a los pequeños detalles de la vida. Por esta razón, el acompañamiento prevé encuentros no demasiado distanciados –cada 20 días-, porque no se trata de hacer una lección privada de teología, sino de tomar a rienda suelta este o aquel fragmento del vivir cotidiano sin la esclavitud de un orden del día preestablecido. Lentamente, los fragmentos revividos durante los coloquios, van componiendo una visión más realista y transparente de sí, que no será un bagaje intelectual extra, sino una sensibilidad afectivamente sentida y guía de orientación para la praxis. En dicha sede, las teorías o afirmaciones de principios, suenan sospechosas. Se habla de la vida práctica. Si vivo la caridad, más que todos los discursos repetidos por la enésima vez, lo constato en mi comentario sobre el viaje del otro día, en el autobús, cuando un mendigo se sentó junto a mí; o la expresión de mis ojos, hace una semana, cuando un tipo me pidió ayuda, en lugar de habérsela ofrecido yo; o revivir el sentido de mis risitas cuando, la otra noche, atravesé la calle de las prostitutas; o recordar aquello que me digo y me viene a la mente “con la cámara apagada”...

Se debe prestar atención al mundo de la espontaneidad, porque es ahí donde el evangelio efectivamente creído se transparenta o, por el contrario, está inconfundiblemente ausente.

La atención, jamás demasiada, al detalle, exige del formador que indague, que haga preguntas, que entre en los particulares más íntimos y frene su deseo de pasar rápidamente a la solución. Pero lo hace como teólogo, es decir, con la curiosidad de saber dónde Dios escribe; por lo general, en los puestos más inesperados y banales. Es aquí donde su ser teólogo, en el sentido mencionado, hace la diferencia. De lo contrario, terminará en la curiosidad del *voyeur* que observa con los ojos de la incredulidad y no con aquellos de la certeza, y espía por el ojo de la cerradura para ver si el evangelio verdaderamente funciona, porque él no está totalmente convencido; interroga morbosamente sobre el sexo porque no tiene seguridad de que el corazón humano pueda vivir en la pureza y un poco de sexo se lo quiere llevar también él a casa. Pero en esta situación, sólo descubrirá su propia miseria.

CAPÍTULO 12

Dentro y más allá de lo psíquico

El caso de Sofía

Sofía es una muchacha de 27 años. Pide consejo porque desea construir una familia estable, pero sus experiencias de amor han sido bastante desafortunadas. Se pregunta, por eso, si está hecha para casarse o si, amargamente, debe concluir que los hombres son todos unos aprovechadores. Para Sofía, ésta no es una cuestión teórica, sino dramáticamente vívida: *“No sé más qué quiero; sólo sé que estoy en el foso. Pero no en el foso dentro del que finalmente cae la pelotita de golf, sino en el pozo que me traga”*. Desde siempre es indiferente a la fe, y el reclamo sobre este aspecto -subraya- la enojaría. Los conceptos como opción fundamental, respuesta a los valores, disponer de sí, dimensión espiritual de la vida... no le pertenecen ni en teoría ni en práctica.

Algunos datos

Diplomada en un instituto profesional, manteniéndose en la escuela con ganancias de trabajos temporales, ha intentado buscar un empleo. Al no encontrar uno correspondiente a los estudios hechos, ha trabajado por tres años como ayudante semipaga en una tintorería; después logró hacerse asumir como ayudante peluquera y ahora maneja un salón de belleza de su propiedad con dos dependientes elegidas por su competencia y también para ayudarlas a conseguir una profesión. La suya es una posición alcanzada con esfuerzo y mucha perseverancia, y ahora está contenta. Se define *“Testaruda, perseverante, ordenada y dispuesta al sacrificio”*.

Como aspiración de vida, dice que querría ser perfecta en todo: en el trabajo, en los afectos, en la exterioridad, en lo físico. Usa siempre el término “perfección” como sinónimo de bienestar psicofísico. Es una muchacha muy hermosa y cuida mucho su aspecto exterior para estar siempre muy elegante, *“No para impresionar a los demás sino para sentirme sana por dentro”*. Reconoce que esta perfección comienza a serle pesada y que corre el riesgo que se transforme en una esclavitud.

Tiene una fuerte generosidad. Sofía no logra verla, pero se transparenta en lo que cuenta. Tres ejemplos son muy elocuentes:

Tuvo un “novio”, hijo único de madre viuda y cuando ésta se enfermó, ella la asistió en el hospital 4 días a la semana con gran descuido de su trabajo. De lo narrado surge que: 1. El novio era, en realidad, sólo un amigo preferencial; 2. Cuando inició la asistencia a la madre hacía solamente dos meses que había conocido al muchacho; 3. El muchacho sólo asistía a su mamá esporádicamente, aunque tenía tiempo para hacerlo.

Cuando vivía sola, había hospedado gratuitamente por 8 meses a una amiga, sin haberle pedido que contribuyese financieramente para los gastos comunes, aunque la amiga tenía un sueldo más que decoroso y superior al de Sofía. Cuando la amiga quería momentos de intimidad con su novio, Sofía debía organizarse para estar fuera de la casa.

Al hermano mayor, que quedó viudo muy pronto, le hizo casi de mamá. Admite haberle permitido apoyarse en ella de modo demasiado exagerado y pasivo.

Entremos en su espiritualidad

Consigno misma: su línea guía parece ser la perfección entendida por ella como búsqueda de completitud, constancia, no dejar las cosas por la mitad, y esto vale en el trabajo, en los afectos y hasta en el cuidado de su físico. Por suerte Sofía tiene este empuje hacia la perfección, sin el cual, en la adversidad, se hubiese rendido antes. Cuando, después de los encuentros, repienso en su característica, recuerdo la carta de Santiago (1, 4) “...y la paciencia complete su obra en ustedes, para que sean perfectos e íntegros, sin faltar en nada” y el augurio de Jesús de tener –como el Padre– una vida de entereza donde nada se deja de lado: “*Sed perfectos como es perfecto el Padre celestial*” (Mt 5, 48)

Con los demás: muestra claros signos de generosidad, disponibilidad, altruismo. Es siempre buena. Quizás no lo hace a propósito pero, de hecho, Sofía “sabe” que el cuidado de la perfección es algo que se pone a disposición: “*Que por sobre todas las cosas, haya caridad, que es el vínculo de la perfección*” (Col 3, 24). Está siempre pronta para ayudar (*willingness*): la madre del novio, la amiga, el hermano y, en el pasado, haciéndose escudo protector de su mamá y -¡Ay!-, también de su padre violador. Ponerse a disposición le es connatural: “*Esto no viene de ustedes sino que es don de Dios. En efecto, somos obra de Dios, creados en Cristo Jesús, para las obras buenas que Dios ha predispuesto para que nosotros lo practicásemos*” (Ef 2, 8–10). Incluso en su darse excesivo, a costa de sí misma y sin confines, hay cierta huella, quizás vivida mal, pero está, del consejo de Jesús “*Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el siervo de todos*” (Mc 9, 35).

Con la realidad: tiene una relación de *compromiso, abnegación, perseverancia*. El ámbito profesional lo atestigua de modo inequívoco. Los desarrolla ella misma y los propios talentos en un crescendo continuo de emancipación y autonomía profesional. Aún con un padre alcoholizado y violento, con una madre sometida e impotente y con un hermano que, apenas ha podido, ha huido de la casa, ella ha probado todo con tal de no resignarse: ha intentado rebelarse, sufrir, escapar, ceder, resistir. Cuando, después de los encuentros, repienso en sus características, me viene en mente: “*Es Dios, en efecto, quién suscita en ustedes el querer y el obrar según sus benévolos designios*” (Fil 2, 13).

(Nota de método: para que los reenvíos al evangelio emerjan espontáneamente de lo vivido y no sean una superposición artificial por parte del formador, es necesario que él, con espíritu reflexivo, retome después del encuentro los hechos surgidos y los deje hablar sin pasar al paso siguiente de las motivaciones que los sostienen).

Por lo tanto, Sofía es un ejemplo viviente de algunos extractos de la carta de Santiago, del evangelio de Mateo, de Marcos, de la carta de Pablo a los Efesios y a los Colosenses. Para conocer el mensaje de esos textos podemos abrir la Biblia impresa y leerlos allí, o bien... abrir la vida de Sofía. Reencontrar una verdad en el cotejo de la realidad es más convincente que leerla enunciada en un texto escrito. En el texto la encontramos en todo su esplendor; en la vida, en sus sutiles menciones y, quizás también, maltratada. Es más difícil encontrarla en lo real porque, en la práctica, Sofía está dentro de una realidad confusa. Para descubrir el evangelio operante también en su vida se necesita una lectura, típica del educador, que no se deje guiar ni confundir por las declaraciones explícitas que Sofía hace; que no busque enseguida el defecto, sino que vaya a la búsqueda de la inclinación subyacente (*willingness*), espontánea y no refleja, que surge sola, *no obstante* la intencionalidad y Sofía donde, precisamente porque es espontánea, es más fácil individuar otra vertiente y que nosotros, los cristianos, llamamos gracia operante y habitual; aquella fuerza que obra en nosotros, aún a pesar nuestro, y continúa haciéndolo de modo gentil. El misterio, que ya mencionamos en los dos capítulos precedentes, está presente y operante, pero respetando las configuraciones que nosotros damos a nuestra vida, la cual lo puede mostrar pero también ocultar a una mirada apresurada.

Si bien Sofía declare abiertamente la ajenidad y el fastidio por la dimensión espiritual, su obrar -¡no su planificación intencional!- contiene un anhelo -¡del cual no es consciente!- por algo que va más allá de la búsqueda de un bienestar psicosocial. Busca algo que pertenece a un nivel más profundo. En caso contrario, deberíamos explicar su deseo de perfección solamente como rasgo obsesivo, y su dedicación a ultranza sólo como masoquismo. Este exceso de altruismo ella lo atribuye a su ser enamorada y a la amistad. Pero es una explicación débil, porque se trata de una oblación vivida con excesiva exasperación y con un compromiso desproporcionado,

por lo que es lícito sospechar que haya, además del mero enamoramiento y de la amistad, una búsqueda inconsciente de una relación mejor. Pero ella no lo sabe y de todo esto ve sólo el aspecto neurótico.

Entremos en los detalles de su experiencia

Sofía, aún declarando querer una relación estable, ha aceptado convivir sin programas durante un año con un chico: *“Aunque nos amábamos mucho, la relación era sobre la tolerancia recíproca, la división de las tareas en casa y las cuentas separadas en el banco: el presupuesto del amor es la autonomía de las personas”*. La relación no tenía ni siquiera perspectivas futuras compartidas. (Conflicto entre el donarse de modo estable y el salvaguardar la propia autonomía).

Aún advirtiendo toda la precariedad de esta situación de convivencia, ella, yendo a vivir a la casa de él, vende la propia, sin considerar qué sucedería de ella en el caso que la relación anduviese mal. En efecto, al finalizar la convivencia se ha encontrado en problemas. Además, desde el momento que el chico quiso sexo pero no complicaciones, ella se adapta y decide autónomamente, sin ni siquiera interpellarlo, de tomar la píldora anticonceptiva y de continuar tomándola aún cuando le trae problemas físicos. *Pero, ¿cómo?! ¿Sólo ella debe afrontar el problema y pagar el precio!? ¿Y él!? Pero, ¿cómo!? ¿Solamente paga ella los gastos de la casa y su amiga no!? Pero, ¿cómo!? ¿Sólo ella cuida regularmente a la suegra y, el hijo, en cambio, lo hace solamente cuando quiere!?* (Conflicto entre el donarse y el no saberlo hacer).

Durante 7 meses, antes de la experiencia de convivencia, ha tenido otra relación que describe así: *“En comparación con las relaciones sucesivas, en aquel chico había invertido mucho más. Estaba muy enamorada aunque un poco reacia. Desde el inicio tenía dudas sobre él, pero jamás las tomé en seria consideración ni con él, ni sola* (N.B.: es el mismo silencio tenido con el otro chico a propósito de la contracepción). *Sentía que él me daba seguridad, pero que también me ponía incómoda. Pero temía perderlo...”* (Conflicto entre el donarse y en resguardarse).

Cuando el conviviente la dejó: *“Me sentí maltratada, como una chica fácil a la que no se deben tantas explicaciones. Una vez intenté obtener explicaciones suyas y no lo logré. Pienso que la culpa sea toda mía; con él estaba demasiado defensiva, no le he demostrado suficientemente mi afecto”* (Conflicto entre reaccionar y culpa).

Después de varias experiencias afectivas dolorosas, actualmente Sofía es muy cautelosa con los hombres (de aquí, el interrogante que la ha llevado a venir a mí). Hablando de su modo actual de relacionarse con los hombres dice: *“Es extraño; desde hace un tiempo estoy eligiendo personas que habitan lejos, en otra ciudad, con los que es posible verse sólo los fines de semana. Quizás no está del todo errado; el resto de los días los puedo dedicar a mi trabajo y a mis gustos. ¡Pero! ¿Son creíbles los hombres?”* (Conflicto entre confianza y sospecha).

Tenemos, por lo tanto, cinco escenarios y cinco conflictos. Quizás haya otros no indagados. La vida pasada de Sofía agregará otros y emergerá siempre mejor que su extravío tiene raíces lejanas. Estamos lejos de la Sofía del párrafo precedente: generosa, perseverante y amante de la perfección. Como honestamente dice ella misma: es una mujer *“En el foso, no en el foso en el que finalmente cae la pelotita de golf, sino en el pozo que me traga”*. Sin embargo, si valen las claves hermenéuticas de los dos capítulos precedentes, es precisamente en estos conflictos, y no obstante el magro beneficio que producen, que podemos individuar los espacios intrapsíquicos en los que la acción de Dios parece insinuarse. En efecto, si releemos el título que he colocado entre paréntesis a cada uno de estos cinco conflictos, nos damos cuenta enseguida que sobre esos títulos la palabra de Dios ha dicho muchas cosas. Aquí está, precisamente, el núcleo que diferencia el acompañamiento tal como se propone en este libro de una “normal” dirección espiritual: los extravíos de Sofía no son tratados como desviaciones del camino correcto, sino como el lugar para encontrarlo. Sin una visión psicológica dinámica, esto no se puede hacer.

Entremos en su estado emotivo

Sofía tiene razón en sentirse en un pozo que está tragando diversas áreas de su vida. En el curso de los coloquios sabe describir siempre mejor la omnipresencia. Consigo misma está carcomiéndose por dentro: *“Termino perdiéndome en la destrucción de mi misma, me arruino la cara a fuerza de aplastarme los granos”*. Con los hombres, comienza a detestarlos: *“Basta! A quién le importa; ¡un hombre vale lo mismo que otro!”*. Sobre el trabajo, después de tantos esfuerzos, ahora corre el riesgo de desmotivarse: *“Todo bien, tanto compromiso, pero, ¿para qué?”*

En Sofía están activos dos aspectos. El primero es su espontánea generosidad y dedicación; el segundo es el pozo en el que ella se ha ido metiendo. El segundo lo sabe decir bien porque lo ha creado ella; el primero no, porque se lo encuentra dentro de sí sin haberlo educado jamás y lo liquida en el genérico y vacío deseo de “perfección” cuando, por el contrario, está hecho de sobresaltos bien detectables y de nombre bien preciso. La dedicación y la carencia son dos aspectos completamente contrastantes entre ellos pero, al mismo tiempo, conectados a su desventaja, en el sentido que la dedicación no educada busca llenar la carencia, pero con el resultado opuesto.

Si diese un nombre a su mundo espiritual, si a Sofía hiciese el elenco una por una -como he hecho al inicio de este capítulo- de las fuerzas vitales que habitan su ánimo, esto no tendría ningún efecto sobre ella. No son éstas el objeto de su interés actual. Al contrario, tomaría este elenco de virtudes como una consolación patética, incapaz de moverla, porque Sofía recoge de su experiencia sólo la voz que le habla de los pozos negros. Ella siente solamente: *“No puedo hacerme ilusiones; sé que todo, antes o después, irá mal”, “Si espero algo del futuro tengo miedo de ser intolerante y egoísta”, “Pienso que la culpa sea sólo mía”*.

Su mundo de valores está vivo. Pero ella no lo sabe oír y es inútil hablar con los sordos. Para ella su lamento es lamento y basta. No siente que es el lamento de su corazón grande que esta reivindicando sus derechos, pero no sabe encontrar el camino justo para afirmarlos. Sofía sabe que está mal, pero no sabe que es un dolor por deseos rotos, pero no enmudecidos.

En vez de arder, quema

El gran corazón de Sofía sigue, sin embargo, activo “en automático”, no obstante ella, y, paradójicamente, en vez de bienestar produce contragolpes de malestar, precisamente en las áreas más significativas de la vida de Sofía. Llega a ser un gran corazón que condena, una espada afilada que hace sufrir.

Con ella misma: la perfección desborda en perfeccionismo. Bajo la presión de un empuje casi compulsivo, Sofía lucha por alcanzar un estado de equilibrio que siente frágil para ser conservado, y con reacciones casi fóbicas, tiene a raya el aparecer de viejos sufrimientos que la reenviarían al punto cero de partida, con el resultado de que corre el riesgo de volver al punto cero. Encuentra siempre hombres equivocados, pero se puede permitir sólo reacciones a distancia y *“Ahora hago programas como la dieta, pero no los sigo jamás y como sin parar”*.

Con los otros: la generosidad, disponibilidad y altruismo de Sofía son talmente irresistibles que pueden llegar a ser ingenuidad, exposición a la instrumentalización; se priva del derecho a réplica, evita discusiones con su madre con respecto a su padre borracho y violento, coloca a los demás en un estado de pasividad (hermano) e irresponsabilidad (novio). Pero, ¿¡Cómo!? ¿Tan tenaz en el trabajo y tan sumisa en el amor? Su darse de a chorros, más allá de las justas barreras, no puede satisfacer su exigencia vital de darse, porque de eso, Sofía no ha hecho una elección, sino que lo sigue como obligación, sin aquella parte de planificación que la llevaría a preguntarse: ¿Qué sentido tiene, es justo?... Y, en efecto, se mantiene siempre a la distancia de los demás.

Con la realidad: aquel compromiso, abnegación, perseverancia que la han emancipado, la colocan ahora en una autonomía solitaria que la reduce poco a poco a “aparentar que no pasa nada y a encontrarse toda acurrucada sobre el diván chupándose el dedo” y dudando de la credibilidad de los varones. El mundo que se ha creado se le agota y se le deshace entre las manos. El amor entra en crisis por pequeñas cosas *“Como el horario*

de regreso a casa, los diferentes modos de pasar el tiempo libre; al final nos dejamos por inercia, sin explicarnos el por qué”, y su mente se pierde en detalles: “Yo no sé si en una pareja es mejor tener o no el dinero en común, si debe haber afinidad de carácter, si es mejor tener las vacaciones separados....”.

¿Qué le está pasando a su alma? Sofía no sabe registrar su modo de manejarse sobre las olas de las aspiraciones profundas de su corazón que no conoce y que ni siquiera ella se ha dado. Tal como ella ha “decidido” gobernarse, no corresponde a cómo su espíritu le sugeriría. Su Yo psicológico se estructura según una perfección que la condena al perfeccionismo. Su espíritu le sugiere otro tipo de perfección, la de la pelotita de golf que, al fin, cae en el hoyo. Su Yo psicológico la lleva a comprometerse por defender una autonomía que después no le gusta, mientras su corazón querría comprometerse para encontrar un hombre. Los motores que activan los dos recorridos no logran sintonizarse. Las búsquedas de Sofía proceden por tentativos y no por decisiones previas, y se reducen a frenar y no a construir: *“Si espero algo del futuro, como algo básico, tengo miedo de ser intolerante, egoísta. Me siento en culpa por pretender algo para mí”.*

Pero no se apaga

A pesar de ella, sus espacios internos de verdad se han conservado y continúan empujando. No obstante ayer haya vivido en un ambiente de engaños, y hoy pidiendo ayuda, no obstante todo. En efecto:

“Bien o mal he conservado un buen ánimo”. Dice haber tenido un padre *“de mucho carácter, dominador, violento y alcohólico”*, una madre sometida e impotente, un hermano que apenas pudo, se fue. El padre, bajo los efectos del alcohol, la amenazaba, frecuentemente le pegaba y tres veces intento violarla. Si ella se rebelaba, él gritaba amenazándola de echarla fuera de la casa. Ella alternaba la estrategia del *“irse a la cama para evitar discusiones”* antes que rebeliones abiertas. Con el tiempo había aprendido a hacer como si nada.

“No sé cómo, pero me he hecho un futuro”. Tuvo también el coraje de escapar de la casa y de refugiarse en lo del hermano: *“Estaba atrincherada en la casa de mi hermano; mi padre venía a suplicarme que volviera a casa y, si lo hacía, dos días después me volvía a echar afuera”.* *“Mi madre estaba con él y me debatía entre defenderme a mí misma yéndome de casa y defender a mi madre quedando allí. Regresaba siempre a casa: pensar en mí y en mi futuro me hacía sentir en culpa... era como para suicidarse!!”.*

*Hoy retorna el resurgir de la vida: *“Hay algo que me lleva a aumentar mi volumen físico para esconder algo que tengo dentro, pero no logro hacer como si nada”.* *“Mi problema es que no logro no pensar, lloro por nada”.* *“No puedo hacerme ilusiones: sé que después, todo irá mal. No obstante, he venido aquí para preguntarle cómo se hace para tener el amor de alguien, porque quisiera saber cómo se hace para amar”.* *“El amor es una realidad importante, pero no lo cuido. Paso los días en el aburrimiento, pero continuo soñando con un gran amor”.*

Los esqueletos -incluso los lindos- no se pueden guardar impunemente en el armario: tarde o temprano emergerán. Esta ley del regreso de lo reprimido y de lo dejado de lado juega también a nuestro favor: incluso el espíritu que está en nosotros no lo podemos esconder impunemente en los roperos. Transmite sus “reflujos”, y el malestar desplazado sobre lo psicológico es un buen transmisor.

Incluso si Sofía tuviese que colocar un muro acorazado, su dolor de vivir volverá a salir afuera, porque la esperanza de vivir no se puede matar; a sus “reflujos” se los puede anestesiar pero no matar.

Sofía está mal. Quizás su mal, con el tiempo, cambiará de forma: hoy, de ansiedad; mañana, de rabia; pasado mañana, de culpa... Quizás lo desviará sobre el físico: hoy, el cuidado de los granos y, mañana, los controles médicos sin fin... O quizás llegará a vivir como alienada sin darse cuenta de serlo. Pero el discurso no cambia.

Pero, el regreso de lo eliminado y de lo dejado de lado, no se da prepotentemente, salvo que sucedan hechos traumáticos. Normalmente, respeta la estructura psíquica. Si en el entretiem po, ésta se ha ido rigidizando siempre más, también el regreso estará señalado por reflujos siempre menos descifrables y será siempre más

difícil conectarlos a su mensaje. El cartero llama siempre dos veces, pero si en el ínterin he insonorizado la puerta y me he tapado los oídos... continuará llamando, pero yo no lo siento.

... después de cuatro años, regresa

He acompañado a Sofía por cerca de un año y consideraba que sin resultados. Pero no. Cuando después de tanto tiempo regresa, no logra hablar porque la sofocan las lágrimas y, sin embargo, materialmente, va bien. Me confía: *“Vivo matando la esperanza. Pero puesto que no soy del tipo que vive al día, cada tanto tengo algunos reflujos”*. No había venido para pedir algo. Después de media hora me saluda y se va. Sin embargo, ha regresado. Esperemos.

CAPÍTULO 13

Tratar el tema espiritual

Ejemplo de referencia:

Mario es un joven de 24 años, seminarista, que cursa el tercer año de teología. El acompañamiento lleva ya un año, durante el cual ha reseñado diversos aspectos de sí. Mario ha tomado contacto más inmediato con su estilo habitual de vida.

Es un hombre joven, serio y empeñado sobre todos los frentes. Es el tipo de seminarista que pasa inobservado porque no crea problemas a los superiores. Era muy fácil darse cuenta a primera vista de su sentido de responsabilidad. Mario, ciertamente, es un joven responsable, pero que en el curso de algunos meses de coloquio no hizo el esfuerzo suficiente como para descubrir en él un componente forzado: él no podía más que ser responsable, así lo han educado, así los demás esperan que él sea, así debe ser su respuesta a la vocación, todo debe ser para él según la regla y el orden.

La contraprueba de que no se trataba sólo de virtud, estaba dada por los tonos emotivos que acompañaban su seriedad: Mario vivía la vocación como una tarea debida, por seguir, guste o no guste, con poco aprecio de sí y sin aquel sentido de gratitud liberadora que deriva de haber descubierto la "perla preciosa" del reino de Dios (*Mt 13, 46*). De los muchos y pequeños episodios revividos en el coloquio, Mario ha tomado gradualmente contacto con su perfeccionismo, su necesidad de tener todo controlado y de sentir los valores de su vocación como regla por seguir más bien que como invitación a jugarse libremente. Lentamente adquirió una mayor soltura y aprendió también a reírse del lado no virtuoso de su responsabilidad, signo de que había entendido que quitar el lado obsesivo no significa quitar el empeño.

Familiarizado bastante bien con su estilo habitual de ser, era justo el momento de hacer frente a la cuestión de su relación con Dios y de la base motivacional que lo sostenía. No tan sólo porque Mario es un seminarista, sino porque cada camino de acompañamiento -por definición- gira sobre la relación que la persona establece con su centro vital "*al cual asegurarse y sobre el cual hacer depender su propio honor y la propia amabilidad y en referencia al cual se puede dar orden y unidad a las partes de la propia vida*" (ver cap. 5). Para el que cree, ese centro tiene un nombre bien preciso; para quien no cree debe, de todas maneras, tenerlo, porque lo duradero no se sustenta sobre lo provisorio.

Antes de continuar con el ejemplo, alguna nota de método.

Los argumentos espirituales: no perder la ocasión

El tema de la propia perla preciosa antes o después debería emerger en el coloquio. Estimo que mejor después que antes. Y me explico.

Hablar del propio centro vital iniciando por la vertiente espiritual sin conocer cómo, de hecho, la persona se organiza en su vida práctica, es un riesgo ilusorio: existe el peligro de hablar del centro virtual y no de aquel vital, del mundo que no existe, del que se fantasea ser. Si, por ejemplo, no sabemos cómo dos novios viven su relación, si no sabemos si cuando nos hablan de sus proyectos están hablando de los resultados de una experiencia en acto o de una alternativa ilusoria allí donde están..., cuando con ellos hablamos del proyecto cristiano no sabemos si estamos hablando de su vida o si estamos manteniendo conversaciones piadosas. Así también, podemos quedarnos perplejos si en el hablar de un seminarista sobre sus proyectos futuros falta una documentación previa.

Santa Teresa dice: *"No sé si queda dado bien a entender, porque es cosa tan importante este conocernos que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientras estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y así torno a decir que es muy bueno y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento adonde se trata de esto, que volar a los demás; porque éste es el camino, y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar?; mas que busque cómo aprovechar más en esto."*⁷⁰.

Ciertamente, no es que el tema "Dios" tenga que ser excluido a propósito al inicio del acompañamiento, y cuando emerja deba ser descartado porque primero se debe hablar de eso que se ve y sólo después de lo que no se ve. Sólo quiero decir que es un tema muy importante como para no ser preparado, y dejado de lado por ser quemado por temas banales o por el riesgo aerosol (Cap. 9), por ser tratado como zona franca, separado de la vida. Si el sujeto logra sentirse bien, llega también a sentir mejor a Dios⁷¹ y si, en este momento, comienza a hablar de Dios, existe mayor garantía de que sea el Dios que efectivamente siente dentro de sí y que, de hecho, se dé cuenta mejor de cómo siente las cláusulas de la relación más bien que hablar de cómo le han dicho que debería sentirlo.

Partir de la vida, o sea, hablar de cosas espirituales pero en estrecho contacto con la experiencia de los sentidos (= estar con los pies sobre la tierra), es contemplado por las mismas reglas ascéticas. De hecho, la experiencia espiritual nace de la experiencia de los sentidos y a ella queda ligada para toda la vida⁷².

Imposibilitados como estamos de tener cualquier experiencia directa de Dios, nos vemos obligados a recurrir a una modalidad indirecta para hacernos una representación interior de Él y poder relacionarnos con Él, que no es perceptible; para hacernos una imagen interior de Él a través de procesos analógicos, nos servimos de nuestras experiencias sensibles; pensemos, por ejemplo, en la importancia de haber tenido una experiencia paterna buena para relacionarnos con un Dios bueno⁷³.

La última versión, en términos de tiempo, de nuestra representación o, mejor, de nuestras representaciones de Dios y de la relación con Él, tiene a su espalda una historia de experiencia afectiva tan larga como la edad que tenemos; debajo de la versión más reciente están otras por la cual la última es un conjunto de representaciones conquistadas "con el sudor de la frente". Este procedimiento, por una parte, hace que nuestras representaciones de Dios no sean un concepto abstracto sino una imagen viva. Por otra parte, precisamente porque dependen de nuestras experiencias subjetivas, estas representaciones permanecen inevitablemente subjetivas y reducidas respecto a lo que es el Dios vivo y verdadero en su totalidad. Pero es una subjetividad que no se debe quitar, dado que sin aquella no podemos personalizar la relación con Dios; a lo sumo se la purifica, o sea, dejada, pero asegurándose que desarrolle la función de vidrio transparente al exterior y no de espejo de nosotros mismos.

Por lo tanto, dado que diciendo de Dios decimos mucho de nosotros mismos, será importante saber cómo nos decimos, porque es probable que nuestro decir de Dios no sea tan diverso. Para controlar nuestra relación con lo espiritual que no se ve, debemos controlar nuestra relación con el sensible que se ve. Del segundo es más fácil prever cómo será el primero, mientras lo contrario no está garantizado.

No se hacen mini lecciones de teología

Dada la naturaleza no didáctica, sino, espontánea de los coloquios, entrar en el tema de Dios, como en cualquier otro tema de la vida, no significa abrir oficialmente el argumento y quedarnos hasta que se haya

70 TERESA D'AVILA, "Castillo interior o Mansiones" c.2, n.9.

71 Cosa que la catequesis y la instrucción no lo hacen porque influyen más sobre la esfera racional.

72 LEDURE Y., "Dio e il Corpo; per una refundazione antropologica" en *3D 2* (2007), 122-134.

73 A.M. RIZZUTO, "Processi psicodinamici nella vita religiosa e spirituale", en *3D 1* (2006), 10-30; MORGALLA S., "L'immagine di Dio – un'icona o un autoritratto?" en *3D 3* (2011), 270-277.

acabado, para después pasar a otro, y terminado éste se pasa a aquel sucesivo previsto por el programa. Sería extraño si algunos argumentos importantes no emergiesen nunca, pero el emerger debería ser espontáneo, poco a poco, con interrupciones y retomado siguiendo un curso en espiral. Sobre su Dios y la relación con él, el cliente nos da algunas informaciones en los primeros encuentros, normalmente a nivel de proclamación verbal; después nos da indicios mientras habla de otro tema; luego narra episodios espirituales específicos; después hace referencias explícitas al tipo de espiritualidad que piensa tener...; el todo en una especie de ir y venir, hasta que llegará el momento de recoger estas referencias esparcidas, y comprenderlas en su significado. Llegado el momento, está en el formador recordar los “mosaicos”, hasta ahora a su disposición, y recomponerlos en un cuadro que exprese suficientemente bien la espiritualidad global del cliente.

Lo que permite al formador encontrar el hilo conductor entre todos estos fragmentos, retomados en los coloquios y luego abandonados por meses es, evidentemente, recordarlos -por eso debe anotarlos-, pero también recomponerlos en un cuadro que haga surgir la melodía espiritual de base sobre la cual el sujeto, paso a paso, ha construido estos fragmentos. La analogía con la música expresa bien la idea: *"Donde el cantus firmus resuena claro y distinto, el contrapunto puede desplegarse con el máximo vigor; se sentirá siempre sostenido, no puede desvincularse ni despegarse y, no obstante, sigue siendo él mismo, autónomo, un todo. Cuando se está dentro de esta polifonía, la vida es total y se sabe que nada de funesto puede ocurrir mientras el cantus firmus sea mantenido"*⁷⁴. El "canto firme" en la música litúrgica es la melodía de base en torno a la cual se desarrollan las otras voces del coro. Esta melodía de base sobre la cual se componen himnos sacros podría, incluso, inferirse del repertorio de música profana, como por ejemplo ha hecho Bach en sus corales. Ella servía de base para la construcción de una composición polifónica.

Por lo tanto, trabajar sobre el área espiritual requiere el conocimiento del propio “canto firme”, y trabajar sin hacer un descarte de la experiencia de los sentidos que ha mediado el nacimiento en nosotros de aquel canto. Esto se llama el trabajo de *working thought* que significa retomar los argumentos ya tratados, pero a un nivel progresivo de profundidad, de tal manera que la repetición profundizada desarrolle la posibilidad de que algo nuevo modifique los viejos hábitos. Esta repetición en espiral es necesaria desde el momento que lo que se interpone al aumento de la conciencia, raramente es elegido de una vez y que, por el contrario, el aumento temporal de conciencia es frecuentemente seguido por un retorno más intenso del viejo esquema.

Tener un proyecto

Afrontemos, ahora, el caso del Mario con el cual hemos abierto el capítulo. Para Mario, ha llegado el momento de tratar directamente el tema espiritual, porque el formador tiene suficiente garantía de que el hablar de este tema por parte de Mario será de tipo personalizado (=convencido) antes que escolástico (= exacto), antes que moral (=justo) o despersonalizado (=convencional)⁷⁵. Tiene, además, elementos suficientes para extraer de las informaciones espirituales que hasta ahora surgieron del cuadro de la espiritualidad de Mario. Y, sobre todo, Mario está preparado.

Imaginamos, entonces, que la síntesis hecha por el formador sea de este tipo (preferiblemente formulada usando lo más posible las mismas palabras que Mario, y retomando aquellas expresiones y no otras, quizás más correctas y exactas, él podrá ponerse más velozmente en contacto con su interioridad:

Dios me ha demostrado amor y como contrapartida me pide una respuesta. Su llamada es previa a mi consentimiento y yo no puedo sustraerme a tanta evidencia.

¿Qué hacer con esta síntesis?

Con la advertencia de que el formador, en primer lugar debe, al menos, no hacer daño, nos preguntamos: en esta síntesis, ¿qué hay que respetar/valorizar y qué curar/ mejorar? No se trata de emitir un juicio sobre el plano

⁷⁴ BONHOFFER D., *Carta del 20 maggio 1944*.

⁷⁵ VI/1, 205-206 (“Risposte personalizzate”).

teológico (verdadero/ falso) ni sobre aquel moral (vicio/virtud), ni sobre el patológico (sano/enfermo), sino sobre el plano de la representación interior con el cual Mario siente estos elementos de su espiritualidad. En esta breve síntesis de la espiritualidad de Mario no hay nada de herético, nada de inmoral, nada de enfermizo. Al contrario, la relación cristiana con Dios habla propiamente del amor previo de Dios al cual ninguno puede resistirse ni siquiera si lo quisiese. Pero Mario decodifica algunos aspectos según la sensibilidad de un "joven bueno por la fuerza", haciéndolos no falsos, no malos, no enfermos, sino, aparentemente buenos: los malinterpreta con aquel tipo de entendimiento operado por su dinámica de joven bueno por la fuerza, lo cual no trastorna la verdad del dato, sino que lo carga de significados subjetivos que los desvaloriza⁷⁶.

Releyendo la síntesis podemos, entonces, hacer dos consideraciones:

1. Del camino recorrido hasta ahora, podemos retener por cierto que Mario ha sentido en su vida la iniciativa gratuita del amor de Dios, que antecede a su iniciativa y asentimiento. Su misma historia vocacional lo confirma.

2. Del camino hasta ahora recorrido, podemos también decir que Mario vive esta gratuidad de Dios con un excesivo sentido de obligación que lo coacciona a una respuesta forzada que empobrece el salto de su libertad personal. Es, por otra parte, un matiz que ya hemos visto infiltrarse en muchos aspectos de su sentido de responsabilidad.

El primer aspecto deberá ser respetado y usado como punto fuerza sobre el cual aliarse con Mario para sanar aquellos más vulnerables. El segundo, en cambio, el de la obligación como coerción, debe ser corregido: sea por evidentes razones de espiritualidad cristiana⁷⁷, como por sus inconvenientes limitativos de tipo obsesivo.

Por lo tanto, se necesitará favorecer la experiencia de una mayor libertad de respuesta en el deseo de que el balance pueda ser así reescrito:

Dios me ha demostrado amor y como llamado me pide una respuesta. Su llamada es previa a mi consentimiento y yo elijo cordialmente no sustraerme a tanta evidencia.

La "Palabra del día" para Mario parece ser: "*¡Cristo nos ha liberado para la libertad! Manténganse firmes para no caer de nuevo bajo el yugo de la esclavitud*". (Gal. 5,1), o, incluso, el interrogante terrible de Jesús a sus discípulos a quienes también amaba: "*¿También ustedes quieren irse?*"⁷⁸.

Hay que notar que en la formulación del proyecto entra la contratransferencia del formador: no podrá, por cierto, ponerse en esta óptica el formador que teme perder las vocaciones si las interroga o aquel que ha quedado también él en el estadio del "joven bueno por la fuerza".

Trabajar sobre el objetivo de aumentar la libertad no significa repasar con Mario la filosofía/teología de la libertad -que probablemente él ya conozca- aguardando que cada información repetida remueva los impedimentos para una respuesta más cordial. El trabajo es a nivel del sentir. Mario ha ya sintonizado con la grandeza del amor de Dios y se ha dejado convencer para entrar en el seminario, pero entona todo esto sobre el canto firme que se inspira en la coerción. Mario ha entendido que no se puede quedar indiferente al amor de Dios, sobre todo si está corroborado por la experiencia de los sentidos. Pero no es así como se hace: no se puede responder como "*contrapartida a tanta evidencia!*" No se puede cerrar la fascinante dialéctica de la llamada-respuesta con un final tan apresurado y humillante: "*Si es así, entonces, debo!*".

76 No estamos hablando del inconsciente freudiano, aquello que socava la intencionalidad consciente y es matriz de psicopatología, sino del inconsciente que, aún respetando la intencionalidad consciente, tiene significados deformados.

77 Los valores morales y religiosos no son un mandato sino un llamado y el "debe" relacionado a ellos, habla de una obligatoriedad objetiva y no subjetiva: VI/2, 100-108 ("el valor como llamado").

78 VI/1,203-206("L'interrogativo terrible").

Se necesitará romper el "parche" de la coerción y reabrir la dialéctica al punto que precede a esta solución compulsiva: *Y tú Mario ¿qué quieres? ¿Cuál es tu deseo más grande?... Será un trabajo de un cierto sufrimiento porque si Mario ha recurrido a tal parche, quiere decir que para elaborar su respuesta no tenía a disposición alternativas mejores, no por ignorancia, sino por compulsión personal. Será también un trabajo de previsible resistencias, dado que llevará a Mario a antes "de la colocación del parche", por lo cual es previsible que en él surgirán tensiones que con el parche hubiera podido evitar. Mario, el "joven bueno por la fuerza", ¿estará dispuesto a dar su consentimiento a la respuesta? Y, admitiendo que así lo sea, -porque, a parche roto, si su vocación no es genuina tiene el riesgo de saltar- ¿estará dispuesto a admitir que en el futuro la dialéctica del sí y del no tomará otras formas siempre nuevas e inéditas (Cap. 3)? Y además, ¿estará dispuesto a admitir que hacer de la propia vida un don de sí no es nunca una cosa hecha de una vez por todas y de allí en adelante proceder como insensato?.*

Siguen algunos coloquios

Como se ha dicho, el proceder del acompañamiento no es didáctico, por lo tanto, cuando hablo de primer, segundo, tercer... encuentro, no me refiero a una serie de encuentros en secuencia, sino de etapas de progresiva profundización del tema (*working thought*), cada una compuesta por más encuentros, probablemente intercalados por otros encuentros sobre otros argumentos y dinámicas. Además, hago referencia solamente a las fases salientes de los coloquios, reducidas a pocas frases, cada una de las cuales es sólo un concentrado que resume una conversación más larga. Al margen de algunas frases, pongo observaciones acerca del método.

Primer encuentro: individuación del aspecto vulnerable

Es hora de focalizar el tema de la coerción, ya varias veces nombrado en un ir y venir de referencias y se espera que el diálogo dé oportunidad para realizarlo. La oportunidad aparece. Mario está hablando de un episodio ocurrido dos días antes en el seminario: le han pedido realizar un servicio en la portería; él tenía otras cosas para hacer, pero ha aceptado por "*sentido vocacional*" (¡Uh! ¡qué expresión rimbombante!)

Mario: *Sí! Lo hice porque me parecía justo acoger este pedido, además venía del rector. Debía estudiar, pero es necesario también dar una mano a los demás.*

Formador: *¿Pero tus cosas no eran importantes?*

M.: *Pero las puedo realizar después. Justo esta mañana, en la homilía, el rector ha dicho que debemos habituarnos a responder a Dios en lo cotidiano y que el proyecto de Dios no son nuestros proyectos. Me ha gustado. Por otra parte, también aquí con usted ha surgido otras veces que debo responder a todo aquello que Dios me ha dado.*

F: *Si estás de acuerdo, entraré, precisamente, en este aspecto del deber. Ya ha surgido otras veces, pero el episodio de la portería nos permite concretar mejor cómo tú sientes el deber de responder a Dios.*

Mario habla de eso de buena gana, con muchas referencias a lo "justo", "debo", "es necesario", "es obvio"... y concluye mandándome claros mensajes de que él ya hizo la opción y, por lo tanto, no hay nada que discutir.

F: [con la intención de reafirmarlo]: *Los dos sabemos que tú ya hiciste la opción; de lo contrario, que estarías haciendo en el seminario! Pero ahora se trata de llevarla adelante dando un paso más. Responder a Dios: ¡justo! ¡Hecho cumplido! Pero, ¿por qué? ¿Sobre qué base? ¿Cómo justificas tu respuesta?*

Mario, primero se siente un poco enojado pero, asegurado de que no está en discusión su elección de fondo, sabe acoger el estímulo y, alternando en sus ojos -se lo ve mientras habla-, la alegría por el amor recibido de Dios y la pesantez de su respuesta, proclama enfáticamente:

M: *En definitiva, yo debo responder porque ¡Dios me ha amado! Debo dar el máximo; quiera o no quiera, los talentos no se pueden enterrar.*

He, aquí que resplandece delante de nosotros la dinámica del deber.

F: *¿Debes? Pero el amor no se compra! Piensa, si un marido dijese: "Estoy casado y debo amar a mis hijos". Es un marido que siente el matrimonio como un yugo. También tu Dios puede parecer un poco pretencioso.*

El formador hace surgir abiertamente la distorsión. Recurrir a un ejemplo sensible sirve para visualizar mejor y para suscitar una emoción.

M: [un poco enojado]: *Ante todo, yo no estoy casado y no tengo hijos. Luego, si la vocación es un diálogo, es necesario también ¡responder!.*

Mario comienza a poner resistencias.

F: *Una cosa es la respuesta, que debe estar, y otra cosa es el espíritu de la respuesta*

El formador clarifica el sentido de su crítica

Mario está visiblemente molesto. Está sintiendo que se está tocando el área embarazosa de la libertad, y busca evitarlo. Continúa rechazando al formador. Lo reprende cortésmente por no creer bastante en la fuerza de la gracia divina que atrae. Después, a lo largo de 10 minutos, dice que el diálogo está hecho de llamada pero también de respuesta y concluye: *"Si yo no respondo sería egoísta, sería como realizar mi comodidad; y, por otra parte, nadie me obliga, yo haría también otra elección y estaría también contento de hacerlo, pero entiendo que no habré gastado bien mi vida".*

Para defenderse usa la nacionalización, que es el modo de afrontar la realidad con las armas de la lógica y de la razón a fin de evitar el contacto con las propias resonancias afectivas; la nacionalización sabe encontrar buenos argumentos, pero que no describen el verdadero sentir. Por otra parte, Mario se defiende, pero no escapa, porque él mismo abre la hipótesis de alternativa que, en realidad, no es deseo de alternativa sino de quedar como está.

F.: *Todo correcto; pero me parece que para ti, la llamada de Dios no admite alternativa.*

El formador insiste y lleva el tema al nivel del sentir.

M: [sonriendo] *No por casualidad, mi padre trabaja en la policía. Dicen que me asemejo también físicamente...*

Mario está acogiendo el elemento de la coerción. El formador no considera la pista psicogenética relativa a la figura parental, que en este momento sería una distracción.

F.: *La respuesta a Dios es un regalo al amor recibido gratuitamente. Un gesto de gratitud. Dios no tiene necesidad, para amarte, de tu respuesta. Te amaría también sin ella. Él es demasiado grande como para hacerse condicionar por tu comportamiento.*

Vista la disponibilidad de Mario a dejarse tocar, en lugar de insistir sobre la llaga, el formador anticipa cuál será la curación: mostrando una alternativa mejor se debilita el apego a lo peor.

M: *Lo sé, pero me cuesta creerlo.*

F: *Comprendo. Ambos sabemos que a veces se activa tu espíritu un poco militarizado: es como si tú dijese: "Voy a visitar a mi tía porque si no voy, quizás qué cosas dice; después está mal y me deshereda"; en ese caso vas para no quedar mal, pero ¡con qué esfuerzo!. Puedes, en lugar*

Vista la disponibilidad de Mario para entrar en el tema de la distorsión, el formador la exagera con un ejemplo paradójico para que aparezca con toda su contradicción y suscite una emoción.

de eso, ir para hacerle una visita sorpresa, porque es un regalo que le quieres hacer... Quiero decir: hay dos modos para ir a Dios...

Dice "militarizado" y no policíaco, para no degradar la referencia paterna que ha hecho Mario.

M.: Yo digo, con frecuencia, al Señor: Lo hago por amor a tu amor.

¡Pide clemencia!

F: Me parece que para ti quiere decir: Lo hago como contrapartida, como un impuesto para pagar a su amor.

Lo deja con la tensión.

M.: De hecho, a veces pienso: ¿Por qué Dios me ha llamado a mí? ¿No podía dejarme ir? ¿Por qué yo en el seminario? Hay tantos mejores que yo.

No pide más clemencia. Comienza a admitir su resentimiento. La resistencia se disuelve.

F: Exacto: un Dios comercial. Él llama y tú debes responder.

M.: Entonces, si soy libre, yo puedo también no responder; hacer aquello que me parece...

La primera alternativa al deber es la transgresión. Para Mario, la libertad es sinónimo de licencia.

F.: Cierto. En efecto, Dios no obliga a nadie.

M.: Y entonces ¿el que no responde?

Para soslayar el peligro de la libertad (para él=licencia) anticipa la culpa. La natural ambivalencia de la propia interioridad casi siempre es sofocada, excluyendo el contacto consciente con aquellas resonancias emotivas que podrían hacerle sospechar la existencia, y su primer surgimiento es rápidamente censurado como tentación desdichada, salvo, después, para recuperarla en la esfera de la fantasía secreta, tenida fuertemente escondida.

F: Pero, responder por la fuerza no tiene sentido.

M: [de modo muy espontáneo y repentino]: Entonces... fiesta grande: comienza la jarana!!!

F: Puede ser. Veamos qué sucede. En estos días ocurrirán hechos que te recordarán que Dios no obliga. Mientras los vives, intenta prestar atención a cómo los sientes dentro de ti y lo conversamos.

Para que la herida no se cierre, entre un encuentro y otro es útil dar una "tarea para el hogar".

Qué ha sucedido: Mario está disponible para relacionarse con Dios, pero mantiene espacios secretos de libertad, una reserva del todo lógica visto que es grande el sentido de su auto constricción. Como todos harían, no ha aceptado el primer tentativo del formador de poner en duda este aspecto de sí, vulnerable pero útil y central en la organización de su personalidad. El primer "no" claro, superado por la calma del acompañante es, sin embargo, reemplazado por un "no" más esfumado, que ha considerado el deseo de entrar y las primeras concesiones produjeron algo de luz sobre el núcleo de la vulnerabilidad: el miedo a la libertad.

Apuntes del director después de esta fase, que contienen:

- *Síntesis de lo que ha sucedido.* Mario vive a Dios –también- como aquel que pretende respuestas obligadas. Cuando eso se atenúa, la primera reacción que se activa es la evasión. El deseo de liberarse de Dios parece ser grande.

- *Pronóstico positivo:* espero que Mario ensanche su representación de Dios y comience a sentirlo como aquel que ama, pero también como aquel que no pretende una respuesta a regañadientes. Siendo este último un Dios más grande que el suyo, Mario debería sentir el gozo.

- *Pronóstico negativo:* espero también una resistencia, porque representarse un Dios más grande, requiere de Mario una reelaboración de la imagen de sí mismo, ya no más la del niño que debe hacer la tarea, sino la del hombre libre que dispone de sí.

- *Reflexiones del formador sobre su tipo de presencia:* es fundamental el espíritu con el cual el formador "ataca" la debilidad. No debe humillar la mentalidad del "joven bueno por la fuerza" ironizando sobre ella, ni catalogarla como defensiva e inconsistente –como algo infantil y de lo cual avergonzarse-, ni dar la tarea –¡otra vez la tarea!- de sustituir el error por lo justo. Se trata de sustituir esta mentalidad del joven bueno al puesto de etapa evolutiva y no de meta: una adquisición adquirida y hasta aquí, quizás, adecuada y suficiente, pero ahora ya no más. Ahora Mario puede permitirse ser más personal, y menos coaccionado, en afrontar su vida. El espíritu con el cual el formador intervine no hace enfermizo el sentido del deber, más bien lo quiere llevar a su cumplimiento.

Segundo encuentro: a la búsqueda del conflicto central

Mario confirma la previsión positiva. Ha experimentado el gozo del Dios más grande que el suyo. Los hechos que presenta lo demuestra -la verificación de los hechos es importante porque Mario, estando en formación, tiene instrumentos intelectuales suficientes para formular respuestas exactas en lugar de sentidas, o teorías aprendidas pero no vividas-.

Teniendo en cuenta el salto cualitativo en el sentir, a un cierto punto se hace el reconocimiento de la nueva conquista:

F.: *Podemos, entonces, decir que ahora Dios se te aparece más como verdaderamente es. No tiene un corazón de hombre, tiene un corazón de Dios, más allá de la lógica del contrato.*

El educador como "participante": junto, para festejar la nueva posición alcanzada.

Nota de método: Cada conquista, aunque sea pequeña pero sufrida, no debe pasar inadvertida, será registrada como un activo de caja para utilizar en el tiempo de las "vacas flacas". Para hacer de la conquista un punto fijo de no retorno o para defenderla de eventuales tentativas de minimizarla como algo alcanzado de casualidad, se pasan a ver las resistencias que la pueden corromper, en línea con el tipo de personalidad del formando. No pueden no existir los tentativos de desconocer la conquista o minimizar la importancia, porque cada comportamiento inesperado, cada novedad de prestación, cada nuevo sentir suscita angustia o inquietud. Para que haya crecimiento se debe permitir a la novedad poner nuevamente en funcionamiento los modos precedentes de actuar⁷⁹.

⁷⁹ El mismo principio vale para el crecimiento relacional: cada encuentro imprevisto, cada comportamiento inesperado, cada persona desconocida suscita angustia o inquietud. Para que una relación se desarrolle, cada una de las partes debe permitir a la novedad y al misterio del otro poner en juego el modelo de relación desarrollado en la experiencia anterior.

F: *Pienso que frente a esta nueva experiencia, no podemos quedarnos con un suspiro de alegría. Si cambia el rostro de Dios que tienes dentro de ti, habrá cambiado también tu modo de relacionarte con Él.*

Veamos cómo ha cambiado.

Mario tiene aspectos complacientes de tipo devocional como: *todo más lindo; ahora entiendo; está todo cambiado; me siento libre; estoy contento...*

F: *Me parece que la haces demasiado fácil.*

M: *No, no; es precisamente así, y se lo he dicho también, que me siento mejor... o casi.*

F: *Recuerdo que me habías dicho también: Si Dios no quiere, entonces, puedo ser libre!*

M: *Lo dije por decir...*

F: *Pero las reacciones inmediatas son las más sinceras. Aquí no hablamos de rechazos queridos, sino de inevitables resistencias al cambio que se dan en todos nosotros.*

El acompañante, como "estimulador" (*challenger*), se pone un paso ligeramente adelante respecto al cliente y desde allí lo incita a alcanzarlo.

No dice: veamos si has cambiado. El educador, como "activador" (*activator*), presupone como descontado el darse del paso adelante, infundiendo, de ese modo, estima y competencia.

Nueva resistencia. Curación repentina.
Ningún formador hace milagros.

El educador como "observador": participa desde el interior y observa desde el exterior; sabe que Mario es un joven complaciente desde hace muchos años y hoy se presenta con la tarea hecha. Los comportamientos han cambiado, pero el estilo no.

El acompañante como "sostenedor" (*supporter*): le está dando el permiso de expresar sus resistencias y, apelando al "nosotros", lo hace menos escandaloso.

Mario hace referencia a algunas inocuas y bastantes risueñas fantasías de fuga de la obediencia forzada; luego, deja transparentar un vago resentimiento sobre la libertad forzada, su respuesta estricta; después habla expresamente de los sentimientos de rabia e intolerancia por su rol de joven bueno por la fuerza. El formador escucha, lo deja hablar y no pide detalles; le basta con que Mario comience a sentirse a gusto con éste su mundo subyacente que, quizás por primera vez, también sus oídos comiencen a escuchar. Y Mario concluye así:

M.: *He pensado que, considerando todo, él me ha llamado, pero no me ha pedido permiso.*

F: *Y tú has debido responder a la evidencia. ¿Cómo se hace para decir que no?*

M.: *A veces debo casi imponérmelo para responder, como en el episodio de la portería que he contado. Es como si me obligase a contraer los músculos del estómago. Pero algo escapa.*

F: *¿Qué cosa?*

Mario banaliza y continúa poniendo ejemplos escasamente utilizables: distracción en la oración, dificultad de concentración, egoísmo mínimos, ligeras omisiones...

Llegados a este punto, por la alianza educativa, banalizar no significa resistir, sino que es ensayar el terreno para ver si y cómo una mayor confianza será tolerada y escuchada por el formador.

F.: Pero en concreto, ¿no han habido otros signos más serios de insubordinación? Era fuerte en ti el sentido de obligación y también habrán sido fuertes tus vías de escape. Entiendo que es embarazoso decirlo, pero si alguno nos saca algo nuestro, todos buscamos recuperarlo. Externamente, complacientes, pero, por dentro, insubordinados.

El formador no es malicioso al decir esto; es respetuoso del carácter de Mario y conocedor de la antropología. El formador escucha teniendo presente el carácter constreñido de Mario, pero también conociendo la dialéctica del corazón humano (*educador como "observador": participa desde el interior y observa desde el exterior*).

Mario se muestra dispuesto para entrar en una confianza más íntima, y comienza a introducirla. Hace referencia a fantasías recurrentes, a un deseo de autonomía, una referencia sexual. El formador intuye que está abriendo una importante área secreta y muy íntima, pero después de las primeras señales lo interrumpe.

F: Mario estamos abriendo el tema de la insubordinación, pero tomémonos un tiempo; lo hablamos la próxima vez.

Conociendo la complacencia de Mario, el formador decide no entrar en el discurso porque podría aparecer como una ulterior distorsión. ¡Mario ya ha tenido bastante! Pospone la revelación de una confianza importante, y aunque Mario estuviera dispuesto a hablar ahora, él no está dispuesto a escuchar. Mario debe decidirlo libremente.

No es deseable afrontar temas muy íntimos sobre la disponibilidad y las emociones del momento, terminadas las cuales la confianza podría llegar a ser motivo de culpa y auto reproche.

Apuntes del director después del encuentro: Mario se ha abierto al nuevo rostro de Dios y está disponible para responder más libremente. La rabia por el consentimiento extorsionado lo ha llevado a defender su libertad de modo que ahora está dispuesto a analizar.

Tercer encuentro: encarar el problema

Mario inicia enseguida con el argumento de la insubordinación dejado en suspenso (es un buen signo de crecimiento). Relata episodios que demuestran sus variadas tentativas de reconquistar la libertad secuestrada por Dios, hasta que llega a lo que para él es lo más significativo, y su problema.

Introduce el tema secreto de la masturbación. Podemos imaginar la vergüenza del joven bueno por la fuerza. El formador lo anima a hablar libremente. No cae en la reprobación ni tampoco en la aprobación ingenua. Incluso una excesiva o inoportuna indulgencia acerca de los límites y de la culpa que la persona siente, podría

ulteriormente aumentar su rigidez. Siendo la primera vez que Mario afronta abiertamente -también con él mismo- este problema y es la primera vez que desea hacerlo, se presta atención a los detalles. Habla mucho de eso.

M.: *Habitualmente sucede así: el fin de semana los seminaristas vamos a la parroquia para el servicio pastoral. Voy de buena gana, y las cosas que hago me gustan. Cuando, sin embargo, el domingo a la tarde vuelvo al seminario, no encuentro a nadie; normalmente el regreso es el lunes por la mañana. El seminario parece la tumba del faraón. Voy por el corredor y no veo a ninguno. Voy al comedor y sólo encuentro sobras esparcidas de una cena que terminaron los sacerdotes residentes, sin que ninguno de ellos piense que alguien podría llegar después. Voy a la salita y encuentro todo oscuro. Y entonces comienzo a pensar: ¿Es éste el premio de la pastoral? Por lo general acepto y todo pasa. Pero algunas veces me dificulta.*

F.: *Intenta decirme qué experimentas cuando te dificulta.*

M.: *Te he hecho caso, experimento una sensación de vacío. No es que me falte alguien cercano. No tengo problema de estar solo. Repienso la jornada en la parroquia y siento una especie de explotación. Sí, precisamente, explotación. Pienso: cada domingo no tengo ni siquiera el tiempo para ver fútbol por televisión; había jóvenes, niños, después preparar la liturgia... y al fin de la jornada... cada uno por su lado; ni siquiera un hasta luego, hasta el sábado próximo [se ve que Mario lo sufre, pero también lo convierte en tragedia]. Y entonces, paso a paso, la fantasía va sobre imágenes sexuales.*

F.: *¿De qué tipo?*

M.: *Las imágenes me las busco yo, en frío; no es que esté particularmente excitado: tomo prestado una u otra persona agradable encontrada durante el día y me imagino las escenas sexuales con ella donde, sin embargo, estoy yo y mi placer. Una especie de sexo que no mira el rostro de la persona. Algunas veces, también, un sexo un poco enojado [y continúa dando ejemplos]...*

F.: *Y allí, ¿dónde está el placer?*

M.: *En esos momentos, es un poco como decir: ¿Todos me han usado? Entonces yo recupero por mí mismo lo mío! ¿Ninguno me dice hasta luego, hasta el sábado próximo? Entonces, ¡protesto! Sí, me tomo una revancha. Tan cierto es que obtenido el placer -o sea mi recompensa- me calmo y después me causa disgusto porque me doy cuenta de haberme excitado sin haber tenido deseo. Y me enojo dos veces, porque me masturbo no cuando estoy en crisis sino cuando todo me ha ido bien! El día después no queda nada porque todo lo he vivido como si no me perteneciera.*

F.: *Reveamos el episodio paso por paso: alegría por la donación en la parroquia → sensación de haber sido usado → recuperación en soledad de la extorsión sufrida. Todo tomando prestado el sexo.*

M.: *A propósito de recuperar. Nunca lo había pensado: yo soy también un tipo que tiende a conservar todo, a ahorrar. Piense que tengo chocolatines que he escondido en el armario por miedo de que los demás vengan a pedírmelos. Después para mí no me quedan...; sólo que después me olvido que lo tengo... y cuando los voy a comer ya están vencidos.*

F.: *Como con la masturbación: me dijiste que no lo haces porque tienes ganas, y luego, te olvidas todo. En resumen, en ti ¿hay algo que dice: ¿Ve qué sucede obedeciendo a la bondad forzada, a la respuesta vocacional forzada, a la pastoral forzada? Hay algo que te dice: ¡basta!*

Nota sobre el método: la novedad del episodio no hace desviar el camino, sino que es afrontado como una etapa posterior del mismo. La dinámica sexual es afrontada como uno de los tantos modos en que Mario podría usar para recuperar algo que es suyo, sólo suyo, después de tanta extorsión sufrida en la parroquia. Mario podría usar también otro medio de recuperación: ponerse a jugar en la computadora, hacer zapping con los canales de TV, agarrársela con el primer compañero que encuentra, enviar mensajitos a diestra y siniestra, tomarse una botella de grapa... La masturbación es un particular estilo general: *después de la extorsión de un sí forzado, recupero mi espacio.*

Es inútil decir que aquí entra la personalidad del formador: no sólo su conciencia de nociones mínimas de psicodinámica, sino también la relación que tiene con su misma sexualidad y, más en general, con su debilidad⁸⁰. Inútil, también, decir cuánto, en estas situaciones tan delicadas, sea relevante que el formador se confronte con un supervisor; de otro modo queda espantado por el surgimiento de la debilidad profunda del cliente, se deja capturar por ella, piensa que el camino ha encontrado un dique insuperable y, evaluando el todo como un callejón sin salida, dice la fatídica conclusión: "*¡Necesitas un psicólogo! Yo hago sólo de director espiritual.*" Pero, ¿cómo? ¿Te retiras ahora que se está realizando el encuentro intimísimo entre la lógica del evangelio y el sistema profundo del deseo humano? Y además, ¡lo abandonas con la sospecha que Mario es un poco desquiciado en el tema del sexo!

Nota al margen: Mario y el celibato. En él, la trasgresión sexual no es índice de soledad afectiva, en cuyo caso la elección celibataria la haría aumentar hasta el punto de hacerlo desembocar en malestar. Mario no tiene un problema sexual, pero sí de extorsión, que ya había aplicado a Dios, en el servicio de portería y ahora a otra actividad en la parroquia. Su rabia no es por la elección celibataria realizada y por su precio de soledad afectiva, sino por el modo con el cual él la lleva adelante. Por otra parte, el hecho de que la transgresión se realice sólo cuando todo anda bien y no cuando Mario está en crisis, nos hace pensar que el problema no es por el tipo de donación -elección vocacional- que le da serenidad, sino en el significado afectivo con el cual Mario vive la donación de sí: precisamente, como privación. Interesante, además, el hecho que él viva la transgresión sexual como un paréntesis que no le pertenece: el que -en él- no es signo de doble personalidad -virtud pública y vicio privado-, sino de una única personalidad coherente consigo misma que se disocia a partir del reconocimiento de eso que no sabe expresar. Hay bastante por decir sobre esta problemática que tiene poco que ver con el celibato.

Cuarto encuentro: vivir el problema

Teniendo conciencia de lo que sucede en la dinámica sexual, el discurso pasa a su manejo:

F.: *Intenta mirar las cosas como las mira Dios, pero de aquel Dios grande que tu camino ya ha encontrado. Según tú, Él, ¿qué te diría?*

Favorece el yo observante: el manejo de nosotros mismos es favorecido también por la mirada de nuestro mundo desde el exterior, con una mirada menos implicada y de una perspectiva diferente.

M.: *Diría que soy un pecador.*

Retoma el acostumbrado estilo de niño bueno pero forzado que, cuando desobedece, espera el castigo.

F.: *De acuerdo. Y ¿luego? ¿Nada más? Trata de hacer referencia también al otro Dios, más renovado, que habíamos encontrado hace un tiempo: aquel grande, no aquel que extorsiona.*

El acompañante como "re-integrador"⁸¹.

M.: *Diría que me ama todavía, incluso después de que me he masturbado.*

Recuperación racional de la experiencia anterior, pero con escaso impacto transformativo sobre el tema de hoy.

F.: *Y ¿entonces? Si nos quedamos con esto, Dios es un abuelo que acepta todo lo de los*

80 Sobre la relación entre conciencia de sí y responsabilidad en el misterio ver A. CENCINI, "Ladrone graziato"; "il prete e il suo peccato", in *3D* 1 (2012), 32-39.

81 Recapitulando: Hemos encontrado seis funciones del acompañante: participante, observante, sostenedor, activador, estimulador, re-integrador.

nietos.

M.: *Me diría también que él permanece constante, que soy yo quien quiere irse. Él permanece con la mano tendida; soy yo quien me escondo, como los chocolatinas en el armario. ¡Ufa! Cómo me cuesta decir estas cosas; me da vergüenza...*

F.: *Mario, ¿te pasa algo?*

El educador como "sostenedor"

M.: *Me parecen cosas muy íntimas! Yo no estoy habituado a decirlas. Me cuesta decir que te quiero. Se hace y basta.*

F.: *Y a Dios ¿qué le dirías?*

M.: *Diría que no debo masturbarme.*

Nuevamente el niño diez.

F.: *Pero esto es una tarea; no es una declaración de amor.*

M.: *Diría... diría... que... más allá de todo... no lo quiero cambiar con nadie.*

F.: *¿No he entendido? ¿Puedes repetir?*

M.: *Diré que si yo estoy con Él, no es porque Él me obliga; sino que yo lo quiero. De verdad...*

F.: *Trata de decírselo.*

M.: *¿Cómo? ¿Así descaradamente? Y con la masturbación ¿qué hacemos?*

F.: *Saca tú las conclusiones. Él no hace cuestiones de sexo. Eres tú que por la noche, cuando regresas al seminario, puedes decirle que lo amas o bien puedes deshacerte de él.*

Recuerda la diferencia entre discernimiento moral y espiritual

M.: *Y entonces ¿por qué no masturbarme?*

Pregunta engañosa. Mario, en este momento sabe bien que el problema verdadero es la elección entre la rendición por amor o la protesta por la extorsión.

F.: *Él, el domingo, ha ido a la parroquia, pero por la noche se ha quedado solo. Se ha dado, ha sido traicionado y luego ha concluido así: En la noche en la cual fue traicionado, tomó el pan, lo partió y se lo dio... No dice: En la noche en la cual fue traicionado, para consolarse, se bebió una botella de grapa. Aunque es duro ...*

Como vive la eucaristía podría, para Mario, revelarse ahora una ocasión preciosa y del todo pertinente a su momento actual.

M.: *Duro, pero también hermoso. Al pensarlo siento una alegría dentro que casi me hace llorar.*

Para que el valor llegue a ser fuente de referencia para la vida, es necesario sentirlo atrayente..

F.: *Oh, sí. Ver para creer.*

Silencio

Es un silencio bueno, no embarazoso, sino de presencia a sí mismo.

F.: *No obstante, es necesario que tengamos presente este problema sexual; cuando se presente será bueno retomar el tema.*

El discernimiento espiritual no excluye el moral, pero encuentra en este último su criterio de autenticidad. La superación del problema contingente será un signo de la libertad efectiva para consagrarse a Dios.

Hablando de cómo gestionar las cosas y el carácter -que cambia con el tiempo- implícitamente se habla de cómo gestionar la dialéctica de base que permanece en el tiempo.

Índice

	Página
Textos de referencia y siglas.....	3
Introducción.....	4
Gran corazón, pequeño corazón.....	6
Ni ángel ni animal	
Ciudadano de dos mundos	
Respetarlo como es	
El corazón grande	
El corazón pequeño	
Aceptar también el corazón pequeño	
Dos categorías de importancia	
Dos sensibilidades	
Dos predisposiciones a responder	
Dos fuentes energéticas: necesidades y valores	
Dos modalidades de proyectarse	
Pero un único corazón	
Un único corazón. La dialéctica de base y el pensar en conjunto.....	13
Relación dialéctica	
Diversidad pero no antagonismo	
Co-presencia de los dos polos	
Si veo un polo, no debo olvidar que hay otro, aunque no lo perciba inmediatamente	
Un polo informa sobre el otro (inclusión)	
Respetar y no abolir la dialéctica	
El pensar conjunto y las leyes de la psicodinámica	
Dialéctica de base: una convergencia interdisciplinar	
Uso de la noción de dialéctica en los coloquios	
Bibliografía que se puede consultar	
Acompañamiento: objetivos y etapas.....	27
Visión de sí y de la vida que no dé lugar a expectativas Irrealistas. Informarse sobre el funcionamiento humano	
Las configuraciones personales de la dialéctica (hablar de sí)	
En la perspectiva realista que en el futuro la dialéctica tomará otras formas siempre nuevas e inéditas	
En su solución, igualmente paradójica: Cuanto más la dialéctica llega a ser consciente y aceptada, más fácil es administrarla, y favorece más lo específico y asombrosamente humano y cristiano que se puede hacer de la propia vida un don de sí	
Distinguir los tipos de tensiones	
Bibliografía que se puede consultar	
Entrar en la interioridad. El caso de la aventura de la supervivencia.....	37
Reacción emotiva del formador	
Acoger el problema presentado	

Explicaciones del problema dadas por el cliente
Cómo se define el cliente
Estilo habitual de vida
Un episodio significativo
Relaciones afectivas
Comprender
Captar el estilo de vida
Análisis e intervenciones sobre áreas específicas: de lo global a lo particular
Bibliografía que se puede consultar

Definición de integración psico-espiritual y de “willingness”..... 46

Centro vital: exigencia universal y psíquica
Integración como proceso y no como estado final
Integración como dilatación y versatilidad de las experiencias afectivas
El respeto por la amplitud de la vida
El lugar de la integración es la “predisposición interior a responder”
Integración en sentido cristiano
Estrategias operativas
Bibliografía que se puede consultar

Madurez psicológica y madurez espiritual..... 55

Polos diferentes
Diversidad de problemas y diversidad de ayudas
El sentido de la consulta psicológica: enviar en vistas de un retorno
Polos, en parte, autónomos
Polos, en parte, entrelazados
¿Cuál tiene el primado?
Observar el funcionamiento de fondo
Bibliografía que se puede consultar

**Cómo encaminar a la escucha de sí:
el inicio de los coloquios y el contrato de trabajo..... 67**

Mantener el tema del ideal en lo concreto
Escucharse mientras se escucha
Ejemplo incorrecto de un primer encuentro
Ejemplo correcto de un primer encuentro
Una perspectiva más amplia
Curiosidad para una exploración
Provocar las defensas
Conclusión del encuentro: establecer el contrato
Previsiones acerca del próximo encuentro
Bibliografía que se puede consultar

Construir la alianza y tipos de intervenciones..... 80

Para construir la alianza
Tipos de intervenciones por parte del acompañante
La fascinación y la ilusión de la interpretación
Vincular, más que psicoanalizar

Las resistencias.....	88
Una relación de lucha	
Resistencias abandonadas y recuperadas: el caso de Sandra	
Las resistencias en el que guía	
Las resistencias no aparecen al inicio del camino	
Sentir las resistencias en acción: el caso de Silvano	
Se resiste de muchas maneras	
Señales de resistencia	
Una resistencia particular: los valores en aerosol	
¿Qué hacer?	
¿Es resistencia o dificultad objetiva?	
Pequeñas advertencias	
Bibliografía que se puede consultar	
¿También Dios escribe?	106
¿Dónde buscar las huellas de Dios?	
Juntos, necesidades psíquicas y mensaje de la vida	
Dios presiona para darse a conocer	
Método: una lectura con dos entradas	
¿Por qué no se ve?	
Actividades del “darse cuenta”	
Sobre el recurso a la Palabra de Dios	
Para no manipular la Palabra	
Signos de utilización no manipulativa de la Palabra	
¿Cómo descubrirlo?.....	113
Método de lectura	
Dos ejemplos de referencia	
Estar seguros de la presencia de otra trama	
Función crítica del educador	
¿Por qué no funciona?	
Atención al detalle	
Dentro y más allá de lo psíquico. El caso de Sofía	118
Algunos datos	
Entremos en su espiritualidad	
Entremos en los detalles de su experiencia	
Entremos en su estado emotivo	
En vez de arder, quema	
Pero no se apaga	
Tratar el tema espiritual.....	124
Ejemplo de referencia	
Los argumentos espirituales: no perder la ocasión	
No se hacen mini lecciones de teología	
Tener un proyecto	
Primer encuentro: individuación del aspecto vulnerable	
Segundo encuentro: a la búsqueda del conflicto central	
Tercer encuentro: encarar el problema	
Cuarto encuentro: vivir el problema	

Datos de la Edición en italiano:

Impaginazione: Tipografia Giammarioli
© 2013 Centro editoriale dehoniano
via Nosadella, 6 – 40123 Bologna
www.dehoniane.it
EDB®

ISBN 978-88-10-50849-7
Stampa: 2013

